

**TEJIENDO LA VIDA UNIVERSITARIA EN LA CAPITAL:  
NUEVOS DILEMAS DE LA MUJER INDIGENA CONTEMPORANEA**

**ANGELA MARIA GIL ROLDAN**

**Tesis para optar al título de Magíster en Antropología Social**

**Director: Roberto Pineda Camacho**

**Universidad de Los Andes  
Facultad de Ciencias Sociales  
Departamento de Antropología  
Bogotá, D.C. Febrero 2005**

## INDICE

### AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN.....	4
1. INCORPORACIÓN EN EL ÁMBITO UNIVERSITARIO.....	34
1.1. Migración, educación y procesos de adaptación.....	38
1.1.1. Programas de etnoeducación.....	43
1.2. La mujer colombiana en la Universidad.....	47
1.3. Ingreso de mujeres indígenas a la universidad.....	50
1.4. Estudios de primaria y secundaria.....	55
1.5. Proceso de selección de la carrera.....	61
1.6. Inconvenientes dentro del proceso de adaptación .....	63
1.7. Recomendaciones al Sistema Universitario.....	66
1.8. Panorama futuro: perspectivas de auto-realización.....	69
2. INCURSIÓN EN EL ESPACIO LABORAL.....	73
2.1. Mujeres indígenas profesionales en el ámbito laboral.....	75
2.2. El profesional indígena ante su comunidad.....	82
2.3. El espacio laboral como posibilidad de acceso a la educación superior.....	86
3. INGRESO A LA VIDA URBANA.....	92
3.1. Ciudad: encuentro de culturas.....	94
3.2. Tiempo libre: espacio de esparcimiento.....	99
3.2.1. Relaciones extracurriculares.....	102
3.3. Bogotá como un espacio de reflexión.....	104
3.4. Medios de comunicación: influencia y posibilidad de actualización informativa.....	106
4. FLUCTUACIONES ENTRE LA FORMACIÓN EN LA COMUNIDAD Y EN EL MEDIO URBANO Y UNIVERSITARIO.....	111
4.1. Identidad: interacción y dinamismo.....	113
4.2. Permanencias y cambios dentro del proceso de construcción de identidad....	118
4.3. La identidad multifacética.....	123
CONCLUSIONES.....	136
BIBLIOGRAFÍA.....	145
ANEXOS: Catorce Historias de Vida.....	149

## AGRADECIMIENTOS

A Nohorita, Rosa, Sandra, Silvia, Marcela, Marleny y Alicia, de la comunidad Kamëntsa y a Francisca, Norindia, Lourdes, Rosa, Jazmín, Adriana y Carmen de la comunidad Wayuu, gracias por permitirme conocer un poco de sus vidas y por permitirme mostrarle al mundo lo valiosas que son ustedes como mujeres. Gracias por compartir conmigo sus conocimientos, pues con ustedes he aprendido lo que nunca me hubiera podido enseñar una institución educativa. Gracias por ser la inspiración de esta investigación y la fuente de los conocimientos que ella busca dar a conocer. Las admiro como mujeres, ustedes son todo un ejemplo a seguir y son personas que tienen mucho que enseñarnos. Gracias de todo corazón.

A mi Madre, mi Padre, mi Hermano y a mis Abuelitas Elena y Margarita gracias por todo el apoyo, la comprensión y el amor que como familia siempre me han brindado, gracias por hacer parte de mi proceso de formación como persona y gracias porque cada uno de ustedes está presente en el proceso de construcción de mi identidad: Soy un poco de lo que ustedes me han enseñado.

A Nico gracias por su apoyo inconmensurable, su cálida compañía y amor incondicional, gracias por brindarle a mi vida la felicidad necesaria para poder hacer mis sueños realidad. A Carito gracias por su valiosa ayuda, sus críticas constructivas y junto con Taty gracias por ser mis confidentes y acompañantes en mi proceso de formación como Antropóloga. A mi Pame y mi Gordis gracias por ser mis grandes amigas del alma que siempre me han apoyado en todos mis proyectos, aspiraciones y anhelos. A todos gracias por acompañarme en el camino de la vida.

A Roberto Pineda mi director de tesis, gracias por sus consejos y su guía y por ser un gran profesor, investigador y Antropólogo. Gracias a las Doctoras Ximena Pachón y Margarita Serje por sus comentarios, apreciaciones y recomendaciones. También quiero agradecer a las instituciones y a las personas que me abrieron sus puertas para indagar sobre algunos aspectos necesarios para la elaboración de esta investigación: a Gregorio Tojansí y Martha Pabón en Asuntos Indígenas del Ministerio del Interior; a Marthe Lilia Mayorga coordinadora del Programa PAES de la Universidad Nacional; a la Universidad Externado de Colombia; a Diana Niño de la Universidad de los Andes y a los profesores Fabricio Cabrera, Daniel Aguirre, Carlos Alberto Uribe, Jorge Morales, Zandra Pedraza, Gabriel Restrepo, Carlos Miñana y Mara Viveros.

## INTRODUCCIÓN

### **I. Dilemas de la mujer indígena contemporánea**

El fenómeno de la migración es cada vez más constante ya que la frontera que separaba a las comunidades indígenas del resto de la sociedad colombiana, se ha debilitado con el tiempo. A su vez, los contactos con misioneros, colonos, comerciantes, investigadores, funcionarios del Estado, grupos armados y multinacionales, entre otros, han ayudado en dicho proceso. A partir de los elementos anteriores los indígenas se desplazaron hacia las ciudades y desarrollaron métodos de re-creación y re-interpretación de sus prácticas sociales como mecanismo de adaptación social.

Esta investigación, por lo tanto, surge con el fin de entender dicho proceso de migración, a partir de los casos de las mujeres Wayuu y Kamèntsa que migran a centros urbanos para acceder a la educación superior. El objetivo es identificar los cambios y las permanencias en el proceso de construcción de la identidad de las mujeres indígenas, a partir de la influencia de las prácticas y vivencias que experimentan en el ámbito urbano y universitario. Al respecto es importante preguntarse: ¿qué caracteriza los procesos de formación de identidad dentro de sus comunidades de origen?, ¿cuáles son las experiencias a las que se exponen al ingresar a las universidades?, ¿qué prácticas caracterizan el proceso de inserción en la vida urbana?, y ¿qué tipo de tensiones surgen entre la formación dentro de sus

comunidades de origen y la que están desarrollando dentro del ámbito urbano y universitario?

Las mujeres indígenas Wayuu y Kamëntsa están migrando a la ciudad de Bogotá por su interés en capacitarse a partir de la educación superior, y por la necesidad de encontrar trabajo. Estos procesos de migración tienen diferentes matices: algunas mujeres migran solas y se encuentran de paso por la ciudad mientras terminan sus estudios a nivel superior; otras se establecen por un periodo más largo de tiempo, porque encuentran trabajo en la ciudad y construyen sus familias allí. Las indígenas escogen Bogotá como epicentro de su migración, porque les ofrece mayores posibilidades de acceso a la educación superior, al encontrar las mejores universidades, con sugestivos programas de ayuda a comunidades indígenas. Las indígenas al llegar a Bogotá, se enfrentan a nuevas condiciones socio-económicas y culturales, a complejos procesos de estratificación social, a la competencia académica y laboral, a altos niveles de desempleo, a nuevos bienes de consumo, así como a nuevos contactos con diversas etnias y culturas.

El problema de investigación se centra en los nuevos dilemas de la mujer indígena contemporánea que giran alrededor de los aspectos que influyen en la construcción de su identidad, en su auto percepción y comportamiento social, los cuales experimentan desde su llegada a Bogotá pues es ahí donde empieza a interactuarse con el nuevo ámbito urbano, universitario y laboral. Esta incursión implica contactos con múltiples costumbres y experiencias marcadas por la lógica de la modernidad, que se caracteriza por su creciente individualización, en la que la identidad se encuentra en permanente negociación con diferentes individuos e instituciones.

Dichas prácticas generan cambios en el proceso de construcción de la identidad que las indígenas venían desarrollando desde sus comunidades de origen y agregan nuevos elementos y facetas de identificación, así como también permanecen algunos aspectos de la identidad que venían desarrollando.

## **II. Identidad y migración: aproximaciones a sus concepciones**

La identidad, se entenderá como un proceso *relacional* al construirse a partir de la relación de los actores consigo mismos y con los demás, mediante las interacciones y circunstancias en las que se desenvuelven. Los medios urbanos, por lo tanto, favorecen su interacción al generar contactos con diferentes individuos, en los que se intercambian información, conocimientos y experiencias que van a nutrir las narrativas de identidad (Agier, 2000: 8). La interacción con el *otro* puede alterar el pensamiento, la personalidad, el comportamiento y los valores culturales constituyentes de la identidad del sujeto. Éste se encuentra permanentemente expuesto a diferentes espacios, temporalidades, conductas y concepciones del mundo: “La identidad [...] es resultado de un proceso histórico cambiante, dinámico, y sujeto a diferentes conocimientos y concepciones de la realidad social en la que vive el sujeto” (Cámara Barbachano, 1986:610).

La construcción de la identidad se entenderá de forma dinámica, como: “una producción que nunca está completa, sino que siempre está en proceso” (Hall, 1999: 131). La búsqueda es permanente, al no tener límites ni espacios definidos. La identidad no es una condición con la que el sujeto nace y tampoco es una esencia inmutable que permanece durante toda la vida, al contrario, es una construcción. Es un proceso de exploración permanente del *sí mismo* en relación con los demás, es

decir: “El sí-mismo no es una entidad pasiva [...]; en la constitución de sus auto-identidades, independientemente de sus contextos específicos de acción, los individuos aportan y promueven influencias sociales que son globales en sus consecuencias e implicaciones” (Giddens, 1996:34). Es un proceso auto-reflexivo en el que el sujeto encuentra semejanzas y diferencias con los demás que lo sumerge en contradicciones y dilemas. El sujeto no solo se enfrenta a influjos externos, sino que él también está generando una influencia frente a su entorno.

También se tendrá en cuenta el *modelo espejo* planteado por Maria de Jesús Buxó, el cual hace referencia a: “una perspectiva individuada de la identidad cuyas características se configuran en la relación y la definición propias.” (Buxó, 1990: 140). Este modelo se caracteriza por la capacidad del sujeto de establecer una estructura propia de sí mismo producto del proceso de reflexión que realiza a partir de su posición en el entorno cultural.

A su vez la identidad no es monotemática, sino que está constituida por diferentes dimensiones: la étnica, la familiar, la profesional, la académica, la de género y la de personalidad. Es relevante resaltar el peso de la dimensión étnica, ya que ésta da cuenta de la relación que los sujetos tienen con su comunidad de origen. La identidad étnica es el proceso mediante el cual el sujeto de forma individual se identifica como miembro de una comunidad cultural particular (Hutchinson y Smith, 1996:5). La etnicidad es la manera en que los sujetos en comunidad se consideran a sí mismos culturalmente diferentes a otras colectividades a partir de “un conjunto de características, prácticas y percepciones socioculturales que delimitan la existencia de colectividades humanas en una forma flexible y dinámica. Las características étnicas

surgen de prácticas sociales, culturales o simbólicas que buscan dotar a esa colectividad de autenticidad y de elementos de diferenciación frente a otros grupos y categorías” (Koonings y Silva, 1999: 5).

Al respecto Losonczy plantea que a pesar de la migración de su comunidad de origen, el sujeto o grupo se sigue identificando con muchos aspectos sociales y simbólicos de su cultura. A su vez se debe tener en cuenta “la comprensión de formas y representaciones particulares de supra-localidad y de supra-territorialidad en las que, sin embargo, se compartirían los mismos sistemas simbólicos” (Losonczy, 1997: 263). El sentimiento de pertenencia étnica sobrepasa las fronteras de la territorialidad, ya que a pesar de que el sujeto migra, la conciencia de identificación cultural se mantiene e interactúa con los nuevos valores, experiencias y situaciones con las que se enfrenta al llegar a un nuevo entorno.

La identidad de género es otra de las dimensiones que hacen parte del proceso de construcción de la identidad. La construcción de la identidad femenina comienza en los procesos de socialización con la familia, cuando la niña empieza a realizar las labores que le corresponden dentro del núcleo familiar. Estas funciones que desempeñan dependen del grupo socio-cultural al que pertenecen, quien es el encargado de crear un sistema de relaciones culturales que determinan el comportamiento masculino y femenino (Lamas, 1996: 12). El concepto de género se entenderá como: “una manera de entender el mundo simbólico, social y cultural que determina las relaciones entre los hombres y las mujeres y como una posibilidad de transformación de la identidad y las relaciones entre hombres y mujeres” (Suaza y Cotes, 2002:195).



En el siglo XIX cuando se consideraba que el comportamiento de hombres y mujeres estaba condicionado biológicamente, lo femenino y lo masculino eran categorías estables e inmutables. En el siglo XX, a mediados de la década de los sesentas, surge la noción de género que manifiesta que la identidad y las relaciones entre hombres y mujeres son construcciones sociales que pueden ser cambiadas y reconstruidas. La identidad de género no es una categoría estática y uniforme sino que, por el contrario, es un proceso en permanente construcción al estar expuesto a los cambios en las condiciones y representaciones históricas, sociales y culturales (Arango, León y Viveros, 1995: 25).

La construcción de la identidad se realiza en diferentes procesos de socialización por los que atraviesa el sujeto durante toda su vida. Se tendrán en cuenta dichos procesos como formas de incorporación del sujeto a la sociedad y los procesos de formación de subjetividad e identidad y de asimilación e interiorización de una cultura (Barreto y Puyana, 1996: 21). La socialización se entenderá como un proceso por el cual una sociedad transmite su legado de modo formal e informal a sus integrantes a partir de la familia o de otras instituciones. Es un fenómeno transtemporal, continuo, ubicuo, con múltiples agentes y autores y es multimediático (Restrepo, 1998: 60).

El sujeto lleva a cabo la construcción de su identidad entendida como: “la búsqueda, emprendida por el individuo mismo, de las condiciones que le permitan ser actor de su propia historia” (Touraine, 1997:65). El sujeto se construye a partir de lo que acepta por su propia voluntad y por la forma en que percibe la realidad en la que está inmerso. Por lo tanto, la construcción de la identidad es una actividad autónoma

y auto-crítica que se genera en una reflexión constante de interpretaciones, contradicciones y dilemas sobre sí mismo y los demás.

La migración se entenderá desde: “una perspectiva genuinamente histórica que analice los dos polos del proceso migratorio, la situación de origen y de destino y que no considere a los migrantes como víctimas de imperativos anónimos de aculturación, sino que los tome en serio como actores que afrontan, de manera activa y selectiva, las exigencias y ofertas de su nuevo entorno” (Lentz, 1997: 9). Los migrantes se enfrentan a un nuevo entorno socio-económico y cultural, a nuevas condiciones de vida en un contexto que les es desconocido. Donde interactúan con diversos sujetos con diferentes formas de pensar y actuar, e intentan crear nuevas relaciones de amistad y compañerismo. Se enfrentan, así mismo, a una discriminación étnica por las distintas concepciones que los habitantes urbanos tienen de ellos. Los migrantes reaccionan frente a estos nuevos retos creando diferentes estrategias de adaptación que les permiten interactuar en su nuevo entorno. Entre esos mecanismos de acoplamiento se encuentran el buscar sujetos de su misma condición étnica para desarrollar redes de solidaridad.

Se tendrá en cuenta la migración como un fenómeno donde intervienen diferentes variables: culturales, demográficas, políticas y económicas (Arizpe, 1978: 248). Se migra dependiendo del proceso histórico en el cual se esté inmerso, por factores que afecten la integridad y la supervivencia, y por intereses personales de superación. Migrar es más que un desplazamiento físico que implica alejarse del grupo social en el que se ha crecido: “es a la vez un advenimiento, un encuentro con lo desconocido, con lo diferente, con los retos del cambio y la adaptación. Migrar es un viaje de ida con la casa a las espaldas.” (Plata, 2000:129).

### **III. Wayuu y Kamëntsa: desafiando el tiempo**

Las comunidades indígenas han entablado una relación con el conjunto de la sociedad colombiana a partir de los diversos contactos y experiencias migratorias que han tenido con diferentes actores y culturas desde la época de la conquista española hasta el día de hoy. De esta manera los indígenas se han visto enfrentados a nuevos entornos socio-económicos y políticos, frente a los cuales han generando un intercambio de saberes entre la sociedad colombiana y sus valores culturales como mecanismo de adaptación social y como una manera de desafiar las barreras del tiempo y el cambio. Las comunidades Wayuu y Kamëntsa son un ejemplo de lo que está ocurriendo actualmente con las culturas indígenas en Colombia y la migración de sus mujeres a las ciudades evidencia las prácticas y vivencias que ellas experimentan en su interacción con el ámbito urbano frente al cual establecen conductas adaptativas que evidencian la relación que tienen con sus culturas de origen y con el nuevo hábitat metropolitano al cual han migrado.

Los Wayuu son una comunidad indígena que habita en la península de la Guajira, su lengua es el Wayuunaiki que pertenece a la familia lingüística Arawak. Su territorio tiene una extensión aproximada de 15.380 Km<sup>2</sup>, de los cuales 12.000 Km<sup>2</sup> corresponden a Colombia y 3.380 Km<sup>2</sup> a Venezuela. (Vergara, 1990:141). Los Wayuu hacen parte del Resguardo de la Alta y Media Guajira (1.000.000 de hectáreas) y el censo indígena de 1989 realizado por el Departamento de Planeación Nacional estimó la población Wayuu en 80.000 personas (Vásquez y Correa, 1993:226). El territorio étnico está conformado por clanes con significado totémico; actualmente, éstos no están localizados y se les encuentra dispersos por todo el

territorio. Los miembros de un clan comparten el mismo apellido, pero la mayoría de las veces no son parientes y están asociados a diferentes territorios. En un determinado territorio cada grupo de parientes uterinos tiene su asentamiento propio o ranchería, un cementerio y derecho de acceso al pozo local de agua (Vergara, 1990:143).

Las actividades de subsistencia de los Wayuu se centran en la recolección de leña, el pastoreo de chivos, la pesca, la caza, algunos cultivos de huerta, la venta de artesanías y el trabajo asalariado. Las mujeres usan mantas llamadas *ashéeni*, que son batas anchas de tela ligera, los hombres usan *wayuco* o *a'iché* sostenido por una faja, y calzan *wayreñas* que son unas sandalias con suela de cuero (Vergara, 1990:146).

Para los Wayuu otras actividades importantes son los entierros y la interpretación de sueños. En los entierros se hacen ceremonias especiales según la forma en que murió el difunto, y se realizan segundos entierros cuando se sacan los restos del difunto. La interpretación de los sueños hace parte de la vida cotidiana del Wayuu, ya que constituyen una forma de revelación de los acontecimientos futuros. (Maria del Mar Palacios, estudiante Wayuu de la U. N.).

La Piache u *Outsu* es un personaje importante entre los Wayuu, por lo general es una mujer que tiene la capacidad de establecer contacto con los seres causantes de enfermedades y maleficios para interceder en la curación del paciente, posee conocimientos de las plantas medicinales, lee el tabaco e interpreta los sueños (Maria del Mar Palacios, informante Wayuu estudiante de Odontología de la Universidad Nacional).

Un rito de paso muy importante de las mujeres Wayuu es el encierro, que se celebra cuando a la joven le sucede su menarquía y simboliza el paso de niña a mujer. Durante los días que permanece encerrada la joven, su madre y abuela le comentan cómo debe empezar a comportarse y le enseñan a tejer. Para las mujeres son importantes los tejidos, ya que a través de ellos plasman de manera simbólica su cultura. Alrededor del telar se generan charlas de mujeres de varias generaciones que comparten sus conocimientos, mientras tejen chinchorros, mochilas y fajas, entre otros. Yosusi Aguilar (informante Wayuu asalariada) comenta:

“Yo tuve el ritual del encierro, solo por dos meses, después me tocó estudiar. Me encerró mi abuelita quien me atendía., no me dieron comida por dos semanas, después me dieron solo chicha sin azúcar y nada salado. Yo salí distinta del encierro: me cortaron el pelo, mi piel estaba más blanca... era una mujer nueva. En el encierro me enseñaron a hacer mochilas y chinchorros; a comportarme como una mujer. El encierro es un símbolo de respeto hacia las mujeres wayuu, una forma de enseñanza particular que muestra cómo debes comportarte cuando pasas a ser mujer, es una guía para poder enfrentar la vida. A mi Mamá, por ejemplo, la encerraron por dos años sin que nadie la viera y así ella aprendió muchas cosas. Durante ese tiempo mi Papá conoció a mi Mamá, la enamoró y de ahí la sacó del encierro para irse a vivir con ella, pues en esa época la costumbre era que las mujeres cuando se casaban debían venir del hogar, de donde estaban encerradas. Actualmente los encerramientos no son tan largos, porque no se puede faltar a clases y la costumbre de esperar al futuro esposo, mientras se está encerrada, se ha perdido.”

La forma tradicional de matrimonio Wayuu se hace a través del *pago de la novia*, que es realizado en ganado, joyas o dinero que brinda el novio a los parientes de la esposa. Es una forma de agradecer las virtudes de la mujer y un acto simbólico de la alianza entre las dos familias. Al respecto Elisa Montiel (Wayuu, estudiante de Sociología de la Universidad Nacional) comenta lo siguiente:

“Entre los Wayuu el matrimonio se sella con el pago de la novia, con el cual el hombre está valorando el amor y el respeto de ella y de su familia. Mamá dice que con la dote está recompensando el derramamiento de sangre que la mamá de la novia tuvo al momento del parto y la primera menstruación de la muchacha.

Antes se pagaba con animales y artesanías, pero ahora se paga con dinero; actualmente se están pidiendo de 5 a 6 millones de pesos, pero si la mujer esta embarazada antes de casarse solo se da 1 o 2 millones.”

Actualmente, las prácticas del *encierro* y *el precio de la novia*, se han visto modificadas, en gran parte, por la influencia de la religión católica y la educación formal en escuelas y colegios. Muchas jóvenes no realizan la ceremonia del encierro y si lo hacen es durante un corto tiempo, debido a que no pueden faltar a clases por la amenaza de la pérdida del año escolar. Así como algunas mujeres empezaron a considerar como una práctica denigrante *el precio de la novia* como consecuencia del influjo católico y de la sociedad occidental que la ven como una forma de venta y ofensa hacia la mujer.

Los Wayuu se caracterizan por ser un grupo matrilineal, lo que quiere decir que la descendencia se transmite por línea materna. Los individuos que comparten el vínculo genealógico entre la madre y sus hijos, son parientes uterinos de carne, denominados apüshi, mientras el padre y sus hijos comparten la sangre y no la carne y se denominan oupayu. Cada wayuu tiene un clan de descendencia apüshi, de carne, que viene a ser el apellido materno. (Vergara, 1990:150). Al respecto comenta Elisa Montiel (estudiante Wayuu de Sociología de la Universidad Nacional):

“La cultura Wayuu es matrilineal, lo que quiere decir que nosotros llevamos el clan por la mamá. Por ejemplo, mi mamá, mi abuela y mi bisabuela son del clan Uriana, yo también y mi hijo será del mismo clan, porque las mujeres somos las que lo transmitimos. Si mis hermanos se casan con otra wayuu, ya el clan Uriana se pierde porque ellos toman el clan de la esposa. Los hijos tienen más contacto con la familia materna.”

La vida del Wayuu gira en función de los parientes uterinos o apüshi, la madre y la abuela materna juegan un papel trascendental en la educación de los hijos y nietos, al

transmitirles los conocimientos culturales e indicarles la forma en que deben comportarse. El tío materno igualmente desempeña una función importante en la crianza de sus sobrinos, al proporcionarles una buena educación y el bienestar que necesitan. Algunos tíos maternos cumplen la función de *palabrero* o *putchipü* que hace las veces de intermediario en los conflictos de su gente. El *palabrero* debe dominar el saber ancestral y tener buen manejo de la palabra para poder conciliar. (Vásquez y Correa, 1993:243). El padre también participa en la formación de sus hijos dándoles consejos, sin embargo es el tío materno al que sus sobrinos reconocen con más autoridad y respeto. Al respecto comenta Elisa Montiel (estudiante Wayuu de Sociología de la Universidad Nacional):

“Los wayuu vemos a la mujer y al tío materno como la autoridad, entonces se resalta más la importancia de la madre a través del clan y se deja a un lado al padre. Por eso los hijos tienen más contacto con la familia materna”.

Las mujeres Wayuu tradicionalmente se han desempeñado en el campo del tejido, del cuidado del hogar y en la crianza de los hijos. Actualmente, ellas siguen realizando las anteriores actividades, además de ser dueñas de sus propios negocios, de trabajar vendiendo sus artesanías y sus animales. Son las representantes legales de las Asociaciones o Cabildos Wayuu y muchas se capacitan en universidades e incursionan en el ámbito urbano como profesionales. Ellas son las encargadas de transmitir el conocimiento de la interpretación de los sueños a nuevas generaciones y la mayoría de Piache son mujeres que tienen la capacidad de curar. La Wayuu tiene su propio rito de paso expresado en la práctica del encierro y solo por ella se realiza el pago de la novia como una forma de resaltar el valor tan grande que tiene la mujer en esta cultura como madre, esposa y fuente de vida y reproducción cultural. Por esta

razón, los hombres no las involucran en conflictos y venganzas, sino que las protegen de cualquier agresión y daño que les puedan propinar. Elisa Montiel comenta al respecto:

“La mujer Wayuu es educada siempre para el hogar, para tener un esposo y para criar a los hijos, así como para saber todos los procesos del tejido. Ahora la mujer también tiene sus propios negocios, de artesanías o pequeños restaurantes y además sale a estudiar a las universidades. Muchas Wayuu tienen trabajos asalariados y son comerciantes, sobre todo las que viven en Venezuela. Las mujeres, en los Cabildos son las que manejan los recursos de las transferencias, pero el papel del palabrero, que lo hace el hombre, siempre se mantiene, a pesar de que la mujer sea la gobernadora. Muchas personas critican a estas mujeres, porque consideran que deben dedicarse al cuidado del hogar y de los hijos, en vez de trabajar. Los hombres, no colaboran con las labores domésticas, ellos se dedican al cuidado de los animales, a la pesca, a la construcción de las rancherías y algunas veces tejen sombreros.”

Los Kamëntsa son una comunidad indígena del Valle de Sibundoy – Putumayo, su lengua es el Kamëntsa y su población en el año de 1989 era de 3.489 habitantes, de los cuales el 49.25% eran hombres y el 50.75% eran mujeres (Comunidad Kamëntsa, 1989:18). El Valle de Sibundoy se compone de cuatro municipios (Sibundoy, San Francisco, Colón y Santiago) y tres Inspecciones de Policía. Hay dos cabildos en la comunidad kamëntsa: el de Sibundoy y el de la Vereda Las Cochas; cada uno tiene territorio determinado y su gobierno. Al Gobernador se le llama Taita y por lo general es un anciano respetado de la comunidad (Ordóñez, 2001:24).

Sus actividades económicas se centran en la agricultura, el ganado vacuno, la venta de artesanías y el trabajo asalariado. Los trabajos como la construcción de vías, puentes, casas y la preparación del suelo en la chagra son comunitarios y se realizan a través de las mingas. Una minga es un grupo temporal, organizado en cuadrillas de hombres y mujeres, que se reúnen para realizar un trabajo comunitario sin ninguna



obligación de reciprocidad (Pinzón y Garay, 1998:197-198). La chagra es un espacio de trabajo importante, donde se cultiva de todo un poco; barbacuano, coles, fríjol, maíz, arracacha, papa, cuna, entre otros. Allí transcurre la niñez acompañada de los relatos de las madres sobre su cuidado, uso y aspectos culturales. (Concepción Ortega, Kamëntsa, estudiante de Enfermería). El traje tradicional que usan se compone de falda con faja, adornos de chaquiras y blusa con bordados para las mujeres, para los hombres: cusma (falda negra), faja, adornos en chaquiras y sayo (ruana). Entre otras artesanías que fabrican están los adornos en chaquiras y bancos e instrumentos musicales en madera (Pinzón y Garay, 1998:204).

Los médicos tradicionales son por lo general hombres y se les llama taitas; tienen conocimiento de plantas medicinales con las cuales curan las enfermedades y son los encargados de llevar a cabo la ceremonia del yajé. Al respecto Clara Juagibioy (estudiante Kamëntsa de Medicina Veterinaria en la Universidad Nacional) comenta:

“Antes el taita cumplía la función de ser el sacerdote; era el consejero de la comunidad; curaba las enfermedades y todo el mundo lo respetaba. Ellos eran muy celosos con sus secretos y no le contaban a nadie sobre la preparación de sus remedios. Hoy se ha perdido el respeto hacia ellos, porque se ha tomado la medicina natural como una actividad comercial. Un taita de verdad es celoso con su conocimiento, no le gusta popularizarse. Mi bisabuelo sabe mucho de remedios, tiene su huerta y solo él tiene el derecho para entrar a manipular sus plantas, a hacer remedios caseros.”

Las tomas de yajé son importantes para la comunidad, aunque antes era un ritual masculino, hoy las mujeres hacen parte de la ceremonia, aunque les es prohibido cuando tienen la menstruación. Clara Juagibioy comenta:

“El yajé se toma con la intención de limpiar el espíritu, de votar la energía negativa y cargarse de energía positiva para seguir adelante. Se toma a media noche y durante el trance el taita canta de forma ceremonial. Después de haber expulsado lo malo, se hace una limpieza con la wuayra – sachá y otras plantas.

No estoy de acuerdo que el yajé se empiece a comercializar y se tome en las ciudades, así se convierte en una burla y para mi es una práctica sagrada.”

La comunidad tiene una gran festividad que se realiza el lunes antes del miércoles de ceniza denominada Carnaval o Clestrinje. El Carnaval reúne a la población indígena para celebrar el rito del perdón. Es una forma de reencuentro con familiares y amigos para compartir y olvidar los malos momentos (Ordóñez, 2001:26-27). Al respecto Rocío Chicunque( graduada de Gestión y Administración Ambiental de la Universidad Distrital) comenta:

“El gran día que es el lunes antes del miércoles de ceniza cuando se celebra el carnaval o Clestrinje. Ya llegado ese día se comparte con todos, más que todo con los que están a cargo del cabildo, con el gobernador, el alguacil y ellos ofrecen una comida a todos los miembros. En el carnaval se celebra el día del perdón, por ejemplo, si yo estoy brava con usted por algún motivo, entonces le pido disculpas y volvemos a ser amigos. También se reúnen familias, se piden perdón y bailan, toman y comen juntos. Sin embargo, para muchas personas el día del carnaval solo es ir a bailar, pues no conocen bien la tradición, ni el sentido del baile, ni el significado del perdón. Esa falta de información es más que todo en los jóvenes, porque los mayores si le tienen mucho respeto a la celebración.”

Actualmente, muchos jóvenes Kamëntsa están perdiendo sus valores culturales y asisten a la celebración del carnaval sin saber su significado, así como la mayoría de ellos no hablan la lengua, no se colocan el traje y no conocen a profundidad sus prácticas culturales. Situación que se debe al proceso histórico particular por el que ha atravesado esta comunidad y en gran medida a la gran influencia católica.

El tejido es una expresión simbólica y estética de la cultura, su elaboración está a cargo de las mujeres que mediante un telar vertical tejen sayos (ruanas) y fajas. La mujer Kamëntsa, tradicionalmente ha estado a cargo de las labores domésticas, de la educación de los niños y del cuidado de la chagra, sin embargo actualmente ella también realiza las actividades de los hombres, como es el caso de su ingreso al

trabajo asalariado para sostener a su familia. Algunas Kamëntsa han incursionado en el Cabildo ocupando puestos de Alguaciles y se han postulado como candidatas a Gobernadoras, espacio que antes era estrictamente masculino. Así como muchas mujeres se están capacitando profesionalmente y están trabajando en las ciudades. Al respecto comenta Angélica Chindoy ( Antropóloga Kamëntsa de la Universidad de los Andes):

“Las mujeres, por lo general, dentro de la comunidad, se han dedicado al cuidado del hogar, de los niños y de la chagra, pero cuando es necesario y el marido no aporta para el sustento del hogar, la mujer tiene que salir al jornal a trabajar y muchas veces le toca hacer ambos papeles, el de Madre y el de Padre. Mientras los hombres se dedican a los trabajos pesados que implican fuerzan, como cortar leña, construir la casa y abrir los huecos de la chagra. Sin embargo, las cosas han cambiado, por ejemplo, esta el caso de mis hermanos que se han casado y han construido su familia y por el hecho de que sean hombres no quiere decir que no vayan a barrer, a lavar o a cuidar a los niños. La mujer, por su parte, además de seguir a cargo del cuidado del hogar y de los niños, también trabaja asalariadamente, no solo porque el hombre no le ayude, sino porque ella quiere hacerlo por el bienestar de su familia. Además, también trabaja dentro de la comunidad por el bienestar de sus habitantes. La mujer también esta incursionando en el Cabildo, pues antes, ese era un espacio exclusivamente de los hombres y aunque hasta el momento ninguna ha quedado de gobernadora, si ha habido candidatas e incluso algunas mujeres han llegado a ser alguaciles. Actualmente, en mi comunidad, han salido más mujeres que hombres a estudiar en las universidades, pues antes solo los hombres eran los que iban a capacitarse.”

En las comunidades Wayuu y Kamëntsa se están generando cambios con respecto a las funciones que han desempeñado las mujeres indígenas tradicionalmente. Funciones que se encontraban más marcadas en la época de sus abuelos, donde existía una división sexual del trabajo en la cual: las mujeres se encargaban de las labores domésticas, el cuidado del hogar y la crianza de los hijos. Mientras los hombres eran los que se encargaban de los espacios relacionados con la producción agrícola, el cuidado del ganado y el trabajo asalariado. Actualmente, la mujer

indígena realiza las mismas ocupaciones de los hombres y se preocupa por profesionalizarse y abrirse nuevos espacios en las esferas políticas y económicas de la sociedad. Ellas además de incursionar en los espacios masculinos, capacitarse en universidades e incursionar en espacio laboral y profesional. También siguen manteniendo un alto grado de responsabilidad en el ámbito doméstico, en la educación de los hijos y en el cuidado de su esposo.

#### **IV. Indígenas urbanos**

Con respecto a la migración de indígenas a Bogotá, es importante resaltar los trabajos realizados por algunos investigadores sobre el tema. Fernando Urea y Fernando Puerto (1992) y Jairo Muñoz (1994), muestran cómo la comunidad Inga ha tenido un proceso histórico particular que la ha llevado a que se constituya en una “etnia diáspora”; gracias a los altos índices de migración de su población a nivel nacional e internacional que se iniciaron hace aproximadamente cuarenta años (Urea, 1992: 190). Los estudios de adaptación y sobrevivencia de los Ingas en Bogotá, se han centrado principalmente en sus prácticas curativas (Pinzón, 1989; Pinzón y Suárez, 1991) y en el trabajo informal ambulante (Urea, 1992; Pabón, 2003). Sin embargo, también se encuentran algunas investigaciones sobre: la práctica del consumo de yajé en Bogotá (Uribe, 2002), los niveles de escolarización urbana (Urea, 1992), la interacción entre género y etnicidad en la ciudad (Guevara, 1996) y sobre su identidad cultural (Muñoz, 1994; Suárez, 2001).

La población Inga migra a Bogotá para encontrar mejores condiciones laborales y educativas. En la dinámica urbana, utilizan como estrategia de sobrevivencia sus conocimientos como curanderos, para participar laboralmente en el sector informal como vendedores ambulantes de plantas y remedios medicinales, al tiempo que realizan consultas médicas en sus

puestos de venta o en los sitios de residencia. Otras de las ocupaciones son la venta de artesanías y el servicio doméstico en el caso particular de las mujeres. La comunidad Inga urbana se caracteriza por construir “un conjunto de redes familiares y de compadrazgo” que se extiende desde las ciudades hasta los sitios de origen e incluso al exterior, comprendiendo países como: Venezuela y Panamá (Urrea y Puerto, 1992:189).

Jazmín Pabón con su investigación sobre los vendedores ambulantes inganos en Bogotá plantea que las calles donde se desenvuelve la actividad comercial informal, son para los inganos un territorio que se convierte en espacios subjetivados de interacción social a los cuales les adjudican un sentido de pertenencia particular. (Jazmín, 2003:149-152). La venta ambulante de productos curativos es un espacio que están ganando las mujeres inganas con sus conocimientos de las plantas medicinales, así como el trabajo asalariado a partir del servicio doméstico, ámbitos que antes eran exclusivos de los hombres (Guevara, 1996:25). Los taitas Ingas también migran a Bogotá para difundir sus conocimientos curativos, entre ellos la toma de yajé que se ha constituido en una práctica de moda entre la población urbana. (Uribe, 2002:6). La mayoría de la población Inga residente en Bogotá ha continuado con el proceso de auto-identificación con su etnia, conservando sus costumbres y su lengua: Al respecto, Jairo Muñoz expone que los estudiantes indígenas universitarios están comprometidos con reforzar los aspectos culturales de su etnia en el contexto urbano (Muñoz, 1994:187).

Además de los trabajos realizados en torno a la migración de los Ingas, también se encuentran investigaciones de otras etnias que migran y residen en Bogotá, como el estudio realizado por Luisa Fernanda Sánchez (2004) sobre las comunidades Uitoto, Muinane, Nonuya, Andoque y Bora, de la región del Medio Caquetá y la Chorrera. La investigación gira en torno a los nuevos desarrollos y manifestaciones de la

identidad étnica de dichos grupos indígenas en Bogotá.<sup>1</sup> Otras investigaciones realizadas sobre grupos étnicos que residen en Bogotá son los desarrollados por Luis Eduardo Wiesner (1996) sobre la constitución del Resguardo de Cota, al realizar un estudio etnohistórico de la creación del resguardo Muisca y su supervivencia actual. A su vez el trabajo de Carlos Durán (2004) sobre los procesos de recuperación Muisca en la ciudad, en el Cabildo de Bosa, que se constituye en un discurso de un nuevo movimiento social, étnico y urbano.

En los estudios anteriores se nota la falta de profundización en el tema de la situación de la mujer indígena contemporánea a partir de la migración y su búsqueda de la educación superior. Así mismo, el papel de la mujer indígena ha sido poco tratado en la literatura antropológica y los escasos estudios que hay sobre el tema se relacionan con los sistemas de división del trabajo, el parentesco y los patrones de crianza dentro de su comunidad. Con esta investigación se pretende aportar al estudio de las nuevas dinámicas que atraviesan las comunidades indígenas contemporáneas. Así como ofrecer mayor información sobre la heterogeneidad de posiciones, prácticas y experiencias de las mujeres indígenas; no sólo en sus comunidades de origen, sino también en los centros urbanos, donde participan del ámbito universitario, profesional y laboral. Al desarrollar el problema de la investigación, se busca presentar la identidad como un proceso en constante construcción, no estable, ni esencialista; al

---

<sup>1</sup> La migración a la ciudad está constituida por líderes indígenas que trabajan en las organizaciones indígenas, jóvenes que acceden a la educación superior, mujeres que trabajan en el servicio doméstico, hombres que incursionan en trabajos de construcción y vigilancia y curanderos que ponen en práctica sus conocimientos curativos. Lo cual se refleja en la constitución de una “comunidad de paisanos” en la ciudad, basada en redes sociales de un origen étnico común. En estas redes se fortalecen los lazos de solidaridad, de ayuda y protección y sus miembros interactúan entre sí en diferentes espacios (Sánchez, 2004:56-60, 155-156).

contrario, dinámico y sujeto a cambios y contradicciones. Con ello se aporta información para avanzar en el estudio de la situación de la mujer indígena contemporánea y contribuir en los trabajos sobre indígenas en ámbitos urbanos; que muestren su faceta como habitantes de la ciudad.

#### **V. Historias de vida: tejiendo narrativas de identidad**

La aproximación a la construcción de la identidad de las mujeres indígenas hace necesario conocer la historia de vida de cada una. Estas historias permiten apreciar el conjunto de prácticas y vivencias experimentadas, para construir su identidad y su historia personal. Las historias de vida requieren que el sujeto haga uso de su memoria para reconstruir su vida de la manera que mejor le parezca seleccionando momentos y experiencias que le parecen fundamentales, ocultando otras que no le parecen relevantes o le son dolorosas de recordar. El sujeto está mostrando mediante su narración la concepción que tiene de sí mismo y su entorno sociocultural, lo cual ofrece la posibilidad de conocer los procesos de construcción de su identidad. Las mujeres indígenas, con la narración que hacen de sus vidas; están relatando su propia historia; la de sus comunidades; su cultura y los lugares donde han vivido.

Este trabajo pretende dar cuenta de las historias de vida que ellas mismas fueron tejiendo de sus experiencias en su educación familiar y escolar en las comunidades de origen; en el ámbito universitario; en el contexto urbano de Bogotá y en el área laboral. Por lo tanto en esta investigación se hizo un análisis de las narrativas de las experiencias de las mujeres indígenas, a partir de las cuales se pudo percibir el proceso de construcción de sus identidades. Por esta razón se utilizó un estilo de escritura fluido que expresara el dinamismo característico del proceso de

construcción de la identidad de las mujeres indígenas y que al mismo tiempo permitiera, por medio del carácter narrativo y descriptivo del trabajo, dar a conocer de forma clara y dinámica las experiencias, prácticas, dilemas y transformaciones que ellas experimentan en su incursión en el ámbito urbano, universitario y laboral de Bogotá.

Esta investigación se desarrolló a partir del trabajo de campo en el área urbana, queriendo mostrar que no es necesario desplazarse a las comunidades de origen para conocer aspectos de sus identidades. El trabajo se realizó, analizando catorce historias de vida, siete de ellas de la comunidad Kamëntsa y siete de la comunidad Wayuu. De las conversaciones que se realizaron para reconstruir sus historias de vida, se obtuvieron de dos a seis casetes (de 60 minutos) por cada una, para un total de 42 horas de grabación. Se realizaron sesiones de dos a cuatro horas en diferentes días de la semana y meses del año. Las entrevistas iniciaron en enero del 2004 y terminaron en septiembre del mismo año, debido al poco tiempo que ellas disponían por sus diferentes actividades cotidianas. Del total de las mujeres, seis realizan sus respectivas carreras en universidades públicas, privadas, en corporaciones y fundaciones universitarias. Cuatro son profesionales e incursionan dentro del campo laboral y las últimas cuatro no son universitarias aunque están trabajando en Bogotá. La elección de dos comunidades diferentes se hizo para mostrar la influencia de los factores culturales en la construcción de sus identidades. Se optó por cambiar los nombres de las participantes en esta investigación, para brindarle confidencialidad a sus relatos.



Esta tesis se encuentra distribuida de la siguiente manera: El primer capítulo concentra las experiencias vividas en el ámbito universitario, donde se realiza una mirada de la mujer colombiana en la Universidad, así como su ingreso a la misma. También se abordan sus experiencias en los estudios de primaria, secundaria y los programas de etnoeducación que se adelantan en sus comunidades. Se tuvo en cuenta el proceso de selección de la carrera, los inconvenientes en su proceso de adaptación, recomendaciones al Sistema Universitario y su panorama futuro. El segundo capítulo relaciona los aspectos del ingreso al campo laboral de las egresadas, con las experiencias de la profesional ante su comunidad. Se tuvo en cuenta el espacio laboral como posible vía de acceso a la educación superior, para las indígenas que actualmente se encuentran trabajando en Bogotá sin ningún título profesional.

El tercer capítulo describe el ingreso a la vida urbana, donde la ciudad se aprecia como punto de encuentro de culturas. Se observó el manejo de su tiempo libre, las relaciones extracurriculares que establecen, las reflexiones sobre su comunidad, sobre sus vidas, la influencia de los medios de comunicación y la construcción de un nuevo estilo de vida en la ciudad. El cuarto capítulo se centra en las tensiones entre la formación que han tenido en sus comunidades de origen y la realidad en que están inmersas en el medio urbano y universitario. Se analizan los dilemas de identidad que se les presentan, las tensiones entre un pasado vivido en sus comunidades y un presente que están construyendo en la urbe, en los centros de estudio y sus campos profesionales.

A continuación se presentará a cada una de las informantes, quienes con sus historias de vida nutrieron la realización de esta investigación:

Clara Juagibioy

Kamëntsa del Valle de Sibundoy, tiene 23 años y es la mayor de cinco hermanos. Cursa sexto semestre de Medicina Veterinaria en la Universidad Nacional de Colombia. Una expectativa a futuro es formar una Asociación con amigos indígenas que trabaje la problemática de sus comunidades; y regresar a Sibundoy para realizar el sueño de su madre: tener una parcela cultivada y reforzar aspectos culturales de su comunidad. Si le es posible, le gustaría realizar una especialización en ginecología veterinaria.

Maria del Mar Palacios

Wayuu del Cabo de la Vela, tiene 25 años, del clan Ipuana, es la menor de cinco hermanos. Estudia sexto semestre de Odontología en la Universidad Nacional de Colombia. Cuando termine sus estudios quiere volver a su comunidad, trabajar con ellos en la salud oral de la comunidad. Le gustaría hacer una especialización y lograr encontrar un trabajo en la Secretaría de Salud.

Mariana Pasuy

Kamëntsa del Valle de Sibundoy, tiene 19 años y es la quinta de seis hermanos. Cursa tercer semestre de Trabajo Social en la Universidad Externado de Colombia. Para su futuro planea regresar a su comunidad y ayudar en lo que pueda; también le gustaría continuar estudiando o hacer una especialización en Comunicación Social.

Elisa Montiel

Wayuu de Nazaret, tiene 33 años, del clan Uriana y séptima de once hermanos. Esta cursando el último semestre de Sociología en la Universidad Nacional de

Colombia. Al finalizar sus estudios quiere regresar a su comunidad para presentar proyectos que beneficien su comunidad.

*Concepción Ortega*

Kamëntsa del Valle de Sibundoy, tiene 25 años y es la mayor de seis hermanos. Con su esposo, campesino de Quillasinga, tiene dos hijos, una de cuatro años y uno de un año y medio. Se encuentra realizando el último semestre de Enfermería en la Fundación de Socorristas Desarrollo y Acción (FUSDESA), al mismo tiempo está realizando un curso en la Universidad Javeriana como auxiliar de consultorio odontológico. Cuando termine sus estudios quiere devolverse a la comunidad para ayudar en el área de la salud, para reencontrarse con sus hijos y esposo de los cuales se alejó para realizar sus estudios en Bogotá.

*Adelaida Uriana*

Wayuu de Bahía Honda, tiene 27 años; del clan Uriana y es la menor de cinco hermanos. Ahora concluye su tesis para graduarse de Idiomas y Negocios Internacionales de la Corporación Universitaria (CUN). Sus objetivos son trabajar en su comunidad, para lo cual ya ha conformado una fundación para niños indígenas, “Torash Tepiche: por una niñez indígena feliz”, con otras compañeras Wayuu. Está buscando la posibilidad de conseguir una beca con las Naciones Unidas para hacer una especialización en Derechos Humanos.

*Angélica Chindoy*

Kamëntsa del Valle de Sibundoy; tiene 25 años y es la menor de diez hermanos. Es Antropóloga de la Universidad de los Andes y ha trabajado como profesora en una escuela y un colegio de Puerto Asís, como asistente del proyecto de reactivación de

lenguas indígenas que dirigía una ONG en el Putumayo, también como asistente en un proyecto sobre comunidades indígenas en el Cider y actualmente trabaja en el Plan de Vida de su comunidad. Piensa enviar los papeles necesarios a una convocatoria de becas que organizó la Universidad de los Andes, para hacer una especialización.

#### Lucero Ipuana

Wayuu, nació en Maicao, tiene 34 años y es la tercera de nueve hermanos. Se graduó en Derecho en 1997 y obtuvo su tarjeta profesional en 1999 de la Universidad Libre. Trabajó como Asistente 2 en la Unidad Legislativa UTL, luego en La Relatoría del Senado y actualmente es Asistente Legislativo en Leyes del Senado. Es dueña de un restaurante de comida típica Wayuu llamado Kaipa; es madre de dos hijos, uno de cinco años y otro de cuatro años, los cuales ha criado junto con su esposo que es guajiro. Colabora asesorando a los Wayuu, en especial a su hermana, quien es la representante legal del Resguardo Indígena de Autoridades Tradicionales Wayuu de Unapuchón. Le gustaría realizar una especialización en derecho administrativo.

#### *Rocío Chicunque*

Kamëntsa del municipio de Sibundoy, tiene 27 años y es la séptima de diez hermanos. Se graduó en Tecnología de Gestión Ambiental en el 2001 en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Ese mismo año entró a estudiar en el mismo plantel Administración Ambiental y se graduó en abril del 2004. Vive en Bogotá con el papá de su hija de cinco años, un indígena Curripaco. Ha trabajado con la Corporación Corpoamazonia, en estudios ambientales para elaborar el plan de vida de la comunidad Inga y Kamëntsa. También con la Organización Zonal del Putumayo (OZIP), diagnosticando los resguardos y territorios indígenas. Actualmente se

encuentra buscando trabajo y tiene una posibilidad de trabajar en un convenio entre Corpoamazonia y la OZIP.

*Esperanza Epiayú*

Wayuu de Punta de Coco, tiene 34 años, del clan Epiayú y tiene diez hermanos. Es madre de tres hijos de nueve, ocho y un año y medio. Vive en Bogotá con ellos y con su esposo de Nariño. Se graduó de Diseño Textil en la Corporación Universitaria UNITEC, trabaja asesorando a un grupo de artesanas Wayuu. Está vinculada a la Organización Nacional de Indígenas de Colombia (ONIC) hace nueve años, allí ha estado encargada del área de mujer y de educación. Organizó eventos como el Taller Nacional de Mujeres Indígenas y otros de capacitación para comunidades indígenas en la Zona Norte Colombiana. Ahora trabaja con la fundación Ouliwoü que ella creó y se concentra en la capacitación y comercialización de artesanías Wayuu. Tiene pensado entrar a estudiar derecho el próximo año en la Universidad Autónoma.

*Mariela Miticanoy*

Kamëntsa del Valle de Sibundoy, tiene 27 años y es la mayor de once hermanos. Llegó a Bogotá en 1995 ha trabajado como empleada doméstica interna, terminó su bachillerato en el Instituto Heisenberg, realizó un preuniversitario para ingresar a la Universidad Nacional pero no ha pasado el examen. Su objetivo es ahorrar para poder estudiar Trabajo Social, Antropología, o Derecho en la Universidad Nacional.

*Rosario Epiayú*

Wayuu de Barrancas, tiene 22 años y es la tercera de cuatro hermanos. Realizó un curso de Sistemas en el SENA del Atlántico y emigró a Bogotá a los 17 años. Empezó trabajando en una tienda naturista y desde hace cinco años se vinculó a una

empresa de plásticos. Allí empezó en el área de producción y ahora es asistente del jefe en el área de archivo. Mientras trabajaba hizo un curso de comida macrobiótica y vegetariana en el Instituto Renacer, un curso de secretariado bilingüe en el Instituto Meyer, en el cual está realizando actualmente un curso de inglés. Su objetivo siempre ha sido estudiar sicología, ahora está ahorrando para poder estudiar en la Universidad Nacional o en una universidad privada.

Carmela Narváez

Kamëntsa del Valle del Sibundoy, tiene 21 años y es la cuarta de nueve hermanos. Llegó a Bogotá a los 17 años, terminó su bachillerato en el Instituto Heisenberg y ha trabajado siempre como empleada doméstica interna. Su meta es ahorrar para estudiar Medicina en la Universidad Nacional, si no lo logra quiere hacer un curso de sistemas o de secretariado.

Yosusi Aguilar

Wayuu de Fonseca, tiene 17 años, del clan Epiayu y es la tercera de ocho hermanos. Arribó a Bogotá en el 2002, a los quince años y terminó su bachillerato en el Colegio Distrital Palermo. Inició su labor como empleada doméstica y ahora trabaja en un jardín infantil bilingüe cuidando a los niños. Quiere conseguir un trabajo como secretaria, porque se siente capacitada gracias a un curso de sistemas que realizó en la Guajira. Su meta es estudiar Derecho, quiere ahorrar y pagar sus estudios. Aunque se presentó a la Universidad Nacional no pasó y piensa seguir intentándolo.

Con esta investigación se espera mostrar que las mujeres indígenas al migrar a Bogotá generan dilemas de identidad que se manifiestan en las tensiones entre los valores culturales

impartidos por la familia y la comunidad; y los valores y conocimientos occidentales que acumulan en sus experiencias en el ámbito urbano, universitario y laboral. Esos dilemas se reflejan en cambios y permanencias que hacen parte del proceso de construcción de identidad; permanencias que se aprecian en la identidad étnica, ya que conservan el sentido de pertenencia a su cultura que les permite diferenciarse de los demás. Su sentir indígena ha sobrepasado la dimensión territorial, porque aunque no se encuentren en sus comunidades de origen, esto no les ha imposibilitado identificarse a sí mismas como miembros de su cultura.

El proceso de construcción de la identidad agrega nuevas facetas a su personalidad que han desarrollado en la ciudad. En el contexto urbano, universitario y laboral ahora sienten que son independientes y autónomas. Se consideran menos tímidas y más abiertas en sus relaciones con los demás, también piensan que han aprendido de las vivencias que han experimentado en la ciudad, ya que les han servido para ampliar sus expectativas de vida. La identidad de género es modificada al migrar, en la medida en que las funciones que desempeñaban dentro de sus familias y la crianza que les dieron enfocada a ser buenas madres y esposas, se complementa en Bogotá al introducir nuevas facetas a sus vidas, como ser mujeres universitarias, profesionales y trabajadoras, aspectos que amplían sus horizontes de auto-realización. La mujer indígena contemporánea ya no solo se construye a sí misma como madre y esposa, sino como estudiante universitaria, profesional y trabajadora fructífera.

**ELISA MONTIEL Y MARIA DEL MAR PALACIOS**  
**Estudiantes Wayuu de la Universidad Nacional**



**Elisa Montiel(a la izquierda) estudia Sociología en la Universidad Nacional y Maria del Mar Palacios(a la derecha) estudia Odontología en la misma Institución. Se encuentran en las Residencias 10 de Mayo de la Universidad donde se conocieron cuando llegaron a Bogotá.**



**ANGÉLICA CHINDOY**  
**Antropóloga Kamëntsa de la Universidad de los Andes**



**Angélica Chindoy (a la derecha) se graduó como Antropóloga de la Universidad de los Andes. Se encuentra con una amiga en las Residencias Femeninas manejadas por el Ministerio del Interior donde vivió cuando era estudiante de Antropología.**

## 1. INCORPORACIÓN EN EL ÁMBITO UNIVERSITARIO

### “Primero mi Mamá, segundo mi Mamá y tercero mi Mamá”

“Soy María del Mar Palacios, Wayuu, tengo 25 años, del clan Ipuana en el Cabo de la Vela. Estudio quinto semestre de Odontología en la Universidad Nacional. Mi primera escuela era privada, se llamaba Escuela San Rafael. Terminé la primaria en la Escuela rural mixta de Hato Nuevo (no católica) donde era prohibido hablar la lengua ya que creían que uno los insultaba. Allí Ingresé a los 7 años y terminé a los 11. En ese tiempo éramos discriminados, nos consideraban una plaga y nos ridiculizaban. En el colegio nos decían: “indios cochinos y piojosos”, “indios salvajes de monte”. Tuve muchos choques con compañeros, ya que no me avergonzaba de ser Wayuu. Les decía que ser indígena era bonito: uno contaba con el privilegio de hablar dos lenguas. En la primaria a uno le querían hacer sentir que su cultura era ridícula, intentaban avergonzarte, pero yo siempre defendí mi cultura. Me sentía muy bien porque no tenía nada que envidiarle a ellos, pues conocía muchas cosas sobre ellos. Cuando me desarrollé no pudieron hacerme todas las ceremonias, como el ritual del encierro de la majanyura, porque estaba en el colegio. La parte cultural chocaba con la educativa: no podía perder clases. No podía sacrificar mi año escolar; a pesar de eso, soy conciente de cómo se hace el encerramiento.

La secundaria fue en La Normal Indígena de Uribia, empecé a los 12 años y terminé a los 18. Allí estudié seis años interna y fue donde más fortalecí la parte cultural, ahí aprendí cosas que no me sabía. Por ejemplo, teníamos profesores que nos enseñaban la cultura Wayuu y a leer y escribir en Wayuunaiki. Lo que uno no había aprendido en la casa, lo aprendía en el colegio. Por ejemplo, el Piache, que es el médico, a veces yo lo veía en la casa pero no sabía por qué, entonces en la Normal le aclaraban a uno las dudas que tenía de lo que había visto en la casa. En la Normal no sentí ningún tipo de discriminación por parte de mis compañeros y profesores. En la comunidad además de los internados católicos y las Normales, hay colegios bilingües que son un cambio muy favorable para nuestra cultura. En los internados o los colegios religiosos era un pecado hablar la lengua, pero cuando surgieron los colegios bilingües; ya no teníamos que continuar callados o limitados en nuestro hablar. Se abrieron las puertas a una visión más amplia de nuestra cultura, para fortalecerla y que no se perdiera. Aunque nos tenían en cuenta, también había gente que pensaba que era mejor que los niños se civilizaran, hablaran español y fueran a los colegios religiosos. Por eso muchos jóvenes no quieren hablar Wayuunaiki: les da pena. Con el tiempo los papás se dieron cuenta que los colegios bilingües eran una buena alternativa para reforzar la cultura de sus hijos.

Al terminar el bachillerato quería estudiar odontología en la Nacional, pero no me pude presentar el examen, pues me enfermé. En la Normal me dieron una beca en Santa Marta y allí estudié Gestión Pública con énfasis en Proyectos de Inversión Pública. Terminé esa carrera, pero en su ejercicio sentí que no era lo mío. Decidí venirme para Bogotá y llegué en julio del 2001 y empecé un pre-universitario para pasar el examen de la Universidad Nacional. Elegí la Nacional porque le brinda muchos beneficios al indígena y nos consideran una riqueza, uno se muestra como es y es aceptado. Elegí Bogotá, porque en Santa Marta no existía la facultad de Odontología. Además en casi todas las ciudades de la Costa discriminan al indígena, lo aíslan por ser diferente; no hay una forma de convivir en armonía con ellos. En Bogotá hay otras culturas, se comparte con otra gente y uno no se siente discriminado, sino con un lugar propio.

Elegí Odontología por decisión propia, yo veo que los Wayuu no le prestan mucha atención a la salud oral. Ellos tenían dientes muy fuertes, pero debido a la alimentación actual

que tiene muchos químicos, se han disparado los casos de caries y la pérdida de piezas dentales, aun a temprana edad. Siempre he pensado que uno puede llegar a la vejez con los dientes completos y a mí como odontóloga me gustaría ayudar a que eso pase. Pienso mucho en ir a servir a la comunidad cuando termine mi carrera. Cuando voy en vacaciones, hago reuniones en la comunidad para informarles sobre salud oral y mi año rural pienso hacerlo en mi comunidad. Entré a la Universidad Nacional en el segundo semestre del 2002, por medio del Programa PAES. Desde el principio, me di a conocer como indígena y eso me ha abierto mucho las puertas. Siento que por ser diferente también me acogen mucho: les gusta que yo les hable de mi cultura. Cuando hay una actividad donde se da la oportunidad de hablar sobre la parte social, yo hablo de mis costumbres. He sido buena estudiante, tanto que ahora soy la representante de mi semestre y siento que me he ganado la admiración de mis compañeros y profesores. En general me siento muy bien en la Universidad y cuando hay una actividad dentro de ella, nosotros los Wayuu siempre participamos mostrando nuestras costumbres, danzas, traje, y comidas típicas.

Al principio fue duro, primero porque uno no conoce a nadie y segundo, se me dificultó mucho lo de la parte académica; me tocó esforzarme mucho, por mi falta de preparación escolar. Yo veía que mis compañeros tenían el nivel adecuado y me sentía mal al principio, me sentía impotente y creía que no servía para la Odontología. Gracias a Dios no perdí ninguna materia. Entonces yo me esforcé y en tercer semestre me di cuenta que ya estaba al nivel de todos, ahora estoy dentro de los mejores estudiantes. Aunque me da miedo no encontrar pacientes para la práctica, debido a la desconfianza que sienten porque uno es un practicante que no ha terminado la carrera. No he tenido problemas económicos en estos últimos semestres, mi mamá colabora. Además llegué un semestre antes de estudiar y tuve la oportunidad de conocer muchos amigos de la Guajira, que son acogedores y te tratan como familia. Me ayudaron con todos los papeles que tenía que llenar para entrar a la universidad. Extraño mucho a mi mamá, el compartir con ella me hace falta. También extraño la comida, aquí no se come mucho pescado. Añoro la tranquilidad, aquí la vida es muy agitada, y sobre todo mi chinchorro.

Me enfermé de gripa en vacaciones y hace poco me enfermé de gastritis de tanto estrés de la Universidad. Aquí no le dan a uno las cosas en bandeja de plata, sino que solo te dan las bases necesarias para desempeñarte solo siendo independiente. Mientras que en la cultura Wayuu uno tiene a alguien de la familia o de la comunidad que siempre está pendiente de uno ayudándolo en todo. Me parece que en la universidad solo tienen en cuenta al indígena cuando hay un evento cultural. Me gustaría que al indígena se le tuviera en cuenta en todas las actividades de la universidad.

Cuando llegué a Bogotá viví con un primo abogado de la Nacional, ahora vivo en las residencias 10 de mayo de la Nacional. Comparto el apartamento con una paisa y otra Wayuu. Hemos convivido bien hasta el momento, porque estudiamos la misma carrera y somos tranquilas y respetuosas. Entre todas hacemos mercado y nos turnamos para cocinar. Por ser indígena el costo de la matrícula es mínimo: yo pago \$30.000 y por el arriendo \$ 73.000. El adaptarme a la ciudad no fue difícil, pues ya tenía conocimiento de la ciudad porque había vivido 3 años en Santa Marta, lo único era el frío, lo grande y agitada. En las Residencias conocí más gente, sobretodo Wayuu. Íbamos a fiestas, a cine y en el edificio hacíamos reuniones. Ahora que estoy en quinto semestre hay más carga académica y prefiero quedarme estudiando. Siempre al principio y al final del semestre, aprovecho para salir con ellos. Con mis compañeros me la llevo bien, y solo tengo una buena amiga bogotana. Cuando termine quiero trabajar en la comunidad y luego hacer una especialización, para tener un cargo alto en la Secretaria de Salud y poder ayudar. El indígena en el área de la salud está abandonado, no tiene seguro médico y no cuenta con buenos centros de salud.”

### “Retomar el sueño de mi Madre”

“Soy Clara Juagibioy, Kamëntsa del Valle de Sibundoy, tengo 23 años, Estudio sexto semestre de Medicina Veterinaria en la Universidad Nacional de Colombia. Entré a los 5 años a la Escuela Anexa a la Normal en Sibundoy de Hermanas Franciscanas, estuve ahí hasta terminar mi primaria. Mi secundaria fue en el Colegio Champagnat de las Hermanas Maristas y me gradué a los 17 años. Mi madrastra me cuenta que aprendió a hablar castellano en la escuela de Padres Capuchinos, que los discriminaban y les decían a los indígenas que hablaban un idioma de cerdos, que eran unos indios cochinos y les pegaban para que aprendieran el castellano. Los discriminaban por la forma de vestir, porque iban con el traje, entonces para entrar a estudiar los obligaban a ir en uniforme. El colegio fue una experiencia traumática para ellos.

En la época en la que estudié, gracias a Dios, le caí muy bien a mis compañeros. Aunque me daba cuenta que las niñas indígenas eran muy sumisas y cerradas para relacionarse. A ellas si les decían cosas como “indias piojosas y cochinas”. Los colegios donde estudié no eran bilingües, pero a mi me parece muy importantes la educación que en ellos brindan, porque les enseñan a los estudiantes conocimientos occidentales y les refuerzan el conocimiento de su cultura. No estoy de acuerdo con los funcionarios no preparados eficientemente del colegio, ya que el rendimiento académico es bajo. No hay una buena calidad de educación y es poco probable que quien estudiara en un colegio bilingüe lograra entrar a la Universidad. La mayoría de las personas de la comunidad no piensan igual y por eso hay más niños estudiando en los colegios religiosos que en los bilingües, y no debería ser así.

Antes de graduarme me presente a la Universidad Nacional a Medicina, pero no pasé y eso fue traumático, porque siempre fui muy buena en el colegio y no entendía por qué no había pasado. Después de haberme graduado ingresé al Instituto Universitario del Putumayo y estudié por dos años Administración y Contabilidad Sistematizada, mi horario era nocturno, de 6:00pm a 10:30pm. Para esa época me tocó encargarme de mis hermanos y de las labores del hogar en la mañana. Estudiando en el Instituto, me volví a presentar a la Nacional a Medicina Veterinaria y pasé. Me alegré mucho, porque ya estaba aburrida de la rutina que llevaba y quería estudiar la carrera que me gustaba. Mi gran ilusión era estudiar Medicina General, mi estrategia era pasar a Medicina Veterinaria y después pasarme a Medicina. Pero después de empezar Veterinaria me di cuenta que la carrera era bonita y tomé la decisión de seguir. Estoy muy contenta con ella.

Yo llegué a Bogotá en el segundo semestre del 2001 a estudiar. No quería venir a Bogotá, me hubiera gustado estudiar en Medellín o en Manizales por el clima. Pero me tocó Bogotá, porque la carrera la daban acá y en la Nacional dan apoyo económico con el programa PAES. Gracias al préstamo beca de este programa ingresé a la universidad, al principio daban el préstamo de un salario mínimo para sostenerse acá, pero cuando entré solo dan un préstamo del 50% de un salario mínimo. Pago \$23.000 que es la matrícula mínima y cuando termine tengo el compromiso de trabajar con la comunidad durante tres años para que me condonen la deuda. Si no, le dan un año para pagar en efectivo el préstamo. Se tiene que mandar una constancia del cabildo que ratifique el trabajo que uno está haciendo dentro de la comunidad. Llegar a Bogotá fue muy difícil, fue un choque de culturas muy grande. Nunca había salido de mi casa sola, tan lejos y por tanto tiempo. Aunque había unos primos míos acá, no era lo mismo que estar con mi papá y mis hermanos. La contaminación me dio duro, estuve enferma y me dio faringitis varias veces. En la parte académica también fue duro, porque el nivel de educación que yo traía era pésimo. Tratar de nivelarme fue pesado, en el

primer semestre solo pasé el tercio de las materias que veía. Fue muy difícil estar al mismo ritmo y mi metodología de estudio no era buena al principio. Me sentía muy sola, me deprimía mucho, emocionalmente me encontraba muy mal y eso influía en mi desempeño académico.

Económicamente no he tenido problemas, gracias a Dios un tío de mi mamá es el que nos colabora a mí y a mis hermanos con los gastos; él lo hace como agradecimiento a mi mamá que le ayudó a salir de jornalero para convertirse en un médico ginecólogo. Extraño a mi familia, mis costumbres, la comida y mis amigos. Volver a hacer amigos en otra parte es difícil y nunca van a llegar a ser tan cercanos como los que tenía allá. También extraño mucho mi vida aquí en Bogotá cada vez que voy a Sibundoy, antes no quería estar ni un segundo acá, ahora cuando me voy de vacaciones extraño esta ciudad. Allá a mi papá no le gusta que uno salga y lo reprime en muchas cosas, mientras aquí en Bogotá yo llevo una vida independiente que me gusta mucho. Hago lo que me gusta: amo mi independencia. Mi refugio al llegar acá fue mi prima, que estuvo conmigo siempre. Así mismo me mantenía en contacto con mi familia, yo llamaba a mis hermanos y ellos me daban ánimos para que siguiera adelante. Ese apoyo fue indispensable y contaba con la ayuda de mis compañeros que siempre estaban pendientes. Al comienzo me encerraba mucho y estaba muy deprimida, pero después mis compañeros me invitaban a cine, a comer a charlar, me refugié en ellos para no sentirme tan sola. Tengo compañeros que son de Pasto y ellos son con los que más me relaciono, también tengo compañeros de Bogotá y de otras regiones.

Con los estudiantes y los profesores no he tenido problemas, todos son muy amables, inclusive por ser indígena siempre están pendientes para ayudarme y se muestran interesados en conocer mi cultura. A la Universidad le recomendaría que creara un curso de todas las materias básicas antes de empezar la carrera, pues eso sería de mucha ayuda para los que venimos con un nivel académico bajo. La química fue difícil, hubiera sido de gran ayuda haber tomado un curso con las bases generales de esta materia. Yo viví con mi prima un par de meses, esperando cupo en Las Residencias de la Nacional hasta agosto. Ahí vivía en el apartamento 811 con una niña de Nariño y otra del Cauca, desde el principio nos llevamos bien. Hace un año una se fue e ingresó una niña del Nariño con un genio inestable. Pedí cambio al apartamento donde vivo ahora con dos niñas de Nariño. Cada una pagamos \$ 92.000 pesos mensuales.

Mi gran sueño es retomar el sueño de mi mamá, una parcelita cultivada donde habíamos vivido. Con los compañeros de Pasto que estudian conmigo, queremos crear una Asociación y trabajar en la problemática de nuestras comunidades. Quiero devolverme a la comunidad para trabajar por mi gente, en Mocoa. Me encantaría hacer una especialización en Ginecología Veterinaria. Si tuviera el dinero para pagarla no lo dudaría un segundo. Aunque primero quiero terminar mi carrera y luego si pensaría en casarme.”

### **1.1. Migración, educación y procesos de adaptación**

Entre 1950 y 1960, en América Latina ocurren una serie de transformaciones por el fortalecimiento de la industria en Estados Unidos. Una de sus consecuencias es la creación de empresas transnacionales que explotan los recursos de diferentes países latinoamericanos, incluida Colombia. Lo que genera una reestructuración económica y política en estos países y un proceso de urbanización caracterizado por una masiva migración del campo a las ciudades (Pinzón y Suárez, 1991:165). Estas circunstancias llamaron la atención de los investigadores latinoamericanos que empezaron a realizar estudios sobre el fenómeno de la migración urbana. Respecto a la migración de mujeres indígenas a centros urbanos, se encuentran investigaciones sobre la situación de las campesinas en México de Lourdes Arizpe, las Aymaras en Bolivia de Charlota Widmark y las Quiche en Guatemala de Maria de Jesús Buxó.

Según la investigación de Lourdes Arizpe en México, las mujeres campesinas, entre ellas las indígenas, empezaron a migrar a zonas metropolitanas entre 1940 y 1970. Gracias a factores socio-económicos, culturales y personales que incentivaron su decisión de migrar, allí se vincularon al comercio informal de las ciudades y al trabajo doméstico, generando mecanismos de integración al sistema capitalista. La migración se produce en la mayoría de casos con sus familia (sobre todo de las mujeres entre 15 y 19 años), aunque también se desplazan solas con la intención de progresar y estudiar, donde algunas terminan el bachillerato y otras entraron a trabajar en el servicio doméstico.

Las mujeres entre 20 y 29 años, son en su mayoría solteras y viajan para encontrar mejores oportunidades de empleo; y terminan casándose en la ciudad y dejan de trabajar. En el grupo de 30 a 34 años, hay casadas, viudas y separadas en igual proporción. Las casadas al llegar a la ciudad se siguen dedicando al hogar y algunas trabajan en el servicio doméstico; las viudas o

separadas trabajan como costureras, sirvientas o artesanas. Las migrantes mayores de 35 años se trasladan a la ciudad con sus hijos después de haberse separado del esposo y se dedican al trabajo doméstico remunerado, al pequeño comercio y a la costura. A mayor edad disminuye sus actividades remuneradas y terminan viviendo con sus hijos (Arizpe, 1978: 319-320).

La migración indígena en Bolivia ha sido estudiada por Charlota Widmark, quien muestra como los Aymaras al migrar a La Paz ingresan a trabajar en el sector informal, en ocupaciones de mediano y bajo nivel como: labores artesanales, servicio doméstico o albañilería. Entran en un proceso de negociación de su identidad como una vía de obtener acceso a recursos económicos y sociales, con el fin de progresar en la jerarquía social. Tal es el caso de Doña Margarita y Doña Eusebia, dos mujeres Aymaras que viven en La Paz y poseen estrategias sociales diferentes para sobrevivir. Doña Eusebia es protestante, no baila ni toma alcohol y usa ropa occidental; se mantiene a sí misma y a su hijo vendiendo ropa que le gusta a los mestizos: jeans o camisas de moda. Doña Margarita es católica, le gusta participar en las fiestas tradicionales y se viste con la ropa típica indígena; es casada y tiene cinco hijos, confecciona con su familia la ropa que vende: chamarras y ponchos que son hechos con telas de lana de una manera tradicional. Ambas son Aymaras, pero por la manera diferente en que expresan su identidad Widmark se pregunta: “¿Es Doña Margarita más Aymara que Doña Eusebia solo porque viste con ropa indígena y se desenvuelve dentro de instituciones consideradas andinas tradicionales?” (Widmark, 1999: 96-97).

Por su parte Maria de Jesús Buxó, examina los modelos de identidad en la cultura urbana de las mujeres Quiche de Quetzaltenango (Guatemala), para lo cual analiza las experiencias subjetivas en relación con su autoconcepto, su identidad pública y

étnica. En un primer modelo de *identidad cristal*, se encuentran las Quiche cuya única forma de representarse a sí mismas es haciendo referencia a su familia y comunidad: madres de, esposas de, indígenas de la comunidad de. No hay una percepción individual de ellas mismas y tampoco se ven como una unidad aparte de sus familiares y comunidad de origen. En el segundo modelo de *identidad espejo*, se encuentran las Quiche que se representan a sí mismas como una entidad individuada: mujer, vendedora, madre, mujer de Guatemala. Se observa una actitud de negociación y afirmación con respecto a lo que son (Buxó, 1990: 138-140).

En el caso colombiano Rubén Darío Guevara muestra cómo las mujeres inganas que migran a Bogotá están incursionando en espacios que antes eran del dominio masculino, como la práctica curativa (donde hacen uso de su conocimiento de plantas medicinales) y el trabajo asalariado (trabajo doméstico). Con su trabajo las mujeres aportan a la economía del hogar, debido a que sus esposos ingas se gastan el dinero que ganan en el consumo de alcohol. Por esta razón ellas prefieren establecer relaciones con hombres de otras etnias, ya de que los inganos son irresponsables, beben mucho alcohol y las maltratan (Guevara, 1996: 25-27). De la población Inga que migra a Bogotá se observa que hay diferencias según la edad y el género: en el grupo de edades entre 15 y 24 años, los 25 y 34 años y los 35 y 44 años se movilizan más mujeres que hombres, mientras que entre los 5 y 14 años, los 35 y 39 años y de los 65 para arriba son más los hombres que las mujeres migrantes (Urrea, 1992:179). Los jóvenes inganos que estudian en universidades de Bogotá, a pesar de que adquieren nuevos conocimientos y experiencias, no han perdido los saberes culturales impartidos por sus familias; por esta razón, se encuentran muy comprometidos en el proceso de reafirmación cultural en el contexto urbano (Muñoz,



1994:187). Respecto a los niveles de escolaridad que presenta la población Inga en la ciudad: “un 13.6% tenía algún año de bachillerato o de universidad (11.2% hombres y 15.6% mujeres), presentando las mujeres un mayor grado de escolaridad con relación a los hombres (Urrea, 1992: 192,197).

La presente investigación, se ocupa de la migración de las mujeres Wayuu y Kamëntsa a Bogotá para acceder a la educación superior. La mayoría de ellas solo se encuentran en la ciudad por un tiempo determinado, mientras realizan sus estudios universitarios; también hay unas pocas que se establecen en la ciudad por un tiempo más prolongado, en algunos casos permanente, porque encuentran un trabajo estable acorde con sus necesidades y sus preferencias profesionales; o porque conocen a sus esposos en Bogotá, tienen hijos y prefieren por el bienestar de su familia instalarse en la ciudad. Al migrar generan cambios en la construcción de la identidad que venían desarrollando desde sus comunidades de origen, referentes a su personalidad y condición de género, así como reafirman su etnicidad y se siguen identificando con sus respectivas culturas.

Las Wayuu y Kamëntsa afrontan de manera activa, las exigencias del nuevo entorno, creando estrategias de adaptación que les permiten acoplarse a la dinámica urbana. Dichas estrategias las habían empezado a usar en sus comunidades de origen para afrontar su primera etapa de adaptación a un ámbito intercultural en sus experiencias con la escolarización, donde adquirieron nuevos valores, conocimientos diferentes a los suyos y se relacionaron con personas de otras etnias y formas de pensar. En la escuela la niña indígena se enfrenta a un choque cultural y psicológico, ya que se debe adaptar a una forma de educación diferente a la que estaba acostumbrada en su hogar. Se debe acoplar a nuevas formas de disciplina, a

interactuar con niños de otras culturas y a incorporar valores occidentales en vez de reforzar sus aspectos culturales. La escolarización lleva a la niña indígena a adquirir un nuevo estilo de vida que a su vez, se inscribe en las formas de vestir, comer y comportarse (Rival, 2000:322):

“La educación [...] los convierte, en alguna medida, en parte de una comunidad cultural más amplia y [...], porque les aporta lo que no tienen y les proporciona contenidos de experiencia que les son ajenos.”(Gimeno Sacristán, 2001:101).

La introducción de la niña indígena a esa comunidad más amplia en conocimientos y experiencias de la que habla Gimeno Sacristán, es la que le produce a la niña un choque cultural, debido a que la educación indígena formal que se imparte en las comunidades no ha sabido equilibrar los saberes culturales de las comunidades con los conocimientos de occidente. La educación indígena ha sido ignorada, en cambio se han impuesto otros sistemas educativos con estructuras ideológicas y culturales ajenas a la concepción educativa de los indígenas (ONIC: 13).

En esa medida, la educación formal que se le está impartiendo a los indígenas es una forma de *violencia simbólica*<sup>1</sup>. Ya que se están imponiendo conocimientos culturales ajenos de manera impropia e inadecuada para el desarrollo de la niña indígena: “Toda acción pedagógica es objetivamente una violencia simbólica en tanto que imposición, por un poder arbitrario, de una arbitrariedad cultural” (Bourdieu y Passeron, 2001:19). La educación formal se opone al proceso educativo indígena basado en las enseñanzas impartidas por la familia y la comunidad a través de la

---

<sup>1</sup> La *acción pedagógica* es ejercida por las instituciones educativas, a través de una relación de comunicación que reproduce la cultura dominante, las relaciones de fuerza y la estructura social, por medio de la violencia simbólica. La autoridad que imparte esa *acción pedagógica* está autorizada para imponer y controlar el contenido y la duración de su inculcación, pues se considera que la información que imparte es legítima y digna de ser interiorizada.

tradición oral, las danzas, los cantos, los ritos, los mitos y los relatos de sus padres sobre su cultura. La tradición oral pierde peso con la escolarización al validarse una nueva forma de aprendizaje basada en la escritura. Los espacios en los cuales las niñas se reunían con sus padres para que les contaran historias y relatos sobre la comunidad están desapareciendo, gracias al poco tiempo que tienen ya que deben cumplir con las tareas académicas.

### **1.1.1 Programas de etnoeducación**

Los indígenas están inscritos en una educación formal amparada por el Estado y la Iglesia, que no es acorde a sus necesidades y no hace referencia a sus aspectos culturales. Por lo que se convierte la mayoría de las veces en un mecanismo de desintegración cultural y una forma de impartir conocimientos ajenos a la realidad de las comunidades. El Estado y la Iglesia buscan mediante la educación: alfabetizar, evangelizar e integrar al indígena a la sociedad mayoritaria para sacarlos del atraso y el aislamiento. Se expone al indígena a un proceso de homogenización, sin tener en cuenta la diversidad cultural y su procedencia étnica en cada caso particular. La educación en Colombia está basada en una pedagogía extranjera que imparte un conocimiento de la cultura occidental de descendencia europea, sin profundizar en los conocimientos de las culturas indígenas del país. A pesar que la constitución colombiana de 1991 reconoce la diversidad étnica y cultural, no se ha implementado dentro de la educación formal del país el factor multicultural.

Los problemas que acarrea la educación formal llevan a los indígenas a la tarea de generar una educación acorde a sus intereses y necesidades. Por lo que han generado sus propios proyectos educativos al crear colegios bilingües que intentan equilibrar

los conocimientos occidentales con los de las propias comunidades para conservar y transmitir su conocimiento, conforme a las dinámicas de la sociedad colombiana.

Las comunidades indígenas vieron la necesidad de crear una educación más acorde a sus culturas y para la época de los 80 donde el discurso de la etnoeducación tuvo su auge en Colombia, los indígenas comenzaron un periodo de reflexión sobre su situación educativa y la legislación colombiana les ayudó en ese proceso al crear entre otros decretos, el siguiente:

“Decreto 1142 de 1978. Se reglamenta el artículo del decreto ley No. 088 de 1.976. Establece que las comunidades indígenas tienen derecho a una educación acorde con sus características, necesidades y expectativas, a la participación en el diseño de sus programas; así como una serie de requisitos para el ejercicio de la docencia en las comunidades indígenas” (ONIC:17).

Los colegios bilingües forman parte de la educación de los indígenas con el fin de reivindicar el valor de sus culturas en el proceso de enseñanza. En estos colegios imparten a los niños una educación dual basada en los patrones culturales Kamëntsa o Wayuu, como: la enseñanza de la lengua, las costumbres, los mitos, los ritos y las artesanías. Combinado con una enseñanza occidental sobre materias básicas como las matemáticas, el español, las ciencias sociales y naturales:

“La etnoeducación se asume como un pensamiento, una actitud y un principio permanente que implica la construcción de procesos de conocimiento, los cuales involucran los diferentes componentes de la vida integral de una comunidad o grupo social, a partir del reconocimiento de sus raíces culturales, la problemática social en la que está inmersa y sus expectativas y proyecciones” (Tróchez y Bolaños, 1999: 192).

De acuerdo con los testimonios de las mujeres entrevistadas de ambas comunidades la labor de estos colegios es fundamental para el fortalecimiento de las culturas indígenas, sin embargo, se aprecia en la mayoría de los habitantes un

descontento con respecto al bajo nivel académico que manejan los colegios bilingües, sumado a la falta de preparación de los profesores con respecto a los otros colegios que existen en la región. Debido a esos factores muchos padres de familia no inscriben a sus hijos en colegios bilingües, sino que prefieren la enseñanza impartida en los colegios religiosos o en las Normales. Al considerar que la educación que se imparte en dichas instituciones fortalece los conocimientos occidentales de sus hijos que les van a servir para defenderse mejor, para salir adelante y para continuar sus estudios a nivel profesional. Al respecto comenta, Elisa Montiel (Wayuu estudiante de Sociología en la Universidad Nacional):

“En los colegios bilingües a los niños se les habla en la lengua, se les da charlas en Wayuunaiki y en español. Muchos papás al comienzo estaban en contra de la etnoeducación pues lo miraban como un atraso, pues el desarrollo para ellos implicaba que los niños aprendieran computación en vez de enseñar a tejer chinchorros. La educación ahora ha desmejorado con respecto a la que se daba antiguamente. Antes los niños salían muy bien preparados desde segundo de primaria en matemáticas, pero ahora en quinto de primaria escasamente se aprenden las tablas de multiplicar. Algunas personas no están de acuerdo con los colegios bilingües, porque sus profesores apenas han estudiado un bachillerato pedagógico, entonces hay algunos de ellos que no saben hablar bien el español y hasta los alumnos se burlan.”

Con la creación de colegios bilingües se empieza a implementar la educación intercultural dentro de las comunidades, lo cual es un gran avance para la población indígena en cuanto les permite combatir una de las dificultades por las que atraviesan: la pérdida de los valores culturales. En la Guajira, las primeras experiencias de enseñanza bilingüe se dieron hacia 1978 en la Escuela Normal de Uribia que para esa época tenía como política mantener algunos rasgos de la cultura Wayuu como lo eran el vestuario, el tejido y la lengua. Los resultados que obtuvieron con sus alumnas fueron satisfactorios, por lo que la organización Yanama en 1982 decidió incentivar

el desarrollo de la educación bilingüe en la Guajira. En el segundo seminario de Educación Intercultural Bilingüe de 1983, esta organización trabajó en la elaboración del primer libro de lectura en lengua nativa, lo que llevó a la intensificación en la parte lingüística y en el diseño curricular para la enseñanza bilingüe en la primaria. En el cuarto seminario de E.I.B. realizado en Riohacha en 1984 surgió la idea de hacer un proyecto de Educación Intercultural Bilingüe para dos escuelas en la Alta Guajira y a partir de ese momento comenzó a usarse institucionalmente el recurso legal del Decreto 1142 de 1978 que establece que las comunidades indígenas tienen derecho a una educación acorde a sus necesidades culturales. La educación bilingüe en la Guajira está dirigida a la necesidad de preservar y fortalecer los valores, tradiciones y la lengua de la comunidad Wayuu (Yanama, 1990:289-293).

En la comunidad Kamëntsa, la iniciativa de una educación bilingüe fue acogida en 1979, para lo cual la Escuela Rural Mixta Las Cochas que ya venía funcionando cambió de nombre y ahora se llama Escuela Bilingüe Camsá de la vereda Las Cochas. El mismo año, se instauró el Centro de Atención Integral al Preescolar llamado Hogar Infantil “Casa de los Niños” que también sigue los planteamientos de la etnoeducación. En consecuencia, se empezaron a elaborar cartillas en Camsá para una buena enseñanza de esta lengua. Los docentes se vieron en la tarea de cuestionarse sobre cómo enseñar los “conocimientos occidentales” de matemáticas y ciencias naturales entre otras asignaturas. En 1991 se creó el Colegio Bilingüe Artesanal Kamëntsa para fomentar la educación bilingüe en la secundaria. La mayoría de la comunidad estuvo muy contenta, porque creyeron haber encontrado una forma para reforzar la cultura Kamëntsa (Jamioy, 1998: 126-130).

Sin embargo, en la educación bilingüe, también surgen problemas como: el bajo nivel académico de sus instituciones y la falta de profundización en el conocimiento de las diferentes etnias del país. Otro problema, es la enseñanza de la lengua nativa, que terminó en un uso “puramente mecánico y formal, encubriendo y vehiculizando contenidos de la cultura occidental, que simplemente se traducían” (Aguirre, 1998: 57). Esto se da porque los maestros han sido formados en internados y escuelas normales que imparten valores y conocimientos occidentales. Por lo cual aunque conozcan la lengua, los maestros solo traducen lo que a ellos les ha sido enseñado.

Los maestros indígenas no están bien preparados académicamente y tienden a “seguir libros únicos, programas rutinizados y metodologías pasivas basadas en la copia antes que aprovechar la variedad de textos existentes” (Rodríguez, 2002:217). La enseñanza pasiva que están utilizando incide en los niveles de comprensión y desempeño del estudiante indígena. Tampoco se están teniendo en cuenta en la educación bilingüe, las formas tradicionales de adquisición de los saberes culturales que los indígenas tienen en sus familias. Como es el caso de la trasmisión oral de los conocimientos; debido a que se enfatiza en la escritura, que se centra en la repetición e imitación: como el dictado o la copia en el tablero (Rodríguez, 2002:219-220).

### **1.2. La mujer colombiana en la universidad**

Las mujeres en Colombia se han educado por mucho tiempo en un sistema que reproduce una organización social basada en la división sexual del trabajo. Desde la secundaria las niñas han sido orientadas hacia una educación dirigida más hacia el manejo de una familia, que hacia el ingreso a la universidad. Aunque estas circunstancias han cambiado, este aspecto aún se ve reflejado, sobre todo, en áreas

rurales con población de escasos ingresos económicos o en la población urbana de estratos socioeconómicos bajos que tiene a su cargo una familia con varios hijos.

La educación de la mujer en Colombia ha sido influida por ideales extranjeros; ejemplo de esto son los modelos traídos por los españoles durante el periodo de la colonización. El Sistema educativo en el Nuevo Reino se encontraba bajo el dominio de la Iglesia Católica, a la cual le fue encargada la función de educar a las comunidades indígenas bajo las normas del matrimonio, monogamia y fidelidad. En 1573 los sacerdotes eligieron a los hijos de caciques y capitanes para enseñarles a leer, escribir e inculcarles la religión católica, con el fin de que ellos a su vez llevaran esas enseñanzas a sus lugares de origen. En las familias de los conquistadores, la mujer tuvo una educación limitada y fueron pocas las que aprendieron a leer y escribir.

A finales del siglo XVIII comenzó en el Nuevo Reino la educación formal para la mujer, con la fundación del Colegio de la Enseñanza en 1783. Durante esa época la educación de la mujer debía ser dirigida hacia la *bondad, pureza y honor*, y encaminada a las responsabilidades del hogar: las labores domésticas y el cuidado de los hijos y esposo (Cohen, 1971:38-39).

En el periodo de 1820 a 1830, el gobierno le empezó a prestar mayor atención a la educación de la mujer. Se promulgó una ley que establecía que cada convento debía contar con un instituto para la educación de las niñas y que se debían establecer escuelas para que las niñas contaran con la instrucción elemental. En esa época se estableció el Colegio de la Merced, que era una institución oficial femenina. En el periodo comprendido entre 1830 y 1872 se instauraron las Escuelas Normales para la



mujer que constituyó un aumento en sus oportunidades ocupacionales y educativas, en otros campos diferentes al doméstico. A principios del siglo XX hubo un aumento en la instrucción comercial de las instituciones educativas y surgieron los colegios privados (Cohen, 1971:41-42).

De acuerdo a la investigación de Elssy Bonilla en el periodo comprendido desde comienzos del siglo XX hasta 1945, las mujeres se encaminaron por el estudio de las ciencias de la educación a través de su vinculación a las escuelas normales femeninas creadas en 1903. Las mujeres ingresaron como estudiantes a las universidades colombianas, por ley, a partir de 1933, cuando se establece que pueden ser bachilleres. Desde ese momento la matrícula superior femenina se expandió cuantiosamente. En 1933, la Facultad de Educación adscrita a la Universidad Nacional abrió matrículas para la inscripción de mujeres y en 1934 se creó una facultad de educación exclusivamente femenina anexa al Instituto Pedagógico Nacional, pero en 1936, estas dos facultades cerraron y se creó la Escuela Normal Superior de enseñanza mixta. En 1936 fue admitida en la Universidad Nacional de Colombia la primera mujer bachiller, sin embargo, aquellas sin bachillerato habían sido admitidas desde 1932 por otras universidades del país como la Universidad de Antioquia. Por otro lado, en 1941, la Universidad Javeriana creó secciones para prepararlas en programas de Derecho y Filosofía y Letras (Herrera, 1995: 345). En 1944 la matrícula universitaria femenina era de 11, en 1948 de 74 y en 1950 de 128. Desde finales de los sesentas, las mujeres incrementan la matrícula en las universidades privadas y empiezan a notarse en carreras como Economía e Ingeniería, ya que antes estudiaban carreras femeninas como Bellas Artes, Ciencias de la Salud y Educación. Ya para 1975 casi el 40% de la población universitaria eran

mujeres, porcentaje que aumentó al 49% en 1985 y el 26.5% de ellas estudiaban alguna Ingeniería o Arquitectura (Bonilla, 1993:20-22).

Esta incursión de las mujeres en el campo universitario dio origen a diferentes cambios dentro de la sociedad. Por un lado, el conjunto de convenciones sociales acerca de lo que debía ser la mujer de ese tiempo sufrió modificaciones, debido a que tareas atribuidas tradicionalmente a las mujeres, como las labores domésticas y el cuidado de los hijos, ya no eran las únicas que desempeñaban.

“Las transformaciones de orden social y económico continúan presionando por la elaboración de modelos que respondan a imágenes de sociedades modernas, en las que los roles femenino y masculino sean concebidos de manera diferente, dejando atrás las ideas en torno a la desigualdad de sexos” (Herrera, 1995: 352).

Al acceder las mujeres a la educación superior, se les abre la posibilidad de realizar trabajos y labores de tipo profesional en diferentes áreas. Así mismo, constituirse como profesionales les permitía entrar a un mercado laboral más calificado: se competía directamente con los hombres, lo que les daba la posibilidad de independencia económica y de ingresar en un mundo que había sido manejado exclusivamente por la población masculina.

### **1.3. Ingreso de mujeres indígenas a la universidad:**

Las mujeres indígenas están migrando a las ciudades por diferentes razones: para encontrar trabajo y mejorar sus condiciones de vida o para acceder a la educación superior y así capacitarse en un área específica que les permita ejercer como profesionales en diferentes campos (económico, político, social o cultural) de la sociedad colombiana.

En la presente investigación participaron catorce mujeres indígenas, de las cuales diez estudian y se han graduado de universidades públicas, privadas y técnicas. De esas diez, seis se encuentran estudiando: Clara Juagibioy (Kamëntsa) estudia Medicina Veterinaria en la Universidad Nacional de Colombia; Mariana Pasuy (Kamëntsa) se está capacitando como Trabajadora Social en la Universidad Externado de Colombia; Concepción Ortega (Kamëntsa) cursando Enfermería en la Fundación de Socorristas Desarrollo y Acción (FUSDESA) y está haciendo un curso como Auxiliar de Consultorio Odontológico en la Universidad Javeriana. María del Mar Palacios (Wayuu) se está preparando en el área de Odontología en la Universidad Nacional de Colombia; Adelaida Uriana (Wayuu) está terminando Idiomas y Negocios Internacionales en la Corporación Universitaria CUN y Elisa Montiel (Wayuu) se está formando como Socióloga en la Universidad Nacional de Colombia. Las otras cuatro mujeres ya se han graduado y se encuentran trabajando: Angélica Chindoy (Kamëntsa) es Antropóloga de la Universidad de los Andes; Rocío Chicunque (Kamëntsa) estudió Gestión y Administración Ambiental en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Lucero Ipuana es Abogada de la Universidad Libre y Esperanza Epiayú es Diseñadora Textil en la Corporación Universitaria UNITEC y el próximo año piensa entrar a estudiar Derecho en la Universidad Autónoma.

El ingreso de las mujeres indígenas a las instituciones universitarias se hace en parte posible gracias a los programas de ayuda financiera que han creado algunas universidades de Bogotá, como es el caso de la Universidad Nacional de Colombia,

que inauguró en el año de 1986 por medio del Acuerdo 022, el Programa de Admisión Especial (PAES), con el fin de:

“Fortalecer una política de construcción de tejido social a partir del reconocimiento de la diversidad étnica, la pluralidad de culturas y la multiplicidad regional de los admitidos [...] Su objetivo fundamental es establecer oportunidades de igualdad en el acceso a la educación pública de calidad para aquellos estudiantes que terminan su educación secundaria en zonas de extrema pobreza o que pertenezcan a comunidades indígenas” (Mayorga y Peña, 2002: 15).

La Universidad Nacional de Colombia le otorga a comunidades indígenas, municipios pobres y mejores bachilleres beneficios especiales como la adquisición de un préstamo-beca con el cual solo deberán pagar el porcentaje mínimo de la matrícula; un apoyo económico extra que puede ser del 50% o del 70% de acuerdo a su situación socioeconómica y la posibilidad de acceder a las residencias universitarias. El préstamo-beca se puede condonar con dos años de trabajo en la comunidad debidamente certificado por el cabildo o de lo contrario se debe cancelar en efectivo la deuda.

Desde 1986 hasta el primer semestre del 2001 han sido admitidos a nivel Nacional 622 bachilleres indígenas provenientes de 37 etnias (Kamëntsa, Wayuu, Inga, Pasto, Arhuaca, Kankuamo, Zenú, Paez, Guambiano, Guahibo, Uitoto, Cubeo, Curripaco, Yanacona, Sikuani, Coyaima, Ticuna, Coconuco, Pijao, Uwa, Embera, Muisca, entre otras etnias): de ellos el 65.92% son hombres y el 34.08% mujeres. De esos 622 indígenas 570 han sido acogidos en la sede de Bogotá. Las estadísticas del PAES muestran cómo en el año 2000 ingresaron a dicha universidad 47 estudiantes indígenas de los cuales 23 eran mujeres; en el 2001 fueron 22 las mujeres inscritas de un total de 64 estudiantes indígenas; en el año 2002 de 80 estudiantes indígenas

admitidos 27 eran mujeres; en el 2003 la cifra de mujeres inscritas aumentó a 35 de 91 estudiantes indígenas. Dentro del periodo del año 2000 al 2003 las mujeres indígenas tuvieron preferencias por carreras como Psicología, Derecho, Medicina, Odontología, Contaduría Pública y Trabajo Social. Para el año 2001 el Programa de Estudiantes Indígenas contaba con 124 egresados a nivel Nacional, de los cuales el 88.71% pertenece a la sede de Bogotá. El 25.8% de los estudiantes indígenas se inscriben en alguna ingeniería, el 20.5% en programas del área de salud, el 10.7% en programas relacionados con la producción agropecuaria y ganadera y el 9.5% en el área de ciencias sociales y humanas (Mayorga y Peña, 2002:16-19).

La Universidad de los Andes dio inicio en el año de 1996 al Programa de Oportunidades para el Talento Nacional que buscaba ampliar el ámbito pluriétnico y multicultural de la Universidad, otorgando becas a estudiantes con excelentes calificaciones, a estudiantes de escasos recursos, a líderes comunitarios y a estudiantes de comunidades indígenas de diferentes regiones del país. De acuerdo a los archivos de registro de esta universidad, fueron admitidos durante el periodo de 1996-1998 12 estudiantes indígenas, 7 de ellos mujeres y 5 hombres. En 1996 ingresaron 5 indígenas, de los cuales dos eran mujeres, en 1997 de 5 indígenas admitidos 4 eran mujeres; en 1998, cuando se cerró la admisión de estudiantes, se matricularon un hombre y una mujer indígenas. La mayoría de las mujeres ingresaron a las carreras de Derecho y Antropología.

La Universidad Externado de Colombia cuenta con el programa de interacciones multiculturales en educación superior orientado a las comunidades indígenas del país, que esta vigente desde 1998 y en el año 2002 fue renovado bajo las siguientes

políticas administrativas y académicas: los estudiantes indígenas solo deben pagar el 50% de la inscripción. Para ingresar a cualquier programa académico deben hablar su propia lengua, tener fluidez en español, presentar una entrevista especial en la facultad y ser presentados por las autoridades tradicionales de sus comunidades. Los estudiantes admitidos solo deberán pagar el 50% de la matrícula y perderán el 20% si su promedio semestral baja de 3.5. Tendrán una tutoría especial con los demás alumnos y profesores que enriquezca su interacción académica y un refuerzo en un área básica según su necesidad. Estos estudiantes también cuentan con bonos alimenticios y con un presupuesto de manutención en la ciudad. Actualmente se encuentran vinculados al programa 16 estudiantes indígenas, de los cuales 8 son mujeres, 4 de ellas ingresaron a Psicología, otras 3 a Trabajo Social y una a Antropología.

Además de los programas que tienen algunas universidades en beneficio de las comunidades indígenas, éstas también cuentan con la posibilidad de acceder a alguna de las becas que ofrece el Fondo Educativo Alvaro Ulcúe Chocue que hace parte de la política educativa del Gobierno Nacional. Este Fondo fue creado el 23 de abril de 1988, como un mecanismo gubernamental que facilitara el acceso de los indígenas a la educación superior:

“El objetivo principal del Fondo es otorgar créditos educativos semestrales para sufragar gastos de sostenimiento y estudios a nivel superior a nivel de pregrado y postgrado en las modalidades técnico, tecnológico y profesional en territorio colombiano” (Ministerio del Interior, 2002:1).

En 1990 se reglamentó la administración del Fondo al Ministerio del Interior y al Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios en el Exterior (ICETEX), con

carácter de crédito educativo condonable con la condición de prestar algún servicio a sus comunidades. El crédito anual es hasta 10 salarios mínimos por estudiante y la financiación puede durar hasta 6 años, si el estudiante cumple con los requisitos exigidos para la renovación del crédito-beca como lo son: la constancia de la comunidad del trabajo realizado en ella, la constancia de matrícula y el informe de actividades realizadas por el estudiante. Desde la fecha de apertura del Fondo hasta el 2003 se cuentan 1.469 beneficiados a nivel nacional y solo 294 están activos en el segundo semestre del 2003 a nivel nacional; 263 de ellos son estudiantes activos en Bogotá, de los cuales 160 son hombres y 103 mujeres (Fondo Alvaro Ulcue Chocue, 2003).

#### **1.4 Estudios de primaria y secundaria**

Las mujeres encuentran sus primeras experiencias con la educación en su formación primaria y secundaria, al asumir los primeros modelos de regularidad y disciplina, así como la transmisión de contenidos formales de conocimiento que implican la creación de un hábito de estudio. Con este primer contexto de escolarización, las mujeres indígenas empiezan a entablar relaciones con colonos e indígenas de otras etnias. Según sus testimonios la educación formal que recibieron en sus comunidades no está al mismo nivel de la de sus compañeros de Universidad en Bogotá. Esto lleva a que muchos bachilleres indígenas no puedan acceder a las instituciones de educación superior debido a su bajo nivel académico. Ellas tuvieron que estudiar fuertemente y en algunos casos perdieron materias debido al bajo nivel de enseñanza que recibieron en sus lugares de origen.

“Las posibilidades de ingreso de los bachilleres que se presentan por los Programas disminuyen por las carencias específicas del modelo pedagógico de primaria y secundaria, muy diferente al de la Universidad; las competencias con

las que llegan son cada vez más reducidas. No todos los estudiantes por los PAES ingresan, son más los rechazados que los admitidos” (Mayorga y Peña, 2002:28).

Los beneficios que otorgan las universidades públicas y algunas privadas a los estudiantes indígenas es un ejemplo del interés de estas instituciones por participar en la solución de los problemas en el acceso a la educación superior. Es responsabilidad del Estado Colombiano equilibrar las desigualdades educativas a nivel social, económico, étnico y territorial. Colombia enfrenta una situación de desigualdad frente al acceso a la educación superior y para lograr construir una equidad educativa es necesario que el Estado reconozca las carencias y diferencias que presenta el sistema educativo en las diferentes regiones del país, en los sectores rural y urbano y en los contextos público y privado.

En las comunidades indígenas la mayoría de la población no tiene los recursos suficientes para pagar una universidad en Bogotá y menos aún si es privada. Lo que muestra que estas personas hacen parte de un estrato socio-económico bajo que no les permite acceder a la educación profesional. Los diferentes estratos socio-económicos en Colombia tienen diferentes capacidades de acceder a los bienes y servicios de la sociedad, entre ellos la educación. El acceso a un buen nivel de educación depende del lugar donde viva la persona, ya que el nivel educativo es menor en los pueblos que en las ciudades; del estrato socio-económico al que pertenezca, pues de ello depende la institución que se pueda pagar y los recursos económicos con los que se cuenta para continuar los estudios; del nivel académico que se tuvo en la primaria y secundaria, porque no todos los centros educativos tienen el mismo horizonte académico, lo que dificulta el ingreso a niveles de aprendizaje superiores y al apoyo



que se recibe de la familia, ya que en gran medida, la ayuda económica que tienen los estudiantes para su matrícula y sostenimiento proviene de su familia, al igual que el apoyo emocional que les brindan para que continúen sus estudios.

Las primeras experiencias educativas de las Wayuu y Kamëntsa son impartidas por internados, escuelas y colegios católicos, colegios bilingües, Normales Superiores o Institutos y colegios no religiosos. Algunos de ellos como el Internado Indígena de Nazaret, en la Guajira, el Colegio la Divina Pastora en Riohacha, la Escuela Bilingüe Artesanal Kamëntsa, en Sibundoy, la Normal Superior de Sibundoy, el Instituto Agropecuario Sucre de Colón en el Valle de Sibundoy y el Liceo Latinoamericano, en Maicao, entre otros. La mayoría de ellas estudió en escuelas y colegios católicos, enfocados hacia la enseñanza religiosa y no hacia el conocimiento de sus culturas. Al respecto, comenta Angélica Chindoy (Kamëntsa, Antropóloga Universidad de los Andes):

“Primero estudié en la escuela Maria Auxiliadora hasta cuarto de primaria y después pase a hacer quinto de primaria hasta graduarme del bachillerato (1997) en la Normal Superior de Sibundoy que era un colegio de monjas. En la Normal había muchas restricciones, las monjas eran muy estrictas, con la puntualidad; el uniforme que debía estar siempre limpio. Yo no me sentí discriminada, aunque siempre habían comentarios molestos como: “mucha india”, porque la gente que no es indígena en realidad es muy racista allá en el Putumayo.”

El Estado a finales del siglo XIX encomendó a la Iglesia Católica la integración de los indígenas a la “sociedad mayor” y esa labor fue llevada a cabo en internados donde los niños indígenas fueron alejados de sus padres para ser evangelizados. Los capuchinos se hicieron cargo de la misión religiosa en el territorio del Putumayo hacia 1.896 y fundaron entre 1.899 y 1.900 tres escuelas: Sibundoy, Santiago y Mocoa. Los indígenas se resistieron pero los misioneros los obligaron a entregar a sus hijos, fuera raptándolos o sacándolos de los escondites donde se encontraban. Hacia

1.908 llegaron los hermanos Maristas y las hermanas Franciscanas al Valle de Sibundoy para colaborar a los capuchinos en la evangelización; para 1.909 la escuela de Sibundoy contaba con 123 alumnos. Actualmente existen escuelas y colegios que pertenecen a la orden de los hermanos Maristas como es el caso del Colegio Champagnat en el Valle de Sibundoy al cual asisten la mayoría de los estudiantes indígenas (Córdoba, 1982:308-310).

En la Guajira la misión capuchina también fue la encargada de evangelizar a los indígenas; hacia 1.889 se fundaron por decreto las escuelas de Riohacha y Guamachal para instruirlos en la fe católica. En 1.914 salió para la Guajira una expedición de Religiosas Terciarias Capuchinas que fundaron en Riohacha el Colegio de la Sagrada Familia, al igual que crearon 63 Escuelas Primarias en pueblos y caseríos de la región que contaban de 1.645 alumnos y 2.023 alumnas. Entre 1910 y 1914, se instauraron Orfelinatos como los de San Antonio y Nazaret para educar a los indígenas. Esos Orfelinatos que se conocen con el nombre de internados actualmente siguen funcionando en la región (Valencia, 1924:35, 175,263). Los capuchinos consideraban que por medio de las escuelas, colegios y orfelinatos se lograría regenerar y civilizar al indígena, para sacarlo de la selva e instruirlo en la fe católica: “La monumental y salvadora obra de los Orfelinatos destinados a la civilización de los aborígenes” (Valencia, 1924: 255). Los niños que ingresaban a los internados, escuelas y colegios de las Misiones terminaban sus estudios desconociendo sus culturas y en muchos casos su lengua materna. Esos niños que después se convirtieron en padres de familia prefirieron en muchos casos inscribir a sus hijos en dichas instituciones para evitarles el desprecio y la discriminación de la “sociedad blanca”. Además, la misión

evangelizadora de la Iglesia Católica influyó en la pérdida de valores culturales al prohibirles a los indígenas hablar la lengua materna, usar su traje tradicional y mostrar cualquier manifestación de sus culturas.

Actualmente, cuando los estudiantes indígenas realizan su primaria y secundaria en colegios de sus regiones les toca usar uniforme y dejar a un lado su traje típico. En el caso de la etnia Wayuu, la práctica del *encierro* (realizada en el momento en que a la niña le llega su primera menstruación), se vio reducida en tiempo o erradicada por completo, debido a que no podían faltar por mucho tiempo al colegio, porque perdían el año académico. Además se sintieron discriminadas por parte de los colonos que muchas veces les decían “*indias piojosas, cochinas y salvajes*”. O se burlaban de su lengua y forma de vestir; sin embargo, gracias a la educación que recibieron de sus familias y al gran valor y orgullo que tienen por su cultura estas mujeres nunca dejaron de sentirse indígenas, siempre defendieron sus costumbres y conocimientos ante sus agresores. Aunque no es el caso de estas mujeres, la discriminación que han sufrido muchas mujeres indígenas influye en su comportamiento, pues se vuelven personas calladas y cerradas para relacionarse con los demás. Algunas empiezan a sentir vergüenza por su forma de hablar y de vestir y prefieren negar su procedencia cultural, e intentan parecerse a los colonos para no sentirse rechazadas y discriminadas. Al respecto Rocío Chicunke Kamëntsa graduada de Gestión y Administración Ambiental en la Universidad Distrital comenta:

“Estudie primero de primaria en la escuela de la misma vereda de San Félix y después entré a la escuela Champagnat de hermanos maristas e hice desde segundo hasta quinto de primaria. La jornada era de todo el día, entonces, ya no había tiempo para ayudar en las labores de la casa, tampoco quedaba tiempo de compartir con los padres, ni de aprender otras cosas de nuestra cultura. En la

escuela aprendí las materias básicas como: biología, matemáticas y español y no nos enseñaban ninguna materia que tuviera que ver con nuestra cultura. En la escuela uno ve que los colonos, no respetan a los indígenas; desde niños, les enseñan a discriminar y le dicen a uno: “indios cochinos”. Uno se sentía mal, pero uno conseguía sus amigos y seguía estudiando. En la escuela nos obligaban a ir a la misa. El bachillerato también lo hice en el colegio Champagnat, entré a los 11 años y terminé a los 18 años. En el colegio fue lo mismo que en la escuela, hay mucha discriminación.”

En la época de los padres y abuelos de estas mujeres, los grados de discriminación eran aún más grandes. En los internados las monjas y sacerdotes les prohibían hablar la lengua y les decían que sus culturas eran pecaminosas y que sus creencias estaban erradas. Además los castigaban drásticamente, tanto física, como verbalmente si expresaban algún rasgo cultural. Por ello, muchos padres y abuelos, sobre todo de la comunidad Kamëntsa, prefirieron no enseñarles la lengua y los aspectos culturales a sus hijos para que no sufrieran el maltrato que ellos habían experimentado. Esta es una de las razones por las cuales se pueden encontrar actualmente en la comunidad Kamëntsa, muchos jóvenes que desconocen su lengua y su cultura. Con respecto a la comunidad Wayuu, Elisa Montiel (Wayuu, estudiante de Sociología de la Universidad Nacional) comenta:

“Cuando tenía ocho años ingresé al Internado Indígena de Nazaret donde hice mi primaria. Aprendí a bordar y la educación era muy enfocada a lo religioso y pecaminoso. Ellos veían al médico tradicional de nosotros como algo del demonio; nada referente a la cultura de nosotros valía para ellos. Ellos hacían una clasificación de los estudiantes, los calladitos estaban ya llegando al cielo y yo porque de pronto soltaba una que otra palabra, ya era una pecadora y estaba llegando al infierno. Pero a mí no me importaba como me trataban las monjitas, pues yo sabía que no estaba haciendo nada malo. Mis abuelos cuentan que les prohibían hablar la lengua y que los mismos sacerdotes les pegaban con un lazo que les dejaba marcas en la piel cuando los encontraban hablando Wayuunaiki. En esa época los sacerdotes consideraban que nuestra cultura era demoníaca y que nuestro comportamiento era pecaminoso.”

En el caso Wayuu, la intromisión de la religión implantó otros valores como la monogamia y el matrimonio que provocó cambios en algunas costumbres que se tenían como la poliginia, la unión libre y el pago de la novia. Las parejas empezaron a casarse por lo católico y algunas mujeres empezaron a ver con malos ojos que sus maridos tuvieran varias mujeres (en la comunidad wayuu es común la poliginia). La costumbre del *pago de la novia* empezó a ser malentendida por algunas mujeres que no les parecía que una mujer tuviera precio y pudiera comprarse.

### **1.5 Proceso de selección de la carrera**

Durante los estudios de secundaria las mujeres indígenas decidieron migrar a Bogotá con el fin de continuar sus estudios a nivel profesional, diligenciaron los papeles necesarios para ingresar a las universidades respectivas según la carrera que deseaban estudiar. La elección de las carreras fue a nivel personal y todas manifestaron un deseo general de escoger un área del conocimiento que fuera útil para sus comunidades. Como el caso de Concepción Ortega (Kamëntsa, estudiante de Enfermería de la Fundación FUSDESA):

“Decidí estudiar Enfermería para ayudar a mi gente, hay muchos niños enfermos que son difíciles de tratar y hay ancianos con enfermedades complicadas que no se les presta mucha atención. Por eso cuando termine de estudiar yo quiero devolverme a la comunidad para ayudarles y si es posible vincularme a un centro de salud indígena.”

Por ejemplo, las que eligieron carreras como Odontología y Enfermería lo hicieron con el propósito de ayudar a mejorar la calidad del servicio de salud en sus comunidades. Aquellas que escogieron carreras como Antropología, Sociología y Trabajo Social, lo hicieron para brindar soluciones a los problemas socioeconómicos y culturales que enfrentan sus comunidades. Las que optaron por Derecho, lo hacen

con la intención de defender los derechos indígenas que han sido vulnerados. Ellas no están interesadas en la retribución económica que les pueda brindar la aplicación de sus carreras, sino en los beneficios que pueden aportar como profesionales a sus comunidades. Dentro de sus prioridades no está asegurar un futuro económicamente rentable, sino poder brindar un apoyo activo en las carencias y problemáticas que ellas ven que tienen sus comunidades. Al respecto comenta Lucero Ipuana (Wayuu, Abogada de la Universidad Libre):

“He decidido estudiar Derecho, porque me gustaría que lo que yo pueda aprender aquí en esta universidad, lo pueda aplicar a mi comunidad, ayudar a mi familia y más que todo defender los derechos de nosotros los Wayuu. Pues siempre nos han maltratado, han hablado mal del indio y es por eso que yo quiero ser esa defensora de esos derechos que siempre nos han vulnerado.”

El interés que comparten estas mujeres por estudiar carreras que beneficien de alguna manera a sus comunidades es uno de los referentes de auto-construcción a partir de los cuales ellas construyen su identidad. La formación universitaria es uno de los componentes reflexivos que permite que ellas se constituyan como sujetos en la sociedad: “El Sujeto no es un “alma” presente en el cuerpo o el espíritu de los individuos, sino la búsqueda, emprendida por el individuo mismo, de las condiciones que le permitan ser actor de su propia historia” (Touraine, 1997: 65). Ellas, como Sujetos, se reconocen a sí mismas en cada conducta y relación social y tienen la capacidad de modificar su medio y tomar decisiones que consideran convenientes para sus vidas. La mayoría de las mujeres escogieron Bogotá para acceder a más oportunidades en cuanto a estudio y trabajo, porque sus carreras solo las daban acá; porque aquí estaban los mejores programas de ayuda a las comunidades indígenas o porque ya tenían algún familiar o contacto que las podía ayudar. Casi todas

ingresaron a la universidad gracias a los programas de ayuda como los de la Universidad Nacional, Los Andes, el Externado y la Distrital; el resto contó con la colaboración de sus familias para poder costear los gastos.

### **1.6 Inconvenientes en el proceso de adaptación**

El ingreso a la universidad representa para estas mujeres un periodo de cambios, nuevos retos y dificultades por afrontar. La etapa inicial comprendida por el primer año de su llegada a Bogotá fue señalada como el periodo más difícil. Porque ellas no solo tenían que responder por su trabajo académico, sino que también se enfrentaban a un ambiente sociocultural nuevo, donde no conocían a nadie y tenían que adaptarse a las nuevas condiciones de vida que implicaban aprender a vivir solas. Debían conseguir nuevas amistades, acoplarse a la ciudad, aprender a orientarse en ella y a distribuir el tiempo de acuerdo a sus diversas actividades. El caso de Mariana Pasuy (Kamëntsa, estudiante de Trabajo Social de la Universidad Externado) muestra dichas dificultades:

“Aunque no he tenido problemas económicamente, tuve algunos inconvenientes académicamente al principio, por la cantidad tan grande de lecturas y porque a veces se me dificulta hacer un resumen o un ensayo. Sin embargo la universidad nos dio una clase de lectura y escritura que me ha ayudado mucho. De pronto el primer semestre fue el más duro, ya después uno sabe que los siguientes semestres van a ser más pesados y uno ya tiene que cogerle bien el ritmo a todo. Con la comida no tuve problemas al llegar, porque yo vivo con mi familia y mi hermana siempre intenta cocinar lo que comemos en la comunidad. Pero si extraño mucho a mi mamá y a mis amigos, por eso cada seis meses voy a la comunidad a visitarlos y aprovecho el tiempo para aprender muchas cosas de mi cultura que aun no domino, como la lengua. Lo que me ha dado más duro es el tener que adaptarme al ritmo de la universidad, pues uno viene acostumbrado al colegio, donde toca hacer menos trabajos y siempre te están presionando para que no faltes a clases. Mientras que en la universidad, la cantidad de lecturas, ensayos y trabajos en grupo es muy grande y los profesores no andan detrás de ti para ver si fuiste o no a clase. En la universidad uno se vuelve más responsable para poder entregar los trabajos a tiempo y para no faltar a ninguna clase, porque

uno sabe que si lo hace pierde mucho conocimiento. Uno tiene que aprender a manejar el tiempo y a crear una metodología propia de estudio.”

La mayor dificultad que enfrentaron en los primeros semestres, fue la adaptación al ritmo, al nivel y a la carga de trabajo académico. La mayoría de ellas tuvo que repetir materias o estuvo a punto de perderlas. También se les dificultó el inglés, pues muchas lecturas estaban en este idioma y no entendían su contenido, por lo que debían apelar a la ayuda de sus compañeros o a un diccionario para traducir textualmente; pero con esfuerzo y dedicación salieron adelante y empezaron a tener un muy buen desempeño académico. Entre las dificultades que ellas afrontan se encuentra el factor emotivo; porque extrañan mucho a sus familias y en varias ocasiones se han sentido solas y sin fuerzas para seguir adelante. Sobre todo en el primer año donde todavía no conocían a nadie y sufrían de constantes depresiones. Pero el apoyo de sus familias, aunque fuera por vía telefónica, así como sus deseos de salir adelante y capacitarse para ayudar a sus comunidades fueron más fuertes que la tristeza. También han enfrentado algún tipo de inconveniente económico, debido a que sus familias no cuentan con los recursos suficientes para su manutención en Bogotá o porque la ayuda económica que les prestan las universidades donde estudian, no les alcanza para sus gastos. Tuvieron problemas para adaptarse a la comida y al clima, muchas se enfermaron de la garganta, no solo por el frío, sino por la contaminación y sufrieron al principio trastornos estomacales, al no estar acostumbradas a los alimentos que se consumen en Bogotá. El estrés del trabajo académico les provocó dolores de cabeza crónicos y gastritis, síntomas que antes no



presentaban. Al respecto Elisa Montiel (Wayuu, estudiante de Sociología de la Universidad Nacional) comenta:

“Los primeros semestres de la universidad fueron duros, el nivel educativo de la Guajira no es muy bueno y yo me sentía desnivelada. Me tocó repetir tres veces matemáticas y estadística, porque no me iba bien con los números, eso me desanimaba mucho, por eso me tocó ponerme a estudiar como si esa fuera la única materia que tenía y al final la pasé. Los profesores al comienzo hablaban en chino para mí, con términos muy desconocidos. Con el tiempo me fui nivelando y me empezó a ir bien en los parciales y eso me puso muy contenta y con más ánimos para seguir adelante. Al principio estaba un poco desilusionada, porque no veía en que me podía servir lo que estudiaba para aplicarlo a la comunidad, pues antes solo veía autores clásicos, era mucha teoría y no se veía nada práctico. Pero a partir de tercer semestre las expectativas que yo traía de la carrera se me cumplieron, por lo menos nos dieron un semestre de autores contemporáneos y una clase de etnografía de la carrera de Antropología. Ahí ya vi cual era el enfoque que me gustaba de mi carrera. Además de las dificultades académicas, también se me han presentado problemas económicos, pues yo no trabajo y la ayuda de la Universidad a veces no me alcanza. Entonces le pido prestado a amigos y cuando es extremo le pido ayuda a mi familia en la Guajira, aunque muchas veces ni ellos tienen como ayudarme. Lo que si me di cuenta es que aquí en Bogotá yo casi no duermo bien, por acostarme tarde estudiando y levantarme temprano a las clases. También me dieron gripas, entonces ahí iba notando yo el acelere de la universidad y de la ciudad.”

La relación de estas mujeres con estudiantes y profesores fue positiva, algunos compañeros de estudio les ayudaron en las dificultades académicas; muchos se mostraron interesados por conocer sobre sus culturas. Los profesores intentaron que ellas participaran en sus clases realizando algún trabajo o exposición que relacionara el tema del curso con algún aspecto de sus culturas. Aunque había compañeros que las miraban mal o hacían malos comentarios, como en el caso de Lucero Ipuana en la Universidad Libre que al exponer en clase le decían “vamos a ver que dice esa india”. Este tipo de comentarios no lograron intimidarla, pero si fueron situaciones incómodas que hicieron parte del proceso de convivencia que tuvieron que afrontar

las mujeres indígenas en la universidad. Sobre su relación con sus compañeros Elisa Montiel (Wayuu, estudiante de Sociología de la Universidad Nacional) comenta:

“Mi relación con mis compañeros se reforzó en la primera salida de campo que tuvimos en primer semestre. Con el tiempo empecé a conformar mi grupito de amigos y ellos me ayudaban mucho, incluso me ponían ejercicios y me corregían cuando cometía un error. Ellos nunca se han burlado de mí, al contrario siempre me han colaborado. También conocí gente con la que no compartía nada, como el grupito que se creía muy intelectual, los que se creían que se las sabían todas o los que perseguían a los profesores para ver si les iba mejor. Mi grupo de amigos no solo me ayudaba académicamente, también me ayudaron a orientarme en Bogotá, con el transporte que debía coger, con la ubicación de las bibliotecas y de las Instituciones del Gobierno.”

En la Universidad también se presenta la educación informal reflejada en la relación que estas mujeres emprenden con sus compañeros de estudio en las clases, en los descansos, en la biblioteca o en la cafetería. También hay un espacio para la educación no formal expresado en las actividades extracurriculares que ofrece la misma Institución educativa, como es el caso de presentaciones culturales, conciertos, exposiciones de arte o conferencias no obligatorias. La universidad es un espacio de interacción de diferentes saberes, identidades, culturas y formas de pensar con las cuales estas mujeres interactúan diariamente aprendiendo de ellos y aportando hasta donde pueden sus conocimientos culturales.

### **1.7 Recomendaciones al sistema universitario**

Las mujeres indígenas tienen una serie de sugerencias para el sistema universitario, aquellas que estudian en universidades con programas especiales de ayuda plantean que es necesario continuar con esos beneficios. Las que no cuentan con ese apoyo institucional ven la necesidad de que se generen ayudas económicas que permitan el acceso de los indígenas a las universidades. También es importante

que se creen cursos de nivelación y profundización en las materias básicas para sus carreras, y si ya existen que se optimice su funcionamiento. Otro comentario al respecto tiene que ver con la apertura de diferentes carreras universitarias en las demás regiones del país, pues no hay una amplia gama de posibilidades de elección para que el indígena no tenga que salir de su región. Al respecto Angélica Chindoy (Kamëntsa, Antropóloga de la Universidad de los Andes) comenta:

“Sería bueno que en la universidad los estudiantes indígenas pudiéramos compartir nuestro conocimiento en diferentes áreas, para que así se pudiera dar un intercambio de saberes. También sería importante que la universidad ayudara a vincular a los estudiantes con las comunidades indígenas de las diferentes regiones del país. Pues a partir del contacto directo con las personas se pueden conocer diferentes personas, ambientes y otras formas de vida. También me parecería importante que reabrieran el Programa de Oportunidades de la Universidad de los Andes, pues ese tipo de convenios son una gran ayuda para la población indígena, porque la gente de la comunidad no tiene plata para pagar una universidad y un sostenimiento en Bogotá.”

También les parece necesario crear residencias universitarias, porque no todos los indígenas cuentan con los recursos suficientes para pagar una vivienda. Para las que ya existen como las Residencias 10 de Mayo de la Universidad Nacional, es necesario que dicha Institución las mantenga en buenas condiciones; pues por mucho que los indígenas intenten cuidarlas, es ineludible no solo que se remodele la fachada y se pongan en funcionamiento los apartamentos que se encuentran abandonados, sino que también debe mejorarse el servicio de los baños y la estructura interna de los apartamentos para brindar mejores condiciones de vida a los indígenas que se comprometen diariamente a cuidar su hábitat y que merecen vivir en espacios adecuados. Frente a las recomendaciones Adelaida Uriana (Wayuu, estudiante de idiomas y Negocios Internacionales de la CUN) comenta:

“Yo recomendaría que las universidades que no tienen ningún convenio para los estudiantes indígenas crearan algunos planes de ayuda para que ellos puedan ingresar a las universidades, no solo de Bogotá, sino en otras regiones del país. En Maicao que es una zona donde se maneja el comercio, no hay una carrera universitaria relacionada con este tema, entonces toca venirse a Bogotá y hay muchos indígenas que se devuelven porque no logran adaptarse al cambio. Entonces, sería bueno que además de los convenios en beneficio de los indígenas, las universidades regionales abrieran más carreras que brinden más posibilidades para que el indígena no tenga que salir de su región.”

Tanto Wayuus como Kamëntsas, comentan que sería importante que dentro de la educación que están recibiendo se les diera mayor grado de participación en la construcción de conocimiento. Porque a ellas les parece que sus conocimientos culturales le aportarían mucho a sus compañeros en el proceso de aprendizaje, para complementar los temas de clase. Las universidades no tienen en cuenta en el currículo académico el conocimiento indígena (salvo la carrera de Antropología), no hay un verdadero intercambio de saberes entre en las aulas de enseñanza. Un estudiante universitario sabe de la diversidad regional y cultural de nuestro país por lecturas sobre el tema o por exposiciones del profesor o de los mismos alumnos.

Las formas de conocimiento de aquellos sujetos culturalmente diferentes no interactúan de forma directa con las representaciones de pensamiento de las instituciones universitarias. Por el momento no se ha sabido que en una clase de Medicina de alguna Universidad se imparta el conocimiento curativo de las comunidades indígenas como una cátedra institucionalizada. Tampoco que exista una clase en la carrera de Derecho que exponga los diferentes sistemas jurídicos de las comunidades indígenas de nuestro país y sus formas de resolución de conflictos de una forma productiva e integral del conocimiento. Y ni hablar de culturas extranjeras, porque aunque se conocen los sistemas de conocimiento de las culturas orientales no

se aplica, ni influye de forma productiva en nuestra forma de pensamiento. Por el momento, algunas universidades abren espacios de expresión cultural para que ellos se manifiesten a través de la danza y la música y existen profesores que incentivan a los indígenas a realizar exposiciones sobre su cultura. Sin embargo, es necesario propiciar que estudiantes y profesores conozcan las experiencias, saberes y prácticas de los estudiantes indígenas para de alguna manera incorporarlas en el ámbito académico.

La mujer indígena que migra a Bogotá sufre una serie de inconvenientes mientras se adapta a las nuevas condiciones de vida de la ciudad y de la universidad. Además ve que sus valores culturales son muy diferentes a los de Bogotá y cuando ingresa a la universidad se da cuenta que su cultura tampoco se ve reflejada en el ámbito académico. Por ello se está pensando en la posibilidad de crear una Universidad Indígena, para que ellos se sientan a gusto y para que su educación vaya de acuerdo a sus necesidades culturales. Crear una Institución de este tipo es una buena iniciativa, en la medida en que puede llegar a ser una buena opción para crear una interacción verdadera entre el conocimiento occidental y el indígena.

### **1.8 Panorama futuro: perspectivas de auto-realización**

Este grupo de mujeres Kamëntsa y Wayuu desde antes de terminar sus estudios universitarios ya tienen visualizado un panorama de las futuras actividades que quieren desarrollar cuando sean profesionales. Todas proyectan su futuro en sus comunidades de origen que está ligado a su preocupación constante por ayudar a solucionar diferentes problemas que se presentan en sus comunidades. Al respecto

Mariana Pasuy (Kamëntsa, estudiante de Trabajo Social de la Universidad Externado):

“Solo espero el momento de poder llegar a Sibundoy y poder realizar trabajos comunitarios con mi gente, además tengo el sueño de seguir estudiando y que mis padres puedan ayudarme y verme triunfar. Me gustaría hacer una especialización en Comunicación Social y así tener más conocimientos que me permitan ayudar a mi comunidad de una forma productiva. Mi propósito es ir en vacaciones a Sibundoy y darme a conocer, para que el día de mañana pueda colaborarles en la solución de sus problemas.”

Además de graduarse de la universidad y querer trabajar con sus comunidades, también quieren continuar con su formación académica, realizando una especialización que complemente y profundice los conocimientos que adquirieron en la universidad. Mientras se encuentran estudiando sus carreras de pregrado, conocen otras áreas del conocimiento diferentes a la suya que les parecen atractivas para complementar sus estudios. Ellas saben que la sociedad actual no solo exige que los sujetos se profesionalicen, sino que también deben especializarse y actualizar continuamente sus conocimientos para poder desempeñarse eficazmente en el campo laboral. Adelaida Uriana (Wayuu, estudiante de Idiomas y Negocios Internacionales de la CUN) comenta al respecto:

“Apenas termine mis estudios en Bogotá, yo me devuelvo a la Guajira. Con otras compañeras Wayuu ya organizamos una fundación para niños indígenas, que se llama Torash Tepiche, que quiere decir: por una niñez indígena feliz. Ellas al igual que yo, ya estamos terminando nuestros estudios universitarios, vamos a empezar a trabajar de lleno en la comunidad. Lo que queremos es trabajar con los niños indígenas en el área de la salud, de la educación y de la nutrición. Además de trabajar para mi comunidad también estoy buscando la posibilidad de conseguir una beca con las Naciones Unidas para hacer una especialización en Derechos Humanos.”

En sus proyectos de vida ellas no incluyen la construcción de una familia, porque lo que desean es terminar sus estudios y conseguir un trabajo para poder subsistir por

sí mismas y cuando ya sean auto-suficientes si pensarían en tener hijos y conformar un hogar. La mayoría coincide en la idea de que si se hubieran quedado en sus comunidades, en vez de migrar a Bogotá, ya se hubieran casado y hubieran tenido hijos. Pues eso es lo que hacen las mujeres de su edad, incluso aquellas que han tenido a sus hijos mientras se encontraban estudiando comentan que no fue algo planeado. Sin embargo siguen adelante con sus proyectos de profesionalizarse combinando ambas facetas, la de ser madres y estudiantes.

Las profesionales indígenas constituyen una herramienta importante de contacto y divulgación de nuevos conocimientos en sus comunidades de origen. Ellos son los más calificados para instruir a los jóvenes sobre la trayectoria universitaria, así como también tienen la posibilidad de apoyar y participar en la creación de proyectos que beneficien a sus comunidades.

**ANGÉLICA CHINDOY**  
**Antropóloga Kamëntsa de la Universidad de los Andes**



**Angélica Chindoy (de izquierda a derecha en el tercer lugar) recibiendo su grado como Antropóloga de la Universidad de los Andes y rodeada por sus familiares y amigos.**



## 2. INCURSIÓN EN EL ESPACIO LABORAL

### **“Soy una mujer que quiere trabajar para el bien de su comunidad”**

“Mi nombre es Angélica Chindoy, soy Kamëntsa del Valle de Sibundoy, tengo 25 años y estudié Antropología en la Universidad de los Andes. Me gradué en marzo del 2003 y me fui a trabajar en la comunidad, me presenté ante el Gobernador, le hice entrega de mi tesis tanto escrita como en video para los espacios culturales, y las escuelas. Pero nunca obtuve apoyo del cabildo, pues yo note que existían rivalidades políticas y por ello no pude trabajar en mi comunidad para esa época. Sin embargo, en este año del 2004 hay una ventaja con el actual Gobernador, es una persona muy amplia con todos y esta dando oportunidades a los estudiantes indígenas. Por eso antes de venirme para Bogotá me inscribí en un comité del cabildo para trabajar en el plan de vida de la comunidad cuando regrese. Como no pude trabajar con el cabildo, mi hermana me dijo que necesitaba ayuda, porque estaba trabajando en Puerto Asís con una ONG como coordinadora del proyecto de reactivación de las lenguas indígenas y necesitaba un asistente. Mientras trabajaba con ella mi otra hermana que trabaja en Puerto Asís como profesora, mandó mi hoja de vida a la Secretaria de Educación y al otro día me llamaron para trabajar. Entonces me quedé en Puerto Asís para trabajar como docente y de esta manera poder ayudar económicamente a mis papás.

Yo trabajaba de lunes a viernes en una escuela de campesinos y blancos y también daba clases los sábados y a veces los domingos en un colegio privado semi-presencial a distancia, donde asistían en su mayoría adultos. En la escuela, pude hacer muchas cosas, porque son lugares muy abandonados, entonces yo daba clase en todas las áreas. En el colegio yo daba clases de sistemas y como sabían que yo era Antropóloga abrieron una nueva clase que yo dictaba a los alumnos de sexto a once de bachillerato, se llamaba Proyectos Comunitarios. En Puerto Asís yo vivía con una señora conocida y ahí no me tocaba pagar ni arriendo, ni alimentación, solo el transporte. Parte del dinero que me ganaba lo usaba para ayudarle a mis papás con los que todavía vivo y la otra parte la he ahorrado.

Después de que se me venció el contrato en diciembre de 2003 con la escuela y el colegio donde trabajaba regresé a Bogotá en enero del 2004, para participar en un curso que me invitaron sobre la elaboración de material pedagógico para la comunidad Kamëntsa. De paso vine a informarme acerca de mi situación financiera con la Universidad, pues en marzo se me vencía el plazo para el año de gracia que me daban referente al préstamo y ya me tocaba empezar a cancelar lo que debía. Entonces con una compañera de la universidad, le presentamos una propuesta a la universidad donde se planteaba que por cada año de trabajo en la comunidad nos condonaran un 25% de la deuda, esta fue aceptada.

Durante el tiempo que la Universidad revisó nuestra propuesta, me contacté con el Profesor Roberto Pineda quien me ofreció un trabajo para que le colaborara en un proyecto con el CIDER, haciendo una auditoria para unos proyectos en comunidades indígenas. El Director del proyecto solicitó mi hoja de vida y me contrataron por dos meses; empecé en marzo y terminé en mayo. Parte de mi trabajo era visitar comunidades indígenas que habían hecho proyectos para erradicar cultivos ilícitos. Visité a la Comunidad Páez en el Cauca, a la Comunidad Nasa o Guambianos en el Huila, y a la Comunidad Inga en Ponte, Nariño. A medida que paso este tiempo me prolongaron por un mes más mi contrato de trabajo, hasta junio. Después de que termine mi contrato de trabajo con el CIDER, aspiro regresar a mi comunidad para mirar cómo me vinculo con el trabajo que quiero realizar dentro de ella. Quiero seguir estudiando y es probable que haya una posibilidad para hacer una especialización en la Universidad de los Andes mediante una beca que ofrece un convenio del departamento de Economía de la misma y el BID.

### **“Yo reparto mi vida entre mi negocio, mi hogar y mi trabajo”**

“Mi nombre es Lucero Ipuana, soy Wayuu de la casta Ipuana, nací en Maicao, tengo 34 años y soy Abogada de la Universidad Libre, de la promoción de 1997. Después me fui para Maicao y mi papá ya me había conseguido trabajo en una Inspección de Policía y al mismo tiempo me estaban ofreciendo trabajar en una Comisaría de Familia. Sin embargo, nunca entré a trabajar, me devolví a Bogotá y duré un año preparando mi judicatura para obtener mi tarjeta profesional y que obtuve en junio de 1999. En agosto de ese mismo año tuve a mi primer hijo que se llama Joseph y tiene a 5 años. Trabajé por cinco meses en la Honorable Cámara de Representantes, con el Honorable Representante a la Cámara Antenor Durán Carrillo, como Asistente 2 en la Unidad Legislativa UTL. Después, mientras llevaba trabajando siete meses en la UTL del Honorable Senador Miguel Pineda Vidal y tenía unos meses de embarazo de mi segundo hijo Juan Sebastián, fui a cobrar mi cheque y me informaron que estaba suspendida, porque me habían declarado insubsistente. Yo como estaba embarazada pasé un Derecho de Petición diciendo que cómo era posible que me sacaran estando embarazada y ellos al ver que no podían hacer eso, buscaron reintegrarme nuevamente.

Me consiguieron un puesto de planta y yo ya no dependía del Senador de turno, sino que mi trabajo pertenecía directamente a la planta del Senado de la República. Me nombraron en Relatoría del Senado el 23 de noviembre de 1999 y este fue en realidad mi primer trabajo. Me tocaba asistir a las plenarias del Senado, levantar un acta, transcribir y corregir todo lo que ellos decían y esas son las Gacetas del Congreso. Además, tenía que cumplir con un horario de oficina al cual yo no estaba acostumbrada, sin embargo no me tomó por sorpresa y me pude acoplar y desempeñar muy bien mis funciones. En Relatoría duré 3 años y me gustó mucho el trabajo a pesar de que no me pagaban horas extras aunque me tocaba salir a la una, dos o tres de la mañana cuando había plenarias de Senado. Hasta que se levantara la plenaria uno tenía derecho a irse a su casa. Además mis compañeros de trabajo me recibieron con tres piedras en la mano, pero a mí lo único que me importaba era seguir adelante y aprender, nunca tuve problemas con mi jefe. Pasados los tres años que trabajé en Relatoría solicité a la jefe encargada el permiso para mi traslado, porque yo en esos momentos sentía que no estaba haciendo lo que quería. Yo pensaba que si había estudiado Derecho, no era para matarme transcribiendo plenarias. En enero del 2003 me trasladaron de planta a Leyes del Senado como Asistente Legislativo, cargo que estoy desempeñando actualmente. Las funciones que realizo son diversas: tengo que contestar derechos de petición, solicitudes de todas partes del país, solicitudes de la Corte Constitucional o el Tribunal Superior Administrativo; a su vez contesto derechos de peticiones de particulares y solicitudes del Consejo de Estado. También trabajo con los trámites de las leyes, radico proyectos que presentan al Senado para que sean convertidos en leyes de la República.

Con este trabajo si me siento satisfecha, porque siento que estoy aplicando lo que he estudiado, prácticamente estoy sintiendo que me estoy desarrollando como persona en esa dependencia. Además de mi trabajo y del de mi marido, nosotros hemos decidido tener otras puertas de entrada de ingresos, porque tenemos dos hijos que necesitan vivir en buenas condiciones y recibir una buena educación. Entonces decidimos adquirir un crédito bancario para abrir nuestro restaurante llamado Kaipa (tierra donde nace el sol). Kaipa es el lugar en el cual yo divido mi tiempo entre el trabajo y mi hogar, porque yo entro al Congreso a las 8:30am y a las 12:30 del día vengo al restaurante, luego me devuelvo a mi trabajo y por la tarde llego a la casa para estar con mis hijos y mi marido. Yo reparto mi vida entre mi negocio, mi hogar y mi trabajo, siendo cada uno de ellos, espacios independientes donde realizo diferentes funciones.”

## 2.1 Mujeres indígenas profesionales en el ámbito laboral

En la actualidad el conocimiento se ha especializado y profesionalizado, para acceder a ciertos trabajos y lograr mejores condiciones de vida es necesario ser un profesional. Se considera que un profesional tiene un dominio sobre un campo específico de conocimientos, lo cual exige una elevada inteligencia y formación. Según Bourdieu y Passeron: “el valor de una producción profesional es siempre percibido socialmente como solidario del valor del productor, y éste a su vez como función del valor escolar de sus títulos.”(Bourdieu y Passeron, 2001: 192).

El diploma legitima las capacidades intelectuales de los egresados y le otorga al sujeto el estatus de profesional que le permite desempeñarse idóneamente en un área determinada. La estratificación universitaria influye en el futuro laboral de los egresados y en el prestigio que se les otorga socialmente. En Colombia hay una diferencia entre las instituciones educativas de *élite* y de *masa*, entre las universidades privadas, públicas y técnicas y entre la educación urbana y rural. Los grupos privilegiados, por ejemplo, no matriculan a sus hijos en escuelas normales, ni en institutos técnicos, sino que prefieren los colegios y universidades privadas. Incluso dentro de las mismas universidades, las facultades de Trabajo Social y Sociología son menos respetadas que las de Medicina y Derecho. (Cataño, 1989:93)

Esas diferencias de clase dentro del sistema educativo tienen efectos en el futuro ocupacional de los graduados. Por ejemplo, los estudiantes que pertenecen a *las clases altas y medias solventes*, que cursan el bachillerato tradicional en colegios privados, están destinados a entrar a las universidades privadas y conseguir altos

cargos laborales bien remunerados. Mientras la *clase media menos solvente* y la *clase obrera* o *sector popular*, que estudian en escuelas normales o institutos tecnológicos, están destinados a ingresar a las universidades públicas y a ocupar trabajos subordinados y de limitados ingresos. Así mismo, la educación rural conformada por la población del campo da muestra de las condiciones de vida de sus habitantes. Al no tener un buen nivel académico y no tener recursos para una buena infraestructura y para el bienestar de sus alumnos, lo que contrasta con la educación urbana que se caracteriza por todo lo contrario. (Cataño, 1989:95)

Las mujeres indígenas por haber realizado una carrera universitaria acceden a una valoración distinta de sus logros, ya que no son vistas como una mujer más de la comunidad. Sino que adquieren un nuevo status, el de profesionales, y como tales deben encontrar la mejor forma de aplicar sus conocimientos culturales y académicos. No solo para la comunidad tiene un valor particular que sus miembros se profesionalicen, sino que para las familias de estas mujeres y para ellas mismas; estudiar en una universidad tiene un gran valor y es motivo de orgullo. Porque ellas consideran que es una experiencia que las enriquece como personas y les brinda nuevos conocimientos que fortalecen su identidad. Además, al ser profesionales van a poder tener mejores oportunidades en la vida y van a poder salir adelante por sí mismas. Por eso recomiendan que otras mujeres de sus comunidades estudien, para que adquieran nuevos conocimientos que les sirvan para aplicarlos en la comunidad y para que tengan una herramienta más para defenderse en la vida. Al respecto Maria del Mar Palacios (Wayuu, estudiante de Odontología de la Universidad Nacional) comenta:

“Para mi, tiene mucho valor estudiar en la universidad, porque he adquirido muchos conocimientos que puedo aplicar en mi comunidad. Por ejemplo, en el caso de mi carrera, el indígena ya no se va a sentir cohibido, pues yo hablo la misma lengua y ellos se van a poder comunicar con más confianza entre odontólogo y paciente, eso es una ventaja para mí. Cuando uno estudia en una universidad genera más respeto y admiración por parte de la gente de la comunidad. Además mi familia y la comunidad se sienten orgullosas de que yo estudie en la Universidad Nacional.”

Al profesionalizarse las mujeres, la comunidad las empieza a ver de otra manera. A veces como una “amenaza”, porque creen que impondrán conocimientos extraños que desestabilizarán la organización social de las comunidades. Otras veces son consideradas una ayuda, porque al ser profesionales pueden abrir nuevos espacios y promover proyectos que los benefician. En todo caso las indígenas piensan que por profesionalizarse no es que tengan mayor conocimiento que el de aquellos indígenas que no tienen la posibilidad de capacitarse. Sino que han adquirido un conocimiento diferente que junto con el saber cultural de los adultos mayores de sus comunidades pueden alcanzar mejores beneficios para sus comunidades.

El aumento en la participación de las mujeres colombianas en la educación universitaria ha permitido que ellas tengan mayores posibilidades de incorporarse en el ámbito laboral:

“Los trabajadores con educación universitaria y dentro de este grupo las mujeres han jugado un papel muy especial en el periodo transcurrido entre 1976 y 1989. En estos trece años las ocupadas con formación universitaria completa pasaron de 2.6 por ciento a 11.5 por ciento” (Bonilla, 1993: 42).

Las mujeres indígenas graduadas de las universidades se enfrentan a un campo laboral en el que predomina el desempleo y donde pueden tener problemas por su condición de género y etnicidad. Porque todavía existe un amplio sector de la sociedad con prejuicios, que considera a los hombres mejor calificados que las

mujeres, así como también existe discriminación por el color de piel y la procedencia étnica. Ellas también se enfrentan a desigualdades en el sistema salarial, pues se presentan casos en los cuales a pesar de que el hombre y la mujer tengan el mismo nivel de educación y conocimientos, el hombre es mejor remunerado y ocupa mejores cargos que las mujeres.

“La variable sexo se considera de manera explícita o implícita como un requisito en la selección de personal [...]. En los niveles más altos (direcciones, presidencias y vicepresidencias), si bien no es usual que se explicita el sexo en los requerimientos, se da por hecho en la mayoría de los casos que quienes deben ocupar esos cargos son hombres” (Bonilla, 1993: 52).

La valoración que la sociedad tiene de la mujer influye en el campo educativo y laboral, al crearse estereotipos culturales que posicionan a las mujeres en ciertas carreras universitarias como las referidas al campo de la educación y la sociedad y hacen a la mujer más o menos opcionada para desempeñar ciertos cargos. Algunos consideran que las mujeres son más “afectivas que racionales” lo que puede ser problemático en cargos que requieran tomar decisiones difíciles. Así como también se cree que tampoco están preparadas para desempeñar trabajos que requieran mucho esfuerzo físico. (Bonilla, 1993:55-57). Hay una predisposición para evaluar a las mujeres ya sea por la valoración social o por sus características personales más que por sus habilidades profesionales. Lo cual también se ve reflejado en los salarios que reciben: “normalmente los salarios de las mujeres son inferiores a los de los hombres en las mismas posiciones, y con la misma formación y experiencia” (Bonilla, 1993:62).

Desde la experiencia profesional personal de estas mujeres se puede observar cómo ellas han logrado posicionarse dentro del mercado laboral de una forma

favorable, teniendo en cuenta los altos grados de desempleo de la ciudad. Angélica Chindoy, por ejemplo, que es Antropóloga de la Universidad de los Andes, ha podido conseguir trabajo en el Putumayo como profesora e incluso le han dado la posibilidad de crear un curso relacionado con su carrera para que lo dicte a sus alumnos. También consiguió un trabajo en Bogotá relacionado con comunidades indígenas y está inscrita en el cabildo para trabajar en el plan de vida de su comunidad en Sibundoy cuando regrese.

Rocío Chicunque, incursionó en el campo laboral de Bogotá desde que empezó a estudiar Gestión Ambiental en la Universidad Distrital, trabajando en establecimientos comerciales para poder sostenerse en la ciudad. Mientras estudiaba se contactó con la Corporación Indígena Corpoamazonia para realizar una pasantía con la comunidad Inga sobre el componente ambiental que hacía parte de la elaboración del plan de vida de esta etnia. Después de terminar su pasantía y gracias a las buenas relaciones que ella tenía con Corpoamazonia logró contactarse con la Organización Zonal Indígena del Putumayo, OZIP, para hacer un diagnóstico de los territorios indígenas y sus resguardos en el Alto y Bajo Putumayo. Cuando terminó Gestión Ambiental, Rocío entró a estudiar Administración Ambiental y decidió seguir trabajando en beneficio de las comunidades indígenas con Corpoamazonia, en el diagnóstico territorial de su comunidad (Kamëntsa). Las organizaciones indígenas con las que ella trabajó fueron muy condescendientes en cuanto a los horarios laborales para que pudiera terminar sus carreras mientras trabajaba con ellos. Además le permitían asistir a los talleres de la ONIC y la OPIAC con los cuales Rosa actualizaba sus conocimientos.

Lucero Ipuana, Abogada de la Universidad Libre y perteneciente a la etnia Wayuu, tuvo oportunidades de trabajo en su comunidad gracias a los contactos de su padre. En Bogotá ha logrado incursionar en el ámbito gubernamental al trabajar como Asistente 2 en la Unidad Legislativa UTL, en Relatoría del Senado. Actualmente se está desempeñando en el área de Leyes del Senado como Asistente Legislativo, haciéndose cargo de la parte jurídica.

Esperanza Epiayú de la comunidad Wayuu quien estudió Diseño Textil en UNITEC ha realizado talleres con mujeres Wayuu artesanas donde comparten sus saberes sobre el tejido y a la vez aprovecha para darles información sobre la Constitución Nacional de Colombia y los derechos humanos. Ella es una de las creadoras de la Fundación Ouliwoü (Descendiente de Wayuu) en Uribia, la cual tiene como objetivo capacitar y ayudar a comercializar las artesanías Wayuu. Por lo que viaja constantemente a la Guajira para trabajar en la Fundación, así como también les colabora desde Bogotá realizando entre otras cosas contactos con empresas como Artesanías de Colombia.

Esperanza ha sido una mujer que ha estado muy involucrada con la problemática indígena y ha estado vinculada a la ONIC desde hace 9 años. En ese tiempo se hizo cargo del área de la mujer, del campo de la educación y del área organizativa de eventos. Ha viajado a diferentes regiones del país para trabajar con las comunidades indígenas, ha organizado talleres de capacitación indígena en todos los departamentos de la Costa Norte. Así como se ha hecho cargo de eventos importantes como el Taller Nacional de Mujeres Indígenas y del Taller Suramericano de Mujeres Indígenas realizado en Colombia, entre otros eventos. En resumen, Esperanza es una líder



indígena, en la medida en que siempre se encuentra realizando trabajos en pro de su etnia y de las comunidades indígenas del país.

Angélica al igual que Rocío, Lucero y Esperanza han logrado conseguir trabajos relacionados con la carrera que estudiaron y han podido poner en práctica sus conocimientos en campos en los cuales ellas habían soñado desempeñarse. Como el caso de trabajar con sus comunidades, ya sea desde Bogotá o en sus lugares de origen. Sus trabajos, los consiguen gracias a la ayuda de sus familiares que tienen algún contacto laboral para recomendarlas, por las relaciones que ellas han establecido en la ciudad con las organizaciones indígenas, las instituciones estatales o con las nuevas amistades. Esa red de relaciones que ellas tejen en su estancia en Bogotá les permite acceder a otros campos y les sirve como punto de apoyo para su adaptación a la ciudad, al mundo académico y al laboral. De esta manera ellas se van apropiando no solo del ámbito educativo y el contexto urbano, sino también del campo laboral, creando un estilo de vida propio acorde a sus necesidades. Estilo de vida que en el caso de mujeres como Rocío, Lucero y Esperanza involucran, el aspecto laboral, el ser madres y esposas.

Estas tres mujeres tienen a su cargo un gran número de responsabilidades de las cuales logran hacerse cargo planificando su tiempo de acuerdo a sus actividades diarias. El horario de la mañana y la tarde casi siempre está destinado a la práctica laboral y académica; al medio día, almuerzan en sus casas y por la noche y los fines de semana los comparten con su familia. Antes de salir a trabajar, dejan listos a sus hijos para llevarlos al jardín o al colegio y por la tarde los recogen y les ayudan en sus tareas. Cuando llegan sus esposos de trabajar (no están casadas por lo católico) los

atienden y conversan sobre lo que hicieron en el día. El tiempo libre está destinado para realizar alguna actividad con sus hijos, ya sea llevarlos al parque, jugar con ellos o enseñarles diferentes aspectos de sus respectivas culturas. También emplean algún momento del día o la noche para realizar tejidos o adornos en chaquiras, como el caso de Rocío que es Kamëntsa. La forma en que educan a sus hijos está encaminada a transmitirles el legado cultural de sus respectivas etnias; sus hijos hablan la lengua materna y se encuentran en contacto con sus familiares en la Guajira y Putumayo, cuando viajan en las vacaciones.

En síntesis, aunque son profesionales y trabajan, no descuidan el cuidado del hogar, de sus hijos y esposo; valores que les fueron inculcados desde su infancia por sus madres y abuelas. Ellas hacen parte de una nueva generación de mujeres indígenas que han tenido la oportunidad de capacitarse profesionalmente. En la ciudad han construido un estilo de vida propio que incluye la construcción de una familia. Son mujeres que han sabido combinar su formación cultural y los conocimientos que han adquirido en la ciudad en los campos académicos y laborales.

## **2.2 El profesional indígena ante su comunidad**

Los egresados indígenas se enfrentan a un nuevo reto cuando regresan a sus comunidades, el de ser aceptados por los habitantes de la comunidad para poder llevar a cabo un trabajo idóneo y en equipo con ellos. El profesional indígena tiene incorporado como parte de su identidad, el conocimiento de su cultura que ha acumulado en su comunidad de origen y a su vez es portador del conocimiento académico adquirido en las universidades. Su labor consiste en relacionar ambos

conocimientos de tal forma que pueda vincularse a su comunidad nuevamente para generar un intercambio de saberes que los beneficie como grupo.

Los egresados enfrentan dificultades para integrarse a su comunidad, ya que ésta muchas veces no confía en las capacidades profesionales que ellos pueden tener para ayudar en la problemática de sus comunidades. Esta concepción en parte se crea, porque algunos egresados llegan tratando de imponer su conocimiento (que consideran el único válido) sobre el de las autoridades tradicionales o en otros casos les es indiferente su comunidad y se desvinculan de ella estableciéndose de forma definitiva en la ciudad.

Para evitar este tipo de inconvenientes, las mujeres indígenas graduadas y las que todavía se encuentran en la universidad, se mantienen en contacto con las comunidades durante su periodo de estudio. Intentan viajar cada seis meses no solo para visitar a sus familiares y allegados, sino también para conservar el lazo con sus comunidades. Esto con el fin de que sus habitantes se den cuenta del alto grado de compromiso que ellas tienen con la situación que ellos viven y para que sepan que ellas no se han desligado de su realidad cultural. Sino que por el contrario se encuentran pendientes de sus problemas y dificultades para intentar plantear soluciones a partir del conocimiento que han adquirido en la ciudad y la universidad.

Otro problema al cual se enfrentan cuando regresan es su relación con los cabildos que muchas veces no les colaboran para incorporarse en el ámbito laboral de sus comunidades. Ellas plantean que esto se debe en parte a intereses políticos y económicos y al gobernador que esté de turno. La inestabilidad laboral en sus comunidades es otro inconveniente, porque los contratos que pueden conseguir son

por poco tiempo y no son remunerados. Al respecto Rocío Chicunque (Kamëntsa, graduada en Gestión y Administración Ambiental de la Universidad Distrital) comenta:

“Cuando me devuelva a trabajar de tiempo completo con mi comunidad va a ser un poco difícil, a veces la gente piensa que uno perdió su cultura por estar en la ciudad. Lo que tocaría es ganarse el espacio para mostrarles que uno sigue siendo el mismo hermano, que todos somos indígenas y que tenemos que compartir nuestra experiencias. Con el cabildo sería muy difícil, porque allá se manejan mal los recursos, entre otras cosas que se dan. Con los trabajos que he hecho hasta el momento, me ha ido mejor con las otras comunidades del Bajo Putumayo que con mi propia comunidad.”

El contacto que ellas mantienen con sus comunidades les sirve para afianzar la confianza con los habitantes que en ella viven; por eso participan en charlas informativas para incentivar a los jóvenes bachilleres con respecto al estudio universitario y para darles a conocer las dificultades que pueden enfrentar en la ciudad. Ellas también divulgan información acerca de diferentes temas de interés para la comunidad como los respectivos al área de la salud. Como el caso de María del Mar que estudia Odontología y comparte su conocimiento sobre salud oral o el caso de Concepción que estudia Enfermería y ofrece algunas indicaciones de sanidad. Así como las mujeres que estudian en el área de las Ciencias Sociales y Humanidades, que imparten información sobre los derechos que ellos tienen como indígenas y sobre la situación jurídica y socioeconómica en la que se encuentran. Al respecto comenta Maria del Mar Palacios (Wayuu, estudiante de Odontología de la Universidad Nacional):

“Yo me imagino que cuando regrese me va a dar un poquito duro, porque me van a mirar como una persona que ha vivido mucho entre los alijuna y que no soy más de la comunidad. Sin embargo, uno se va ganando el respeto y le va mostrando a la comunidad que uno sigue siendo Wayuu. Yo considero que a mi me quedaría fácil entrar a la comunidad, porque yo hablo la lengua y puedo

contarles acerca de mi vivencia en Bogotá. Yo he tratado de mantenerme en contacto con mi comunidad y casi siempre cuando voy, visito las rancherías. Me presento con ellos hablando la lengua para que se den cuenta que yo no olvide mi cultura, lo cual es muy bien visto por ellos y les hablo sobre la salud oral para que tengan más cuidado con el cuidado de sus dientes.”

El vínculo que logran mantener con sus comunidades también les permite que las autoridades tradicionales representadas en el Cabildo les pidan ayuda para que desde la ciudad ellas les colaboren realizando trámites legales en beneficio de la comunidad. Además muchos padres que tienen hijos que migran a Bogotá a estudiar los encomiendan a las estudiantes y egresadas indígenas, que los apoyen en la ciudad para enfrentar mejor la forma de vida urbana y universitaria.

Las profesionales indígenas se convierten en los intermediarios entre sus comunidades y el gobierno, entre el espacio rural y el urbano, entre las prácticas tradicionales de sus respectivas culturas y el conocimiento occidental. Ellas pueden trabajar para sus comunidades en asuntos de organización socioeconómica de los cabildos, en el área ambiental y diagnóstico territorial de los resguardos, en el plan de vida de la comunidad, en el área de la salud y la educación, en la preservación de sus valores culturales y en el reconocimiento y cumplimiento de los derechos que ellos tienen como comunidades indígenas. Es importante, entonces, que en la universidad no solo instruyan a los estudiantes indígenas en la formación académica teórica, sino también en la aplicación práctica, para que el día en que se gradúen puedan emplear los conocimientos que adquirieron de forma coherente con la realidad de las comunidades indígenas.

Las egresadas, al regresar a sus comunidades, deben abrirse espacios para que las acepten como trabajadoras aptas para aplicar sus habilidades; aunque las mujeres

indígenas lo están haciendo desde Bogotá antes de graduarse al mantenerse en contacto con la situación de sus comunidades. En la medida que sean aceptadas por la comunidad van debilitando la concepción de extrañas que tienen de ellas por haber estado alejadas de la comunidad por un tiempo.

Para que las profesionales indígenas tengan un mejor desempeño laboral y puedan aplicar de forma adecuada sus conocimientos a la realidad social de sus comunidades es fundamental que la educación esté dirigida a la transmisión de conocimientos, prácticas y destrezas que aporten a las egresadas los medios necesarios para ser críticas y propositivas ante los problemas que afrontan sus comunidades para poder contribuir en la búsqueda de soluciones pertinentes.

### **2.3 El espacio laboral como posibilidad de acceso a la educación superior**

Las mujeres indígenas profesionales incursionan en la economía de la ciudad como ya se ha señalado, trabajando en instituciones del gobierno, en organizaciones indígenas, en el área educativa e incluso manejando sus propios negocios. Así como también hay indígenas que no son profesionales y que trabajan en casas de familia, vendiendo artesanías, en empresas que producen y venden un producto específico y en jardines de niños, entre otros campos.

El trabajo que realizan las mujeres que no tienen grados universitarios se ve reflejado en casos como el de Rosario Epiayú y Yosusi Aguilar de la comunidad Wayuu y el de Mariela Miticanoy y Carmela Narvárez de la comunidad Kamëntsa quienes migraron a Bogotá en su adolescencia cuando tenían entre 15 y 17 años, con el objetivo de realizar estudios universitarios. Ellas empezaron trabajando en la ciudad para poder ahorrar y en algún momento tener la suficiente solvencia

económica para poder iniciar sus estudios. Tal es el caso de Mariela Miticanoy

(Kamëntsa, trabajadora del Servicio Doméstico):

“Yo me vine con una amiga a Bogotá en 1995 y por contactos de un tío empecé a trabajar como Empleada Doméstica. Me aburrí y decidí irme, porque me tocaba atender a muchas personas. Después trabajé con una señora por dos años hasta 1999, vendiendo ropa dentro del apartamento de ella. Luego me puse a trabajar con un señor con quien estuve como 3 años hasta el 2002, pero me aburrí por la soledad. Mientras trabajé con él, entré en 1999 al Instituto Heisenberg para terminar el bachillerato y en el año 2000 me gradué. Después entré a un preuniversitario donde estudié de 1:00pm a 6:00pm durante tres meses, para presentarme a la Universidad Nacional para estudiar Antropología, pero no pasé. Después me presenté a la Universidad Minuto de Dios a estudiar Trabajo Social, pero no había horario nocturno. Siempre he tenido ganas de continuar estudiando y seguiré intentándolo. Después de trabajar con el señor me vine para Chía, trabajo para cuatro personas (dos niños y la pareja de esposos). Por el momento me pienso quedar aquí en Chía por un rato y si puedo quiero hacer un curso de sistemas en un Instituto que queda cerca. Si logro entrar a estudiar en la Universidad, no me voy de Bogotá, sino que espero hasta terminar la carrera.”

Las mujeres Kamëntsa, como el caso de Mariela y Carmela trabajan como Empleadas Domésticas internas y cambian frecuentemente su lugar de trabajo. Debido en parte a que el trabajo es muy pesado y se podría decir que las explotan laboralmente, pues el trabajo que realizan amerita mucho esfuerzo y dedicación para lo que les pagan. Además, después de un tiempo ellas se aburren y se sienten encerradas en la cotidianidad y la carga laboral y prefieren renunciar y buscar otra familia con quien trabajar. Para ellas este trabajo es arduo y esclavizante, pues trabajan todos los días y solo tienen libres los domingos. Muchas veces sienten que les hace falta su libertad y disponibilidad de tiempo, por eso intentan capacitarse terminando sus estudios de bachillerato y ahorrando para poder ingresar a la universidad; y así poder dejar de trabajar en el sector doméstico.

El caso de las mujeres Wayuu es diferente, pues ellas han logrado ahorrar y capacitarse con el dinero que ganan. Realizando, por ejemplo, cursos de idiomas, de sistemas y de secretariado bilingüe, lo cual les permite acceder a otro tipo de trabajos en empresas, como Rosario, o en el caso de Yosusi, en un jardín infantil a cargo del cuidado de los niños. Ellas, a diferencia de Mariela y Carmela, trabajaron antes de venirse a Bogotá en la comunidad, como el caso de Yosusi que trabajó en las Asociaciones Wayuu. Rosario Epiayú (Wayuu, trabajadora en una empresa) es un ejemplo de ello:

“Después de graduarme como bachiller hice un curso de sistemas en el SENA del Atlántico que duró cuatro meses. Me vine para Bogotá con una amiga en el año de 1999, cuando tenía 17 años. Conseguí trabajo gracias a un contacto que tenía en la Guajira. Comencé trabajando en una tienda naturista, haciendo los productos y empacándolos, mientras yo estaba trabajando en la tienda me pagué un curso de culinaria en el Instituto Renacer, sobre comidas macrobióticas y vegetarianas. La empresa se acabó, pero mi jefa me llevó con ella para que le colaborara en la nueva empresa de plásticos. Ya llevo 5 años trabajando con ella. Mientras trabajaba mi jefa me pagó unos cursos de secretariado bilingüe en el Instituto Meyer que duraron dos años. En la empresa mi jefa me fue ascendiendo, yo comencé en empaques hasta el año pasado. Este año estoy en la parte de archivo, donde trabajo con todo lo que tiene que ver con el manejo de cada producción. Yo me vine a Bogotá con la meta de entrar a estudiar en la Universidad, pero por la situación económica me tocó empezar a trabajar primero. Sin embargo, yo estoy ahorrando para poder estudiar Psicología. Ahora voy a empezar a estudiar inglés por las mañanas de 7:00am a 10:00am en el Instituto Meyer. Pienso quedarme en Bogotá por el estudio, porque desde los 16 años mi meta es estudiar. Ahora quiero hacer un curso de francés, quiero aprender otros idiomas y si es posible me gustaría viajar al exterior para estudiar y formarme mejor.”

Tanto las mujeres Kamëntsa, como las Wayuu tienen como meta estudiar en la universidad. Algunas de ellas se han presentado en la Universidad Nacional, que es su única alternativa económica, pero no han logrado pasar, por lo que siguen trabajando y ahorrando para ver si pueden reunir el dinero suficiente para ingresar a una



universidad privada y no depender del examen de habilidades requerido por la Nacional.

Estas mujeres tienen un alto grado de movilidad laboral, pues no se establecen de forma definitiva en un trabajo, sino que cambian frecuentemente de empleos, son muy dinámicas y flexibles, para nada estacionarias y estáticas en sus patrones de trabajo. Solo el caso de Rosario es diferente, pues ella ya venía capacitada en sistemas desde su comunidad y contó con la suerte de encontrar un trabajo en el cual su jefe la ha ido ascendiendo y le ha ayudado a seguirse capacitando. Por lo cual ella ha preferido mantener su trabajo de forma estable, pues sabe que en este momento la situación laboral está complicada y ella se encuentra en buenas condiciones en la empresa de plásticos donde trabaja.

**ELISA MONTIEL**  
**Estudiante Wayuu de la Universidad Nacional**



**Elisa Montiel estudiante de Sociología de la Universidad Nacional ensayando una danza tradicional Wayuu para una presentación en dicha Institución.**

**ANGÉLICA CHINDOY**  
**Antropóloga Kamëntsa de la Universidad de los Andes**



**Angélica Chindoy (primera de la fila de izquierda a derecha en la parte inferior) se encuentra con sus compañeros Kamëntsa de la Universidad Nacional para presentar una danza tradicional de su cultura en dicha Institución.**

### 3. INGRESO A LA VIDA URBANA

#### “Para mi primero está la gente y después yo”

“Mi nombre es Elisa Montiel, tengo 33 años, soy indígena Wayuu y vengo de la comunidad de Nazaret en la Guajira. En 1999 a la edad de 28 años me vine a Bogotá para estudiar en la Universidad Nacional la carrera de Sociología. Por fuera de la Universidad me ayudaron familias que conocía de la Guajira y los compañeros Wayuu de las Residencias 10 de Mayo de la Universidad, los cuales han sido un gran apoyo, porque nos ayudamos mutuamente cuando tenemos alguna dificultad. A veces hacemos reuniones dentro de las Residencias y de vez en cuando vamos a un local llamado Caribeño, que es de un señor costeño y queda cerca de la universidad. Al estar aquí compartiendo con los costeos fue que empecé a oír más vallenatos, porque yo me reúno más que todo con la gente de la Guajira. Mis gustos los comparto de acuerdo con el grupo con el que estoy. Con mis compañeros de la universidad, voy a jazz al parque, voy a cine, bailo la música que a ellos les gusta, que casi siempre es la norteamericana. Cuando estoy con mis amigos costeos y Wayuu, oigo la música vallenata y cuando voy a reuniones donde hay personas de diferentes regiones, hay variedad en la música que se oye. Desde hace 2 años estoy encargada de coordinar el grupo Giací, que es el grupo interdisciplinario de apoyo a la comunidad indígena y ahí conocí más compañeros Wayuu y de otras etnias y empecé una relación de pareja, actualmente estable. Con él tenemos más libertad en lo que hacemos, porque si estuviéramos en la comunidad me cohibirían de hacer muchas cosas, porque mis papás siempre lo están vigilando a uno y no lo dejan tener novio, porque piensan que los hombres se pueden aprovechar de uno. La ayuda que he recibido por parte de la gente amiga que me rodea me ha servido para aprender a querer esta ciudad; me gusta el clima, las personas son queridas, hay muchas cosas para hacer, es una ciudad muy activa. A mi por lo general me ha ido bien con la gente de Bogotá, me parece muy colaboradora y respetuosa con las creencias de las demás personas. Yo, por ejemplo, no me he sentido discriminada desde que llegué aquí, al contrario, siento que me han acogido muy bien.

Cuando yo llegué a Bogotá, la gente vio en mí a una persona que podía interpretar los sueños, mientras que cuando yo estaba en mi casa nunca me puse en la tarea de interpretarlos. Aunque uso jeans y buzos por el frío, cuando llego al apartamento sigo usando mis mantas, al igual que cuando voy a la Guajira. Pero si he visto algunas compañeras que llegan solo con sus mantas y después las dejan de usar y se colocan pantalones. A mi no me gusta el maquillaje, pero si he visto Wayuus que llegan a Bogotá y se empiezan a maquillar y a peinar diferente. Utilizo mucho el internet para los trabajos de la universidad y para comunicarme. Casi no veo televisión; me gusta mirar los noticieros y siempre saco una conclusión de lo que veo y no me dejo influenciar fácilmente por las cosas, aunque si he visto compañeras que se dejan llevar por los anuncios que salen en la televisión y hacen una colecta para que les salga más barato. Y compran, por ejemplo productos adelgazantes como la faja reductora, que no les duró ni quince días porque se les dañó y cuando quisieron hacer efectiva la garantía, no les devolvieron la plata. Entonces yo les dije que eso les pasaba por dejarse influenciar por los medios de comunicación. Acá en Bogotá me he enriquecido intelectualmente, porque he adquirido muchos conocimientos gracias a la universidad. También he aprendido mucho de las experiencias que he tenido como coordinadora de algunos eventos indígenas o en las diferentes reuniones que me ha tocado representar a los Wayuu acá en Bogotá, donde se requiere mucho compromiso y responsabilidad de mi parte.”

### **“Soy una persona sociable y estudiosa”**

“Mi nombre es Mariana Pasuy, tengo 19 años, estudio Trabajo Social en la universidad Externado de Colombia y pertenezco a la comunidad indígena Kamëntsa del valle de Sibundoy (Putumayo). En el 2000 me vine para Bogotá, cuando tenía 15 años, aprovechando que mi papá se encontraba viviendo aquí. Durante este tiempo que llevo viviendo en Bogotá, he conocido a personas muy amables, amigables y sobre todo personas de buenos sentimientos hacia nosotros los indígenas. Digo nosotros, porque en la universidad, estudian indígenas de otras regiones como Arhuacos, Andokes (Amazonas), Guambianos, Wayuus y Kofanes y es con ellos con los que más me relaciono, pues me siento más a gusto, como en familia. El venir a Bogotá le abre a uno muchas puertas; te brinda la oportunidad de realizar estudios superiores, hacer cursos, de prepararte más, de conocer el movimiento de la ciudad, de pertenecer a ella, de relacionarte con personas de diferentes partes y aprender y compartir lo que sabes con ellos, de intercambiar cosas culturales, etc. Así mismo, te das cuenta que no es lo mismo estar en la ciudad que vivir en tu pueblo. Por eso hay cosas que me parecen muy estresantes, por ejemplo, salir y encontrarse o toparse con mucha gente, no poder caminar con tranquilidad por la inseguridad, porque a donde vayas te puede suceder algo, la contaminación, el olor de los buses que es capaz de marearte, la desconfianza de algunas personas, etc. Todo esto, no es de todo negativo, porque te enseña a convivir y a adaptarte a un mundo que no es el tuyo y del cual tú debes sacarle frutos y buenos resultados, ya que te ayuda a despertar y a moverte más en tus cosas. Lo que si me ha pasado aquí en Bogotá, es que he cambiado un poco mi forma de vestir, porque acá siento que toca estar más presentable, más formal, mientras en la comunidad no me fijaba en la ropa, era más desprevenida. Por ejemplo con los jeans, a mí nunca me gustaron, pero ahora ya lo empecé a ver de otra manera y me los coloco. Lo de las dietas me influenció un poquito, al principio, pues casi todas las personas están pensando en 90-60-90 y que hay que ser delgada, pero ahora ya no le pongo atención a esas cosas. El ambiente de la comunidad y el de Bogotá son diferentes, porque en la comunidad las personas se conocen, pasa alguien y se saludan, hay como más confianza entre la gente. Acá es muy distinto, las personas son muy prevenidas con todo, por eso es difícil conseguir amigos.

Con la universidad, el curso de inglés y las labores que hay que hacer en el apartamento, me tocó dividir mejor el tiempo, porque hay días que tengo clases de 8am a 10am y de 2pm a 4pm, entonces en el medio día, aprovecho para programar cosas de inglés y también para leer y para hacer los trabajos que piden para la semana entrante. Ahora en este semestre no salgo tanto con los del grupo de la universidad, debido a la carga académica y si tengo tiempo después de clases, nos vamos a la biblioteca y leemos. Cuando salgo de la universidad me vengo para acá para el apartamento y escucho música; me gusta toda clase de música, ahora que estoy aquí en Bogotá me he decidido por el género pop. También veo televisión, las telenovelas, por ejemplo y veo más que en mi comunidad, porque uno allá no se acostumbra a estar pegado del televisor, porque tiene cosas que hacer. Salgo del apartamento cuando es necesario, para hacer vueltas, pero no salgo a fiestas, porque no me gusta. Me gusta Bogotá por los lugares que tiene, por los parques, de vez en cuando voy al Parque Jaime Duque, que es el que más me gusta. En fin el venir acá lo hace despertar a uno, se conocen nuevas cosas y se relaciona uno con otras personas. Ahora casi no le tengo miedo a nada y he crecido mucho personalmente. En la comunidad yo era muy tímida, ahora en Bogotá va perdiendo uno la timidez, porque me toca enfrentarme a muchas cosas diferentes. Además soy una persona más responsable y ordenada. Mi forma de pensar ha cambiado; ahora pienso mucho en mi futuro y en lo que voy a hacer con mi carrera.”

### 3.1 La ciudad: encuentro de culturas

La ciudad de Bogotá es un espacio de encuentros permeado por la multiculturalidad, donde se generan relaciones entre diversos grupos humanos con diferentes pensamientos y formas de actuar. Así mismo, la ciudad se constituye en un lugar de tensiones donde confluyen en la cotidianidad las prácticas socio-culturales de grupos heterogéneos de población. La ciudad se construye, entonces, a través de la diversidad.

“En el plano de las interacciones sociales, una ciudad es la experiencia vital de quienes habitan en ella. Cuando hablamos de experiencias vitales, damos por entendido que el hecho de habitar un ámbito social urbano no puede ser experimentado de la misma manera por distintos grupos sociales. La experiencia de vivir en una ciudad es diferente según las expectativas, frustraciones, logros, que perciben los grupos sociales. Por lo tanto, existe una multiplicidad de ciudades imaginadas o reales de los grupos constituidos a partir de una experiencia urbana común” (Gaggiotti, 2001:222).

Tanto las mujeres Kamëntsa como Wayuu que migran a Bogotá empiezan un proceso de adaptación que con el tiempo les permite apropiarse de la ciudad y hacer parte de la sociedad urbana, de sus instituciones, de los espacios públicos y privados, de sus habitantes, de los beneficios e inconvenientes que ésta les ofrece, pero sin olvidar su procedencia étnica. Ellas atraviesan por complejos mecanismos de interpretación e integración al medio urbano a partir de sus realidades personales y aprenden a vivir en la ciudad transformándola en un espacio con un discurso propio con el cual se identifican.

El caso de la comunidad Inga del Alto Putumayo, que se reconoce como una etnia migrante, es un ejemplo de apropiación de la ciudad, ya que ésta se ha convertido en algo más que un lugar de paso, pasando a ser, un espacio de vida. Ahora es posible

encontrar generaciones de indígenas Ingas que están naciendo en Bogotá, se están formando profesionalmente y se están posicionando en el comercio ambulante y en la práctica curativa. Los jóvenes Ingas que habitan en Bogotá luchan constantemente por adaptarse al medio urbano y al mismo tiempo mantener sus valores culturales:

“Estos jóvenes, a pesar de vivir en zonas urbanas lumpenizadas, han tenido una serie de valores étnicos y culturales que han recibido del seno de sus familiares [...] en ellos existe habilidad para aprender nuevas técnicas de trabajo y adquisición de nuevos valores económicos y educacionales, sin perder los antiguos que adecuadamente regían en la tierra de sus abuelos.” (Muñoz, 1994:188).

Los indígenas Kamëntsa también han incursionado en el ámbito curativo de Bogotá y algunos taitas viajan periódicamente desde Sibundoy para realizar tomas de yajé urbanas. Las mujeres Wayuu por su parte comercian con sus artesanías en diferentes almacenes especializados como Artesanías de Colombia, la Galería Cano o El Balay. Para las mujeres indígenas que se encuentran estudiando, Bogotá es una ciudad de paso; sin embargo algunas de las mujeres Kamëntsa y Wayuu tienen a sus hijos en Bogotá y han decidido establecerse en la ciudad con la nueva familia que han conformado. Las nuevas generaciones de pobladores indígenas en la ciudad participan de los servicios urbanos y sus hijos nacidos en la ciudad tendrán otras expectativas de vida. Depende de la educación que reciban de sus familias si se identificarán con su cultura, porque el colegio, la universidad o el mismo medio urbano no van a ayudar en ese proceso; por el contrario los van a acercar más a la cultura occidental.

En el caso de Lucero Ipuana y Esperanza Epiayú de la comunidad Wayuu, sus hijos hablan el Wayuunaiki, conocen su cultura y se identifican con ella; incluso la

hija de Esperanza que tiene 9 años usa sus mantas. A pesar que ellos se relacionan con otros niños de la ciudad, ya sea en el jardín o el colegio, siguen teniendo muy claro que son Wayuu. Para el caso de Concepción Ortega y Rocío Chicunque de la comunidad Kamëntsa la situación varía un poco. Concepción vive en Bogotá con su hijo de un año y medio, pero ella solo le puede enseñar algunas palabras que sabe en su lengua materna, porque aunque la entiende no la habla.

Rocío que sí domina la lengua Kamëntsa se la ha podido enseñar a su hija de cuatro años. Sin embargo, la niña conoce más sobre la cultura de su padre que es un indígena Curripaco del Guainía, porque por cuestiones de trabajo y estudio la niña ha permanecido más tiempo con su familia paterna. Debido a esa situación ha podido aprender las dos lenguas que hablan en esa comunidad: el Curripaco y el Puinave. De todas maneras Rocío le enseña la lengua y las costumbres Kamëntsa y la lleva en vacaciones a Sibundoy para que esté en contacto con la comunidad. Así que la niña ha crecido en un ambiente multicultural, habla tres lenguas indígenas y español y ha vivido en tres espacios culturales diferentes. Actualmente la niña estudia en un jardín en Bogotá y en las vacaciones visita a sus familiares en las respectivas comunidades indígenas. Las mujeres indígenas en Bogotá se encuentran en una lucha entre mantener sus aspectos culturales y apropiarse de la ciudad para crear un espacio propio. Así como también tienen la responsabilidad de transmitirles a sus hijos sus conocimientos culturales, para que ellos se identifiquen como indígenas y no se dejen absorber por la cultura urbana.

En Bogotá se han abierto espacios, con ayuda del Distrito, para que las comunidades indígenas se manifiesten culturalmente, como es el caso del “Encuentro



de saberes y culturas indígenas-Minga-, dedicado al tema de los migrantes indígenas y sus experiencias en ámbitos urbanos. Este encuentro contó con una serie de conferencias y también con una muestra cultural de danzas, música y cantos de las comunidades indígenas que se realizaron en espacios públicos como el auditorio de La Media Torta. En este tipo de eventos se pueden encontrar muestras gastronómicas de diferentes comunidades, así como presentaciones de danzas, grupos de música y recitales. Algunas universidades también han creado espacios para recrear la cultura indígena, como el caso de la Universidad Nacional. Además, en la ciudad se pueden encontrar foros, conferencias o seminarios que giran en torno a la temática indígena. Así como también las organizaciones indígenas han tomado a Bogotá como punto de encuentro para ejecutar reuniones a nivel nacional sobre su problemática.

Estos espacios urbanos que se están creando permiten el reencuentro de la población indígena al reunirse las diferentes etnias de la ciudad en torno a sus expresiones culturales. El espacio público de Bogotá ha empezado a abrir sus puertas a la diversidad, permitiendo la interacción cultural y construyendo una ciudad multicultural. A pesar de la realización de tales eventos, todavía no se puede decir que hay una interacción recíproca entre indígenas y los demás habitantes de la ciudad. Debido a que la sociedad colombiana todavía no se involucra en sus prácticas, en parte por desconocimiento o porque los consideran como una expresión cultural ajena a sus gustos y costumbres. Sin embargo, este tipo de eventos son un paso para que la ciudad empiece a reconocer la existencia de indígenas urbanos que también hacen parte de Bogotá. Un paso más importante sería que en los colegios y universidades se

enseñaran los aspectos culturales de las comunidades indígenas y su situación actual en sus regiones de origen y en las ciudades.

Entre los espacios que se están abriendo los indígenas en la ciudad, el conocimiento tradicional de Ingas y Kamëntsas está empezando a expandirse y están realizando tomas de yajé urbano, que se convierten en muchos casos en parte del estilo de vida de los jóvenes bogotanos. Dichas tomas están dirigidas por un chamán de la comunidad Inga o Kamëntsa que viaja a la ciudad para realizar las ceremonias en casas, apartamentos, centros médicos alternativos, sedes de yoga y relajación o en lugares a las afueras de Bogotá como la Calera, Neusa y Sesquilé. Esta práctica está de moda en la ciudad y sus participantes son una mezcla de indígenas, estudiantes y profesionales que van guiados por diferentes intereses: la sanación de enfermedades, la interpretación de sueños, un autoconocimiento, la limpieza corporal y espiritual o por simple curiosidad (Uribe, 2002:6-7). La información sobre las tomas de yajé se transmite a través de dos redes de comunicación: la primera de forma oral; por vía telefónica o personalmente los participantes recurrentes de esta práctica se encargan de difundir el mensaje entre sus amigos y conocidos, quien lo transmiten a otras personas. La segunda red informativa se realiza a través del Internet, que cuenta con una variedad de páginas web con información sobre el yajé: sus virtudes, sus efectos y las fechas de reunión de las tomas urbanas (Uribe, 2002: 10-12).

Además de estas redes de comunicación, en Bogotá se han creado redes urbanas de curanderos, en las cuales se comparten conocimientos y prácticas de diferentes culturas, lo que les permite darles un mejor tratamiento a sus pacientes (Pinzón y Suárez, 1991:171). El yajé ha llegado a la ciudad con los conocimientos de los chamanes indígenas, se encuentra en todas partes y no tiene un territorio fijo. Viaja por el ciberespacio y se condensa en las prácticas

urbanas, convirtiéndose en una forma de psicoterapia grupal para sus participantes: “...todo chamanismo del pasado colonial o del presente “posmoderno”, es un neochamanismo. [...]los chamanes siempre han sido expertos en un bricolaje cultural que les permite tomar de aquí y allá”(Uribe, 2002:35).

### **3.2 Tiempo libre: espacio de esparcimiento**

Las mujeres indígenas, aunque son muy dedicadas al estudio y no les gusta hacer actividades por fuera de la universidad que vayan a interferir en su buen desempeño académico, también tienen un tiempo de esparcimiento donde realizan diferentes actividades que hacen parte de su formación como personas. Muchas de ellas, sobretodo las pertenecientes a la etnia Wayuu, han estado muy comprometidas con la problemática de sus comunidades. Desde Bogotá les colaboran en lo que pueden y para ello destinan parte de su tiempo de estudio en llevar a cabo los encargos del Cabildo, la familia y los amigos. Ellas se convierten en las mediadoras entre sus comunidades y las instituciones gubernamentales en Bogotá, realizan trámites con el Ministerio del Interior, con la Organización Nacional de Indígenas de Colombia ONIC y con las Universidades, entre otras instituciones.

Las mujeres Wayuu, sobre todo, crearon una red de relaciones en la Universidad Nacional con los indígenas de su etnia que viven en las residencias de dicha Institución. Un “grupo de amigos” Wayuu en el que son muy solidarios y siempre están pendientes los unos de los otros. Si llega algún estudiante nuevo, lo ayudan a acoplarse no solo al ritmo académico sino a orientarse dentro de la ciudad. Algunas de las actividades que realizan juntos tienen que ver con el ámbito académico; si alguien del grupo necesita ayuda para recolectar información para una investigación o

trabajo de la universidad o si no entiende las lecturas o los ejercicios de matemáticas siempre habrá alguien dispuesto a colaborar. También realizan reuniones para charlar, oír música y compartir sus experiencias o en ocasiones salen juntos a un local de música vallenata cercano a las residencias para distraerse un poco.

Las mujeres que no son de la Universidad Nacional también crean sus grupos de amigos y conocidos a partir de su lugar de residencia. Angélica, por ejemplo, mientras estudió en la Universidad de los Andes tuvo la oportunidad de vivir en las residencias femeninas manejadas por el Ministerio del Interior ( que actualmente no están en funcionamiento). Al respecto Angélica Chindoy (Kamëntsa, Antropóloga de la Universidad de los Andes) comenta:

“En la universidad fue de mucha ayuda para mí haber conocido a Edith que era indígena Pasto, pues nos hicimos muy amigas durante la carrera y tratábamos de ayudarnos siempre en lo que fuera. También me sirvió la ayuda que me prestaron algunos compañeros cuando no entendía alguna cosa. Mi amistad con las muchachas de las residencias también fue un apoyo, sobre todo con las que se quedaban como yo, durante las vacaciones en Bogotá, pues siempre tratábamos de hacer algo juntas. Íbamos a Monserrate, caminábamos por la séptima, cocinábamos juntas, íbamos a cine, a jugar básquet y a veces salíamos a pueblitos cercanos; siempre nos inventábamos algo. También me relacioné mucho los primeros semestres con los Kamëntsas de la Universidad Nacional; con ellos jugábamos micro-fútbol y en general cuando tenía tiempo libre además de hacer deporte con mis amigos, también iba a fiestas de cumpleaños con ellos y ahí bailábamos, comíamos y charlábamos. Ellos siempre se mantenían en contacto conmigo y me invitaban a hacer diferentes cosas, por ejemplo, nos reuníamos a hacer almuerzos, a celebrar el día del amor y la amistad y el día de la madre a las compañeras que ya tenían hijos. Mis amigos eran sobre todo Kamëntsas y de otras regiones del país, también tenía amigos de aquí de Bogotá que conocí en la Universidad de los Andes.”

Las mujeres Wayuu y Kamëntsa que no cuentan con la posibilidad de acceder a residencias universitarias viven en arriendo por el barrio de La Candelaria. Para que les salga más económico comparten un apartamento entre tres o cuatro personas que por lo general son mujeres indígenas, estudiantes o trabajadoras, que se conocen

entre sí o son recomendadas por alguien conocido. Entre ellas también se crean lazos de amistad y parte del tiempo libre lo comparten conversando, viendo televisión o haciendo reuniones con otros amigos para pasar un rato agradable.

El caso de Rocío Chicunque es particular, pues ella pasa la mayoría de su tiempo libre con su hija de cuatro años, ya sea jugando, enseñándole aspectos de la cultura Kamëntsa o saliendo al parque a divertirse. Además le gusta asistir a los talleres que dicta la Organización Nacional de Indígenas de Colombia (ONIC) sobre temas como: el manejo del petróleo en las comunidades indígenas, la participación de la mujer, el manejo de las transferencias y el medio ambiente. Rocío es la única de las mujeres universitarias que participan en esta investigación, que le tocó trabajar mientras estudiaba para poder subsistir en la ciudad. Para pagar un arriendo, la matrícula, la comida y otros gastos; lo cual fue bastante duro para ella, porque no le alcanzaba el tiempo para realizar todas las labores que diariamente tenía que cumplir. Sin embargo, con su esfuerzo y perseverancia consiguió sacar adelante a su hija, rendir en su trabajo y terminar Gestión y Administración Ambiental en la Universidad Distrital. Aunque, también le ha quedado tiempo para relacionarse con otras personas, tanto en la ONIC, la OPIAC, en los trabajos que ha realizado con comunidades indígenas y en la universidad. Concepción Ortega (Kamëntsa) reparte su tiempo libre entre su hijo de un año y medio, las labores del hogar, la elaboración de tejidos en chaquiras y el estudio. Ambas comparten la condición de ser madres, lo que implica que no solo se preocupan por mantener un buen nivel académico, sino que también tienen la gran responsabilidad de criar a sus hijos y educarlos de la mejor manera.

En las vacaciones las mujeres indígenas viajan a sus comunidades para visitar a sus familiares y amigos y para compartir con la comunidad. Realizan charlas informativas sobre las posibilidades de estudio en las universidades de Bogotá, complementadas con las experiencias que ellas han tenido en el medio urbano. También informan a la comunidad sobre temas correspondientes a sus áreas de estudio, como el tema de la salud oral, la educación y los derechos humanos. Las que no pueden viajar a sus comunidades por razones económicas, se quedan en Bogotá para realizar otras actividades, porque cuando están en la universidad es tanta la carga académica que a veces no les queda tiempo de hacer otras cosas. Entonces asisten a talleres que dicta la ONIC, a eventos culturales que organiza el distrito, se reúnen con sus amigos y algunas visitan a familiares que tienen en la ciudad.

La mayoría de ellas después de llevar viviendo un tiempo en Bogotá se sienten cómodas en la ciudad, no solo por los beneficios que de ésta reciben, sino porque no se sienten tan discriminadas como en sus lugares de origen. Al contrario ellas consideran que en Bogotá la gente las ha recibido bien e incluso muchas personas se interesan por conocer sobre sus costumbres.

### **3.2.1 Relaciones extracurriculares**

La mayoría de las mujeres conoce indígenas que estudian en la Universidad Nacional y también han hecho relación con personas que conocen a través de su contacto con la Organización Nacional de Indígenas de Colombia (ONIC) y con la Organización de los Pueblos Indígenas de la Amazonía Colombiana (OPIAC). Así como con instituciones gubernamentales, como el Ministerio del Interior y del Medio Ambiente. También son importantes los contactos que ellas establecen con familiares

o amigos de sus comunidades que viven en Bogotá pues ellos se convierten en un punto de apoyo crucial para estas mujeres apenas llegan a Bogotá y en el transcurso de su estadía en la ciudad. Se crean entonces redes de solidaridad entre la comunidad y la ciudad, donde ambas partes se ayudan mutuamente en lo que necesiten, manteniendo lazos fraternales a pesar de la distancia.

Las Kamëntsa y Wayuu están de acuerdo en que la relación con los hombres ha cambiado desde su llegada a Bogotá. Ya que en sus comunidades sus padres las tenían bastante vigiladas y no las dejaban tener novios o amigos hombres, por temor a que se aprovecharan de ellas. Mientras en Bogotá al estar alejadas de sus familias tienen más libertad para relacionarse con los hombres “de una forma responsable”, sin dejar que las irrespeten o se aprovechen de ellas y las que tienen novio cuidándose de quedar embarazadas. Con respecto a las relaciones de pareja están las mujeres que consideran que es mejor tener un novio de la misma etnia, porque tienen más cosas en común y pueden saber quién es su familia. Mientras hay otro grupo de mujeres que no les importa la procedencia étnica y cultural del hombre, desde que sea respetuoso y cariñoso. Al respecto Maria del Mar Palacios (Wayuu, estudiante de Odontología de la Universidad Nacional) comenta:

“Yo no soy cerrada a que me pueda comprometer con un muchacho que no sea de mi etnia. A mi me gustaría que mi pareja fuera un rolo porque son hombres pasivos, que siempre buscan arreglar las cosas dialogando. Prefiero tener una relación de pareja aquí en Bogotá que en la Costa, porque allá tengo mas peligro que mi pareja se dañe, porque hay mujeres que no respetan el compromiso que tiene una pareja. En cambio en Bogotá yo no he visto que las mujeres sean así, creo que son mas respetuosas al igual que los hombres. Aquí en Bogotá, mi relación con los hombres es diferente porque al estar alejada de la comunidad no tengo la supervisión constante de mi familia sobre lo que hago. En Bogotá converso con ellos muy académicamente y sobre mi cultura, porque no es mal visto que una mujer converse con un hombre, en cambio en nuestra comunidad se presta a malos entendidos.”

Se crean entre indígenas redes de solidaridad étnica, donde se brindan recíprocamente ayuda, apoyo y protección. Los Wayuu tienen un grupo más consolidado compuesto por miembros de su misma etnia. Mientras que los Kamëntsa se relacionan indiferentemente con indígenas de diferentes etnias, sin crear un grupo particular que los caracterice. En general se observan fuertes lazos de solidaridad entre indígenas, lo que muestra el trabajo colectivo y en equipo que los caracteriza.

### **3.3 Bogotá como un espacio de reflexión**

En Bogotá las mujeres indígenas reflexionan sobre diferentes aspectos de la realidad por la que atraviesan sus comunidades como: la educación, la salud, los cabildos y la pérdida de valores culturales como la lengua, el traje y las costumbres. Las Kamëntsa están muy preocupadas por la situación que atraviesa su comunidad en cuanto a la pérdida de valores culturales, pues la mayoría de los niños y los jóvenes no dominan la lengua materna, ni usan el traje tradicional y muchos de ellos ni siquiera conocen los diferentes aspectos que hacen parte de su cultura como su historia, los ritos, los mitos y las costumbres. También reflexionan en torno al funcionamiento del Cabildo que no se está ocupando de la parte cultural de la comunidad, sino que el dinero que llega del Estado lo están malgastando. Para ellas es necesario que se tomen medidas urgentes contra la pérdida de los valores culturales, como la creación de talleres y eventos culturales en la comunidad. Al respecto Rocío Chicunque (Kamëntsa, graduada en Gestión y Administración Ambiental de la Universidad Distrital) comenta:

“Acá en Bogotá he pensado mucho sobre la pérdida de las costumbres en mi comunidad, hay muchos jóvenes que ya no hablan la lengua materna y se visten



para estar a la moda, dejando a un lado el traje tradicional. El alcoholismo también es un problema grave para la comunidad. También he criticado mucho al Cabildo que a pesar de todos los recursos que recibe no ha hecho cosas que se vean en la comunidad. La comunidad ya no es lo mismo que antes, por ejemplo, el Cabildo se preocupa ahora más por la plata que les llega y no hace nada por la comunidad. Además sería bueno que el cabildo hiciera más gestiones para ayudar desde la comunidad a los Kamëntsas que se encuentran en las ciudades.”

Las mujeres Wayuu también reflexionan sobre la actividad de los Cabildos que en su contexto cultural se llaman Asociaciones Wayuu, porque también se generan malos manejos de los recursos de las transferencias del Estado. También les parece preocupante que el Wayuu se deje manipular por el alijuna (hombre blanco) y se someta a su voluntad. Así mismo, ellas se preocupan por la incursión de los grupos armados a su territorio lo cual les está causando muchos problemas en sus comunidades. Elisa Montiel (Wayuu, estudiante de Sociología de la Universidad Nacional) comenta al respecto:

“Lo que sí analizo ahora que estoy en Bogotá es que el Wayuu se deja manipular fácilmente por otras personas, porque todavía le creen más a los blancos, por eso es que todavía no hemos logrado que en la Guajira se posesione un gobernador que sea Wayuu. Otro problema al que nos enfrentamos en la Guajira es el manejo de los recursos de las transferencias, pues los Wayuu comenzaron a querer beneficiarse individualmente, sin contar con la comunidad. Yo hice parte del comité de veeduría y me pude dar cuenta que no se estaban manejando bien los recursos y que no se estaban llevando a cabo proyectos para el beneficio de la comunidad. También he pensado que algún día me gustaría trabajar en la comunidad y cambiar todo lo que sucede en los internados, toda esa influencia católica que es negativa para la comunidad.”

Para las mujeres de ambas comunidades es preocupante que muchas personas que no son indígenas se hagan pasar como tales y se apropien de unos beneficios que no les pertenecen. Para evitar esto es importante que los Cabildos Kamëntsa y Asociaciones Wayuu estén pendientes de este problema, sobre todo a la hora de firmar constancias que legitimen a un indígena como perteneciente a la comunidad,

como las que se necesitan para ingresar a las universidades y obtener un apoyo institucional.

#### **3.4. Medios de comunicación: influencia y posibilidad de actualización informativa**

La ciudad les ofrece a estas mujeres una gama amplia de consumos culturales, además de diversas posibilidades de elección en cuanto a ropa, música, lectura y actividades para realizar. Las más jóvenes cambiaron su manera de vestir pero no de forma radical; en Bogotá pueden escoger la ropa a su gusto, mientras que en la comunidad debían conformarse con lo que les daban sus padres. Ahora se preocupan más por lo que se van a poner, sobre todo que les combine la ropa; han encontrado cada una un estilo propio de vestirse con el cual se sienten cómodas. Las Kamëntsa se visten muy parecido a como lo hacían en sus comunidades con jeans y camisetas, pues nunca usaron su traje tradicional. Contrario a lo que sucede con las mujeres Wayuu que en la Guajira siempre usaron sus mantas pero en Bogotá por el clima solo las usan cuando están en casa. A excepción de Esperanza que siempre usa su manta. Sin embargo, ellas saben de casos de otras mujeres indígenas que si cambiaron radicalmente su apariencia física, vistiendo según la moda del momento, pintándose el cabello, colocándose piercings o tatuajes. Al respecto Angélica Chindoy (Kamëntsa, Antropóloga de la Universidad de los Andes) comenta:

“En Bogotá uno tiene más acceso a los medios de comunicación, con respecto al cine y al internet. En Bogotá se encuentran más productos para elegir, hay más variedad de música para escuchar y para comprar; lo mismo ocurre con la ropa, hay mucha variedad. Lo que sí he visto, es que muchas de mis compañeras indígenas se visten según la moda. Allá en residencias, por ejemplo, se preocupaban mucho por adelgazar, pues se acomplejaban por sus figuras, entonces, no comían tanto y hacían ejercicio.”

Con respecto a las actividades que realizan en Bogotá y que no tenían la oportunidad de hacerlas en sus lugares de origen. Casi a todas les gusta ir a cine, algunas van a teatro y a eventos culturales que organiza el distrito. Utilizan el internet para buscar información para sus trabajos universitarios y para estar en contacto con sus amigos. Ahora se preocupan por estar bien informadas de la situación del país y del mundo, para lo cual leen los periódicos o ven los noticieros.

Yosusi Aguilar (Wayuu, trabaja en un jardín infantil) comenta su experiencia:

“Acá en Bogotá me empezó a gustar mucho leer el periódico, porque en la comunidad uno estaba más pendiente de tejer, pero aquí en la ciudad me gusta mantenerme informada de lo que está pasando. Aquí le he cogido mucho gusto a la lectura y la he vuelto una costumbre en mi vida. Internet no he llegado a manejarlo, pero me gustaría mucho aprender a usarlo. Aquí he cambiado un poco mi forma de vestir, porque en Bogotá no me pongo mis mantas por el frío, solo cuando estoy en la casa y no tengo que salir, mientras que en la Guajira yo me la pasaba todo el tiempo con mis mantas. No soy una persona que le guste andar comprando ropa y tampoco me dejo llevar por las modas del momento, me toca usar otra ropa por el frío, pero mi apariencia física no ha cambiado. Pero si he visto compañeros Wayuu que han cambiado mucho, por ejemplo, en su forma de hablar, ya no tienen el acento; en su forma de vestir están a la moda, se pintan el pelo y se lo peinan diferente; les deja de gustar el vallenato y empiezan a escuchar rock.”

Los medios de comunicación les han servido para mantenerse actualizadas y para tener acceso a otro tipo de información, como en el caso del internet y el cine. Algunas han sido influenciadas por el estereotipo actual de mujer delgada que se difunde por los diferentes medios y que está en boca de muchas de las estudiantes universitarias. Han hecho dietas o han comprado productos para lucir más delgadas, pero terminan dándose cuenta que no deben prestar atención a ese tipo de publicidad.

Las mujeres indígenas crean un estilo de vida en torno a su formación universitaria que se consolida con sus experiencias tanto dentro como fuera del contexto universitario. Ellas desde la escogencia de su carrera profesional, de la institución

donde quieren estudiar y la ciudad donde van a migrar, están decidiendo cuáles serán sus referentes de auto-realización y sus formas de actuar y formarse como personas. La práctica universitaria se constituye como uno de los pilares sobre los cuales se consolida su identidad, después de su formación familiar y sus experiencias en la primaria y secundaria. La elección que ellas hacen de las personas con las que quieren compartir sus experiencias y las prácticas que llevan a cabo en sus tiempos libres consolida su propia identidad y a su vez afianza la construcción de un estilo de vida propio constituido por un "... conjunto de prácticas más o menos integrado que un individuo adopta no sólo porque satisfacen necesidades utilitarias, sino porque dan forma material a una crónica concreta de las identidades del yo" (Giddens, 1991: 106). Dentro de esas prácticas, se encuentran sus experiencias de vida dentro de la universidad, las relaciones sociales que entablan, las experiencias en el campo laboral y las actividades que realizan al margen del ámbito académico, en sus tiempos libres, como las salidas a cine, a parques y a teatro.

La práctica universitaria hace parte del proceso de auto-realización que se ve reflejado en el interés que ellas tienen por elegir carreras que aporten a su desarrollo personal y al bienestar de sus comunidades. La práctica laboral a nivel profesional reafirma esas aspiraciones al hacerse realidad sus metas, ya que gracias a sus conocimientos académicos y culturales, sus habilidades y experiencias, ellas logran posicionarse dentro de un campo laboral que satisface sus deseos personales de auto-realización. Por otra parte, las mujeres que no se han profesionalizado y que incursionan en el campo laboral también construyen un estilo de vida diferente al que tenían en sus comunidades de origen.

**ANGÉLICA CHINDOY**  
**Antropóloga Kamëntsa de la Universidad de los Andes**



**Angélica Chindoy (tercera de izquierda a derecha en la fila del medio con chaqueta café) se encuentra en una celebración con sus compañeros de la Universidad de los Andes.**

**ELISA MONTIEL Y MARIA DEL MAR PALACIOS**  
**Estudiantes Wayuu de la Universidad Nacional**



**María del Mar Palacios(a la izquierda) estudia Odontología en la Universidad Nacional, Elisa Montiel (a la derecha) estudia Sociología en la misma Institución y Angela Gil (en el medio). En una tarde de charla y esparcimiento en las Residencias 10 de Mayo de la Universidad Nacional.**

#### 4. FLUCTUACIONES ENTRE LA FORMACIÓN EN LA COMUNIDAD Y EN EL MEDIO URBANO Y UNIVERSITARIO

##### “Recuerdo mucho mi experiencia en la chagra”

“Soy Rocío Chicunque, tengo 26 años, pertenezco a la etnia Kamëntsa y vengo de la vereda San Félix perteneciente al resguardo de la parte plana del municipio de Sibundoy. Soy una persona a la que le gusta trabajar, soy sencilla, me gusta luchar por lo que quiero para alcanzar mis metas personales y me preocupa mucho por el bienestar de mi familia y mi comunidad, porque pienso mucho en ellos. Admiro a las mujeres trabajadoras que con el sudor de la frente estudian y responden por su familia y que salen adelante sin esperar a que el hombre las mantenga. Personalmente pienso que un indígena primero se identificaría por el uso o conservación de su lengua materna, que es lo principal de una comunidad, además de identificarse con sus costumbres, su forma de vivir y de pensar. Su pensamiento debe ser comunitario, que no solo se piensa en sí mismo, sino también en la comunidad. Así como también son importantes las raíces de dónde viene; si sus papás son indígenas, obviamente es indígena. El hecho de que no hable, ni use su traje, no quiere decir que no sea indígena siempre y cuando se interese por aprender la lengua y sus costumbres.

En mi casa mi papá y mi mamá nos enseñaron a mis hermanos y a mí muchas cosas sobre nuestra cultura contándonos cuentos y a través de sus historias de vida y de casos particulares que ellos conocían. Nosotros escuchábamos sus relatos sobre el comportamiento que debíamos tener dentro de la comunidad según nuestras etapas de crecimiento. En la casa hablábamos sobre todo en lengua Kamëntsa, el español también lo aprendí en la casa y lo mejoré en la escuela marista. A la edad de 5 o 6 años uno tenía que ayudar al papá y a la mamá, más que todo en los quehaceres de la casa. Por ejemplo, a la mamá uno le ayudaba en la cocina y con ella también aprendía sobre el trabajo en la chagra y las funciones de las plantas medicinales. Mi mamá me enseñó a tejer fajas, sayos, entre otras cosas. A mis hermanos les correspondía el trabajo más difícil, guachar o abrir la tierra para hacer las zanjas, además ellos también empacaban y cargaban lo que nosotras recolectábamos, como el maíz y el frijol y algunos de mis hermanos se iban a trabajar al jomal. La mujer dentro de la comunidad se dedica a las labores domésticas, al cuidado de la chagra y de los hijos y en algunos casos al jomal. Mientras el hombre realiza el trabajo pesado: abrir zanjas, cargar bultos e ir al jornal, entre otras. Actualmente las funciones han cambiado bastante, la mujer sale a cumplir funciones al igual que el hombre como abrir la tierra e ir al jornal. Si la mujer solo se queda en la casa, el dinero que gana el hombre no alcanza para los gastos de salud, educación y vestido de la familia, por esa razón ella le colabora al hombre en el trabajo. Cuando yo tenía 10 años no había ninguna mujer dentro del cabildo, siempre eran hombres; pero hace aproximadamente unos siete años ya hubo participación de la mujer, no ha quedado elegida como gobernadora, pero si en otros cargos como el de alguacil. Acá en Bogotá me he dado cuenta de las cosas que tenemos en la comunidad y las he empezado a valorar mucho, cosa que no nos enseñan allá. Con relación a mi formación cultural no ha cambiado, ni he perdido nada de mi tradición, más bien he aprendido a valorar más mi cultura. Como persona he ganado mi formación académica, aquí he aprendido muchas cosas, más que todo por mi carrera. Además también he ganado más autonomía e independencia al tener que hacer mis cosas yo sola y tener que salir adelante por mis propios medios.”

### “Visto mis mantas”

“Soy Adelaida Uriana vengo de la comunidad de Katchirapu situada en Bahía Honda al norte de la Guajira. Tengo 27 años y actualmente estoy culminando mis estudios universitarios en Idiomas y Negocios Internacionales. Me considero una mujer inteligente, buena gente, muy solidaria, me gusta ayudar mucho a los demás, sobre todo a mi comunidad. Me gusta enfrentar los problemas y llegar a alguna solución. Soy muy alegre, muy recochera y madura. Admiro a las madres, porque una madre lo es todo, ella pasa por las buenas y las malas, una madre aguanta, ayuda, se esmera, una madre sufre, se entristece y se alegra según la situación en que se encuentren sus hijos. Un indígena es una persona que tiene su propia cultura, su propia tradición, su propia autonomía, su propia religión y costumbres. Tiene un territorio que lo marca, tiene su propio pensamiento, sus propios ideales y su propia lengua. Así no lleven su traje y no hablen su lengua, si llevan la sangre son indígenas. Desde muy pequeño en el hogar, te van enseñando la cultura Wayuu, te inculcan el matriarcado y como es una familia. Mi Mamá me enseñó a tejer y a pesar de que el tío materno es de suma importancia en nuestra cultura, no hay que desconocer que mi Papá me enseñó a solucionar las eventualidades y los problemas. Yo si tuve el ritual del encerramiento cuando me desarrollé a los 10 años, duré 15 días encerrada, no me cortaron el pelo porque ya lo tenía corto; hice una dieta especial, no podía comer ciertas cosas, no podía estar saliendo de la casa a nada. Dentro de mi cultura este ritual es importante porque en ese instante de la primera menstruación de una Wayuu, es donde la tía y la Mamá le inculcan todos los quehaceres de una mujer, están preparando a una niña a ser mujer para posteriormente cumplir sus funciones.

Las mujeres tenemos ciertos oficios y los hombres otros. En el caso de los hombres, ellos pescan, cazan, crían el ganado, trabajan el cuero, construyen las casas y cementerios y llevan la vocería en algunas ocasiones, porque cumplen con la función de palabreros o mediadores. En el caso de nosotras las mujeres aparte de lo que es el hogar, siempre trabajamos en las artesanías y también cumplimos una función muy importante dentro de la cultura Wayuu, ya que somos un matriarcado. El matriarcado significa que nosotros seguimos la línea de la madre, que la familia de uno dentro de la cultura es la familia de la Mamá, el tío materno, es el jefe y la autoridad de la familia, él es quien opina y manda y se encarga de enfrentar todos los problemas. En las Asociaciones Wayuu son las mujeres las que llevan el liderazgo.

Aquí en Bogotá he madurado bastante, he cambiado para bien algunas cosas de mi personalidad. Por ejemplo, ahora me gusta estar leyendo, investigando, participando, conociendo, entonces ya he dejado a un lado la rumba, la recocha, el desorden, las cosas que no traen ningún beneficio. No he cambiado con respecto a mi parte cultural, pues yo sigo siendo india, no me da pena ponerme mis atuendos, no me avergüenzo de ser india, me sigue gustando el vallenato. Acá en Bogotá me he vuelto más autónoma e independiente en mis cosas. Yo antes era más rebelde y aquí aprendí a no ser grosera. Esta ciudad me ha enseñado que tengo que capacitarme, aprender, leer, estudiar, investigar, que hay que salir adelante. Yo he conocido muchas indígenas aquí, que están estudiando, ayudando a la comunidad y que no desconocen la cultura de donde vienen, mientras que hay otras que yo digo que las perdimos, porque se olvidan que son indígenas, no usan las mantas, no quieren volver a la comunidad, pierden su identidad, no quieren hablar su lengua, se someten totalmente a la sociedad Bogotana. Yo aquí en Bogotá sigo sintiéndome orgullosa de ser Wayuu, me sigo vistiendo como en la Guajira con mis mantas, y a veces si me dicen cosas como que salí en pijama, entonces yo les digo que no sean ignorantes, que lo que yo llevo puesto es una manta, que yo soy una indígena y que ese es mi atuendo.”



#### **4.1 Identidad: interacción y dinamismo**

En la actualidad el sujeto se construye a partir de los diferentes ámbitos donde interactúa: con la familia, con los amigos, con los medios de comunicación, en la escuela, en el espacio laboral y en la sociedad. Cada ámbito aporta diferentes elementos necesarios para el desarrollo del sujeto y para la consolidación de su identidad, los espacios formales, informales y no formales constituyen tiempos educativos, presentes a lo largo de toda su vida que enriquecen el proyecto de vida del sujeto. En el proceso de construcción de la identidad de las mujeres indígenas hacen parte las experiencias que ellas tienen en su formación escolar y profesional, así como la educación que reciben de la familia en la comunidad. Las experiencias que adquieren con su grupo de amigos con los que se identifican en muchos aspectos adquiriendo confianza en sí mismas; la relación con personas de otras etnias y culturas que les aportan nuevos conocimientos y ponen en práctica su tolerancia y capacidad adaptativa. Así como la relación con los medios de comunicación que constituyen una alternativa para el mejoramiento de la educación y para la actualización constante de los conocimientos.

La identidad de las mujeres indígenas se elabora a partir de los diferentes procesos de socialización por los que atraviesan a lo largo de sus vidas, con sus familias y comunidades de origen, en el ámbito universitario, en el contexto urbano y en el campo laboral. La socialización se constituye en un mecanismo por el cual una sociedad transmite su legado de modo formal o informal a sus integrantes que asimilan e interiorizan esa cultura, a partir de la familia o de otras instituciones, como la escuela y la universidad, entre otras.

“La socialización, considerada en general, es un proceso transtemporal (cada año, cada hora, cada minuto, cada segundo), continuo (en cada edad de la vida, desde el nacer, al mismo morir, el cual requiere de una socialización, no por no declarada, menos especial), ubicuo (todos y cada uno de los lugares), con múltiples agentes y autores (cada quien enseña y aprende de alguna forma, incluso de la naturaleza y de los animales), y multimediático (la palabra, el dibujo, el gesto, las prótesis telemáticas)” ( Restrepo, 1998: 60).

La identidad es un proceso *relacional* que se origina en la relación de los actores consigo mismos y con los demás, mediante las interacciones y las situaciones en las que se desenvuelven, teniendo en cuenta que el ámbito urbano favorece la interacción de la identidad al generar contactos con diferentes individuos, en los que se intercambian información, experiencias y conocimientos que van a nutrir las narrativas identitarias. Esos encuentros pueden:

“... afectar los referentes de pertenencia iniciales -étnicos, regionales o a facciones- y, por tanto, los códigos de conducta, las reglas de la vida social, los valores morales e incluso las lenguas, la educación y otras formas culturales que orientan la existencia de cada uno en el mundo” (Agier, 2000: 8).

La identidad es un proceso permanente de construcción que implica el reconocerse a sí mismo como diferente al otro. Los indígenas se reconocen a sí mismos como un grupo con características culturales diferentes al resto de la población del país y en ese proceso de identificación hay una construcción recíproca entre el yo y el otro.

La construcción de la identidad se debe entender como un proceso dinámico, “como una producción que nunca está completa, sino que siempre está en proceso” (Hall, 1999: 131). La identidad no es una condición con la que el sujeto nace y tampoco es una esencia inmutable que permanece estable durante toda la vida, al contrario la identidad es una construcción, un proceso de búsqueda permanente del *sí mismo* en relación con los demás. La identidad es un proceso auto-reflexivo en el que

el sujeto encuentra semejanzas y diferencias con los demás, lo que lo sumerge en contradicciones y dilemas. El sujeto no solo se enfrenta a influjos externos, sino que él también está generando una influencia frente a su entorno.

“Nos enfrentamos con la fluidez de la identidad; esto es, la mutabilidad, la variabilidad, la transformación de la identidad que responde a condiciones cambiantes, a la distribución de los recursos culturales, a las influencias interculturales” (Buxó, 1990: 133).

Hay diferentes concepciones de los indígenas: quienes los discriminan y los consideran personas sin educación, ignorantes, con mentalidades atrasadas sin ganas de progresar, como un impedimento para el desarrollo del país e inclusive todavía hay muchos que los consideran habitantes de la selva que se encuentran alejados de la civilización. Hay otro grupo de personas a quienes los indígenas les parecen exóticos por sus características culturales, sus lenguas, sus trajes tradicionales, sus artesanías o porque viven en la selva. Además se encuentran aquellos que quieren aprender del conocimiento de las comunidades indígenas y se someten a los diferentes procedimientos de curación, a las tomas de yajé o simplemente buscan información en libros o en las organizaciones indígenas. Las instituciones gubernamentales también construyen parámetros de lo que es un indígena, en parte para que puedan hacerse partícipes de los beneficios que el Estado les brinda.

Sin embargo, una cosa es lo que personas diferentes a los indígenas piensan de ellos y otra es la concepción que los indígenas tienen de sí mismos. Al respecto, Angélica Chindoy (Kamëntsa, Antropóloga de la Universidad de los Andes) comenta:

“Dar una descripción de lo que es ser indígena es un problema muy complejo en esta época, uno para ser indígena tiene que tener como primera medida la conciencia de serlo, así hayas perdido la lengua por ciertas circunstancias, lo importante es identificarse con la cultura a la que se pertenece, tener conciencia

de que se es indígena. Ahora con los beneficios que nos dan a las comunidades indígenas, pienso que también es muy importante identificarse con la lengua; yo se que algunas comunidades la han perdido, pero es importante recuperarla, porque en ella se puede ver la estructura del pensamiento de la cultura a la que se pertenece, el español entra a ser solamente una forma de interpretación, porque nunca se va a poder hacer una traducción perfecta de una lengua. Para mí lo importante es que los indígenas que han perdido la lengua y sus costumbres las recuperen. El sentirse indígena también implica que empieces a cuestionar y a valorar la cultura y a tratar de hacer cosas por el bienestar de la comunidad. Esa conciencia de ser indígena se empieza a formar desde que uno es pequeño, con lo que uno vive con la familia, con los mayores y con la comunidad.”

Los indígenas tienen una concepción propia de su identidad y según los relatos de las mujeres indígenas Wayuu y Kamëntsa, un indígena de cualquier etnia se reconoce, como primera medida, por el dominio de su lengua materna, ya que por medio de ésta se conoce y transmite la cultura. Además hay que tener en cuenta que en las comunidades indígenas hay un gran manejo de la tradición oral, ya que la reproducción de sus conocimientos se hace a través de la palabra que tiene mucha importancia y validez para estas culturas. La lengua materna muestra la forma en que los indígenas representan el mundo y conciben la realidad en que viven, así como da cuenta de la forma en que ellos estructuran su pensamiento y aplican sus saberes. La lengua da cuenta de la historia de estas comunidades y de su organización social y realidad cultural. Rosario Epiayú (Wayuu, trabaja en una empresa):

“Desde mi punto de vista un indígena de cualquier etnia se conoce por su manera de pensar, que tiene que ver con la forma en que concibe la naturaleza, así como también tiene un pensamiento muy respetuoso hacia las otras culturas. Además un indígena tiene unas costumbres particulares según la cultura a la que pertenece, como sus mitos, ritos y el traje, pero lo que más lo caracteriza es el dominio que tenga de su lengua, porque a partir de ella puede conocer su cultura. Indígena que se respete tiene que hablar su lengua y mantener sus costumbres y forma de pensar. Si por alguna razón no sabe la lengua, pero se identifica con sus costumbres, sí es indígena pero en la medida en que procure aprender a hablar la lengua, porque si tu tienes el interés y te vas a vivir a la ranhería y le preguntas a los mayores, aprendes a hablar tu lengua que para mi caso es el

Wayuunaiki. Hay algunos indígenas que no hablan la lengua por etno-vergüenza, porque ellos quieren ser como los alijuna (blancos), para evitar ser discriminados.”

Otros aspectos que caracterizan al indígena, según ellas, son sus apellidos, el respeto por sus ancestros, el conocimiento que tiene de sus costumbres, el uso del traje tradicional, su forma particular de pensamiento y acción, la manera en que concibe la naturaleza y el respeto que tiene por las demás culturas y su preocupación por ayudar a conseguir el bienestar de sus comunidades. Tanto los Wayuu como los Kamëntsa tienen presente que por circunstancias particulares muchos indígenas no hablan su lengua, ni usan su traje y a veces no tienen un conocimiento profundo de sus culturas. Frente a lo cual ellas consideran que si hay un interés de estos indígenas por recuperar su lengua y sus costumbres sí se les puede considerar indígenas de lo contrario no.

Es importante que los indígenas se auto-reconozcan como tales, de lo contrario aunque el “blanco” los considere indígenas si ellos no lo creen así, no lo son. Tal es el caso de las siete mujeres Kamëntsa que hacen parte de esta investigación, de las cuales solo dos hablan y entienden la lengua a la perfección y ninguna usa el traje tradicional. Sin embargo todas se consideran indígenas y las cinco mujeres que no dominan la lengua, están en proceso de recuperarla con ayuda de sus familiares y viajando a su comunidad para aprenderla mejor, porque consideran que la lengua es parte fundamental de su formación.

#### **4.2. Permanencias y cambios dentro del proceso de construcción de identidad**

La construcción de la identidad es un proceso dinámico que implica cambios, tensiones y permanencias. No hay que ver la identidad como una categoría estática y mono-temática, sino: “como una producción que nunca está completa, sino que siempre está en proceso” (Hall, 1999: 131). Las mujeres indígenas llegan a Bogotá con una identidad que han empezado a construir desde sus comunidades de origen mediante los procesos de socialización con su familia, amigos y en la escuela. Sin embargo, al llegar a Bogotá, ellas se exponen a una inserción en la lógica tardo-moderna que supone un individuo capaz de construirse de manera reflexiva y generar un proceso de subjetivación que se manifiesta como una:

“...voluntad de individuación, (que) actúa a partir de la rearticulación de la instrumentalidad y la identidad, cuando el individuo se define de nuevo por lo que hace, por lo que valora y por las relaciones sociales en que se encuentra comprometido” (Touraine 1997:67-68).

Así mismo, se enfrentan a un contexto en el que predomina el individualismo, el consumismo y la competitividad. Al ser Bogotá un ámbito diferente al de sus comunidades las mujeres indígenas están expuestas a cambiar, reivindicar o introducir nuevos elementos en el proceso de construcción de su identidad: “Mientras se socializa se crean condiciones para generar actitudes renovadoras y construir valores diferentes a los transmitidos por las generaciones anteriores” (Barreto y Puyana, 1996:22).

En Bogotá las mujeres indígenas siguen con el proceso de construcción de su identidad dentro del cual ellas continúan siendo las mismas en cuanto a la educación que les dieron sus padres, en lo que aprendieron en su comunidad y en su

identificación como indígenas. Pero su experiencia en la ciudad las ha enriquecido como personas y en esa medida han introducido nuevos elementos con los cuales se empiezan a identificar a sí mismas: se consideran mujeres independientes y autónomas, de ser niñas de hogar bajo el cuidado directo de sus padres pasaron a ser estudiantes universitarias con nuevas responsabilidades y con la capacidad de sobrevivir por sí mismas. Ahora pueden escoger por sí mismas lo que quieren, tomar sus propias decisiones e imponerse sus propias reglas y límites. En la ciudad aprendieron a defenderse solas, a administrar el dinero, a organizar adecuadamente el tiempo según sus respectivas actividades y se apropiaron del nuevo espacio donde habitan. Al respecto, Elisa Montiel (Wayuu, estudiante Sociología de la Universidad Nacional) comenta:

“Acá en Bogotá me he enriquecido intelectualmente, porque he adquirido muchos conocimientos gracias a la universidad. También he aprendido mucho de las experiencias que he tenido como coordinadora de algunos eventos indígenas o en las diferentes reuniones que me ha tocado representar a los Wayuu acá en Bogotá, donde se requiere mucho compromiso y responsabilidad de mi parte. He cambiado cosas para el bien personal, pues acá es mucho mejor la educación que se recibe y por ello uno logra adquirir más conocimientos. Acá en Bogotá he visto no solo en mí sino en muchas personas que hemos podido apreciar y valorar más nuestra cultura. Culturalmente sigo considerándome indígena como lo he hecho siempre, todavía conservo el tejido, la lengua, uso mi trajetípico y me siento orgullosa de ser Wayuu. Aunque uso jeans y buzos por el frío, cuando llego al apartamento sigo usando mis mantas, al igual que cuando voy a la Guajira. Pero si he visto algunas compañeras que llegan con sus mantas y después las dejan de usar y se colocan pantalones.”

Estas mujeres sienten que por su experiencia en Bogotá han madurado, al enfrentarse a una diversidad de posibilidades de elección que por decisión propia fueron optando por lo que les parecía más conveniente para sus vidas. Por el proceso de adaptación que tuvieron en Bogotá empezaron a ser más abiertas para relacionarse con otras personas, ya no son tan tímidas al hablar y se expresan con mayor facilidad.

Sus gustos se han ampliado, así como sus horizontes de auto-realización; su migración a Bogotá ha sido una experiencia que les ha permitido conocerse a sí mismas, sus capacidades y sus límites de acción y les ha dado la posibilidad de conocer y aprender de otras personas, de construir procesos de autoestima y estima social.

Con las diferentes experiencias que han tenido en la ciudad piensan más en sí mismas, empiezan a ver el futuro de otra forma, con nuevas expectativas y metas por realizar y sienten que después de haber vivido en Bogotá son capaces de vivir en cualquier lugar. Por otro lado, nunca dejaron de sentirse indígenas, su identidad étnica permanece intacta a pesar del contacto con la vida urbana, ahora que están lejos valoran más su cultura y quieren trabajar por ella, se han vuelto muy reflexivas en cuanto a los problemas por los que atraviesan sus comunidades y la forma de solucionarlos. Sin embargo, ellas comentan que han visto varios casos de compañeros indígenas que cambian mucho al llegar a Bogotá, no solo en su forma de vestir o de hablar, sino que dejan de considerarse indígenas y no piensan en el bienestar de sus comunidades. Clara Juajibioy (Kamëntsa, estudiante de Medicina Veterinaria de la Universidad Nacional) comenta al respecto:

“Una cosa muy importante que he aprendido estando acá es que uno no debe ser exigente con las cosas, por ejemplo, en mi casa me podía dar el gusto de decir que algo no me gustaba, en cambio acá le toca a uno someterse a lo que uno pueda comprar con el dinero. He aprendido a valorar lo que a uno le ofrecen y yo antes no medía esas cosas. Yo me siento más tranquila y con mayor libertad al relacionarme con mis amigos hombres, pues ya no me siento vigilada. También aprendí a administrar el dinero, porque cuando uno está en su casa son los Papás los que manejan la plata son ellos. Acá tengo más libertad para hacer mis cosas y he aprendido a manejar esa independencia con moderación y no llevarla hasta el punto del libertinaje o de andar de fiesta en fiesta emborrachándose como lo hacen algunos compañeros. Mi forma de pensar



también cambió, cuando estaba en la comunidad solo pensaba en disfrutar la vida, pero una estando acá empieza a valorar más las cosas, a la familia, uno empieza a pensar en el futuro, en cómo quiere uno organizarse y llevar su vida. Acá he aprendido a relacionarme más con la gente. Con mayor fuerza me considero una indígena Kamëntsa y lo seguiré siendo a costa de lo que sea. Yo he visto el caso de algunas compañeras indígenas, sobre todo de la comunidad Pasto, que cambian mucho al llegar a Bogotá. Inclusive hasta el punto de decir que no son indígenas y duele que nieguen su propia identidad. Ya no valoran sus costumbres, ni el pueblo donde vienen, ya no quieren regresar a sus comunidades y se avergüenzan de lo que son y tratan de cambiar.”

Las Wayuu siguen conservando sus costumbres, las siete mujeres presentes en la investigación, hablan su lengua materna (Wayuunaiki) a la perfección; en la ciudad, cinco de ellas usan sus mantas (traje típico) cuando están en la casa por cuestiones climáticas, pero siempre las usaron cuando se encontraban en la Guajira y una de ellas las usa constantemente en la ciudad sin importar el frío. Todas conocen los aspectos culturales de su comunidad, algunas con mayor profundidad que otras. Solo una de ellas no pudo realizar la práctica del *encierro* (ritual de paso de la mujer Wayuu) porque el colegio le prohibió faltar a clases y las 6 restantes realizaron este ritual por lapsos de tiempo de una semana a seis meses. Para todas es fundamental la interpretación de los sueños que siempre ha hecho parte de su vida cotidiana y los rituales funerarios que deben hacerse según la persona y la forma en que éste muera.

En la comunidad Kamëntsa las cosas son diferentes, solo dos de las siete mujeres entrevistadas hablan la lengua Kamëntsa, dos de ellas usaron el traje de pequeñas y ninguna lo usa actualmente, salvo en ocasiones especiales. La mayoría tienen conocimiento de los aspectos culturales de su comunidad, pero son pocas las que pueden describirlos a profundidad. Solo dos de ellas asiste a la celebración del

carnaval constantemente y a las tomas de yajé. Al respecto se puede ver el caso de Carmela Narváez (Kamëntsa, trabajadora del Servicio Doméstico) que comenta:

“En la escuela aprendí la parte cultural de mi comunidad, así como a tejer, pues eso no me lo enseñaron en la casa. Mi Mamá, por ejemplo, no trabaja las artesanías y en mi familia en general poco se ve ese saber. Yo nunca usé el traje y no se hablar el Kamëntsa, pues mis papás nunca me lo enseñaron, yo siempre he hablado en español, pero estoy tratando de aprender la lengua cuando voy a la comunidad. Que yo sepa no hay ninguna celebración especial para hombres o para mujeres y no se si antes se daba. A mi me han dicho que el yajé sirve para saber sobre el futuro y para purgarse, pero en realidad no se mucho al respecto, porque yo no lo he tomado. Sobre los médicos tradicionales no se nada. Sé que en la comunidad se celebra el Carnaval como en marzo, creo que hay una ceremonia, pero en realidad no se mucho sobre el Carnaval, mis Papás no me han contado al respecto y yo no he asistido al Carnaval.”

En la comunidad Kamëntsa varios aspectos culturales se han perdido, no solo por la influencia de la religión católica y por los contactos con la sociedad occidental, sino porque a muchos jóvenes ya no les interesa aprender de su cultura y muchas veces los padres tampoco hacen ningún esfuerzo por enseñársela. Sin embargo, muchos indígenas de la comunidad incluidas las mujeres de esta investigación están tratando de proponer y crear mecanismos de interacción cultural que permitan el reforzamiento de los valores culturales para que no se sigan perdiendo.

Ante todo las Wayuu y Kamëntsa son mujeres que conservan su identidad étnica a pesar de encontrarse inmersas en un medio urbano como Bogotá. Han logrado fusionar idóneamente su conocimiento cultural adquirido en sus comunidades de origen y el conocimiento obtenido en Bogotá a partir de sus experiencias en la ciudad. Esa fusión que logran hacer de sus conocimientos se ve reflejada en sus experiencias de vida personal, en la forma en que desempeñan sus trabajos tanto en la ciudad como en la comunidad por el bienestar de los indígenas, en la forma en que se apropian del

conocimiento académico a partir de su realidad cultural. En la manera como se expresan de ellas mismas y de sus comunidades, criticando constructivamente la situación en que éstas últimas se encuentran y planteando soluciones viables a los problemas que las aquejan. En la forma en que educan a sus hijos teniendo en cuenta los valores y saberes culturales con que ellas también fueron educadas en sus comunidades y los conocimientos occidentales que han acumulado en sus experiencias en la ciudad, la universidad y el trabajo .

### **4.3 La identidad multifacética**

La identidad de las mujeres indígenas se constituye a partir de diferentes dimensiones como: la académica, la profesional, la laboral, la familiar, la étnica, la personalidad y la distinción de género. La trayectoria de vida de cada mujer, los diferentes tiempos y espacios de interacción donde se desenvuelve, los contactos que establece hacen de su identidad un proyecto de auto-construcción multifacético. También son importantes las diferentes etapas de crecimiento por las que atraviesan, la infancia transcurrida en sus comunidades indígenas, el convertirse en estudiantes universitarias con vidas independientes y el constituirse luego como profesionales:

“Podríamos decir que la identidad hace referencia a la forma como nos percibimos en tanto seres humanos con una serie de características que se incorporan en esa demarcación de corporeidad existencial que denominamos “YO”. No sólo hace referencia a un YO concreto, con una serie de características que lo constituyen en lo físico, lo intelectual, lo afectivo, sino que además, intrínseco a la definición de “ mi persona”, está una valoración acerca de mi totalidad y de los elementos que puedo identificar como mi “ composición”, que incluyen las colectividades de las que se hace parte, como mi familia, el barrio, la región, que predeterminan el alcance del horizonte, las relaciones con los demás, la articulación con la sociedad y el Estado” (Rico de Alonso, 1994: 235).

La memoria es una de las dimensiones que hacen parte del proceso de construcción de las mujeres indígenas en cuanto que muestra la capacidad que ellas tienen de conservar los conocimientos anteriormente adquiridos en sus comunidades de origen. La memoria representa la acumulación de prácticas y saberes transmitidos por la familia, las experiencias vividas en la comunidad y las enseñanzas adquiridas mediante la escolarización primaria y secundaria. Se recuerda lo que se considera relevante de ese proceso de aprendizaje dentro de la comunidad que va a ser parte fundamental de la consolidación de la identidad de estas mujeres.

Las enseñanzas transmitidas por la familia hacen parte de los conocimientos que las mujeres indígenas conservan y llevan muy presentes en su memoria. La familia es un eje central sobre el cual se construyen sus primeros referentes de identificación; y a que en ésta se reproducen los valores tradicionales de la cultura a la cual se pertenecen. Como la transmisión de la lengua, las costumbres, las normas, las emociones y los modelos de diferenciación de género presentes en las diferentes funciones que desempeñan la madre y el padre en la vida cotidiana. La familia <sup>2</sup> no solo tiene como función la transmisión de las tradiciones culturales, sino que también, es la base de la consolidación de la personalidad, del afianzamiento de la esfera emocional y de la construcción de la identidad.

---

<sup>2</sup> La educación en la familia empieza desde que la persona nace: “El destete, los primeros movimientos de locomoción, los primeros sonidos articulados, el aprendizaje de los rudimentos culturales, el autocontrol son actividades básicamente familiares, lo mismo que la adquisición de un sentido común de un sentimiento de seguridad y de una capacidad de apreciación lo bastante desarrollados como para adquirir estabilidad y gozar de oportunidades decentes de autointegración.” (Llewellyn, 1986: 128).

Las comunidades Wayuu y Kamëntsa, tienen cada una un tipo de constitución familiar específica, dependiendo de su ámbito cultural particular. En la comunidad Wayuu, hay un tipo de organización familiar basada en la familia extensa, constituida por miembros consanguíneos próximos que comparten la línea de descendencia, como los abuelos, tíos, primos o sobrinos. La educación en la familia está a cargo de la madre, ya que es ella quien le enseña a los hijos, las tradiciones culturales y las funciones que deben realizar en la familia y en la comunidad. Si se da el caso que el padre sea de otra comunidad, los hijos siguen siendo exclusivamente Wayuu y se les da la enseñanza cultural pertinente, por parte de la madre y sus parientes cercanos. Al respecto Esperanza Epiayú (Wayuu, Diseñadora Textil de UNITEC) comenta:

“En la formación que recibí como Wayuu, jugó un papel muy importante mi mamá, ella es una Wayuu común y corriente que no habla español y gracias a eso yo aprendí a hablar a la perfección el Wayuunaiki. La relación con mi mamá ha sido como el eje central sobre mi identidad.”

Hay una influencia notable de la familia extensa en la educación de los hijos. La abuela y el tío materno son fundamentales en la educación de los niños, ya que la abuela imparte enseñanzas culturales. El tío materno, además de hacer las veces de padre, es quien decide cuánto debe pagar un hombre por la sobrina y quien vela por el bienestar de su hermana y sobrinos.

En la comunidad Kamëntsa se ve más un tipo de familia nuclear, compuesta por el padre, la madre y los hijos, pues los miembros de la familia extensa como abuelos o tíos no participan en su educación. Sin embargo, a pesar de existir un padre que aporta económicamente a la familia, éste tiene que ver muy poco con la educación de los hijos. La madre, es la verdadera encargada de su cuidado y crianza, al impartirles

las tradiciones culturales y las funciones y pautas de comportamiento que deben seguir. Además, ella también participa en la estabilidad emocional y económica del hogar. En esta comunidad, la hermana mayor, juega un papel muy importante dentro de la familia, pues es la mano derecha de la madre y la que le ayuda en la crianza y protección de sus hermanos. En ambas culturas, Wayuu y Kamëntsa, la madre cumple un papel fundamental no solo en el cuidado del hogar y la educación de los hijos, sino en la contribución económica para el sostenimiento de la familia. Al respecto Concepción Ortega (Kamëntsa, estudiante de Enfermería de la Fundación FUSDESA) comenta:

“Mi Mamá nos enseñó más cosas que mi Papá, porque el siempre estaba distante de nosotros por motivos de trabajo. Mi Mamá fue la que más nos motivó a trabajar, nos enseñó a criar animales y a trabajar en la chacra, a sembrar las semillas de cuna, a cultivar el fríjol tranca, la papa, la arracacha, el barbacuano, la caña para hacer la panela, el maíz para hacer la sopa y el choclo o la mazorca para hacer mote, envueltos y la chicha. Ella también me enseñó a tejer y por medio de sus relatos me enseñó nuestras costumbres.”

Con la migración de las mujeres indígenas a la ciudad de Bogotá, la constitución familiar varía. En el caso Wayuu, se presentan algunas situaciones en las cuales, al migrar solas las mujeres y al quedar tan aisladas de sus comunidades de origen rompen los lazos familiares tan estrechos que tenían. La influencia de la abuela o los tíos maternos en la formación de sus hijos, no es la misma. Se da el caso de Elisa Montiel que se encuentra viviendo sola con su sobrino en Bogotá y por lo tanto ese niño se encuentra alejado de sus padres. Lo que genera un rompimiento en los parámetros familiares, creándose una nueva modalidad de familia constituida por la tía materna y el sobrino.

En el caso de las mujeres indígenas Kamëntsa, se presentan situaciones como la de Concepción Ortega que migró a Bogotá con uno de sus hijos, para estudiar una carrera técnica por dos años y el otro hijo se quedó en la comunidad con el padre. Lo que muestra un rompimiento de los patrones de la familia nuclear, constituyéndose dos tipos de familias diferentes, aunque sea temporalmente, una familia constituida por la madre y el hijo y la otra formada por el padre y el hijo, cada una en contextos socioculturales diferentes.

Rocío Chicunque (Kamëntsa), Lucero Ipuana (Wayuu) y Esperanza Epiayú (Wayuu) han tenido hijos en Bogotá con hombres que no son de su misma etnia. Por lo cual sus hijos también tendrán una educación basada en los valores culturales de su padre. Así como también se formarán a partir de sus experiencias en la ciudad. En el caso de las mujeres Wayuu sus esposos no han seguido la tradición del *pago de la novia* y si lo hacen ya no es en la forma tradicional Wayuu que se pagaba con ganado, artesanías o dinero. El esposo de Esperanza viaja a la comunidad semestralmente y ofrece sus servicios como abogado de forma gratuita a la comunidad Wayuu, como una forma de agradecerles la formación cultural de su mujer y sus hijos.

A partir de los casos expuestos de las Kamëntsa y Wayuu se puede observar que en la ciudad la estructura familiar que tradicionalmente tienen sus culturas, se ve modificada por la migración. En Bogotá se pueden encontrar casos como el de Elisa con una organización familiar compuesta por tía materna y sobrino; el de Concepción conformada por madre e hijo y el padre con el hijo en la comunidad; o los casos de Lucero y Esperanza en los que, por la distancia, la familia extensa no puede hacer parte de la educación de sus hijos.

Durante los procesos de socialización en sus comunidades, las mujeres indígenas construyen su identidad de género a partir de los modelos que culturalmente establecen la diferencia entre lo femenino y lo masculino. Las funciones que desempeñan las mujeres indígenas dependen de la comunidad a la que pertenecen, lo que lleva a que se cree:

“un sistema de relaciones culturales entre los sexos [...] resultado de la producción de normas culturales sobre el comportamiento de los hombres y las mujeres, mediado por la compleja interacción de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas” (Lamas, 1996: 12).

A pesar de que en las comunidades indígenas a las mujeres no les son permitidas ciertas prácticas cotidianas y rituales y el hombre tiene mayor liderazgo en algunos campos como el referente a la toma de las decisiones adecuadas para el desarrollo de su comunidad. Se debe tener en cuenta que en todos los casos las actividades realizadas por las mujeres se complementan con las de los hombres, siendo el papel de ellas de suma importancia para la producción y reproducción de la comunidad.

La construcción de la identidad femenina comienza en los procesos de socialización con la familia, cuando la niña empieza a realizar las labores que le corresponden en la vida familiar. Desde pequeñas las mujeres comienzan a desempeñar las actividades que sus madres les enseñan, las cuales les serán útiles para desenvolverse en el futuro como madres y esposas. En la época de los abuelos de ellas había una división sexual del trabajo muy marcada: los hombres eran los que se encargaban de los espacios relacionados con la producción agrícola, el cuidado del ganado y el trabajo asalariado. Mientras las mujeres se desempeñaban en el ámbito familiar, las labores domésticas y el cuidado de los hijos. Las misiones católicas reforzaron las labores que se dividían por género, al crear internados para hombres y



para mujeres. En los cuales se le enseñaba a la mujer a cocinar, a bordar y a realizar las tareas domésticas para que fueran buenas madres y esposas en el futuro.

Según los testimonios de las Kamëntsa, las funciones que tradicionalmente desempeñaban las mujeres dentro de la comunidad han cambiado. Ellas ya no solo se dedican a las labores domésticas, a la elaboración de artesanías, al cuidado de los hijos y a las labores de recolección en la chacra. Sino que también están incursionando en el trabajo asalariado para ayudar en la economía familiar. En la chacra están realizando los mismos trabajos pesados del hombre que tienen que ver con abrir las zanjas y desyerbar con el machete. En la comunidad Kamëntsa el taita es el médico tradicional que dirige las ceremonias de limpieza del yajé y a pesar de que este campo sigue siendo del dominio masculino, la mujer es la mano derecha del mismo en cuanto a la preparación de las medicinas con plantas. Ahora hace parte junto con el hombre de las tomas de yajé, pues antes solo los hombres podían tomarlo. La mujer se desempeña como partera y tiene su propio huerto con plantas medicinales con las cuales cura algunas enfermedades. Al respecto Clara Juajibioy (Kamëntsa, estudiante de Medicina Veterinaria de la Universidad Nacional) comenta:

“A mi me decían que antes las mujeres se dedicaban a la cocina, a hacer la chicha, a desgranar el maíz, a las cosas del hogar en general, a darle de comer a los animales y a cuidar los niños. Mientras el hombre tenía que ir al jornal y alzar la tierra en la chacra para sembrar. Ahora han cambiado. Actualmente la mujer se le mide a realizar los trabajos del hombre, hace los huecos en la chagra, va al jornal, se capacita y ya hay varias mujeres profesionales que trabajan en la comunidad para sostener a sus familias. El papel de la mujer es muy importante, porque el hombre nunca toma una decisión sin consultarle a la esposa, siempre tienen que tener el consentimiento de las *Mamitas*, como dicen ellos. Ahora la Mamá Gobernadora, que es la esposa del Gobernador, está pendiente de todo y se encarga de muchas cosas. También se están lanzando candidatas a la gobernación y aunque no han quedado elegidas lo siguen intentando y están participando dentro del gabinete del cabildo, ellas dirigen grupos de artesanas o pueden dirigir alguna capacitación en salud y muchas han sido Alguaciles,

porque antes eran solo hombres los que ocupaban puestos en el cabildo. Pero todavía hay mucho machismo y muchos Taitas ex-gobernadores no quieren que una mujer llegue a gobernar el pueblo, porque ellos piensan que nosotras todavía no tenemos la capacidad de asumir ese trabajo.”

Las mujeres también están empezando a capacitarse profesionalmente y algunas de ellas trabajan en la comunidad. Así como hay otras que aunque no han cursado estudios universitarios se están desempeñando como líderes en sus comunidades por los trabajos que hacen a favor de la población Kamëntsa. Las mujeres también están ingresando a trabajar en el Cabildo, ocupando cargos como los de Alguacil Mayor y Menor que antes solo eran dominio de los hombres. Se postulan como candidatas para gobernadoras pero no han sido elegidas, en parte porque a las autoridades tradicionales (que son hombres) no les parece apropiado que la mujer desempeñe ese cargo. Sin embargo, en las comunidades siguen existiendo mujeres que se encuentran muy inmiscuidas en las labores domésticas y que no salen a trabajar ni a profesionalizarse. Todavía consideran ciertos espacios como masculinos, como los cargos del cabildo, el trabajo asalariado, etc. Al respecto María del Mar Palacios (Wayuu, estudiante de Odontología de la Universidad Nacional) comenta:

“Antes la mujer casi siempre era de la casa y se dedicaba a hacer sus artesanías, como los chinchorros, las mochilas, las mantas y las wuayreñas. Ahora, las mujeres aportan mucho en la parte económica, por ejemplo, mi mamá siempre ha elaborado y vendido artesanías. La mujer ya se ha metido mucho en el campo del trabajo del hombre, como el aspecto de la pesca, mi mamá cuando se separó de mi papá, empezó a trabajar con la pesca, ella tenía sus lanchas y gente que iba a pescar y ella salía a vender el pescado que conseguían. También se da el caso de mujeres que son las que están encargadas de los animales, de los chivos. Además, ha aumentado el número de mujeres que van a las universidades, porque los hombres creen que estudiando no van a ganar plata, sino trabajando. Las mujeres ahora son las representantes legales de todos los resguardos, porque se dice que la mujer no es ambiciosa, ni roba, a la mujer se le ve más honrada y más solidaria que el hombre. Pero lo que ella no puede ser es palabreo, que es el intermediario en los conflictos, porque esa ha sido una función que tradicionalmente ha desempeñado el tío materno.”

Las Wayuu, por su parte comentan, que las mujeres además de hacerse cargo del hogar, los hijos y las artesanías, también se hacen cargo de los chivos, de la pesca y del trabajo asalariado; funciones tradicionales de los hombres. Los conocimientos curativos están a cargo de las Piaches, que en su mayoría son mujeres que se especializan en las enfermedades de los niños, en la de los adultos y también en los ancianos. Existen Piaches especializadas en problemas de la piel, en el mal de ojo y las que son parteras. El conocimiento sobre la interpretación de los sueños es transmitido de madres a hijas: es un saber femenino que hace parte de la vida diaria del Wayuu. Las mujeres son las únicas que tienen un ritual de paso que se conoce con el nombre de *encierra* que se celebra cuando a la niña le llega su primera menstruación. Para los Wayuu, la mujer es muy valiosa en cuanto que es la encargada de dar vida: ella nunca debe sufrir daño en algún conflicto.

Cuando se va a sellar un compromiso de pareja entre los Wayuu, el hombre lleva a cabo la tradición del *pago de la novia* que simboliza una forma de valorar a la mujer. Las mujeres Wayuu también son dueñas de sus propios negocios de comida o pesca y salen a comercializar sus productos artesanales a la frontera con Venezuela. La mayoría de los representantes de los resguardos y de las Asociaciones Wayuu son mujeres. Incluso se presenta el caso en que algunas de ellas se están desempeñando como palabreras (cargo exclusivamente de dominio masculino).

En la actualidad, se puede observar como se han generado cambios dentro de las comunidades indígenas con respecto a las funciones que realizaba la mujer tradicionalmente: como el ser madre, esposa, ama de casa, dedicada al hogar y las

labores domésticas. Ahora se observa a una mujer indígena más independiente, que trabaja, dirige sus propios negocios y se interesa por adquirir educación universitaria y entrar en las esferas políticas y económicas de la sociedad. Como lo dice Magdalena León la mujer como madre empieza a actuar como negociadora de su propia identidad, la mujer: “se negocia el lugar de autoridad en la familia y los significados de los conceptos de feminidad y masculinidad.” (León, 1995:187)

El cambio que están empezando a tener las mujeres indígenas se refleja en las nuevas expectativas de vida que tienen para sí mismas, en cuanto a su interés por ingresar a la esfera laboral, comercial y universitaria. Así como un aumento en el número de indígenas que incursionan en el mundo laboral, lo cual introduce en la familia otro ingreso monetario además del aporte del esposo. En el ámbito universitario, la mujer se encuentra mejor preparada intelectual y académicamente para ayudar a su familia y comunidad. La mujer también se empieza a posicionar como jefe y cabeza de hogar. Se genera una disminución en las tasas de fecundidad por decisión propia de las mujeres que prefieren cuidarse en las relaciones sexuales y no tener hijos, para poder desarrollarse mejor en el campo educativo, lo que lleva a la postergación de la construcción de una familia.

El caso de Concepción Ortega de la comunidad Kamëntsa muestra como concepciones de lo que debe o no hacer la mujer han cambiado. Concepción dejó a su hijo y a su esposo en la comunidad y se vino con su hijo menor al cual después de un tiempo lo dejó también con su padre para poder terminar sus estudios. Sin embargo, su familia y su esposo no ven mal la decisión de Concepción de estudiar en la ciudad y dejar por un tiempo a su familia. Su esposo es el encargado de hacer las veces de

madre y padre, lo cual muestra que las concepciones de la mujer han cambiado y que ahora el hombre también realiza las funciones que tradicionalmente le había tocado desempeñar a las mujeres. En otra época ni la familia de Concepción, ni su esposo, ni ella misma hubieran aceptado que la madre se alejara del hogar y mucho mejor que se fuera a otra ciudad para estudiar.

Cambios como estos empiezan a alterar la forma en que se identifican las mujeres a sí mismas, de manera que se empiezan a desarrollar identidades de género femenino más allá del sólo ser madres, esposas y amas de casa. Debido a que dicha identidad no es una categoría estática para toda la vida, sino que “La identidad de género es concebida como un proceso abierto, en permanente construcción” (Arango, León y Viveros, 1995:25). Por lo tanto, las mujeres indígenas, están ganando autonomía en la toma de decisiones y en la construcción de un proyecto de vida propio. Por lo que se encuentran actualmente abriéndose nuevos espacios dentro de sus comunidades de origen y en la sociedad colombiana. Como se ha observado, estas mujeres, no solo trabajan, tienen sus propios negocios, ayudan al desarrollo de sus comunidades, han adquirido un título universitario y se desenvuelven como profesionales. Sino que también siguen manteniendo un alto grado de responsabilidad y decisión en el ámbito doméstico, en el cuidado y educación de los hijos, en la atención al esposo.

La etnicidad es otra de las dimensiones que hace parte de la construcción de la identidad de las mujeres indígenas, ya que ella da cuenta de la relación que las mujeres indígenas tienen con su comunidad de origen. Las mujeres indígenas generan una construcción individual y colectiva de estructuras de pertenencia o de inherencia a su cultura, lo que se conoce como el desarrollo de una identidad étnica. Ese

sentimiento de pertenencia constituido en sus comunidades se mantiene con su migración a la ciudad. Al respecto, Losonczy plantea que a pesar de la migración de su comunidad de origen, el individuo o grupo se sigue identificando con muchos aspectos sociales y simbólicos de su cultura. (Losonczy, 1997: 263). Las mujeres Wayuu y Kamëntsa siempre se han reconocido a sí mismas como indígenas y a pesar de las diversas experiencias que tienen en Bogotá siguen teniendo un sentido de pertenencia a sus culturas. En vez de olvidar sus aspectos culturales, los refuerzan y se sienten aún más orgullosas de ser indígenas.

El ámbito laboral es otro de los ejes en torno a los cuales se construye la identidad, en cuanto que las mujeres indígenas están cumpliendo con sus horizontes de auto-realización. Las condiciones de vida de las mujeres han cambiado al tener acceso a la educación universitaria, ya que tienen la oportunidad de conseguir buenos empleos que les permiten desarrollarse como Sujetos. Así como darles un mejor nivel de vida a sus familias y proporcionan herramientas útiles para ayudar a sus comunidades. Como el caso de Lucero Ipuana que trabaja en el Senado de la República, Esperanza Epiayú que trabaja en la ONIC o Rocío Chicunque que ha trabajado en los planes de vida de las comunidades indígenas y en su organización territorial. Como Angélica Chindoy que ha trabajado en proyectos con comunidades indígenas. Todas han cumplido el sueño de ayudar a sus comunidades y en esa medida han alcanzado una de las metas que se habían propuesto en sus vidas.

La consolidación de la personalidad es otra de las dimensiones de la identidad de las mujeres indígenas que se empieza a desarrollar dentro de la familia y que sufre algunos cambios cuando las mujeres migran a Bogotá. Para la mayoría de ellas era la

primera vez que salían de sus hogares para enfrentarse a un mundo completamente diferente al que estaban acostumbradas en sus comunidades. Tanto para las mujeres Wayuu como Kamëntsa su personalidad se fortaleció en Bogotá al haber madurado algunos aspectos de sus vidas. Ahora son mujeres independientes y con autonomía. En la ciudad se han vuelto más reflexivas en cuanto a los problemas que enfrentan sus comunidades; son mujeres que siempre están pensando en el bienestar de su comunidad y de sus familias. Ahora tienen diferentes posibilidades de elección y nuevas expectativas futuras, lo que les ha permitido construir un estilo de vida particular de acuerdo a sus proyectos personales y a sus experiencias de vida.

De manera que la identidad no se puede pensar como una categoría única e invariable, sino que se debe tener en cuenta su multiplicidad de dimensiones y su variabilidad en el tiempo y el espacio. Debido a la migración de las mujeres indígenas a contextos socioculturales diferentes, la identidad también ha afrontado transformaciones que llevan a que este proceso de construcción personal se encuentre inmerso en un sin número de tensiones entre el cambio y la permanencia.

## CONCLUSIONES

Las mujeres indígenas están migrando y se están abriendo un espacio en las ciudades, ahora hacen parte de la dinámica urbana y se dan a conocer por sus prácticas culturales, no solo en los eventos que realiza el distrito, sino en su incursión en el ámbito universitario y en el campo laboral al desenvolverse como profesionales. Con estas nuevas dinámicas urbanas muestran que los integrantes de las comunidades indígenas, no son sujetos aislados en la selva, sino que se encuentran en las ciudades interactuando con la población urbana a la expectativa de compartir sus conocimientos. Al migrar están trayendo consigo sus conocimientos culturales y muchos habitantes urbanos están relacionándose con sus prácticas, un claro ejemplo es la apropiación de las técnicas curativas indígenas. Como expresó el mexicano Manuel Uribe, en una conferencia que dictó en el marco del *Seminario Internacional sobre lugar, espacio y movilidad en América Latina: Identidades y Movilidades* realizado en Bogotá del 8 al 10 de noviembre de 2004: “La globalización del conocimiento indígena está llegando a Bogotá”.

A partir del análisis de las narrativas de las experiencias de las indígenas se puede decir que estas mujeres al migrar a Bogotá se enfrentan a dilemas de identidad; reflejados en las tensiones entre los valores culturales apropiados en sus comunidades de origen y los valores occidentales a los cuales se ven enfrentadas en el ámbito urbano. De esa tensión se producen cambios y permanencias en el proceso de construcción de la identidad: las permanencias se ven reflejadas en la identidad étnica, ya que el sentimiento de pertenencia a sus respectivas culturas continúa intacto y se ve reforzado con la migración. Los cambios, por su parte, se pueden observar en



la adición de elementos a la formación de sus identidades. En cuanto a sus personalidades se vuelven mujeres menos tímidas y más expresivas a la hora de dar sus puntos de vista y confrontarlos con los de los demás. La relación con los hombres cambia, en la medida en que no tienen la autoridad de sus padres cerca y ellos ya no pueden prohibirles relacionarse con las diferentes personas con las que ellas interactúan en la ciudad. Por lo tanto ellas empiezan a relacionarse más libremente con personas de otras culturas y con diferentes formas de pensar y actuar, así como aprenden a manejar mejor el tiempo y el dinero. Se empiezan a considerar mujeres independientes y autónomas que pueden salir adelante por si mismas y así poder ayudar a sus familias y a sus comunidades de origen. Son mujeres con nuevos referentes de auto-realización, entre los cuales se encuentra seguirse capacitando profesionalmente después de graduarse de la universidad y encontrar un trabajo acorde con lo que estudiaron que les sirva para brindar beneficios a sus comunidades. La identidad de género también se transforma, ya que los patrones de crianza de sus familias y las funciones que realizaban en sus comunidades, enfocadas a ser buenas madres y esposas, se ven complementadas con su identificación como estudiantes universitarias, profesionales y trabajadoras productivas para sus comunidades.

Está surgiendo una nueva generación de mujeres indígenas con nuevas expectativas de vida, que están migrando a la ciudad para convertirse en profesionales y así poder abrirse nuevos espacios en el campo laboral. Hoy en día, la imagen de la mujer no solo involucra las labores domésticas como el cuidado del hogar y los hijos, sino otros aspectos como por ejemplo su creciente desempeño como líderes comunitarias. Éstas aunque son profesionales asalariadas, se encargan a su vez de su

hogar y sus hijos, han logrado combinar los valores culturales recibidos de sus familias y los conocimientos adquiridos en las universidades y sus trabajos.

Parte de la migración a Bogotá se debe al interés de las bachilleres indígenas de ingresar a las universidades para profesionalizarse. El proceso de adaptación al ámbito universitario y urbano de Bogotá es realizado de múltiples formas por las Wayuu y Kamëntsa; cada una de ellas le asigna un significado específico a su vivencia en la ciudad de acuerdo a sus circunstancias y a su formación cultural. Las siete mujeres Wayuu presentes en la investigación, después de llevar viviendo un tiempo considerable en Bogotá, siguen hablando su lengua materna (Wayuunaiki) a la perfección; usando sus mantas (traje típico) e identificándose con los aspectos culturales de su comunidad. En un principio se apoyan en familiares o conocidos, después de un tiempo generan una red de migrantes con los Wayuu que se encuentran viviendo en Bogotá. Ese entramado étnico se convierte en el soporte de ellas en la ciudad: se crean vínculos de apoyo económico y académico, cadenas de información sobre empleos, formas de acceso a la vida urbana y en general relaciones de amistad y confianza que revitalizan el campo emocional.

Es diferente la situación de las Kamëntsa, ya que solo dos de las siete mujeres presentes en esta investigación, hablan la lengua materna, ninguna usa el traje tradicional en Bogotá y tampoco lo usaban en sus comunidades y solo dos de ellas asisten siempre a las celebraciones del carnaval en su comunidad y hace parte fundamental de sus vidas la toma de yajé. En Bogotá, crean lazos de amistad con diferentes personas, pero no crean un grupo de apoyo compuesto por indígenas de su misma etnia, como sí lo hacen las Wayuu. Ellas crean redes de amistad con indígenas

de diferentes culturas que han migrado a Bogotá, configurando un grupo de apoyo que se convierte en parte fundamental del proceso de adaptación en la ciudad.

Con respecto a la situación que enfrentan hoy en día las comunidades Wayuu y Kamëntsa, se puede decir que en ambas se observa una pérdida de algunos valores culturales. En el caso de los Wayuu, el ritual del encierro y la práctica del precio de la novia ya no son realizadas por todos los miembros de la comunidad y los que todavía las siguen realizando, han modificado con el tiempo algunas de sus facetas. Por ejemplo, el encierro ya no dura la misma cantidad de tiempo que antes, debido a la presión que ejercen los colegios sobre las estudiantes para que no falten a clases. Por otro lado, el precio de la novia ahora involucra el pago en dinero, mientras que antes se hacía en animales o artesanías, además del hecho de que la Iglesia Católica y el contacto con occidente han originado que muchas mujeres vean esta práctica como un acto degradante para ellas al considerar que las están vendiendo como objetos. El caso de la comunidad Kamëntsa es aún más preocupante, porque la mayoría de los jóvenes no hablan la lengua materna, ni usan el traje tradicional, así como tampoco están interesados en aprender sobre su cultura o en otros casos su familia tampoco les ha transmitido dichos conocimientos. El carnaval que es una celebración muy importante de la comunidad, para muchos jóvenes solo implica ir a bailar y tomar alcohol, pues la mayoría de ellos no conocen el verdadero significado de esta fiesta. De los rituales que se celebraban antiguamente los jóvenes no tienen conocimiento, así como tampoco conocen la religión que practicaban sus ancestros, solo algunos de estos jóvenes conocen bien las prácticas culturales de su comunidad. Por otro lado, existen personas dentro y fuera de la comunidad que se hacen pasar por taitas o

médicos tradicionales sin serlo en realidad, lo que ha generado gran desconfianza entre los Kamëntsas. También se presentan situaciones en las cuales los taitas por ganar dinero no aplican el conocimiento que tienen con el mismo respeto que lo hacían antes. En ambas comunidades los jóvenes son la población más vulnerable al cambio, muchos de ellos migran de sus veredas y rancherías a las ciudades, ya sea a estudiar o a trabajar y se acoplan al estilo de vida citadino y prefieren no volver a sus respectivas comunidades, incluso llegando a negar su pertenencia étnica. Tanto Wayuus como Kamëntsas enfrentan el problema de la corrupción dentro de los Cabildos con respecto al dinero de las transferencias que les otorga el Estado. Así como también tienen problemas con los grupos armados y en áreas como: la salud, la educación y los servicios públicos, entre otros. Al ver la situación que se presenta en el grupo de las Wayuu y Kamëntsa, se generan inquietudes sobre su identidad étnica: ¿Son las mujeres Wayuu más indígenas que las Kamëntsa, porque se visten con sus mantas (traje tradicional), hablan su lengua materna y participan de los rituales y festividades característicos de su cultura? Cada persona, institución u organización, según sus conocimientos y adscripciones culturales tiene una idea particular de lo que es *ser indígena*. Entre las consideraciones más recurrentes se encuentra que: “Indígena es aquél que tiene lengua, usos y costumbres propios, sentido de pertenencia al grupo, formas organizativas particulares [...] y la tenencia colectiva de la tierra bajo la forma de resguardo y la organización de un cabildo” (Sotomayor, 1998:408).

En la ciudad se encuentran representaciones heterogéneas sobre este tema, lo importante es tener en cuenta las múltiples dimensiones que en la actualidad implica

identificarse como indígena. La identidad étnica, es un proceso dinámico de construcción, que conlleva cambios y genera dilemas en los sujetos. Hoy, ya no se puede pensar en una visión estática y estable de lo que implica identificarse como indígena. Esto no se puede limitar a circunstancias como: vivir en el territorio ancestral, usar el traje tradicional, hablar su lengua, participar en las actividades particulares de su cultura y/o conocer a la perfección la historia, las prácticas, los mitos y los ritos de su comunidad. Aunque los anteriores rasgos constituyen referentes identitarios, no todos los indígenas cumplen con cada una de esas características. Como se pudo observar en el caso de las mujeres Kamèntsa: que no hablan su lengua, no usan su traje y no tienen un conocimiento profundo acerca de su cultura. A pesar de lo anterior, se siguen identificando a sí mismas como indígenas, porque son conscientes de sus falencias, y saben que factores como la lengua les sirven en su formación y les son útiles para poder trabajar por sus comunidades.

Las definiciones sobre lo indígena han sido y seguirán siendo necesarias para las negociaciones, las reivindicaciones, las exigencias de cumplimiento de derechos y para la consolidación de movimientos sociales de minorías étnicas. Así como en condiciones particulares como: los procesos de reindigenización, de reconocimiento político y el acceso a los beneficios que el Estado otorga en áreas como la educación, la salud y los recursos de transferencias. Frente a esas definiciones se hace necesario que se tengan en cuenta las visiones particulares que los indígenas tienen sobre sí mismos, pues son su identidad y reconocimiento los que están en juego. Se puede decir que el punto neurálgico de la discusión sobre *ser o no indígena*, se centra en tener un sentimiento de pertenencia a la cultura y ser consciente de las carencias que se

tienen para fortalecerlas. Al mismo tiempo, se considera indispensable que se genere un ejercicio de solidaridad frente a sus comunidades, que se exprese en las actividades que se desarrollen a su favor.

La situación de las comunidades indígenas en nuestro país ha mejorado con el tiempo, se ha logrado el inicio de un reconocimiento político, cultural y económico. El pertenecer a una minoría étnica, les ha contribuido en su proceso de consolidación como un grupo legítimo, que hace parte de la diversidad cultural y étnica del país. Todo este proceso, es avalado por la legislación innovadora, presente en la reforma constitucional de 1991. A partir de ese reconocimiento, los indígenas han logrado crear una conciencia comunitaria nacional, que trasciende a cada una de las comunidades, para abrirse a una conciencia indígena general, lo que les ha otorgado la oportunidad de construir y luchar por ideales comunes. Un ejemplo de esto fue la marcha que iniciaron los grupos indígenas del Putumayo, que se vieron respaldados por los Wayuu y comunidades del Cauca. Todos se unen en una sola voz de lucha. Otro ejemplo son las caminatas que se organizan en Bogotá, donde participan diferentes comunidades frente a temas que les afectan en común: como el Tratado de Libre Comercio, la reelección presidencial, la violación de sus derechos, la incursión de los grupos armados en sus territorios, entre otras problemáticas. A su vez se están formalizando cabildos multiétnicos, para llegar a un consenso de los problemas y las posibles soluciones. Se observa como los indígenas están solucionando sus problemas a partir de sus propias formas de resolución de conflictos, que se producen por los cambios que están aconteciendo en cada una de las comunidades. En estos momentos, ellos afrontan sus problemas y les buscan una solución, ya que a partir de la

capacitación profesional de sus integrantes, son capaces de mediar entre el Estado y las comunidades con el fin de ayudar a sus etnias. La organización que tienen hoy en día las comunidades indígenas, la han adquirido gracias al esfuerzo y gran compromiso que ellos mismos han desplegado para su propio bienestar. A su vez, porque han sabido utilizar las herramientas jurídicas que el Estado Colombiano les ha brindado, así como han utilizado su preparación profesional a la que suman sus conocimientos culturales en pro de cada una de sus comunidades.

Las profesionales indígenas constituyen una herramienta importante de contacto y divulgación de nuevos conocimientos hacia sus comunidades de origen, y en esa medida se convierten en las intermediarias entre estas y el gobierno: entre el espacio rural y el urbano, entre sus prácticas tradicionales y el conocimiento occidental. A partir de su conjunto de conocimientos adquiridos trabajan para el beneficio de sus comunidades. Para que estas mujeres puedan seguir teniendo la posibilidad de acceder a la educación universitaria, es fundamental que se creen y se mantengan funcionando los programas de ayuda financiera en las universidades. Además, es importante mejorar el nivel de educación primaria y secundaria que se imparte en los territorios indígenas. Debido a que su bajo nivel académico actual les imposibilita obtener buenos resultados en los exámenes del ICFES y en las pruebas que realiza la Universidad Nacional, por lo que no ingresan a la misma. Como última sugerencia, es preciso que se genere un verdadero intercambio de saberes entre las estudiantes indígenas y las universidades. Debido a que actualmente el currículo universitario no incluye el conocimiento de las comunidades indígenas como parte integral de la formación de sus estudiantes. Por eso sería trascendental que se reconociera la

importancia de los saberes indígenas en la construcción del conocimiento académico para generar una educación más acorde a las diferencias culturales que hacen parte de nuestro país y que nos caracteriza como colombianos.

### **FUENTES ORALES**

- Entrevista a Clara Juagibioy . Kamëntsa. Bogotá. 2004
- Entrevista a María del Mar Palacios. Wayuu. Bogotá. 2004.
- Entrevista a Mariana Pasuy . Kamëntsa. Bogotá 2004.
- Entrevista a Elisa Montiel. Wayuu. Bogotá. 2004.
- Entrevista a Concepción Ortega. Kamëntsa. Bogotá.2004.
- Entrevista a Adelaida Uriana. Wayuu. Bogotá. 2004.
- Entrevista a Angélica Chindoy . Kamëntsa. Bogotá.2004.
- Entrevista a Lucero Ipuana. Wayuu. Bogotá. 2004.
- Entrevista a Rocío Chicunque. Kamëntsa. Bogotá.2004.
- Entrevista a Esperanza Epiayú. Wayuu. Bogotá.2004.
- Entrevista a Mariela Miticanoy . Kamëntsa. Bogotá. 2004.
- Entrevista a Rosario Epiayú. Wayuu. Bogotá. 2004.
- Entrevista a Carmela Narváez. Kamëntsa. Bogotá.2004.
- Entrevista a Yosusi Aguilar. Wayuu. Bogotá. 2004.



## BIBLIOGRAFÍA

- AGIER, Michel (2000). "La antropología de las identidades en las tensiones contemporáneas". *Revista Colombiana de Antropología*, 36:7-17.
- AGUIRRE, Daniel (1998). "¿Etnoeducación o etnoacción?". González, Jorge Luis (comp.). *Memorias del primer congreso universitario de etnoeducación*. Riohacha: Universidad de la Guajira, Ministerio de Educación Nacional, Icfes, pp. 51-60.
- ARANGO, Luz Gabriela; León, Magdalena y Viveros, Mara (1995). "Introducción, estudios de género e identidad: desplazamientos teóricos". Arango, Luz Gabriela; León, Magdalena y Viveros, Mara (comp.). *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Bogotá: Tercer Mundo, pp. 21-35.
- ARIZPE, Lourdes (1978). *Migración, etnicismo y cambio económico (un estudio sobre migrantes campesinos a la Ciudad de México)*. México: El Colegio de México.
- ARIZPE, Lourdes (1978). "Mujeres migrantes y economía campesina: análisis de una cohorte migratoria a la ciudad de México". *América Indígena*, XXXVIII (38), pp. 303-326.
- BARRETO, Juanita y Yolanda Puyana (1996). *Sentí que se me desprendía el alma. Análisis de procesos y prácticas de socialización*. Bogotá: INDEPAZ.
- BONILLA, Elssy (1993). *La mujer en la universidad y en el mundo del trabajo*. Bogotá: Universidad
- BOURDIEU, Pierre (1967). *Los estudiantes y la cultura*. Nueva colección labor.
- BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean-Claude (2001). *La Reproducción Elementos para una Teoría de la Enseñanza*. Madrid: Editorial Popular. Madrid.
- BUXÓ, María de Jesús (1990). "Vitrinas, cristales y espejos: dos modelos de identidad en la cultura urbana de las mujeres quiche de Quetzaltenango (Guatemala)". Alcina Franch, José (comp.). *Indianismo e Indigenismo en América*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 132-144.
- CÁMARA BARBACHANO, Fernando (1986). "Los conceptos de identidad y etnicidad". *América Indígena*, XIV1(4), p.p. 597-618.
- CATAÑO, Gonzalo (1989). *Educación y estructura social*. Bogotá: Plaza & Janes.
- COMUNIDAD Kamëntsa (1989). *Procesos de Transformación y alternativas de autogestión indígena*. Bogotá: Editorial ABC.
- COHEN, Lucy (1971). *Las colombianas ante la renovación universitaria*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- CÓRDOBA Chávez, Álvaro (1982). *Historia de los Kamsa de Sibundoy desde sus orígenes hasta 1.981*. Tesis para optar al título de Doctor en Historia. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia y Geografía.
- DELORS, Jacques (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana. UNESCO.
- DURÁN, Carlos (2004). *El Cabildo Muisca de Bosa: el discurso de un movimiento social étnico y urbano*. Tesis Ciencia Política. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Ciencia Política.
- GAGGIOTTI, HUGO (2001). "Multiculturalidad, discurso de identidad urbana en un entorno inmigrante: repensando una metodología para el estudio de las representaciones sociales.

- Multiculturalismos y género. Un estudio interdisciplinar.* Nash, Mary y Marre Diana (eds.). Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- GIDDENS, Anthony (1996). "Modernidad y autoidentidad". Beriain, Josetxo (comp.). *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo.* Barcelona: Anthropos, pp. 33-71.
- GIDDENS, Anthony (1991). *Modernidad e identidad del yo.* Barcelona: Península. 1995.
- GIMENO SACRISTÁN, José (2001). *Educación y convivencia en la cultura global.* Madrid: Ediciones Morata, S.L.
- GUEVARA, Rubén Darío (1996). "Los Ingas del Alto Putumayo. Interacción entre etnicidad y género". *Ciencia y Tecnología.* 14(2):23-31.
- HALL, Stuart (1999). "Identidad cultural y diáspora". Castro Gómez, Santiago, Oscar Guardiola Rivera, Carmen Millán de Benavides (eds.). *Pensar (en) los intersticios: teoría y práctica de la crítica poscolonial.* Santafé de Bogotá: Instituto Pensar, pp.131-145.
- HERRERA, Martha Cecilia (1995). "Las mujeres en la historia de la educación". Calderón, Camilo et al. (ed.). *Las mujeres en la historia de Colombia.* Santafé de Bogotá: Norma, pp. 331-354.
- HUTCHINSON, John y Anthony Smith (1996). "Introduction". Hutchinson, John y Anthony Smith (eds.). *Ethnicity.* New York; Oxford: Oxford University Press, p.p. 3-14.
- JAMIOY Muchavisoy, José Narciso (1998). "Proceso de educación en el pueblo Camsá" Trifllos, María (comp.) *Lenguas aborígenes de Colombia. Educación endógena frente a educación formal.* Memorias 4. Bogotá: Siglo XXI, pp. 123-134.
- KOONINGS, Kees y Patricio Silva (1999). "Construcciones étnicas en América Latina". Koonings, Kees y Patricio Silva (eds.). *Construcciones étnicas y dinámicas socioculturales en América Latina.* Quito: Aby-Ayala.
- LAMAS, Marta (1996). "Introducción". Lamas, Marta (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual.* México, D.F.: Miguel Ángel Porrúa, pp. 9-20.
- LENTZ, Carola (1997). *Migración e identidad étnica. La transformación histórica de una comunidad indígena en la sierra ecuatoriana.* Quito: Aby-Ayala.
- LOSONCZY, Anne-Marie (1997). "Hacia una antropología de lo interétnico: una perspectiva negro-americana e indígena". Uribe, María Victoria y Eduardo Restrepo (eds.). *Antropología en la modernidad.* Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, pp. 253-277.
- MAYORGA, Martha Lilia y Nayibe Peña (2002). *Memorias II encuentro de egresados indígenas de la Universidad Nacional de Colombia.* Bogotá: Unibiblos, Universidad Nacional.
- MUÑOZ, Jairo (1994). "Indígenas en la ciudad. El caso de los Ingas en Bogotá". *Pobladores urbanos (II). En busca de identidad.* Bogotá: Tercer Mundo.
- MUSGRAVE, P.W. (1979). *Sociología de la Educación.* Editorial Herder. Barcelona: Herder.
- O.N.I.C. *Hacia una educación indígena multilingüe e intercultural comprometida con la vida.* Bogotá: Turdakke, O.N.I.C.
- ORDÓÑEZ, Eduardo (2001). *Indígenas Kamsa. El ritual del perdón en el carnaval de la comunidad Camsa de Sibundoy Putumayo, un aporte local al proyecto social de la paz para Colombia.* Medellín: Ethnia, N° 86.
- PABÓN Rojas, Jazmín (2003). *Los caminantes del arco iris o la ilusión de la cinta de Möbius. Sobre los territorios como espacios o los espacios como territorios: de los vendedores*

- ambulantes Ingas de Bogotá*. Monografía de grado. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Antropología.
- PINZÓN, Carlos y Garay, Gloria (1998). “Inga y Kamsa del Valle de Sibundoy”. *Geografía Humana de Colombia. Región Andina Central*. Tomo III. Bogotá: Colección Quinto Centenario, Instituto Colombiano de Antropología, pp. 113-330.
- PINZÓN, Carlos y SUÁREZ, Rosa (1991). “Los cuerpos y los poderes de las historias. Apuntes para una historia de las redes de chamanes y curanderos en Colombia”. Pinzón, Carlos y Suárez, Rosa (comp.). *Otra América en construcción. Medicinas tradicionales religiones populares*. Bogotá: Colcultura, ICAN, pp. 136-184.
- PINZÓN, Carlos (1989). “Medicina tradicional, curanderismo y cultura popular en Colombia hoy”. Pinzón, Carlos y Roldán, Miguel Ángel (eds.). *Memorias del V congreso de Antropología en Colombia*. Bogotá: Icfes.
- PLATA, Juan José (2001). *Mujeres migrantes y emancipación social*. Bogotá: ICFES, Ministerio de Educación Nacional.
- PLATA, Juan José (2000). “Etnografías urbanas en mundos globalizados: Aspectos conceptuales y metodológicos”. Mejía, Germán y Zambrano, Fabio (eds.). *La ciudad y las ciencias sociales*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Centro Editorial Javeriano.
- RESTREPO, Gabriel (1998). *Saber y Poder: Socialización Política y Educación en Colombia*. Santa fe de Bogotá: Icfes.
- RICO DE ALONSO, Ana (1994). “Género, identidad y posibilidades de la juventud femenina colombiana”. Turbay, Catalina y Rico de Alonso, Ana. *Construyendo identidades: niñas, jóvenes y mujeres en Colombia*. Bogotá: UNICEF, Gente Nueva Editorial.
- RIVAL, Laura (2000). “La escolarización formal y la producción de ciudadanos modernos en la selva ecuatoriana”. Guerrero, Andrés (comp.). *Etnicidades*. Quito: Ildis, Fundación Friedrich Ebert.
- RODRÍGUEZ, Álvaro (2002). “La enseñanza del español en comunidades indígenas”. Trillos, María (comp.). *Enseñanza de lenguas en contextos multiculturales*. Bogotá: Celikud, Universidad del Atlántico, Instituto Caro y Cuervo, pp. 215—237.
- SÁNCHEZ, Luisa Fernanda (2004). “*La ciudad de los paisanos*”: la construcción de la identidad étnica indígena en Bogotá a partir de un caso de migración. Tesis Magíster en Antropología. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología.
- SOTOMAYOR, María Lucía (1998). “Porque somos indígenas, pero ¿por qué somos indígenas?”. Sotomayor, María Lucía (ed.). *Modernidad, identidad y desarrollo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Colciencias.
- SUÁREZ, Luis Alberto (2001). *El tiempo de los relojes entre los inganos de Bogotá: consideraciones sobre la identidad cultural*. Bogotá: Tesis de grado. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Antropología.
- SUAZA, Luz Marina y Cotes, Miriam (2002). “Género”. Pineda Camacho, Roberto (comp.). *Palabras para desarmar*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Ministerio de Cultura.
- TOURAINÉ, Alain (1997). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 9-97.
- TRÓCHEZ, Benilda y Graciela Bolaños (1999). “Algunos aspectos de la formación de maestros en etnoeducación”. Aguirre, Lischt, Daniel (Comps.). *Culturas, lenguas, educación*.

- Simposio de Etnoeducación. VIII Congreso de Antropología.* Bogotá: Universidad del Atlántico y el ICAN.
- URIBE, Carlos Alberto (2002). *El yajé como sistema emergente: discusiones y controversias.* Documentos CESO, 33. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- URREA, Fernando y Puerto, Fernando (1992). "Población Inga residente en siete ciudades colombianas: un caso de pobreza." *Boletín Mensual de Estadística DANE*, 466: 170-209.
- VALENCIA, Eugenio(1924). *Historia de la misión Guajira, Sierra Nevada y Motilones.* Valencia: Imprenta de Antonio López y comp.
- VÁSQUEZ, Socorro y Correa, Darío (1993). "Los Wayuu". *Geografía Humana de Colombia. Noreste indígena.* Tomo II. Bogotá: Colección Quinto Centenario, Instituto Colombiano de Antropología, pp.217-292.
- VERGARA González, Otto (1990). "Los Wayuu: hombres del desierto". Ardila, Gerardo (ed.). *La Guajira.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 139-161.
- WIESNER, Luis Eduardo (1996). "Etnografía Muisca: el resguardo de Cota". Pachón Ximena, Oliveros, Diana y Wiesner, Luis Eduardo (comp.) *Geografía Humana de Colombia. Región Andina Central.* Tomo IV, volumen 2. Bogotá: Colección Quinto Centenario, Instituto Colombiano de Antropología, pp. 195-245.
- WIDMARK, Charlota (1999). "Etnicidad y estrategias sociales de Aymaras urbanos en La Paz, Bolivia". Koonings, Kees y Patricio Silva (eds.). *Construcciones étnicas y dinámicas socioculturales en América Latina.* Quito: Aby-Ayala, pp. 91-105.
- YANAMA (Organización indígena de la Guajira) (1990). "Programa de Etnoeducación para la etnia Wayuu Guajira". Ardila, Gerardo (ed.). *La Guajira.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp.285-303.

## ANEXOS

### Catorce Historias de Vida

#### 1. “Retomar el sueño de mi madre”

Me llamo Clara Juajibioy, tengo 23 años, soy indígena Kamëntsa y vengo del Valle de Sibundoy en el Putumayo. Estudié en la Universidad Nacional de Colombia la carrera de Medicina Veterinaria y actualmente estoy cursando sexto semestre. Somos cinco hijos tres mujeres y dos niños, yo soy la mayor. Yo soy una persona sencilla, alegre, le doy mucho cariño y confianza a las personas, soy demasiado sentimental y cuando me hacen daño me pongo muy depresiva. Me gusta mucho leer sobre temas de mi carrera. Digamos que yo soy “católica”, porque fue algo que me inculcaron mis abuelos y mis Papás, pero no soy muy religiosa. Antes de que llegara el cristianismo se adoraba a la Madre Tierra, al Sol y a la lluvia, pero ahora la comunidad es católica. Las mujeres Kamëntsas son muy trabajadoras, muy echadas para adelante, son muy equitativas con el cariño a sus hijos, son líderes en la comunidad y son el pilar de la familia. Una mujer debe ser recursiva para alcanzar sus propósitos y en lo posible ser líder dentro de su comunidad. Para mí un indígena se caracteriza por sus rasgos físicos, sus costumbres, su lengua, su vestuario y su forma de expresarse al ser más respetuoso con las demás personas. Si un indígena no habla la lengua, no usa la vestimenta, ni conoce sus costumbres no es indígena para mí, pero si a la persona le interesa de verdad la comunidad, no le debe importar que no le hayan enseñado en la casa los aspectos culturales, sino que debe ponerse a investigar, preguntar y aprender sobre su cultura o por lo menos debe colaborar en la comunidad y ahí sí podría decir yo que es un indígena, porque por lo menos está interesado en aprender lo que no sabe y en ayudar a su gente. Lo que yo más valoro es que uno esté activo dentro de la comunidad, porque también puede ser que yo me ponga la vestimenta, hable la lengua y sepa mucho de mi cultura, pero no colabore dentro de la comunidad y eso tampoco me parece correcto. Me parece que en una familia debe haber comprensión, confianza y unión tanto en las buenas, como en las malas y en una sociedad me parecería importante hallar un bien común para compartir sin egoísmo.

Desgraciadamente por el trabajo de mi Mamá nosotros vivimos como solos en la infancia, porque ella trabajaba con el INCORA y permanecía más tiempo en Mocoa que en Sibundoy. Pero en el tiempo que ella podía compartir con nosotros se preocupaba porque aprendiéramos el idioma y por eso nos daba clases, también nos enseñaba sobre nuestras costumbres y la vestimenta tradicional. A ella le gustaba mucho que nosotros visitáramos a los abuelitos y más que todo nos enseñaba a tenerles respeto a ellos y nos decía que debíamos escuchar sus consejos, porque la palabra de ellos era muy especial, al ser personas de mucha experiencia y sabiduría. Nosotros íbamos mucho donde ellos y nos contaban cuentos del pasado y costumbres antiguas, por eso me parece importantísimo que el conocimiento oral se conserve, porque un libro nunca va a poder reemplazar las enseñanzas de los abuelos y los Papás, pues la transmisión de nuestra herencia y nuestra identidad, ellos la hacen de una forma oral que es ceremonial. La mayoría del tiempo vivíamos con mi Papá, pero él también se dedicaba a trabajar en el INCORA y no compartíamos mucho con él. Lo que si nos recalca era que debíamos cultivar la tierra y nos llevaba a sembrar para que aprendiéramos y con mi Mamá también lo hacíamos, porque cuando yo era muy pequeña, nosotros vivimos en una parcela que tenía mi Mamá y ella nos decía que debíamos cuidar las gallinas, las vacas, encargarnos de la leche y de cuidar los cultivos. La Madre es el eje de todo, es la que está guiándolo a uno y enseñándole muchas cosas. Yo ayudaba a cuidar a mis hermanitos y estudiaba, pero a pesar de ser la hermana mayor, no tuve que encargarme de los oficios de la casa, porque mi Mamá nos quería mucho y siempre había una persona que se ocupaba de nuestras cosas. Yo en estos momentos estoy en proceso de aprendizaje de la lengua para perfeccionarla y también estoy aprendiendo a tejer fajas y a urdir la lana y en eso me está ayudando mi madrastra, porque como ella es docente de la escuela bilingüe que hay allá, entonces ellos tienen talleres de artesanías y yo he asistido a ellos. Entonces estoy retomando lo que ya sabía y se me estaba olvidando por haber dejado a un lado esas habilidades por falta

de tiempo y porque no tenía con quién practicarlas. Yo hablo muy poco la lengua, entiendo más de lo que hablo y lo que sé es lo que me enseñó mi Mamá como el saludo, los animales y los nombres de algunas comidas, pues ella vivía muy preocupada, porque aprendiéramos la lengua, pero lastimosamente por cosas del destino no fue posible. Por eso yo estoy recuperándola, porque me parece muy importante hablarla, pues uno como indígena tiene que conocer y hablar su lengua. Reviviría las enseñanzas de mi Mamá, porque ella sabía mucho y le gustaba todo lo que tenía que ver con el conocimiento de nuestra cultura, hablaba muy bien la lengua, sabía sobre nuestras costumbres y le gustaba que nosotros estuviéramos informados sobre nuestra cultura. Yo admiro mucho a mi Mamá, porque fue una mujer muy berraca, echada para adelante, no le veía pero a nada, no había ningún obstáculo que la detuviera para alcanzar sus objetivos. A mi me hubiera gustado tener la berraquera que ella tenía, ella era muy recursiva, muy colaboradora, una buena líder en la comunidad. Como Madre fue excelente, siempre nos demostró cariño, siempre estaba sonriente. Otra persona que admiro es mi hermana menor, porque es muy madura, ella es la que me regaña y está pendiente de las cosas que uno hace, además estudia y trabaja al mismo tiempo, es una mujer berraca.

A mi me decían que antes las mujeres se dedicaban a la cocina, a hacer la chicha, a desgranar el maíz, a las cosas del hogar en general, a darle de comer a los animales y cuidar los niños. La mujer también tenía sus pequeños cultivos, de naranjillas, tomates y frijoles y ella colaboraba con los gastos de la casa y llevaba sus productos al mercado para venderlos. Mientras el hombre tenía que ir al jomal y alzar la tierra en la chagra para sembrar. Ahora han cambiado las cosas, porque a la juventud ya no le gusta hacer chicha y mote, personalmente yo no se hacer chicha y eso me da pena, porque debería saberla hacer, pero como yo no crecí en una familia muy unida, mi Mamá nunca tuvo tiempo de enseñarme a prepararla. Hoy en día la gente cocina lo mismo que los colonos, en cambio antes se preparaba la comida tradicional, como el mote, el choclo, las cunas, el sixse que es un tubérculo. Las mujeres antes también tejían fajas o sayos (ruanas), pero ahora las niñas no se dedican a eso y ya no es una labor del hogar, son muy pocas las mujeres que tienen un conocimiento profundo del tejido, ahora, la mayoría de las mujeres estamos perdiendo esa esencia del tejido de los Kaméntsas. Antes existían una gran cantidad de cuadrillas, que eran grupos de trabajo comunitario conformados por hombres y mujeres que iban a ayudar a los diferentes hogares en una siembra o para hacer un puente (la minga es la actividad de trabajo y la cuadrilla es el grupo que va a realizar ese trabajo). Ahora se siguen dando pero no tanto como antes. Actualmente la mujer se le mide a realizar los trabajos del hombre, hace los huecos en la chagra, va al jomal, se capacita y ya hay varias mujeres profesionales que trabajan en la comunidad para sostener a sus familias. El papel de la mujer es muy importante, porque el hombre nunca toma una decisión sin consultarle a la esposa, siempre tienen que tener el consentimiento de las Mamitas, como dicen ellos. Ahora la Mamá Gobernadora, que es la esposa del Gobernador, está pendiente de todo y se encarga de muchas cosas. También se están lanzando candidatas a la gobernación y aunque no han quedado elegidas lo siguen intentando y están participando dentro del gabinete del cabildo, ellas dirigen grupos de artesanías o pueden dirigir alguna capacitación en salud y muchas han sido Alguaciles, porque antes eran solo hombres los que ocupaban puestos en el cabildo. Pero todavía hay mucho machismo y muchos Taitas ex gobernadores no quieren que una mujer llegue a gobernar el pueblo, porque ellos piensan que nosotras todavía no tenemos la capacidad de asumir ese trabajo. Ahora en Junio de este año que fui a la comunidad estábamos trabajando en el Reglamento Interno para definir si la mujer iba a tener la oportunidad de llegar hasta el máximo poder que es ser gobernador del pueblo o si solo va a poder acceder a cargos pequeños, pero todavía no se ha tomado ninguna decisión.

En la comunidad son muy religiosos y tradicionalistas y los Papás son muy celosos. Para mi Papá cuando yo era adolescente era todo un karma verme conversando con un hombre, inclusive hasta los hermanos son muy celosos con uno. Ellos lo hacían para que no se aprovecharan de nosotras, pero uno en esa época cree que es que lo están molestando y que no lo dejan tener amigos. En la antigüedad era un delito que hubieran madres solteras y cuando había una, era casi exiliada de la comunidad, porque la miraban raro y cuando se sabía quien era el Padre del bebé, la obligaban a casarse con él, como por tapar

el delito. Actualmente ya no se ve eso, porque la gente mayor que era la más conservadora se ha ido muriendo y los jóvenes son más liberales con esas cosas. Si hay adultos mayores que todavía ven con malos ojos que una mujer tenga amigos hombres, pero ahora por la aculturación que estamos teniendo por compartir con tanta gente colona, ya no tiene la misma importancia como tenía antes la relación con los hombres. Antes que llegara el cristianismo a nuestra cultura el que cumplía la función de sacerdote era el chamán o médico tradicional y los matrimonios eran arreglados por los Padres. Después que llegó el cristianismo ya no era el chamán, sino el sacerdote el que casaba a las parejas, pero aun se presentaban los matrimonios arreglados, ni siquiera había noviazgo, sino que si al muchacho le gustaba una mujer iba y pedía su mano, realmente se conocían cuando ya eran marido y mujer. Actualmente, la mayoría de los jóvenes viven en unión libre y ya no es tan importante casarse por lo católico, pero los adultos mayores si critican la forma de vida de los jóvenes. Para mis bisabuelitos, por ejemplo, la unión libre es un pecado, porque ellos están muy apegados a la religión. De lo que me han contado, antes, se tenía la costumbre del corte de cabello que decían que solamente era para niños, pero mis bisabuelitos me contaban que se le hacía a ambos sexos. A los 5 años los padrinos de bautizo del niño eran los que le cortaban el cabello, después seguían los Padres y de último otra vez el padrino para arreglar bien el corte tradicional. Para los niños era en corte totuma y a las niñas se le cortaba un pedazo de cabello de adelante a lado y lado hasta las orejas y el resto se dejaba largo. También se que antes cuando le llegaba el periodo a la niña se hacía un tipo de celebración especial, porque ella estaba pasando de ser niña a mujer, pero en realidad no se que era lo que se hacía.

La primera vez que yo salí a bailar el Carnaval fue a mis 16 años y después lo hice dos veces más y cuando me vine para Bogotá dejé de asistir por el estudio. El Carnaval o Clestrinye es la fiesta del perdón, se celebra el lunes antes del miércoles de ceniza y empieza desde el viernes con el carnaval de los niños que es igual al de los adultos pero chiquito, el sábado y el domingo se construyen los castillos que van ubicados en el cabildo, la casa del alcalde mayor y del alguacil mayor y el lunes empieza la celebración. El carnaval es el día en que se acaba un año y vuelve a empezar otro, donde estamos compartiendo los cantos, la danza y la comida entre los familiares, amigos, vecinos y miembros de la comunidad, es un momento de reencuentro, así como para los colonos el 31 de diciembre es la fiesta de fin de año. La forma como se saluda a la gente que uno quiere es echándole pétalos de rosa. Se hace un desfile por las principales calles del pueblo, en él que participa todo el gabinete del Cabildo, junto con los bandereros, en segundo lugar va la escuela bilingüe, en tercer lugar van los compañeros indígenas de los diferentes colegios y por último va la comunidad. Después del desfile se hace una misa especial. Luego, la gente se reúne en el centro del parque donde hay una cruz y ahí los integrantes del cabildo se piden perdón entre ellos y se pasa al Cabildo donde se hace lo mismo. Mientras pasa eso, la gente se reúne alrededor de unos castillos hechos en ramo, donde colocan un gallo viejo al que degollan en honor a San Juan Bautista unas personas específicas llamadas los Sanjuanés que van vestidos con la cusma que es el traje tradicional del hombre que consta de un vestido negro con una faja blanca, también llevan una máscara, peluca y un canasto. En el Cabildo se brinda una comida de mote, carne y chicha y a la gente importante se les sirve huevos como un símbolo de jerarquía que significa un rango alto. Después se va donde el Alcalde Mayor y el Alguacil Mayor y también se come y se baila y luego la gente sigue su camino hacia las diferentes casas de familia.

Antes el médico tradicional cumplía la función de ser el sacerdote, él era el consejero de la comunidad, el que curaba las enfermedades y todo el mundo le tenía respeto, porque ellos antes eran muy celosos con sus secretos y no le contaban a nadie sobre la preparación de sus remedios, no se mostraban al público y prestaban su servicio de corazón. Actualmente, se ha perdido el respeto hacia ellos, precisamente, porque han tomado la medicina natural como algo comercial, todo lo hacen alrededor del dinero, ya no hay esa vocación de hacer las cosas por el bien de la comunidad, sino por un bien individual, para enriquecerse a costa de la gente enferma. Inclusive los médicos tradicionales que existen hoy en día, en realidad ya no son médicos tradicionales, pues no tienen de verdad esas capacidades. Un médico tradicional de verdad es tan celoso con su conocimiento que no le gusta popularizarse, mi

bisabuelo sabe mucho de medicina natural y él tiene su huerta que solo él la conoce, eso es algo tan sagrado para él, que solo él tiene el derecho para entrar a manipular sus plantas y a hacer sus remedios caseros y es tan reservado que él solo cura a los integrantes de su familia. En cambio ahora hay muchos jóvenes que se declaran médicos tradicionales y andan repartiendo tarjetas y haciéndose propaganda por todo el país, porque ellos ya van por un interés monetario. Por eso dentro de la comunidad el médico tradicional o Tachumba ya perdió ese respeto. El yajé se toma con la intención de limpiar el espíritu, de votar la energía negativa y cargarse de energía positiva para seguir adelante. Yo no he tomado yajé en Sibundoy, tomé aquí en Bogotá con un taita Siona del Bajo Putumayo. Las mujeres y los hombres van en lugares diferentes y la mujer no puede tener el periodo, porque sino el yajé no cumple su función. El yajé se da a media noche y durante el trance del yajé el taita canta de forma ceremonial. Después de haber vomitado todo lo malo le hacen a uno una limpieza con la guayra y otras plantas. Yo no estoy de acuerdo que el yajé se empiece a comercializar y que se tome en las ciudades, porque se convierte en una burla y para mí es una práctica sagrada. El yajé debe tomarse en la comunidad, con un taita de verdad.

Yo entré a los 5 años a la Escuela Anexa a la Normal en Sibundoy de Hermanas Franciscanas, estuve ahí cinco años hasta terminar mi primaria. Mi secundaria la realicé en el colegio Champagnat que era de Hermanas Maristas y me gradué en el año 1998 a los 17 años. Mi madrastra me cuenta que ella aprendió a hablar castellano en la escuela de Padres Capuchinos y ella cuenta que los discriminaban mucho y les decían a los estudiantes indígenas que ellos hablaban un idioma de cerdos y además les pegaban para que ellos aprendieran bien el castellano, también los discriminaban por la forma de vestir, porque ellos iban con el traje, entonces los obligaban a ir en uniforme para dejarlos entrar a estudiar. Por ser indígenas les decían cosas muy feas como que eran unos indios cochinos. Para ellos el colegio fue una experiencia traumatizante. Afortunadamente en la época en la que yo estudié, gracias a Dios, yo le caí muy bien a mis compañeros, pero si me daba cuenta que las niñas indígenas eran muy sumisas y muy cerradas para relacionarse con los demás, entonces a ellas si les decían cosas feas como que eran unas indias piojosas y cochinas. A mí me parecen muy importantes los colegios bilingües, porque en ellos además de enseñarles a los estudiantes indígenas conocimientos occidentales, también se les está reforzando el conocimiento de nuestra cultura. Pero no estoy de acuerdo con los funcionarios del colegio, porque no son lo suficientemente preparados y el rendimiento académico es bajo, no hay una buena calidad de educación y sería poco probable que un niño que estudiara en un colegio bilingüe lograra entrar a la Universidad Nacional. La mayoría de las personas de la comunidad piensan igual que yo y por eso hay más niños estudiando en los colegios religiosos que en los bilingües y no debería ser así.

Para mí fue muy duro terminar el colegio y extrañé mucho a mis compañeros. Antes de graduarme me presente a la Universidad Nacional a Medicina, pero no pasé y eso fue traumatizante, porque yo siempre fui muy buena en el colegio y no entendía, por qué no había logrado pasar. A los 15 días de haberme graduado ingresé al Instituto Universitario del Putumayo y estudié por dos años Administración y Contabilidad Sistematizada, mi horario era nocturno, de 6:00pm a 10:30pm, porque para esa época me tocó encargarme de mis hermanos y de las labores del hogar y eso lo hacía por la mañana. Mientras estudiaba en el Instituto, me volví a presentar a la Nacional a Medicina Veterinaria y pasé, me alegré mucho, porque yo ya estaba aburrida de la rutina que llevaba y lo que yo quería era estudiar la carrera que a mí me gustaba. Mi gran ilusión era haber estudiado Medicina General, a mí siempre me ha gustado el área de la salud y mi estrategia era pasar a Medicina Veterinaria y después pasarme a Medicina, pero después de empezar a estudiar Medicina Veterinaria me di cuenta que la carrera era muy bonita y tomé la decisión de quedarme en esta carrera y estoy muy contenta con ella. Yo llegué a Bogotá en el segundo semestre del 2001 para entrar a la universidad. Yo no quería en realidad venir a estudiar a Bogotá, a mí me hubiera gustado estudiar en Medellín o en Manizales por el clima, pero me tocó Bogotá, porque la carrera la daban acá y porque en la Nacional dan un buen apoyo económico a las comunidades indígenas con el programa PAES. Yo entré gracias al préstamo beca de este programa, al principio le daban a los estudiantes indígenas un préstamo de un salario mínimo para sostenerse acá, pero cuando yo entré solo me tocó un préstamo del 50% de un salario mínimo. Yo pago \$23.000 que es la matrícula mínima y



cuando termine la carrera tengo el compromiso de pagar lo que me dieron en plata, en trabajo con la comunidad y tendría que trabajar durante tres años para que me condonen la deuda y si uno no lo hacen un año para pagar en efectivo la deuda. Uno tiene que mandar una constancia del cabildo que ratifique el trabajo que uno está haciendo dentro de la comunidad.

Para mí llegar acá a Bogotá fue muy difícil, fue todo un choque de culturas muy grande, porque yo nunca había salido de mi casa sola, tan lejos y por tanto tiempo. En ese tiempo habían unos primos míos acá, pero de todas maneras no era lo mismo que estar con mi Papá y mis hermanos. La contaminación me dio duro, estuve muy enferma, me dio faringitis varias veces. En la parte académica también fue muy duro, porque el nivel de educación que yo traía era pésimo, en comparación a los estudiantes de Bogotá y tratar de nivelarme fue pesado, inclusive el primer semestre solo pasé el tercio de las materias que veía, porque fue muy difícil para mí estar al mismo ritmo y quizá mi metodología de estudio no fue muy buena al comienzo. Además me sentía muy sola, me deprimía mucho, emocionalmente me encontraba muy mal y eso también influía en mi desempeño académico. Económicamente no he tenido problemas, porque gracias a Dios un tío de mi Mamá es el que nos colabora a mí y a mis hermanos con los gastos del estudio, él lo hace como agradecimiento a mi Mamá que le ayudó a salir de jornalero para convertirse en un médico ginecólogo. Extraño a mi familia, mis costumbres, la comida, mis amigos, porque tener que volver a hacer amigos en otra parte es difícil y nunca van a llegar a ser tan cercanos como los que tenía en mi comunidad. Pero también extraño mucho mi vida aquí en Bogotá cada vez que voy a mi casa en Sibundoy, antes no quería estar ni un segundo acá y cuando me voy de vacaciones extraño esta ciudad. En mi casa a mi Papá no le gusta que uno salga y lo reprime en muchas cosas, mientras que aquí en Bogotá yo llevo una vida independiente que me gusta mucho, porque yo hago lo que me gusta, yo amo mi independencia.

Bogotá es muy diferente a la comunidad, empezando por las culturas y por el pensamiento, la gente de acá es más recursiva, es más abierta a diferentes posibilidades y a escuchar diversas proposiciones, tienen una mente abierta hacia el progreso, mientras que nosotros somos muy cerrados y solo pensamos en el campo, no pensamos en progresar o mejorar nuestras condiciones de vida, pensando, por ejemplo, en construir un buen centro de salud indígena, una universidad indígena. En mi comunidad el ambiente es más sano, se respira aire puro, uno no se enferma tanto, uno puede caminar tranquilo sin andar pensando que lo van a atracar, mientras que aquí hay mucha contaminación, el tráfico es muy pesado, hay muchos indígenas y ladrones y uno no se siente seguro. Hay una diferencia supergrande en las relaciones de pareja en Bogotá y las de mi comunidad, en mi comunidad, el noviazgo es distante, el novio visita a la novia a su casa y no pasa de ahí, en cambio acá los novios prácticamente conviven juntos, casi en unión libre. Mi refugio a penas llegué a esta ciudad fue mi prima, que estuvo conmigo siempre, otra forma de adaptarme era mantenerme en contacto con mi familia, yo llamaba a mis hermanos y ellos me daban muchos ánimos para que yo siguiera adelante, para mí ese apoyo fue indispensable y también contaba con la ayuda de mis compañeros que siempre estaban pendientes de mí. Al comienzo me encerraba mucho, porque estaba muy deprimida, pero después empecé a salir y mi compañeros me invitaban a cine, a comer a charlar, me refugié mucho en ellos para no sentirme tan sola. Tengo compañeros que son indígenas Pasto y con ellos son con los que más me relaciono, pero también tengo compañeros de Bogotá y de otras regiones. Con los estudiantes y los profesores no he tenido problemas, todos son muy amables, inclusive por ser yo indígena siempre están pendientes de mí para ayudarme y se muestran muy interesados en conocer mi cultura.

Para mí tiene un grado de importancia muy grande estudiar en una universidad, porque siento que puedo tener mejores oportunidades en la vida, que una persona que no lo haga, inclusive en la comunidad ven muy bien a los estudiantes universitarios, les tienen más respeto, no debería ser así, pero eso es lo que ocurre. A mí me parece importante que otras mujeres indígenas se capaciten profesionalmente, pues por el hecho de ser indígenas no quiere decir que tengamos que quedarnos en la ignorancia, yo creo que cualquier persona tiene las mismas habilidades para estudiar sin importar la raza, la lengua o las creencias. En estos momentos hasta para ayudar en la problemática de la comunidad uno ya tiene que

capacitarse para poder hacer algo. A la Universidad le recomendaría que creara un curso de todas las materias básicas antes de empezar la carrera, pues eso sería de mucha ayuda para las personas que venimos con un nivel académico bajo. Para mi, por ejemplo, fue muy difícil la química y hubiera sido de gran ayuda haber tomado un curso con las bases generales de esta materia y así me hubiera ido mucho mejor en el primer semestre de mi carrera.

Mientras me asignaban un cupo dentro de Las Residencias de la Universidad Nacional, yo viví como dos meses con una prima a una cuadra de la Nacional y el 15 de agosto me pasé a las Residencias y vivía en el apartamento con una niña de Nariño y otra del Cauca y desde el principio no la llevamos bien. Hace un año una de las compañeras se fue e ingresó una niña de Nariño que tenía un genio inestable, entonces yo pedí cambio y me pase a vivir al apartamento donde vivo ahora con dos niñas de Nariño. Los domingos a mi me gusta salir a caminar, a respirar aire puro y me voy al Parque Simón Bolívar. Entre semana cuando tengo tiempo libre me gusta escuchar música clásica, que me empezó a gustar desde que llegué acá a Bogotá, porque en la comunidad uno no escucha ese tipo de música. A veces voy a fiestas o hacemos comida con los compañeros indígenas de las residencias, pero lo que más me gusta es quedarme en mi casa haciendo mis cosas. En la forma de vestir de pronto si he cambiado un poco, porque uno viene muy recatado, con pantaloncitos de tela y la blusita clásica de botones, en cambio aquí hay muchas opciones de donde escoger. Yo antes usaba zapato alto, porque utilizaba pantalones de tela, pero ahora me visto más deportiva, además en mi casa me compraban la ropa, y aquí yo la escojo a mi gusto. Pero no soy una persona de modas que cambie de estilo de vestir a cada rato. Yo siempre he sido gordita y me quiero así como soy, pero si hubo un tiempo en que un amigo pastuso me creo un trauma feísimo, porque todos los días me recordaba que estaba gorda. Yo nunca hice ninguna dieta, ni compre productos para adelgazar, pero si me deprimía mucho con lo que él me decía, entonces me tuve que alejar de él, porque me hacía sentir mal. Al principio no sabía usar el internet, pero aprendí y me gusta usarlo para comunicarme con mis compañeros y para buscar información de mi carrera. Aquí veo menos televisión que en la comunidad, porque aquí uno siempre está ocupado, lo que no me pierdo son las noticias, mientras en comunidad me gustaba era ver novelas. Me gusta mucho ir a cine y esa es otra de las ventajas de vivir aquí que uno tiene más medios de entretenimiento.

Una cosa muy importante que he aprendido estando acá es que uno no debe ser exigente con las cosas, por ejemplo, en mi casa me podía dar el gusto de decir que algo no me gustaba o que no quería comer ciertas cosas, en cambio acá le toca a uno someterse a lo que uno pueda comprar con el dinero que tenga o lo que a uno le ofrezcan. Uno tiene que ser humilde con esas cosas, he aprendido a valorar lo que a uno le ofrecen y yo antes no medía esas cosas. Otra cosa que aprendí aquí fue a saberme manejar, porque uno en la casa es muy caprichoso y rebelde y estando acá yo he madurado mucho en ese sentido. Yo me siento más tranquila y con mayor libertad al relacionarme con mis amigos hombres, pues ya no me siento vigilada. También aprendí a administrar el dinero que ha uno le mandan, porque cuando uno está en su casa son los Papás los que manejan la plata, pero acá a uno le toca medirse en los gastos. Acá tengo más libertad para hacer mis cosas y he aprendido a manejar esa independencia con moderación y no llevarla hasta el punto del libertinaje o de andar de fiesta en fiesta emborrachándose como lo hacen algunos compañeros. Casi poco salgo y tomar menos, no me llaman la atención esos planes. Mi forma de pensar también cambió, cuando estaba en la comunidad solo pensaba en disfrutar la vida y no más, pero uno estando acá empieza a valorar más las cosas, a la familia, uno empieza a pensar en el futuro, en cómo quiere uno organizarse y llevar su vida. Acá he aprendido a saber hablar más con la gente, más que todo con los profesores que es con las personas que uno más le teme hablar o en las exposiciones cuando uno tiene que hablar en público. Con mayor fuerza me considero una indígena kamëntsa, ahora que estoy aquí, si antes de pronto yo pensaba en no usar el traje, ahora es que yo más valoro lo que tengo, yo se que tengo un origen indígena, que tengo una identidad kamëntsa y que quiero seguirla conservando a costa de lo que sea, ya los mayores se están muriendo y solo quedamos lo jóvenes y desgraciadamente los jóvenes no sabemos la historia, sino que son los mayores los que si saben todo.

Yo he visto el caso de algunas compañeras indígenas, sobre todo de la comunidad pasto, que es el grupo más grande que hay aquí en las Residencias, que cambian mucho, inclusive hasta el punto de decir que no son indígenas y duele que nieguen su propia identidad. Ya no valoran sus costumbres, ni el pueblo donde vienen, ya no quieren regresar a sus comunidades y se avergüenzan de lo que son y tratan de cambiar. A mí me gusta mucho mi independencia, pero yo sigo queriendo mucho mi pueblito y mi cultura. Hay niñas que han llegado sanas, muy de su casa y que el choque de culturas les dio tan duro que no les va bien en el estudio, solo andan en fiestas, en discotecas, también cambian su presentación personal, se empiezan a maquillar bastante, llevan el cabello de otra forma, se visten muy diferente y hasta la forma de hablar cambia. Con respecto a la comunidad he pensado que somos muy egoístas, que hay mucha división de pensamiento, hay mucha politiquería, mi pueblo se está destruyendo día tras día, por el dinero, por las ansias de algunas personas de llegar al poder. Muchas personas solo están pensando en un beneficio individual y no tanto por el de la comunidad. También es muy preocupante ver como se están perdiendo muchos aspectos de nuestra cultura, como la lengua, la vestimenta y las costumbres y otra cosa que también me preocupa mucho es ver cómo los jóvenes indígenas manipulan su título de ser indígenas a conveniencia, por ejemplo, cuando alguna institución está ofreciendo becas o algún tipo de subsidio se recurre a afirmar que si se es indígena y que se pertenece a una comunidad, pero cuando se trata de ayudar a la comunidad algunos niegan su identidad y su procedencia. La gente colona también se está metiendo a la comunidad haciéndose pasar por indígenas, mientras los verdaderos indígenas ya no quieren serlo y ellos están aprovechando los espacios y los beneficios que nosotros como indígenas tenemos. Muchos jóvenes de la comunidad están perdiendo la lengua y algunos otros solo dicen que son indígenas cuando les conviene, yo me he dado cuenta que nosotros estamos perdiendo mucho de nuestra cultura, ya no hay las huellas que teníamos antes, por eso estoy preocupada por aprender más de lo que ya se.

Mi gran sueño en estos momentos es retomar el sueño de mi Mamá de tener cultivada la parcelita donde habíamos vivido antes. Otro sueño que tengo con los compañeros Pastos que estudian conmigo es crear una Asociación y trabajar en la problemática de nuestras comunidades. Por eso me quiero devolver a la comunidad para trabajar por mi gente y al mismo tiempo trabajar en veterinaria, para ayudar en lo que se pueda a la comunidad. Si se me da la oportunidad de trabajar en otro lado, también lo hago, pero preferiría que fuera en el Putumayo, pues mi gran sueño es vivir en Mocoa. También me encantaría hacer una especialización en Ginecología Veterinaria, para trabajar en la parte de investigación en mejoramiento de razas, si tuviera el dinero para pagarla apenas acabara mi pregrado, no dudaría en entrar inmediatamente a hacer la especialización. Primero quiero terminar mi carrera y luego si se da la oportunidad si pensaría en casarme y tener hijos, pero por el momento ni pensarlo. Si no lo hice en la comunidad que me tocó crecer sola, menos ahora que estoy más grande y pienso mejor las cosas. Yo creo que cuando yo me devuelva a trabajar con mi comunidad, después de graduarme, va a ser muy difícil, porque desde el mismo momento en que uno se viene para acá, uno ya no es considerado un miembro de la comunidad, uno se vuelve un ser aparte, por eso uno debe ser bien estratégico y cada vez que tenga vacaciones ir a trabajar en la comunidad, para darse a conocer otra vez, para que cuando llegue su momento no sea tan difícil que lo vuelvan a recibir a uno. Yo intento ir cada seis meses y sino cada año, dependiendo como estén las cosas en la universidad, para mantenerme en contacto con mi gente. Si uno no se da a conocer temporalmente es muy difícil, porque ellos piensan que uno va a ir a imponer cosas nuevas, pero no se trata de eso, uno quiere es ir a enriquecerse y a aportar en lo que uno pueda para el beneficio de la comunidad. Además encontrar trabajo en la comunidad es muy difícil, porque como estamos tan divididos, se manejan las roscas, desgraciadamente ya no somos un pueblo unido, sino que estamos fraccionados. Si el gobernador que está de turno en ese momento, no es de la línea de uno o de su familia, son más difíciles las cosas. No es que por ser uno miembro de la comunidad y uno quiera llegar a trabajar y aportar cosas lo vayan a recibir a uno ahí mismo, no importan las buenas intenciones, porque todo depende de los líderes que estén gobernando en ese momento.

## 2. ‘Primero Mi Mamá, segundo mi Mamá y tercero mi Mamá’

Mi nombre es María del Mar Palacios, tengo 25 años, pertenezco a la etnia Wayuu, soy del clan Ipuana y vengo del Cabo de la Vela. Estudié en la Universidad Nacional la carrera de Odontología y estoy cursando 5 semestre. Mi Mamá es Wayuu y mi Papá era un Arijuna de Santa Marta. Ellos se separaron cuando yo solo tenía un mes de nacida. Mi Papá tenía un barco pequeño y con él llevaba pescado y langostinos para Aruba y mi Mami se ha dedicado a la artesanía y a la pesca. Somos 5 hijos, 4 hombres y yo soy la única mujer. Soy una persona responsable, a veces malgeniada; analizo las cosas antes de actuar. Me gusta que lo que yo diga, esté de acuerdo con lo que yo haga; soy muy correcta en las cosas, a veces pienso que soy muy perfeccionista. Me considero una mujer Wayuu, por las costumbres que me han inculcado, porque hablo mi lengua y pienso que esa es la mejor presentación que un indígena puede tener, pues no hablarla es como estar incompleto. Si tu sabes la lengua, a través de ella, conoces las costumbres y tradiciones de tu cultura y te comunicas con tu gente, pero si no sabes la lengua no te entiendes con tu comunidad. Una mujer wayuu también se caracteriza por ser matrilineal, o sea, primero mi Mamá, segundo mi Mamá y tercero mi Mamá. En general, considero que una mujer debe luchar por conseguir lo que quiere sin pasar por encima de los demás, debe inspirar seguridad a su familia y a la sociedad; también debe amar lo que hace y sobretodo debe ser una mujer que quiera la vida y que siempre sea una persona que aspire a tener una familia. Por eso admiro a las madres solteras, porque son luchadoras, ya que ser padre y madre a la vez es muy difícil y ellas solas logran sacar adelante a sus hijos e inculcarles valores y principios muy valiosos, como en el caso de lo que mi Mamá hizo con nosotros. En nuestra cultura se tiene la creencia que la mujer Wayuu es intocable aunque sea en una guerra de familia, pues la mujer es algo sagrado, es la que lo enfrenta todo, la mujer es vida.

Por lo que he compartido con muchos indígenas, puedo decir, que lo que primero caracteriza a un indígena, es su sabiduría, el indígena es muy sabio dentro de su cultura, sabe mucho de sí mismo, conoce la naturaleza, y sobretodo la ama y la respeta. Otra cosa que he visto mucho en el indígena es que es muy apegado a su territorio y además no es ambicioso y le gusta vivir tranquilo. Yo pienso que el indígena es más indígena y conoce más su cultura cuando habla la lengua; porque sin ella no se puede conocer, ni entender a los integrantes de mi comunidad. Para todas las comunidades indígenas lo que vale es la palabra porque nosotros no manejamos nada escrito, todo es oral, por ejemplo, cuando hay algún problema, para el indígena es muy importante que se respete la palabra. Para mí en una familia es fundamental el respeto y la comunicación. Además, es importante que dentro de la familia haya una persona con autoridad que organice las cosas, ya sea el Padre o la Madre, a los que debo respetar, porque al ser mayores, saben más que yo y me pueden guiar y enseñar muchas cosas sobre la vida. Con respecto a la sociedad me parece que debe haber igualdad, porque si la minoría está menos favorecida, no se estaría manejando el concepto de sociedad. Lo importante sería que aunque yo sea mayoría, respetara a la minoría, por ejemplo, aquí en Colombia, antes, la gente miraba a los indígenas como algo raro y cuando se dieron cuenta que a nivel mundial, ser indígena es un privilegio, todo el mundo quería ser indígena. En la Guajira, se da el caso que la gente nos dice: “esos indios piojosos, esos indios cochinos” y de otro lado, se están beneficiando de los indígenas como minoría que son, porque la gente que habla mal de nosotros tiene la capacidad de embaucar a los demás y obtener lo que quieren.

Yo soy católica, porque esa religión no la impusieron, pero, aun así, yo tengo mis creencias wayuu. Yo creo en un Dios, pero también creo en mis espíritus, en mis contras, en todos los rituales que se hacen dentro de la cultura. Voy a la Iglesia a misa, porque cuando uno ha estudiado con religiosos, se lo imponen, pero de todas formas yo a veces digo que el Wayuu, no es del todo católico; uno lo practica porque se lo imponen, pero uno tiene sus propias creencias. Yo creo en un Dios que son los sueños que me revelan las cosas que me pueden pasar, mi Dios son mis contras, mis espíritus o las personas ya fallecidas de mi familia. Para nosotros hay un Dios un Mareiwa, como lo llamamos, no se adoran imágenes, ni se reza el padrenuestro. Los contras son espíritus, seres del mas allá, que uno los guarda, porque pueden manifestarse en forma de piedras o a través de los sueños en forma de niños, de viejos o

de jóvenes que te hablan. Para la religión católica muchas cosas de nuestra cultura son malas, por ejemplo, el taparrabo para los religiosos era inmoral porque se estaba mostrando el cuerpo y para ellos la ley del pago en el matrimonio wayuú era vender a la muchacha. Se dan casos de niñas que cuando entran al colegio les inculcan eso y entonces a ellas les empieza a parecer que la dote es una forma de venderlas, pero realmente no es una compra y venta, es como una forma de compromiso entre los familiares de la niña y del muchacho. La dote siempre es dada a los tíos paternos o sea a los familiares del papá de la muchacha porque ella ahí está recompensando lo que el papá de ella o la familia del papá de ella dio por la mamá, es como yo decir le pagué la crianza a mi papá. Yo lo veo como hacer yo respetar a mi familia, porque con eso yo estoy diciéndole a la familia de mi prometido que a través de esa dote hay un respeto entre las dos familias. Antes los Padres eran los que arreglaban el matrimonio y también se daba el caso de que si llegaba un hombre con mucha solvencia económica podía escoger a la niña que él quisiera para casarse; pero ahora, la mujer es la que decide con quien se quiere casar.

Mi educación en la casa más que todo fue por mi Mamá y por mi abuela, porque yo nunca viví con mi papá. Al principio empecé a vivir en mi rancharía, en el Cabo de la Vela y a los siete años salí de ahí a estudiar a Riohacha. Después nos fuimos a vivir a un municipio que se llama Hato Nuevo que queda al sur de la Guajira y de pronto en ese proceso no me fue impartida la parte cultural. Mi Mamá me enseñó a hablar la lengua que es el Wayuunaiki, pero de la parte cultural, como los mitos y los ritos, no sabía mucho. Ya al pasar al bachillerato, ingresé a un internado de monjas y de pronto ahí fue cuando empezó mi proceso de interesarme más sobre mi cultura y de preguntarle a mi Mamá y a mi abuelita las inquietudes que tenía y ellas empezaron a hablarme más de la cultura y del papel que desempeña la mujer en la sociedad. Ellas me comentaron sobre las funciones que una mujer desempeña dentro de la comunidad. La mujer, primero debe ser una buena madre y una buena mujer en el matrimonio; debe conocer toda la artesanía de su cultura, para poder aplicarla cuando se tenga un hogar y subsistir de ella el día que no pudiera de pronto conseguir un trabajo diferente. También me decían, que tenía que tener muchos valores, pues como mujer siempre me debía mostrar prudente y recatada. A la niña siempre se le inculca que si tiene un noviazgo que lo lleve a la casa para que no le vayan a faltar el respeto, para que converse con los Papás y que ellos lo conozcan; siempre le inculcan a uno ser muy prudente. La mujer no puede desenvolverse como palabrero, porque siempre se ha tenido la visión de que eso solo es para el hombre, por ejemplo, en una conversación donde se este discutiendo un problema entre familias, la mujer habla poco. La mujer, mas bien, siempre tiene que ser como la mediadora, si hay algún problema entre los familiares hombres, ellas siempre tienen que buscar la forma de mediar, sin ir a formar mas problemas, si no tratar de calmar las cosas.

Antes la mujer casi siempre era de la casa, aunque también ayudaba a los gastos del hogar, porque ella siempre hacia sus artesanías, como los chinchorros, las mochilas, las mantas y las wuayreñas. Ahora, siguen aportando mucho en la parte económica, por ejemplo, mi mamá, siempre ha trabajado con las artesanías y me esta enseñando todo lo referente a éstas, para que yo me pueda defender más adelante por mi misma. En un principio, yo aprendí a tejer con mi bisabuela, ella fue la que me enseñó a tejer chinchoro y la mochila la aprendí a hacer en la casa, con mi Mamá. Al principio para uno tejer es como un juego, como un hobby, pero ya cuando grande uno lo aplica para subsistir, ya lo hace para trabajar y ganar dinero. La mujer ya se ha metido mucho en el campo del trabajo del hombre, en el aspecto de la pesca, por ejemplo, mi Mamá cuando se separó de mi Papá, empezó a trabajar con la pesca, ella tenía sus lanchas y gente que iba a pescar y ella salía a vender el pescado que conseguían. También se da el caso de mujeres que aunque no se van a pastorear, son las que están encargadas de los animales, de los chivos. Además, ha aumentado el número de mujeres que van a las universidades, porque los hombres creen que estudiando no van a ganar plata, sino que solo trabajando es que se adquiere dinero, entonces terminan el bachillerato y no van a la universidad, sino que se ponen a trabajar. La mujer también ocupa cargos altos en los cabildos, pero lo que ella no puede ser es palabreo, que es el abogado o intermediario en los conflictos. Las mujeres ahora son las representantes legales de todos los resguardos, porque se dice que la mujer no es ambiciosa, ni roba; a la mujer se le ve más honrada y más solidaria que al hombre.

Anteriormente, el hombre solo se dedicaba al pastoreo y a la pesca, pero ahora han llegado empresas y el Wayuu ha dejado un lado sus labores, para ingresar al campo del trabajo asalariado. El hombre siempre ha tenido la función de palabrero, que es como un abogado que sirve de mediador, por ejemplo, la familia ofendida lo busca para decirle que ellos están ofendidos y que quieren que la ofensa les sea pagada por la ley del cobro, como decir una fianza, para no tener más problemas. Entonces, se pone un tope por la ley del cobro y aquellos que ofendieron a esa familia después responderán de la forma en que ellos piensen que sea necesario. El palabrero siempre tiene que buscar la forma de que las cosas se den como lo pide el ofendido y él debe hacerle ver a la gente que esta ofendiendo que el problema no es bueno, que siempre hay que buscar la vía mas amable para arreglar las cosas. Dentro de mi familia hay un tío de mi mamá que es el único palabrero. Casi siempre se prefiere que el palabrero sea una persona mayor, muy respetable y que tenga buena labia, que sea una persona convincente, muy respetuosa y que a la vez sea muy respetada y admirada por la gente, porque solo de esa forma le pueden responder bien. El tío materno sigue siendo muy importante en la cultura Wayuu, porque nosotros tenemos muy en cuenta la parte matrilineal, o sea, la sangre de la madre es la que más se valora. Como la mujer es la que da a luz, entonces uno es cien por ciento hijo de la madre, pero del padre no, los que responden ante algún problema o alguna falta son las familias maternas. El tío materno se encarga de inculcarle a uno principios y valores, como el respeto a los demás, en mi caso yo tengo sólo dos tíos maternos y ellos me inculcan mucho que si yo me hago respetar, los estoy haciendo respetar a ellos.

En la comunidad, todavía continúa la tradición del Piache de pronto porque nosotros tenemos mucha creencia en las cosas sobrenaturales y creemos mucho en los sueños que para nosotros son revelaciones. El Piache, por lo general, es una mujer, es la persona cuyos conocimientos le son revelados en sueños y que tiene conocimiento de plantas medicinales que pueden ayudarle a uno a limpiar el cuerpo de malas energías. El Piache es elegido de forma sobrenatural, la persona lo lleva en su espíritu y le habla en los sueños, algunos se enferman, entonces tiene que venir un Piache formado a iniciar a los que apenas están empezando en una ceremonia que se hace para iniciar al nuevo Piache. Cuando la persona no tiene un problema físico, acude al Piache, porque hay casos en que a las personas les dan ataques por culpa de ciertos espíritus o porque le hicieron algún maleficio, entonces el Piache ayuda a que se salga esa mala energía. Pero si es una enfermedad física que el Piache no puede tratar, él mismo le recomienda ir al medico occidental. Para los Wayuu los sueños son una parte fundamental de la vida, porque siempre han sido una revelación de los acontecimientos futuros. Nosotros pensamos que los espíritus de familiares, o personas allegadas a nosotros, vienen del mas allá a través de los sueños a revelarnos las cosas que nos van a ocurrir. Entonces nosotros interpretamos esos sueños y en algunos casos podemos evitar que nos pase algo malo que nos a sido revelado, por medio de baños con ciertas plantas. Yo, por ejemplo, cuando sueño algo malo, me levanto por la madrugada y me baño con agua fría, pues eso ayuda a que las cosas malas que se están revelando salgan del cuerpo y se conviertan en cosas buenas. Yo interpreto algunos sueños debido a las enseñanzas que tuve por parte de mi Mamá y mi Abuelita. En otras ocasiones, cuando los sueños son complicados, yo llamo a mi Mamá o también recurro a que los interpreten los viejitos. Mi Mamá en la Guajira, cuando soñaba conmigo, me levanta en la madrugada y me bañaba en el mar y después con agua fría.

Además de la importancia de los sueños, para los Wayuu también es fundamental el trato que se tiene con los muertos. Nosotros creemos que los muertos son una parte de uno que se va y uno no quiere que ellos vayan a hacer daño. Entonces para nosotros el cementerio es algo muy sagrado, porque allá se va una parte de uno como persona cuando alguien muere. El cementerio es como mi casa y si un indígena muere en otro lugar lejos de su comunidad, los huesos los traen al cementerio de la familia. El entierro se hace de acuerdo a la situación en la que murió la persona. Si es una muerte natural a la persona se le hace el ritual en el cementerio que dura de 3 a 4 días, después hacen el entierro y se comparte con los amigos y familiares que llegan a dar el pésame. Se matan animales, como chivos y vacas, se prepara la chicha de maíz no fermentada y se hace énfasis en darle un agradecimiento a las personas que llegan a dar el pésame, ya sea dándole un chivo o carne de otro animal. Pero cuando es una muerte trágica, por ejemplo,

si la persona fue asesinada, no asisten los hombres, ni pueden tocar, ni ver el cuerpo, porque se cree que son vulnerables de sufrir la misma muerte trágica. A la persona no se le hace el ritual en el cementerio y casi nunca lo entierran en bóveda sino que hacen un hueco y lo entierran en el chinchorro de la persona, no usan ataúd. Colocan unos palos en forma de cruz para que los asesinos no se vayan tan lejos y los puedan agarrar. No se enterra en el campo donde están los otros familiares fallecidos, sino que el cuerpo es enterrado en las afueras. Se dice que si en estos casos se hace el ritual normal, es como predecir que los demás miembros de la familia van a morir de la misma forma; es como una forma de rechazar lo que le hicieron a la persona. En el velorio, se les hace un ritual especial, hacen un entierro con las contras para protegerlos y sacar malas energías de ellos, para que el asesino no se vaya a meter con ellos o si ellos van a vengar la muerte, no vayan a tener problemas en la venganza y que en el momento de disparar no les vaya a temblar la mano. A la persona la entierran tal como la encontraron y además le echan cosas, por ejemplo, en las heridas le pueden echar sal, para que los asesinos también sientan dolor y mueran de la misma forma. También les echan matas venenosas en las heridas para que los mismos asesinos se sientan perseguidos y acosados y ellos mismos se busquen su muerte o para que muera de la misma forma en que asesinaron a la persona. Los niños tienen un entierro particular, no se les hace todo el ritual de los baños, ni se pasa tantos días en el cementerio, porque se considera que los niños son ángeles y Maniwa, nuestro Dios, no tiene tantas cosas que perdonarles. No se matan animales porque estos solo se sacrifican para que Dios perdone los pecados del muerto, se enterra normal y más que todo se hace en la casa, casi nunca se hace en el cementerio. En la actualidad se siguen conservando las diferentes formas de entierro de acuerdo a nuestras creencias.

En la comunidad además de los internados católicos, también hay colegios bilingües que han traído un cambio muy favorable para nuestra cultura. En los internados o en los colegios religiosos era un pecado hablar la lengua, entonces cuando surgieron los colegios bilingües, ya no teníamos que continuar sumisos o limitados en nuestro hablar y se abrieron las puertas a una visión más amplia de nuestra cultura, para fortalecerla y que no se perdiera. Allí el Wayuu se sintió más tenido en cuenta, aunque también había gente que pensaba que era mejor que los niños se civilizaran y hablaran español y fueran a los colegios religiosos, por eso muchos jóvenes ya no querían hablar Wayuunaiki porque les daba pena. Pero los Papás con el tiempo se dieron cuenta que los colegios bilingües eran una buena alternativa para reforzar la cultura de sus hijos. Al principio en estos colegios los profesores no eran indígenas, pero ahora ya hay muchos de ellos preparados, pues se dieron cuenta de que no era posible que otra persona que no fuera Wayuu enseñara la lengua. Yo estudié mi primaria en un colegio mixto, no era católico, pero era prohibido hablar la lengua, porque ellos pensaban que uno estaba insultándolos. Yo entré a la primaria a los 7 años en 1987 y terminé a los 11 años. Mi primera escuela fue en Riohacha, era privada y se llamaba Escuela San Rafael y después fui a vivir a Tomewa donde terminé la primaria en la Escuela rural mixta de Hato Nuevo. En ese tiempo eran muy discriminados los indígenas, nos consideraban una plaga y trataban de ridiculizarlos. En el colegio nos decían: “indios cochinos y piojosos”, “indios salvajes, de monte”, entonces yo siempre tuve muchos choques con algunos compañeros, porque yo no me avergonzaba de ser wayuu y les decía que ser indígena era bonito, porque uno contaba con el privilegio de hablar dos lenguas mientras que ellos no. En la primaria de pronto a uno le quieren hacer sentir que la cultura indígena es ridícula y por eso quieren avergonzarte, pero yo siempre trate de defender mi cultura, en mi caso yo me sentía muy bien porque no tenía nada que envidiarle a ellos, pues yo conocía muchas cosas sobre ellos, pero ellos no conocían mi cultura. Cuando llegué a la pubertad no pudieron hacerme de pronto todas las ceremonias, como el ritual que se hace del encierro de la majanyura, porque estaba en el colegio. Entonces, la parte cultural chocaba un poquito con la parte educativa, porque yo no podía perder clases, porque eso significaba sacrificar mi año escolar, pero a pesar de eso yo si soy conciente de cómo se hace el encerramiento.

La secundaria la hice en La Normal Indígena de Uribia en la Guajira, empecé a los 12 años y terminé a los 18. Allí estuve estudiando seis años interna y fue donde más fortalecí la parte cultural, porque ahí aprendí cosas que no me habían inculcado en mi escuela primaria, por ejemplo, en la Normal teníamos

profesores que nos enseñaban la cultura wayuu y teníamos profesores de wayuunaiki que nos enseñaban a leer y a escribir la lengua. Entonces, lo que uno no había aprendido en la casa lo aprendía en el colegio, yo por ejemplo, decía: “yo esto lo viví en mi casa, pero no me se el significado”, por ejemplo, el Piache, que es el médico, a veces yo lo veía en la casa pero no sabía por qué, entonces en la Normal le aclaraban a uno las dudas que tenía de lo que había visto en la casa. Ya en la Normal no sentí ningún tipo de discriminación por parte de mis compañeros y profesores. Cuando terminé el bachillerato quería estudiar Odontología en la Nacional, pero desafortunadamente no pude presentar el examen pues me enfermé, entonces en la Normal me dieron una beca para estudiar en Santa Marta y allí estudié Gestión pública con énfasis en Proyectos de Inversión Pública. Terminé esa carrera técnica, pero sentí que no era lo mío y trabajé un tiempo. Después decidí venirme para Bogotá y llegué el 6 de julio del 2001 y empecé a hacer un pre-universitario para poder pasar el examen de la Universidad Nacional. Elegí la Nacional porque es una universidad que le brinda muchos beneficios al indígena y porque nos consideran una riqueza. Uno en la Nacional se muestra como es y no tiene necesidad de dejar de ser indígena. Elegí Bogotá, porque en Santa Marta no existía la facultad de Odontología; además porque casi todas las ciudades de la Costa, tienden a discriminar al indígena, a aislarlo porque es diferente, entonces no hay una forma de convivir armónicamente con ellos. En cambio, en Bogotá, hay otras culturas, se comparte con otra gente y uno no se siente discriminado, siente que uno tiene un lugar propio. Estudio Odontología por decisión propia, porque yo veo que dentro de mi cultura no se presta mucha atención a la salud oral. El indígena tiene sus dientes muy fuertes, pero últimamente debido a la alimentación que tiene muchos químicos, se ha disparado mucho los casos de caries y la pérdida de piezas dentales es notoria, aun a temprana edad. Yo siempre he pensado que uno puede llegar a la vejez con los dientes completos y por eso a mi como Odontóloga me gustaría ayudar a que eso se cumpliera. Pienso mucho en ir a servir a la comunidad cuando termine mi carrera. Cuando voy en vacaciones hago reuniones en la comunidad para informarles sobre salud oral y mi año rural pienso hacerlo en mi comunidad.

Entré a la Universidad Nacional en el segundo semestre del 2002, por medio del Programa PAES. Desde el principio, me di a conocer como indígena y eso de pronto me ha abierto mucho las puertas, de hecho he sido buena estudiante y me he ganado por ello el respeto de mis compañeros, pero yo siento que no es solo por eso, sino que por mi cultura diferente me acogen mucho, les gusta que yo les hable de la cultura. Cuando hay una actividad dentro del salón donde se da la oportunidad de hablar sobre la parte social, yo hablo mucho de mi cultura, de mis costumbres. Los profesores me han tratado muy bien, de hecho ahora soy la representante de mi semestre y siempre en las reuniones con los profesores estoy yo y siento que me he ganado la admiración de ellos. En general me siento muy bien dentro de la Universidad y cuando hay una actividad dentro de ella, nosotros los Wayuu siempre participamos mostrando nuestras costumbres, danzas, traje, y comidas típicas. De pronto al principio fue duro primero porque uno no conoce a nadie y segundo porque se me dificultó mucho lo de la parte académica, me tocó esforzarme mucho, porque no venía bien preparada de la Guajira. Yo veía que mis compañeros si tenían el nivel que se requería y me sentía un poco mal al principio, gracias a Dios no perdí ninguna materia. Me sentía muy impotente y creía que no servía para la Odontología. Entonces, yo me esforcé y más adelante, en tercer semestre me di cuenta que ya estaba al nivel de mis compañeros y ahora que estoy en quinto semestre estoy dentro de los mejores estudiantes. Ahora que estoy en quinto semestre me da miedo no encontrar pacientes para una materia de práctica que tengo que estudiar, pues no es nada fácil contar con ellos, debido a la desconfianza que sienten ya que uno es nada más que practicante que no ha terminado la carrera. No he tenido problemas económicos en estos últimos semestres, porque mi Mamá me ha colaborado, lo que si me ha dado duro es la parte de la alimentación, pues le toca a uno mismo prepararse los alimentos. Como yo llegué, un semestre antes de estudiar, tuve la oportunidad de conocer muchos amigos de la Guajira y casi siempre son muy acogedores pues lo tratan como a un familiar, entonces yo me sentía como de acá y me ayudaron con todos los papeles que tenía que llenar para entrar a la universidad. También he extrañado mucho a mi Mamá, el compartir con ella me hace mucha falta. La



comida también la extraño porque aquí no puedo comer mucho pescado; extraño la tranquilidad, pues aquí la vida es muy agitada y mi chinchorro.

Yo siempre me he relacionado con las personas de la Guajira, también tengo amigos de la Costa y tengo una amiga de Bogotá. Cuando llegué acá por primera vez, viví con una persona de la Guajira y no tuve problema con la comida y ahora yo misma cocino. Me enfermé de gripa en vacaciones y es la primera vez, pues a mi el clima me ha sentado bien y hace poco me enfermé de gastritis de tanto estrés de la Universidad. Aquí en la Universidad no le dan a uno las cosas en bandeja de plata, sino que solo te dan las bases necesarias para uno desempeñarse solo y le enseñan a uno a ser muy independiente. Mientras que dentro de la cultura Wayuu uno tiene a alguien de la familia o de la comunidad que siempre está pendiente de uno, para ayudarlo en lo que necesite. En la Universidad, me parece que solo tienen en cuenta al indígena cuando se trata de un evento cultural, pero en ninguna otra actividad el indígena es tenido en cuenta; a mi me gustaría que al indígena se le tuviera en cuenta en cualquier actividad curricular en la universidad. Así como también recomiendo que las mujeres de mi comunidad estudien, pues a la mujer Wayuu le gusta estar mucho dentro del hogar, así que estudiar en la universidad sería una buena oportunidad para que ellas llevaran cosas nuevas a la comunidad. Para mi, tiene mucho valor estudiar en la universidad, porque he adquirido muchos conocimientos que puedo aplicar en mi comunidad, por ejemplo, en el caso de mi carrera, el indígena ya no se va a sentir cohibido, pues yo hablo la misma lengua y ellos se van a poder comunicar con más confianza entre odontólogo y paciente y eso es una ventaja para mi. Cuando uno estudia en una universidad genera más respeto y admiración por parte de la gente de la comunidad y uno se siente bien porque uno está sirviendo a la gente y lo van a mirar a uno como la indígena que es odontóloga. Además mi familia y la comunidad se sienten orgullosas de que yo estudie en la Universidad Nacional. Además creo que yo soy la única que estudia Odontología en la comunidad.

Cuando llegué a Bogotá viví con un primo que terminó Derecho en la Nacional y actualmente vivo en las residencias 10 de mayo de la Universidad Nacional desde la segunda mitad del primer semestre de mi carrera. Comparto el apartamento con una niña de Antioquia y otra niña Wayuu. Hemos convivido bien hasta el momento, de pronto porque estudiamos la misma carrera y porque todas somos muy tranquilas y respetuosas. Entre todas hacemos mercado y nos turnamos para cocinar. Nunca hemos tenido problemas de convivencia. Por ser indígena el costo de la matrícula es el mínimo. El adaptarme a la ciudad no fue muy difícil pues yo ya tenía conocimiento de la parte urbana porque había vivido 3 años en Santa Marta, además ya había venido a Bogotá en 1993 con el colegio, para un evento de exposición juvenil que duró 20 días y en esa ocasión me pude dar cuenta de cómo era el ambiente en Bogotá. Además, mi primo me ayudó a ubicarme dentro de la ciudad. De pronto al principio fue difícil, por el frío y además Bogotá es una ciudad muy grande y agitada. En las Residencias empecé a conocer más gente, sobretudo Wayuu, al principio de la carrera íbamos a fiestas, a cine y dentro del edificio hacíamos reuniones, pero ahora que estoy en quinto semestre ha aumentado la carga académica y yo prefiero quedarme estudiando que salir a divertirme. Claro que al principio y al final del semestre, aprovecho para salir con mis amigos. Con la gente de la carrera me la llevo bien pero solo tengo una buena amiga bogotana.

En lo que llevo viviendo en Bogotá me ha gustado mucho el teatro, porque en mi Tierra no se ve y también me gusta mucho el cine. Me sigue gustando el vallenato y de música que haya escuchado aquí en Bogotá me gusta la balada, como Alberto Plaza. De pronto la música americana me llegue a gustar cuando tome unas clases de inglés y logre comprender lo que dicen las canciones, pero mientras no entienda la letra no la escucho, porque no se que es lo que me están diciendo. Aquí en Bogotá aprendí a usar mejor el Internet, el cual me sirve para comunicarme con mi familia y amigos y a la vez para hacer investigaciones sobre mi carrera. Aquí veo menos televisión, pues no me queda tiempo de hacerlo, más bien por la noche y durante el fin de semana escucho un poco de música. No es que los medios de comunicación influyan en mi manera de hacer las cosas, sino que yo siempre he pensado que uno debe cuidarse y por eso siempre voy al gimnasio, para desestresarme y cuidar mi cuerpo. En cambio, si he

visto compañeras que destinan el dinero que les mandan sus Papás en cosas que no deberían y que son anunciadas por los diferentes medios de comunicación, como por ejemplo, los productos para adelgazar, como el Yeso Látex Plus, que se ponen a comprarlo y luego se dan cuenta que perdieron su dinero, porque no les sirvió para nada. Yo en cambio, compro lo necesario, de buena calidad, pero que dura más. Me he dado cuenta que algunas compañeras que vienen de la comunidad cambian su apariencia personal, por ejemplo, algunas de ellas se tatúan, lo cual yo no comparto, pues no me parece pulcro, es como ensuciarse uno mismo su cuerpo; otras se colocan piercings en la nariz, en la lengua y eso tampoco lo comparto porque uno no debe salirse de lo normal que es tener aretes en las orejas. Yo, en cambio, me visto normal, uso mis chaquetas y mis buzos por el frío y cuando estoy en la casa uso mis mantas.

También me he dado cuenta que las relaciones de pareja que se conforman aquí en Bogotá casi nunca terminan bien, porque cuando son de diferentes partes la relación se acaba si la otra persona tiene que irse. Yo tampoco soy cerrada a que me pueda comprometer con un muchacho de Bogotá, pero si he notado que de pronto las parejas que son de la Costa, se entienden y se mantienen más. Algo que me gusta mucho de las parejas de Bogotá es que hay mucho respeto, el hombre es muy cariñoso y no es tan descarado como el Wayuu que tiene varias mujeres, lo cual yo no comparto. Además, el wayuu es un poco machista pues piensa que la mujer solo debe dedicarse al hogar, mientras que acá la mujer tiene el mismo papel del hombre. A mi me gustaría que mi pareja fuera un rolo pues es muy pasivo, es una persona que siempre busca arreglar las cosas y es muy comunicativo, también me gustaría convivir con un hombre que respete mis costumbres, valore mi lengua, la conozca, la quiera y la respete. Prefiero tener una relación de pareja aquí en Bogotá que en la Costa, porque allá tengo mas peligro que mi pareja se dañe. De pronto nosotras las mujeres tenemos la culpa de que los hombres sean tan descarados y tengan varias mujeres, porque hay mujeres que no respetan el compromiso que tiene una pareja y eso lleva a que el hombre tampoco respete el hogar, a su esposa o a su novia. Pues para mi lo mas lógico es no meterme con un hombre casado pero allá en la Costa hay muchas mujeres que no les importa y dañan muchas veces los matrimonios. En cambio aquí en Bogotá yo no he visto que las mujeres sean así, creo que son mas respetuosas al igual que los hombres. Aquí en Bogotá, mi relación con los hombres es diferente porque al estar alejada de la comunidad no tengo la supervisión constante de mi familia sobre lo que hago. Sin embargo, a mi me gusta hablar con mi Mamá y contarle todas mis cosas. La relación varia con los muchachos de Bogotá porque converso con ellos muy académicamente y sobre mi cultura, porque aquí en Bogotá no es mal visto que una mujer converse con un hombre, en cambio en nuestra comunidad se presta a malos entendidos, entonces allá uno muchas veces se cohibe de tener muchos amigos.

Aquí en Bogotá uno aprende a valorar más las cosas de la comunidad, de pronto por la lejanía, uno se apega mucho a su identidad como indígena. Sin embargo, también se da el caso de algunos compañeros que no llevan ni un año estudiando acá en Bogotá y ya no hablan costeño, hablan como cachacos y llegan allá hablando con otro acento. No es que yo recrimine esta situación, pero pienso que uno cuando llega aquí, y trae una identidad que debe reforzar en ves de desechar. Yo acá en Bogotá me sigo identificando como indígena, porque valoro mi cultura, hablo la lengua y uso las mantas, aunque no todo el tiempo, porque en la universidad hace mucho frío, pero cuando consiga una tela mas abrigada, si me las pondré mas frecuentemente. Aquí en Bogotá se valora y refuerza más la identidad, aquí me siento diferente, pero bien, me siento contenta y orgullosa de lo que soy. El cambio que he tenido aquí ha sido el de sentirme más autentica, con más seguridad de que no voy a cambiar lo que soy, ni que voy a parecerme a los de la cultura occidental y aunque yo me he criado mucho en esta cultura por mi Papá y comparto muchas cosas, me sigo considerando wayuu. Bogotá me ha enseñado a ser mas cuidadosa con las cosas, a valorar más las cosas y a cuidar lo que tengo, no malgastarlo, porque se que puedo necesitarlo mas adelante. He visto el caso de algunas compañeras que vienen de hogares donde las cohibían en muchas cosas y donde tenían reglas muy estrictas y al llegar a la ciudad sienten que son mas libres y se dedican al libertinaje. Ver eso me ha ayudado a pensar que uno tiene que llevar la vida con responsabilidad

Lo que yo no comparto de mi cultura es que los ancianos nos ven como si nosotros ya no fuéramos los mismos, por el hecho de habernos ido de la comunidad, incluso algunas personas me dicen la alijuna, pero yo siempre les recalco a ellos que el hecho de salir no significa que uno vaya a cambiar y que uno si aprende cosas nuevas en la universidad, que de una u otra forma, las interpreta a su cultura. Esto ha sucedido, porque se han dado casos de compañeros que vienen a estudiar y entonces ya no quieren hablar la lengua, no se quieren colocar la manta, mejor dicho no quieren ser Wayuu. Por eso yo creo que ser Wayuu va en uno como persona y en la educación que se le da en la casa. Hay Mamás, por ejemplo, que quieren que sus hijos estudien para que se civilicen, pero yo creo que ese termino esta mal utilizado porque nosotros los Wayuu si somos civilizados dentro de nuestra cultura. No quiere decir que uno sea civilizado, porque se ponga unos jeans y unos tenis, sino que yo soy civilizada con mi manta y con mis conocimientos. Yo, por ejemplo, se cómo hablarle a mi paciente wayuu, yo se la diferencia que hay al tratar un indígena de mi cultura, porque yo la conozco. Otra cosa que critico es que algunos Wayuu consideran que el alijuna sabe más sobre nuestra cultura, porque es Antropólogo o Historiador, mientras que yo pienso, que uno como Wayuu sabe más, por lo que uno esta viviendo dentro de su cultura. Tampoco estoy de acuerdo en que la gente de mi comunidad piense que yo se más que ellos, porque he estudiado en la universidad; para mí todos somos iguales y tenemos un conocimiento que compartir, yo por ejemplo, todavía me siento ignorante sobre algunos conocimientos de mi cultura por haberme venido a Bogotá. De la cultura occidental me parece que me ha servido haber aprendido el español y me parece fundamental su aporte en la parte educativa, por ejemplo, con la etno-educación que nació de la cultura occidental, así como la educación universitaria. Además la gente es muy amable, lo aceptan a uno y lo admiran.

Por el momento no me quiero casar, primero quiero terminar mis estudios y hacer mi año rural y de pronto después casarme y tener de 1 a 2 hijos, pues las familias grandes poco me gustan. Darle educación a mis hijos es también muy importante para mí, enseñarles muchas cosas de mi cultura, me gustaría que aprendieran mi lengua, pero también enseñarles lo que he aprendido aquí en Bogotá. Si me hubiera quedado en mi comunidad de pronto ya me hubiera casado y tenido hijos porque es como la mentalidad que se tiene allá, que uno se case, que el esposo la mantenga; claro que yo siempre pensé que esa situación no era para mí, pues no me ha gustado depender de un hombre pues me parece muy feo que a uno lo vayan a menospreciar porque lo están manteniendo. Cuando termine Odontología quiero trabajar en la comunidad, yo me imagino que cuando regrese me va a dar un poquito duro, porque pienso que me van a mirar como una persona que ha vivido mucho entre los alijuna y van a creer que yo soy más de acá que de la comunidad. Sin embargo, uno se va ganando el respeto y le va mostrando a la comunidad que uno sigue siendo Wayuu. Yo considero que a mí me quedaría fácil entrar a la comunidad, porque yo hablo la lengua y puedo contarles acerca de mi vivencia en Bogotá. Pero si yo no hablara la lengua sería mucho más difícil, porque para nosotros una persona que no hable nuestra lengua, no esta a nuestro nivel. Yo he tratado de mantenerme en contacto con mi comunidad y casi siempre cuando voy, visito las rancherías, me presento con ellos hablando la lengua para que se den cuenta que yo no olvide mi cultura, lo cual es muy bien visto por ellos y les hablo sobre la salud oral para que tengan más cuidado con el cuidado de sus dientes. Además quisiera formarme más como profesional y hacer una especialización, para tener un cargo mas alto en una Secretaria de Salud para poder ayudar más a la comunidad, pues el indígena en el área de la salud esta muy abandonado, no tiene ningún seguro médico y no cuenta con buenos centros de salud.

### 3. “Soy una persona sociable y estudiosa”

Mi nombre es Mariana Pasuy, tengo 19 años, estudio Trabajo Social en la Universidad Externado de Colombia y pertenezco a la comunidad indígena Kamëntsa del valle de Sibundoy (Putumayo). Mi familia la conforman mis padres y mis cinco hermanos. Admiro mucho a mi papá por ser un líder y una persona que se ha preocupado siempre por nuestra gente. Yo vivo con él y con tres de mis hermanos en un apartamento en Bogotá. Mi mamá es una persona muy querida, siempre se ha preocupado por darnos lo mejor y por inculcarnos buenos valores, además fue madre comunitaria y estudio enfermería en Mocoa. Actualmente vive en Sibundoy, y por temporadas viene a visitarnos a Bogotá y a colaborarnos en nuestros estudios y en nuestra alimentación. Mis padres, mis 4 hermanos y yo somos católicos nos gusta ir a misa, y por lo general siempre vamos todos los domingos, mis otros hermanos, no creen en la religión pero sí en un ser supremo, Dios. Soy una persona amigable, amable, detallista, humilde, y de un buen genio, no conozco muchas cosas de mi comunidad, no hablo mi lengua materna, nunca he utilizado mi indumentaria, pero aún así, me considero una mujer Kamëntsa y perteneciente a mi comunidad por haber nacido y crecido en la comunidad y por llevar en mi la sangre indígena. Para mí, una mujer, es quien lleva consigo, buenos valores, pensamientos, es quien lucha por sus sueños y sus metas; es una mujer juiciosa y activa. Admiro mucho a las mujeres que luchan por sus ideales, aquellas que son tolerantes con sus hijos, a esas mujeres que antes que ella está su familia, a ellas que no se dejan vencer de nada, aquellas que llevan siempre una sonrisa, y que entre ellas están, mi madre, mis hermanas, mi cuñada, mis amigas y todas las mujeres indígenas. El indígena, para mí es aquella persona que tiene sus raíces indígenas, quien habla su dialecto, utiliza su indumentaria, conoce bien su historia y vive en su comunidad. Una persona que no tenga estos “requisitos”, ya sea por “x” razones, nunca es tarde para aprender lo básico, como lo es desde mi punto de vista, la lengua materna. Hoy en día, en mi comunidad, son muy pocas las personas que entre 12-20 años hablan su idioma pero lo entienden. Me he preocupado por aprender mi lengua y he decidido, que en los meses que tenemos de vacaciones, aprovechar al máximo esos días para aprender, ya que para entender a una sociedad, pueblo, comunidad es importante conocer y entender su lengua, respecto a la indumentaria, hoy en día en mi comunidad, se utiliza solo para ocasiones especiales, mis hermanos, la utilizaban, pero a la hora de entrar a la escuela tuvieron que dejarla ya que era obligatorio utilizar el uniforme, hoy en día solo la utilizan nuestro ancianos.

Para que en una familia exista una buena relación, es importante que exista una buena comunicación; es importante que los papás hablen de temas como educación sexual, drogadicción etc, en mi caso, para mí es importante hablar de estos temas y de nuestras tradiciones, mitos, leyendas, cuentos. En mi caso, con mi papá no tenemos una comunicación tan grande, ya que él tiene que trabajar y estudiar, en cambio con mi mamá, tenemos una comunicación muy linda, cada vez que viene, nos gusta preguntarle cosas en Kamëntsa, contarle nuestras cosas, preguntarle por mi hermano, mis sobrinos, mis cuñados, de ella, como ha estado, (cosas así). Por parte de mi madre y mis hermanos, hemos aprendido muchas cosas como: a hacer los oficios de la casa, saber cómo se debe tratar una planta, como debe ser su cuidado, que cosas son buenas para ella hasta como debemos utilizar las herramientas de trabajo. Además, últimamente, he aprendido a hacer artesanías en chaquiras y en lana. A mis hermanos, tanto mi papá como mi mamá les han enseñado a cultivar, cosechar y tratarla muy bien la tierra. A mis hermanos, les gusta tejer, colaborar con los oficios de la casa, les gusta cocinar, lavar etc, así como nosotras también hemos aprendido las labores de los hombres, siempre nos turnamos y aprendemos lo que no sabemos, es muy chévere trabajar así. Mientras mi papá, nos ha dicho siempre que así como se aprende todo con respecto al campo, es importante estudiar y salir adelante, mis papás, siempre quieren lo mejor para nosotros, como todo papá. En nuestra comunidad, antes la mujer debía cumplir con sus labores de mujer y los hombres con las suyas, hoy: el “mito” se rompió, ahora las mujeres trabajan como lo hacen los hombres y realizan sus labores como toda mujer, están pendientes de sus hijos, de su hogar, por eso, salen a ganarse el día (el jornal). El hombre hace lo mismo, él es el que cuida a sus hijos, cocina, lava, barre etc, y también sale a trabajar para ayudarse mutuamente con su esposa. Así como el hombre siempre ha sobresalido, la mujer

no se queda atrás, en nuestros tiempos, las mujeres, se han lanzado al senado, a la cámara de representantes, gobernadoras alcaldes etc. y han triunfado; en mi comunidad, una que otra mujer se ha lanzado para ser gobernadora de nuestra comunidad, pero nunca ha salido, creo que falta un poco de colaboración y de entusiasmo para que una mujer sea gobernadora; que no sea solo la secretaria o la asistente, sino que ocupe cargos más importantes en nuestro sistema de gobierno. Hubo un tiempo, en el que se les dio un galpón y unos cuyes a las mujeres que tenían este beneficio con la ayuda del PMA (Programa Mundial de Alimentos), el programa era a nivel Putumayo y Nariño, con el fin de poder tener un medio para subsistir.

Mis padres siempre me han o no han cuidado mucho para que no nos suceda nada. Siempre nos han dicho que tengamos buenos amigos y que conozcamos a las personas con quienes frecuentamos. Ya que el temor de mis padres es que uno quede embarazada y con mis hermanos a que vayan a dejar a alguna jovencita en embarazo. Pero ahora, nosotros, a nuestra edad ya nos damos cuenta de lo que pasaría si sucediera respecto a lo anterior, el objetivo de cada uno de nosotros (hermanos y el mío) es salir adelante con nuestra respectiva carrera para que en un futuro, ofrezcamos y compartamos cada conocimiento con nuestra comunidad. Tener amigos es bueno, no digo que sea malo, al contrario, ayuda a socializarte más a contar con ellos y que ellos cuenten contigo, a conocerte más a ti mismo, pero aún así, uno tiene que ser muy precavido con las personas, uno no sabe hasta donde son tus amigos, si son aquellos que quieren lo mejor para ti, si son aquellos que estarán siempre, cuando los necesites, no se sabe. Mi anhelo, a la hora de separarme de mis padres para formar un hogar, quiero que sea con un hombre que me quiera, me respete, valore lo que soy y lo que quiero ser, aprecie cada detalle y que sea una persona que le guste trabajar o estudiar, no interesa en lo más mínimo su físico, ni sus cosas materiales, para mí lo más importante, como dice mi hermano es la esencia de la persona, solo eso. En nuestros tiempos nos hemos “salvado” de esas tradiciones que tenían antes, como era casar a las parejas sin conocerse y aceptarlo porque sus padres lo decidieron así, ahora, en mi pueblo, los jóvenes, deciden quién va a ser su compañero sin importar que sea indígena o “blanco”, lo mismo pasa con los noviazgos, la jovencita o el jovencito tiene su novia (o) con toda libertad. En algunas comunidades, existe una persona, quién dice quién va hacer su esposa (o) y si le conviene o no, en nuestra comunidad, había existido así mismo, era una persona que sabía si ese hombre o mujer era bueno para que vivieran juntos, era la máxima autoridad, quién no aceptara casarse, siendo un buen hombre o mujer para compartir su vida, era castigado. Hoy no existe esa tradición.

En nuestra comunidad, tenemos un día que es muy especial, el carnaval, que se celebra en febrero antes del miércoles de ceniza. El carnaval, es el día del perdón, toda la comunidad sale con su indumentaria, sus instrumentos y hacen el baile tradicional. Nunca he asistido a este evento tan importante, ya que cuándo estábamos en el colegio, no podíamos fallar a clases y ahora que nos encontramos muy lejos de nuestro pueblo, nuestra comunidad nuestra gente, no podemos asistir. El carnaval dura entre tres o cinco días de festejo. En este día, las personas se reúnen para compartir en la casa cabildo la comida, la bebida típica, la chicha y el baile. En mi comunidad tenemos una bebida que en algunas ocasiones la tomamos el yajé. El yajé es muy importante en nuestra comunidad, antes de beberla es importante hacer una preparación, limpiar el cuerpo, antes de tomarla, no se debe comer carne (no se realmente por cuánto tiempo), solo frutas, las personas que van a tomar, no deben comer ají y las mujeres no deben estar con la menstruación. El taita, pregunta cuál es la intención y por qué quiere tomar. En mi vida, solo he tomado una vez, tenía mucho miedo antes de tomarla, al tomar uno tiene que tener mucha fe. Cuándo tomé, me sentí bien y mi hermano me daba ánimos, fue el quien me animó a tomar yajé en Diciembre, después de tomar y pasados unos días sentí un cambio, uno se siente diferente, vuelve a nacer. Algunas veces recurrimos al taita, ya sea por toma de yajé de mis hermanos o para que nos cure cuándo tenemos dolores de estómago, huesos o cuando sufrimos algún golpe o fractura. Todo lo que tenemos en nuestra comunidad es agradable, nos sentimos privilegiados por tener tantas cosas lindas por eso me siento feliz de ser indígena y de ser de Sibundoy.

Mi primaria y mi bachillerato lo hice en la escuela y colegio Fray Bartolomé; es un colegio mixto, estude solo hasta los 15 años (noveno), después por oportunidad de trabajo de mi papá viajamos a Bogotá con mis hermanos en el año 2000, termine mis dos últimos años en el colegio Heisenberg, en éste colegio me sentí muy bien, mejor que en el colegio de monjas en el que me habían matriculado, el ambiente lo sentía muy pesado, no me gustaba que no hicieran sentir aisladas de su grupo, fue una época muy horrible, solo pensaba en retirarme de ese colegio y volver a mi pueblo con mis amigas que había dejado, volver a ese ambiente y sentirme bien, pero esos son cosas que nos tiene el destino, la vida y Dios, no podemos escapar de ellos, porque de todo esto aprendí y entendí que nunca en la vida uno se va a encontrar con gente de buenos sentimientos, que no va a ser tratado como en su pueblo, que tiene que aprender a convivir con ellos y aceptar la realidad, pero nunca va a ser vencido. De todo lo que me sucedió, de lo que vives, respiras, escuchas y observas creo que fue como un camino para estudiar Trabajo Social; pero antes de esto, al graduarme, me presente a la Universidad Nacional a Medicina (que puedo decir que es una carrera muy importante e interesante, pero que no es lo mío) y no pase, me sentí bien por no haber pasado a medicina porque si no me hubiera tocado estudiar algo que no me gusta; pero a la vez sentí que perdí la oportunidad por no tener claro que era lo que quería estudiar, pues de otra manera hubiera podido presentarme a Trabajo Social en la Nacional.

Estuve un año estudiando inglés, después, en el 2002, mi papá averiguó donde había trabajo social, y él, me acompañó hacer las vueltas para poder ingresar al Externado, me hicieron una entrevista y antes de eso un ensayo y unas preguntas, pasé, y ahora me encuentro estudiando lo que quiero (Trabajo Social). Yo entré a la universidad del Externado en el segundo semestre del 2003 y ahora en agosto del 2004 voy en el tercer semestre. La universidad tiene un convenio, en el cual uno está comprometido a trabajar con la comunidad después que se gradúe y además en las vacaciones uno tiene que estar en contacto con la comunidad y también el compromiso con la universidad de estar académicamente bien. Le hacen un descuento del 50% en la matrícula a los estudiantes indígenas. Ahora solo nos ayudan con la matrícula, pero antes éramos privilegiados, porque además del descuento nos daban unos bonos de almuerzo, pero por problemas que hubo con unos compañeros de otra etnia, nos quitaron esa ayuda.

Durante este tiempo en la universidad, he conocido a personas muy amables, amigables y sobre todo personas de buenos sentimientos hacia nosotros los indígenas, digo nosotros, porque en la universidad, estudian indígenas de otras regiones como Arhuacos, Andokes (amazonas), Guambianos, Wayuus y Kofanes y es con ellos con los que más me relaciono, pues me siento más a gusto, como en familia. El venir a Bogotá le abre a uno muchas puertas, te brinda la oportunidad de realizar estudios superiores, hacer cursos, de prepararte más, de conocer el movimiento de la ciudad, de pertenecer a ella, de conocer a otras personas, de no quedarse con la idea vaga de lo que es Bogotá, de relacionarte con las personas, de conocer lugares, aprender y compartir lo que sabes con ellos, de intercambiar cosas culturales etc. Así mismo, te invita a que juegues en ella, a que debes cuidarte, te das cuenta que no es lo mismo estar en la ciudad que vivir en tu pueblo, por eso, hay cosas que me parecen muy estresantes, por ejemplo, salir y encontrarse o toparse con mucha gente, no poder caminar con tranquilidad por la inseguridad, porque a donde vayas te puede suceder algo, la contaminación, el olor de los buses que es capaz de marearte, la desconfianza de algunas personas etc. Todo esto, no es de todo negativo, porque te enseña a convivir y a adaptarte a un mundo que no es el tuyo y del cuál tu debes sacarle frutos y buenos resultados, ya que te ayuda a despertar y a moverte más en tus cosas.

En el tiempo que vivo en Bogotá, no he tenido problemas económicos, mi papá siempre se preocupa por tener al día los materiales que nos piden o hacen falta así como la alimentación, vestido y cosas personales. Aunque no he tenido problemas económicamente, tuve algunos inconvenientes académicamente en un principio, por la cantidad tan grande de lecturas y porque a veces se me dificultaba hacer un resumen o un ensayo, sin embargo la universidad nos dio una clase de lectura y escritura que me ha ayudado mucho. De pronto el primer semestre fue el más duro, ya después uno sabe que los siguientes semestres van a ser más pesados y uno ya tiene que cogerle bien el ritmo a todo. Con la comida no tuve problemas al llegar, porque yo vivo con mi familia y mi hermana Marcela siempre

intenta cocinar lo que comemos en la comunidad. Pero si extraño mucho a mi Mamá y a mis amigos, por eso cada seis meses voy a la comunidad a visitarlos y aprovecho el tiempo para aprender muchas cosas de mi cultura que aun no domino, como la lengua. Lo que me ha dado más duro es el tener que adaptarme al ritmo de la universidad, pues uno viene acostumbrado al colegio, donde toca hacer menos trabajos y siempre te están presionando para que no faltes a clases, mientras que en la universidad, la cantidad de lecturas, ensayos y trabajos en grupo es muy grande y los profesores no andan detrás de tí para ver si fuiste o no a clase. En la universidad uno se vuelve más responsable para poder entregar los trabajos a tiempo y para no faltar a ninguna clase, porque uno sabe que si lo hace pierde mucho conocimiento. Uno tiene que aprender a manejar el tiempo y a crear una metodología propia de estudio. En la universidad uno aprende muchas cosas y las experiencias que uno adquiere, le pueden servir más adelante para ayudar a la comunidad y a la sociedad en general.

Lo que si me ha pasado aquí en Bogotá, es que uno mira aquí cualquier ropa y quiere comprarla y eso de las dietas si me ha influenciado un poquito, pues casi todas las personas están pensando en 90-60-90, que hay que ser más delgadita. Entonces si me intereso por lo que sale en cuanto a moda, en la forma de vestir, en cambio en la comunidad no me interesaba eso tanto. Digamos, con los jeans, a mi nunca me gustaron, pero ahora ya lo empecé a ver de otra manera y me los coloco. Acá en Bogotá como que toca estar más presentable, más formal en la forma de vestir, mientras en la comunidad uno no se fijaba en la ropa, uno era más desprevenido. El ambiente de la comunidad y el de Bogotá son diferentes, porque en la comunidad las personas se conocen, pasa alguien y se saludan, hay como más confianza entre la gente. Acá es muy distinto, las personas son muy prevenidas con todo, por eso es difícil conseguir amigos.

A muchas personas dentro de la comunidad les parece bien que hayan universitarios que se estén preparando, pero para otros es un problema, porque creen que los jóvenes no van a volver a la comunidad y que si lo hacen van a querer imponer su pensamiento sobre el de los adultos mayores. Mi familia valora mucho el que mis hermanos y yo estudiemos en la universidad, ellos siempre han dicho que tenemos que ir a la universidad y no intervienen en lo que queremos estudiar. A mi me gustaría que otras personas de mi comunidad, vengan a estudiar así como lo han hecho muchos y se les ha dado la oportunidad de estudiar en la Universidad Nacional, quiero que vengan o que se presenten a universidades publicas ya que en privadas es muy caro y mucha gente de Sibundoy no cuenta con el dinero para que sus hijos puedan hacer sus sueños realidad, como es el de prepararse, salir de nuestra comunidad para volver y trabajar con nuestra gente, sin dejar a un lado que somos indígenas, que venimos de un pueblo y familias humildes, que la gente no tenga que decir, que porque se fue a Bogotá o a otra ciudad ya no se siente indígena, no, debemos al contrario, sentirnos más orgullosos por pertenecer a nuestra comunidad indígena kamentsa, como nos a dicho mi papá.

A las universidades les recomendaría que crearán convenios que ayuden a que los indígenas se puedan capacitar, porque hay muchas personas que entran, pero no tienen el suficiente apoyo para subsistir. También recomendaría que se hiciera una casa universitaria, algo así como residencias, porque hay gente que tiene familiares y se le facilita estudiar, pero hay personas que no tienen esa facilidad y quieren estudiar en Bogotá y no saben a donde llegar. Entonces, sería bueno una casa universitaria para las personas que no tienen suficientes recursos para venir a pagar un aparta-estudio o una habitación.

Con la universidad, el curso de inglés y las labores que hay que hacer en el apartamento, me tocó dividir mejor el tiempo, porque hay días que tengo clases de 8am a 10am y de 2pm a 4pm, entonces en el medio día, aprovecho para programar cosas de inglés y también para leer y para hacer los trabajos que piden para la semana entrante. Ahora en este semestre no salgo tanto con los del grupo de la universidad, ya cada uno cogió por su lado y si tengo tiempo después de clases, nos vamos a la biblioteca y leemos. Cuando salgo de la universidad me vengo para acá para el apartamento y escucho música, me gusta toda clase de música, ahora que estoy aquí en Bogotá me he decidido por el género pop. También veo televisión, las telenovelas, por ejemplo y veo más que en mi comunidad, porque uno allá no se acostumbra a estar pegado del televisor, porque tiene cosas que hacer. Salgo del apartamento cuando es necesario, para hacer vueltas, pero no salgo a cine o a fiestas, no me gusta. Me gusta Bogotá por los

lugares que tiene, por los parques, de vez en cuando voy al Parque Jaime Duque, que es el que más me gusta.

En fin el venir acá lo hace despertar a uno, se conocen nuevas cosas y se relaciona uno con otras personas. Ahora casi no le tengo miedo a nada y he crecido mucho personalmente. En la comunidad yo era muy tímida, ahora en Bogotá va perdiendo uno la timidez, porque me toca enfrentarme a muchas cosas diferentes. Además soy una persona más responsable y ordenada, mi forma de pensar ha cambiado, ahora pienso mucho en mi futuro y en lo que voy a hacer con mi carrera. Pienso que si yo no estudiara y me hubiera quedado en la comunidad, de pronto y a me hubiera casado y hubiera tenido hijos. Ahora, pienso que el matrimonio y los hijos tienen que esperar, primero quiero acabar mi carrera y seguir adelante. Un propósito que tengo es aprender mi lengua, aprender a tejer y conocer más sobre mi cultura. Yo creo que acá en la ciudad algunos indígenas empiezan a valorar más su cultura, como me ha pasado a mí, pero también hay muchos indígenas que llegan con modas de la ciudad a la comunidad, con otra forma de vestir y pensar. El tiempo que he estado en Bogotá me ha servido para pensar en algunos problemas que tiene la comunidad, como la desunión entre las personas, porque se han vuelto más individualistas y no se ayudan entre sí.

Ha pasado mucho tiempo, y he aprendido muchas cosas, he aprendido a valorar cada parte de mi pueblo y mi comunidad, me siento muy contenta por contar con mis padres y mis hermanos, siento en cada momento su apoyo y su energía que me transmiten a cada momento, siento que no estoy sola porque se que puedo contar con ellos. Solo espero el momento de poder llegar a Sibundoy y poder realizar trabajos comunitarios con mi gente, además tengo el sueño de seguir estudiando y que mis padres puedan ayudarme y verme triunfar, me gustaría hacer una especialización en Comunicación Social. Mi propósito es ir en vacaciones, a Sibundoy y darme a conocer, para que el día de mañana trabajar, ya que para mi es fundamental este paso, que la comunidad lo conozca y lo acepte, pues hay muchos indígenas que van a la comunidad por obligación con la universidad y no se ha visto que estén ayudando y la gente comenta: “perdimos a estos jóvenes por estar tanto tiempo en la ciudad”, “miren esa niña tan creída”. Por eso es bueno ese trabajo que hace uno con la comunidad en las vacaciones, pues así se da uno a conocer y es más fácil trabajar con ellos cuando uno ya se gradúe y regrese. Ahora solo queda estudiar, vivir, aprender, conocer más cosas y pedir a Dios que todo lo que sueñe y anhele se cumpla.

#### **4. “Para mí primero está la gente y después yo”**

Mi nombre es Elisa Montiel, del clan Uriana tengo 33 años y vengo de la comunidad de Nazareth en la Guajira. Yo soy séptima de once hermanos, somos cinco mujeres y seis varones. Soy una persona sencilla, muy colaboradora con las personas y me hago respetar en todos los aspectos. Para mí, primero esta la gente y después yo, sin importar nada a cambio. Mis metas y mis pensamientos siempre van enfocados hacia mi comunidad, por eso estudié Sociología. Admiro a las mujeres líderes que trabajan por la sociedad tanto nacional como internacionalmente, como el caso de la líder indígena Rigoberta Menchú. Como mujer Wayuu estoy preparada para sacar adelante mi hogar y para enfrentar cualquier eventualidad que se me presente. No solamente esperar que el hombre trabaje por mi, sino que yo también soy capaz de trabajar y sacar mi familia adelante. Como Wayuu también pienso que primero que todo está la fidelidad hacia mi pareja, pues serle infiel a la persona no solo me mancharía a mí como mujer, sino que también mancharía a toda mi familia y de paso a mi pareja y a mis hijos. Pienso que es muy difícil decir quien es o no indígena. Es importante que el indígena sea responsable, tanto consigo mismo, como con los demás. Que sepa diferenciar lo que debe y lo que no debe hacer como persona. Además la mayoría de los indígenas deberían conservar la lengua, pero eso no significa que por no hablarla pierdan su etnicidad, pues ahora se da el caso de muchos indígenas Wayuu que no hablan la lengua, ni usan la indumentaria.



El problema está en que, a veces, exigen para reconocer, que una persona es indígena, que tenga los apellidos respectivos, en nuestro caso el del clan, pero lo que no tienen en cuenta es que en este país primero va registrado el apellido del padre y por ende el apellido de la madre o el clan va quedando relegado hasta llegar a no figurar dentro del registro. Lo cual es muy problemático, porque la cultura Wayuu es matrilineal, lo que quiere decir que nosotros llevamos el clan por la Mamá, lo que para ustedes es el apellido, por ejemplo, mi Mamá, mi abuela y mi bisabuela son del clan Uriana, y por lo tanto yo también. Y mi hijo a su vez también será del mismo clan, porque las mujeres somos las que lo transmitimos. Pero si mis hermanos se casan con otra Wayuu, y el clan Uriana se pierde porque los hijos toman el clan de la esposa de mi hermano. Esta tradición seguirá por siempre pues es la que nos identifica como Wayuu. Por ejemplo, en un conflicto donde hay derramamiento de sangre, lo primero que se mira es el clan y su origen, pues pueden haber varios clanes Urianas pero no del mismo origen, dependiendo del territorio al que se pertenezca. A los animales se les marca con el símbolo del clan para que no haya confusión. Entonces los hijos tienen más contacto con la familia materna. La familia del Papá es la sangre y la familia de la Mamá es la carne; yo por ejemplo soy Apushi por el lado de mi Madre y por el lado de mi Papá Oupayu. En nuestra cultura se ve a la mujer y al tío materno como la autoridad, entonces se resalta más la importancia de la Madre a través del clan y se deja a un lado al Padre, por ejemplo, si un niño tiene varios tíos, tendrá más personas que manden sobre él, tal es el caso del sobrino que vive conmigo, que cuando vivía en la comunidad, al tener varios tíos maternos no sabía específicamente a quien obedecer.

Para mí, la familia no solamente son los Papás y los hijos, sino también, los primos, los tíos, los sobrinos y los abuelos, teniendo en cuenta, tanto la familia de la Madre como la del Padre. Entonces vendría a ser como una gran familia que está unida y se apoyan unos a otros si tienen problemas. De pronto porque mi familia es muy numerosa, a mí me encanta estar rodeada por todos mis familiares y compartir por ellos. Con respecto a la sociedad, me parece que si cada institución cumple bien su función sin entorpecer a las demás, cumpliendo las normas y las leyes, de pronto esa sociedad podría funcionar mejor. Por ejemplo, el problema actual de la Guajira con el paramilitarismo, donde todo el mundo se lava las manos para no culpar a nadie, el gobernador y el mismo presidente de Colombia no saben que hacer. Antes la vida del Wayuu era tranquila y ahora encuentra muchos problemas e incluso muertes, lo mismo les sucede a los demás indígenas de otras comunidades y es justamente esa sociedad conflictiva la que yo nunca he querido.

Desde pequeña me enseñaron a creer en la religión católica, entonces eso influyó mucho en mí, pues yo soy creyente y voy a misa. Yo fui educada en un ambiente religioso, donde uno tenía que ser perfecto, buen hijo y no pecar. Mis Papás son muy católicos, creen en un Dios verdadero y se encierran en eso, así que nunca me enseñaron sobre la religión de los Wayuu, pero eso lo fui aprendiendo con el tiempo. Por ejemplo, los Wayuu creen en Mareiwa que es lo bueno y Yoruja que es lo malo, además creen que la sombra que es Tayorujase la cual conduce o guía a la persona. Los Wayuu consideran que lo bueno es la lluvia que al caer fecunda la tierra que es Ma y así surgen los cultivos, entonces cuando llueve en la Guajira toda la gente se pone contenta y cuando hay inundaciones se considera que Mareiwa está enojado. Cuando una persona hace algo malo se dice que Yoruja, su sombra, lo traicionó. Entonces, la religión católica al traducir al español el wayunaiki, estableció que el significado de Mareiwa era Dios y el de Yoruja era el diablo. Yo siempre he criticado muchas cosas de la religión católica, porque ellos siempre señalan a las personas como malas por cualquier cosa, por ejemplo, si una persona decía mal una palabra era pecadora, todo es pecado para ellos. Los curas incidieron en el comportamiento del Wayuu, por ejemplo, en que los mayores todavía sean tan conservadores con las hijas y que sea un pecado que la mujer quede embarazada antes de casarse. El catolicismo influyó en mi relación con los hombres, en que no podía estar con un muchacho sin antes haberme casado, pero ya después me di cuenta que no había nada de malo en tener amigos hombres o un novio.

Además la religión católica consideró como brujería y pactos con el demonio, el trabajo de las Piache, sobre todo, cuando ellas pedían a otros espíritus que curaran a una persona o cuando fumaban el

tabaco e interpretaban los sueños. Ahora por lo general las mujeres son las que son Piache, pero cuando yo era pequeña también habían hombres. Yo por ejemplo, tenía una tía, que ya murió, que adquirió esa habilidad de mi tío abuelo, entonces mi tía, a su vez, le transmitió ese conocimiento a su hija menor. Entonces, en mi familia son las mujeres las que son Piache que son las encargadas de curar y sanar a través del tabaco, así como también predicen lo que va a suceder a través de los sueños o mirando el agua o la ropa de la persona. Cuando se habla de Piache, la mayoría de la gente lo asemeja con las brujas, sobretodo por la influencia del catolicismo, aunque ahora se ha quitado un poco ese pensamiento. Por ejemplo, en el hospital, si el médico ve que el niño tiene mal de ojo lo remite donde la Piache que se especializa más en los casos de los niños. A las Piache las llamamos Out's y ellas se especializan, algunas son parteras, otras se especializan en los problemas de la piel, otras en los niños, otras en adultos, otras en ancianitos. En el hospital de Nazareth hay una parte que es exclusivamente para los Wayuu, es una enramada con chinchorros para aquellos que no les gusta estar dentro del hospital tendidos en una cama y a esa enramada pueden entrar las familias de los pacientes Wayuu a cocinar. Entonces si hay un respeto por nuestras costumbres. Ese saber de las Piache se sigue transmitiendo y se sigue respetando.

Mis Papás fueron muy conservadores más que todo con nosotras las mujeres, entonces nos prohibían tener novios, por eso mi hermana la mayor los tuvo pero a escondidas. Los juegos con los muchachos los prohibían mucho e incluso, cuando uno iba a atender a un hombre que llegara a la casa, tocaba pasarle los alimentos en una bandeja, para evitar que le cogieran la mano a uno. En el internado también había alguien pendiente de las niñas y si eran cursos mixtos se aumentaba la vigilancia. Papá decía que anteriormente no existía que las niñas y los niños se reunieran, sino que solo podían tener una relación cercana hasta el matrimonio. Muchos de nuestros abuelos se casaron sin antes conocerse, pero eso no se ve hoy en día. Cuando mis abuelos todavía estaban vivos ellos me contaban que todos sus amigos eran casados por la iglesia, incluso mi abuela era casada, entonces no se pagaba dote en ese caso. Además ellos también nos contaban que anteriormente llegaban barcos con los cuales se hacían intercambios, los indígenas cambiaban sal, maíz y muchas veces a sus propios hijos a cambio de diferentes productos. La Iglesia también hacía trueque de productos con los Wayuu con la condición de que les entregaran a sus hijos; por eso a muchos niños los sacaron de la Guajira y los mandaron para Aruba, a Caracas o a Santa Marta. Antes los Papás arreglaban los matrimonios, pero ahora la mujer puede decidir con quien se casa y si desea que paguen la dote por ella. Entre los Wayuu la unión de un hombre con una mujer se sella con la dote, cuando el hombre da la dote por la mujer, está comprando el amor y el respeto de ella y de la familia. Mamá dice, que no es que se vende a las hijas, sino que con la dote se está recompensando el derramamiento de sangre que la Mamá de la novia tuvo al momento del parto, así como la primera menstruación de la muchacha. Antes la dote se pagaba con animales y artesanías, pero ahora se ve más que todo el dinero, el tío materno o el Papá de la muchacha establecen la cifra, actualmente se están pidiendo de 5 a 6 millones de pesos, pero si la mujer esta embarazada antes de casarse solo se da por 1 o 2 millones.

En los hogares donde el Papá no es Wayuu, es él, el que tiene temperamento fuerte, en cambio, donde ambos Papás son Wayuu, la Mamá es la que tiene el temperamento fuerte y por lo general lleva las riendas del hogar. En mi casa, es mi Mamá la que se impone en el hogar. Mi papá se dedicaba a la venta de animales y de productos como caramelos, galletas, cerveza, gaseosas y gasolina. Mi Mamá cocina y vende comidas en un restaurante que tenemos en la casa. La educación que nos impartió mi Papá, se relacionó más que todo con aconsejarnos en nuestro comportamiento, por ejemplo, nos decía, que debíamos tener cuidado de no coger lo ajeno y de respetar a las demás personas. Mientras, mi Mamá, era la que nos enseñaba lo que debíamos hacer nosotras las mujeres en el hogar y en el tejido. A mi, por ejemplo, me gustaba jugar con los hilos, mientras otras niñas de seis a diez años estaban jugando todavía con muñecas. Así le fui cogiendo amor a mis tejidos, lo que es el chinchorro más que todo. Mi Mamá siempre me presionó mucho con los tejidos y los oficios, para que estuviera bien preparada cuando formara mi propio hogar. Mi Mamá me fue enseñando la parte de los tejidos, como sacar los dibujos de los chinchorros de doble cara que son los chinchorros grandes matrimoniales. Cuando a uno le

están enseñando a tejer cada una tiene su puesto: la que más sabe se pone siempre en la parte izquierda, pues es ella la que comienza a tejer y lleva el tejido a la mitad, de ahí le toca a la que más o menos se defiende y ella lo deja casi finalizando y yo que apenas estaba comenzando me tocaba la última parte. Ya después seguí tejiendo y perfeccionando mi técnica hasta que ya empecé a coger prestigio dentro de las mujeres que tejían. Antes me dejaban con mi abuela, pero después de un tiempo me dejaban a mi sola en la casa para reemplazar a mi Mamá, cuando ella tenía que salir a hacer algo, entonces uno mismo se va ganando la confianza de los mayores. En la comunidad, cuando hay reuniones, yo siempre he sido la relatora e interprete y es precisamente con esa actividad con la que más me identifico, pues me gusta ayudar a los paisanos cuando no entienden el español o no lo manejan bien. Mis hermanos varones, aprendieron poco a poco a cortar leña, a pescar y a encargarse de los animales. Los tíos maternos también son importantes en la educación de los hijos de sus hermanas, además ellos son los que se desenvuelven como palabreros, o sea, como intermediarios cuando hay algún problema entre familias. Ahora que mis hermanos ya son grandes, son ellos los que hablan por nosotros y hacen las veces de palabreros.

Mi Mamá me contaba historias por la noche, pero a mi me daba miedo, porque muchas veces trataban sobre espíritus, entonces no les ponía mucho cuidado, por eso todo lo que tiene que ver con los ritos y mitos de mi cultura, los aprendí a través de mis compañeros de la escuela. Algunos de ellos aprendieron de su tío materno o de sus abuelos muchos aspectos culturales, aunque esa tradición de transmitir el conocimiento generacionalmente se está perdiendo mucho, sobre todo en el momento en que los niños entran a las escuelas y ya no tienen tanto tiempo para escuchar a los mayores. Anteriormente la tradición oral fue muy importante, digo anteriormente, porque ahora un abuelo muy poco habla con los nietos, por culpa de la educación escolar que le quita mucho tiempo a los niños, a los cuales primero les toca hacer las tareas antes que ponerse a hablar con su familia, además muchos niños están internos y por lo tanto ven a sus familiares muy de vez en cuando. Sin embargo, los Papás y los abuelos intentan enseñarle a los niños los conocimientos de la cultura pero de una forma más superficial por lo que no cuentan con el tiempo suficiente para narrar todas sus historias. Entonces se está perdiendo ese conocimiento transmitido oralmente por la familia, además ahora los conocimientos se transmiten por medio de libros. A veces a mí me cuesta trabajo plasmar mis conocimientos en un papel, porque mi formación ha sido primordialmente de forma oral. Sin embargo, yo he hecho esfuerzos y he logrado manejar la tradición oral y la escrita, pues es importante tener dominio de ambas.

La mujer Wayuu es educada siempre para el hogar, para tener un esposo y para criar a los hijos, así como para saber todos los procesos del tejido. Ahora la mujer también tiene sus propios negocios, de artesanías o pequeños restaurantes y además sale a estudiar a las universidades. Muchas Wayuu tienen trabajos asalariados y son comerciantes, sobre todo las que viven en Venezuela. Las mujeres, en los cabildos son las que manejan los recursos de las transferencias, pero el papel del palabrero, que lo hace el hombre, siempre se mantiene, a pesar de que la mujer sea la gobernadora. Pero esos recursos los están utilizando solo para el bien de algunas personas y no para beneficio de todas las comunidades. Muchas personas critican a estas mujeres, porque consideran que la mujer debe dedicarse al cuidado del hogar y de los hijos y que ahora por unos cuantos pesos han cambiado ese papel. Los hombres, no colaboran con las labores domésticas, ellos se dedican al cuidado de los animales, a la pesca, a la construcción de las rancherías y algunas veces tejen sombreros. En la comunidad el Wayuu tiende a ser mujeriego, por ejemplo mi abuela le toleró a mi abuelo que lo fuera; mi Mamá en cambio es una mujer muy celosa. Pero a pesar de que entre nosotros los Wayuu el hombre tiene más mujeres, la mujer si es fiel, en cuerpo y en pensamiento, solo piensa en sus hijos y en el hombre. Antes la poligamia era aceptada por todos nosotros, pero yo creo que la religión católica influyó para que eso cambiara, pues según la Biblia no se podía desear la mujer del prójimo. Ahora las mujeres son muy celosas, por ejemplo, mi abuelo tuvo cuatro mujeres de diferentes clanes, y me contó mi abuela que ellas venían a ser concubinas. Mi abuela no volvió a conseguir otro marido hasta que ella murió. En mi caso, yo soy un poco tolerante, pero si yo le dijera a mi Mamá que mi compañero tiene otras mujeres a ella no le va a gustar. Mi Mamá no acepta que

el hombre tenga mas mujeres y por eso ella fue muy celosa con mi Papá. Actualmente hay tanto mujeres que aceptan que el hombre tenga varias mujeres como hay otras que no. Ahora también entra la parte económica, pues el hombre para tener varias mujeres debe contar con los recursos necesarios para mantenerlas si llega a tener hijos y en estos momentos la situación económica no es tan buena para tener que mantener más de un hogar. La infidelidad en la mujer es mal vista, porque ella siempre se ha caracterizado como fiel y hogareña. Si la mujer es infiel, a la familia de ella le toca devolverle la mitad de la dote que pago su esposo por ella.

De mi vida en la comunidad, yo resaltaría un trabajo que se logró con toda la comunidad en 1996 y fue de los primeros trabajos grandes que se vieron en la Guajira, pues abarcaba la comunidad Wayuu desde Castilletes hasta Puerto López. El trabajo se hizo con la Comunidad Económica Europea y todos los araurayu que son los tíos maternos y los putchipu que son los palabreros eran los que encabezaban las listas de los personajes importantes dentro de nuestra comunidad. Llegaron de Bogotá personas de diferentes lugares del país a esa Asamblea General que se hizo para escoger a la persona que iba a liderar ese proyecto. Siempre se trabajó unidos en armonía, para el bienestar del Wayuu y de ahí se escogieron los tres representantes y los jefes familiares de cada clan. En ese tiempo yo estaba en noveno de bachillerato y me di cuenta que las cosas si se podían lograr trabajando. Se presentó un Proyecto de vivienda y alimentación para los ancianos y se les enseñó a los jóvenes como presentar proyectos. También se hizo un proyecto para las mujeres artesanas. Se creó una asociación llamada “Asociación de jefes Familiares Wayuu de la Zona Norte de la Alta Guajira Wayuu Araurayu” que es muy reconocida, porque es la única que trabaja de acuerdo a los usos y costumbres de la comunidad, donde los representantes legales son los tíos maternos, que si pueden ser palabreros y lo que se busca con ella es proveer a la población de agua, salud y educación. En salud se ha logrado hacer un convenio con el hospital de Nazareth, en educación se hizo un bachillerato flexible para adultos y se graduaron mas de 150 personas y con el problema del agua se ha logrado tener dos carro tanques para la comunidad.

Cuando tenía ocho años, se instauró por primera vez un hogar infantil en Nazareth y mis hermanos menores y yo entramos. Después, ingresé al Internado Indígena de Nazareth donde hice mi primaria. Yo como vivía en el pueblo era externa. En el internado aprendí a bordar, además, la educación era muy enfocada a lo religioso, a lo pecaminoso, por ejemplo, ellos veían al médico tradicional de nosotros como algo pecaminoso, del demonio y nada referente a la cultura de nosotros valía para ellos. Ellos hacían como una clasificación de los estudiantes, los calladitos estaban ya llegando al cielo y yo porque de pronto soltaba una que otra palabra, ya era una pecadora y estaba llegando al infierno; pero a mí no me importaba como me trataban las monjitas, pues yo sabía que no estaba haciendo nada malo. Mis abuelos cuentan que les prohibían hablar la lengua y que los mismos sacerdotes les pegaban a ellos con un lazo o con algo que les dejara marca en la piel, porque los encontraban hablando wayuunaiki. En cambio, nosotros en el internado sí podíamos hablar la lengua, en quinto de primaria, por ejemplo, entró una religiosa antropóloga con la cual cantábamos en lengua todo lo religioso, o sea una traducción del evangelio del español al wayuunaiki, además en la misa siempre buscaban a alguien para que tradujera lo que decía el cura. Entonces terminé la primaria y me fui a Riohacha a estudiar el bachillerato en el colegio de la Divina Pastora, ahí viví con mis hermanos que también estaban estudiando. En Riohacha, solo me la pasaba del colegio a la casa, estudiando y haciendo los oficios domésticos. No salía a fiestas, ni con amigos, ni tenía novios, era muy juiciosa, hasta aprendí a administrar el dinero que nos mandaban mis Papás.

Durante la primaria me llegó mi primera menstruación. Entonces, esa noche mi Mamá me cambió, dormí en un chinchorro alto, me levantó a media noche a bañarme y me puso una manta, ella misma me colocaba la toalla higiénica, porque yo no sabía. Mi Papá todo el tiempo la acompañaba para estar pendiente que no llegara ningún animal que nos pudiera hacer daño. Pero mi encierro no fue como anteriormente se veía, pues yo solo duré una semana en la casa, porque tenía que ir a estudiar, mientras que antes habían mujeres que duraban encerradas hasta que un hombre las enamorara desde la ventana. A las tres semanas me cortaron el cabello, lo cual simboliza que ya has pasado a otra etapa de tu vida. Mi

Mamá me decía que yo tenía que aprender a comportarme, porque ya no era una niña, sino una señorita y que de ese momento en adelante no podía ir a jugar con los muchachos, me apartaron de ese mundo y por eso yo me sentía mal y quería que se me quitara la menstruación y no me volviera a llegar. Mi tío abuelo también me aconsejó y me explicó que tenía que aprender los oficios que se requerían para mantener un hogar. Esta tradición se está perdiendo actualmente, porque los Papás de las niñas no se van a arriesgar a que debido al encierro, ellas vayan a perder el año académico, pues a las monjas les parece que faltar a clases varios días es una falta grave.

Después de la Constitución de 1991 en los diferentes internados de la Guajira se está implantando la etnoeducación. A los niños se les habla en la lengua, se les da charlas en wayunaiki y en español. Ahora ya no hay problema que los niños hablen la lengua en los colegios. Muchos Papás al comienzo estaban en contra de la etnoeducación pues lo miraban como un atraso, pues el desarrollo para ellos implicaba que los niños aprendieran, por ejemplo, computación y que en vez de enseñar a tejer chinchorros les enseñaran mejor a coser ropa, o a manejar maquinas de coser. La educación ahora ha desmejorado con respecto a la que se daba antiguamente. Antes los niños salían muy bien preparados desde segundo de primaria en matemáticas, pero ahora en quinto de primaria escasamente se aprenden las tablas de multiplicar. Algunas personas no están de acuerdo con los colegios bilingües, porque sus profesores apenas han estudiado un bachillerato pedagógico, entonces hay algunos de ellos que no saben hablar bien el español y hasta los alumnos se burlan de ellos. Incluso en los colegios católicos tampoco se esmeran por dar una buena educación y sobretodo los internados son los que han desmejorado mucho su nivel educativo.

Cuando me gradué del bachillerato, en el año 1994, trabajé por 4 años en la comunidad, mientras lograba pasar el examen de la Universidad Nacional. En ese mismo año me presenté para Psicología con segunda opción en Sociología y no pasé el examen y seguí intentándolo hasta que logré pasar para estudiar Sociología y así poder ayudar a mi gente. Me decidí por la Nacional, porque con el convenio de becas y de residencias, le brindan mucha ayuda a los estudiantes indígenas, gracias a ello fue que yo pude estudiar, pues mi familia no cuenta con el dinero para pagar otra Universidad. En 1999 me vine a Bogotá para estudiar en la Universidad, gracias a un préstamo-beca del Programa PAES de la Nacional, donde solo me tocaba pagar la matrícula mínima y tenía derecho a obtener un cupo en las Residencias de la Nacional. Con el compromiso de ir a trabajar a la comunidad por lo menos un año, después de graduarnos. Yo ya conocía Bogotá porque vine en el año 95 a una feria artesanal en Corferias, con Artesanías de Colombia y me había gustado mucho la ciudad. Por lo único que venía prevenida era por la inseguridad de la ciudad y por los diferentes grupos ideológicos y los problemas de drogas que se presentan en la Universidad Nacional.

Cuando llegué a Bogotá viví con unos primos como unos tres meses, mientras me adjudicaban un apartamento en las Residencias 10 de Mayo de la Universidad. Cuando uno llega le adjudican el apartamento en el que uno tiene que vivir, uno no puede escoger. Primero, viví en un apartamento que tenía un espacio muy reducido, no tenía baño y no entraba mucha luz; entonces a veces me sentía como en una cárcel y me daba mucha nostalgia, pero poco a poco me fui adaptando. Ese apartamento lo compartí con una niña de Bucaramanga y otra del Cauca. Pero la de Bucaramanga no se llevaba bien con la del Cauca, entonces se logró cambiar de apartamento y en su lugar lo ocupó una prima mía, pero después nos dimos cuenta que la niña del Cauca tenía problemas de comportamiento, porque cambiaba constantemente de pareja y se llevaba a vivir al apartamento a sus novios, entonces mi prima sobretodo que no se la llevaba bien con ella, me dijo que habláramos con las directivas para cambiar de apartamento y efectivamente cambiaron a la niña del Cauca a otro lugar y entró a hacernos compañía una niña de Uribe, a la que yo le parecía ser muy estricta con el aseo. Después de un tiempo nos cambiaron al apartamento en donde vivo actualmente, que es más amplio, tiene baño y una pequeña terraza. Ahí también vivo con mi sobrino que tiene 11 años y he pensado tenerlo conmigo hasta que me devuelva con ella a la comunidad donde está su Mamá. Hay compañeras con las que es más fácil convivir,

porque son respetuosas, mientras que hay otras que les gusta cogerle a uno todas las cosas o no les gustan las amistades que uno llevan al apartamento.

En primer semestre tuve muchas presiones, primero, la carga académica era muy alta, me tocaba leer como 4 libros por semana, más fotocopias y trabajos, no me quedaba tiempo para nada; por otro lado la presión de la comunidad, que me pedía que les hiciera favores en el Ministerio del Interior o en la ONIC y esas vueltas eran muy demoradas. También tenía una presión de tiempo, pues no alcanzaba a hacer nada, así que me tocó empezar a programar de forma organizada mi horario, para poder cumplir con todas las cosas que me tocaba hacer. Además, me sentía presionada con el promedio, pues me tocaba mantener un promedio específico para no perder los beneficios del Programa PAES. También me daba tristeza estar alejada de mi familia, entonces fui a hablar en la división de salud y me remitieron a un psicólogo para que me ayudara. Los primeros semestres de la universidad fueron duros, pues ya había pasado mucho tiempo de haber terminado el bachillerato y no me acordaba de muchas cosas, además el nivel educativo de la Guajira no es muy bueno y yo me sentía desnivelada. Entonces, me tocó repetir tres veces matemáticas y estadística, porque no me iba bien con los números, eso me desanimaba mucho, por eso me tocó ponerme a estudiar como si esa fuera la única materia que tenía y al final la pasé. Los profesores al comienzo hablaban en chino para mí, con términos muy desconocidos, pero yo me propuse salir adelante e ingresé a unos grupos de estudios que me dieron muy buen resultado. Ahí me di cuenta que podía contar con amigos en la universidad que me colaboraban cuando yo tenía problemas. Éramos tres niñas y cuatro muchachos, ellos me enseñaron cómo leer, además también asistí a unos talleres de comprensión de lectura que hacían parte del Programa de Profundización al Desempeño Académico y ahí también mejoré mi comprensión de lectura. Con el tiempo me fui nivelando y me empezó a ir bien en los parciales y eso me puso muy contenta y con más ánimos para seguir adelante. Al principio estaba un poco desilusionada, porque no veía en que me podía servir lo que estudiaba para aplicarlo a la comunidad, pues antes solo veía autores clásicos, era mucha teoría y no se veía nada práctico. Pero a partir de tercer semestre las expectativas que yo traía de la carrera se me cumplieron, por lo menos nos dieron un semestre de autores contemporáneos y una clase de etnografía de la carrera de Antropología y ahí ya vi cual era el enfoque que me gustaba de mi carrera. Me fui enamorando de la carrera cuando vi que se estaban cumpliendo las expectativas que tenía, al empezar a ver el trabajo técnico práctico y la etnografía. Los trabajos que yo hacía en clase eran referente a la comunidad o sea que yo siempre quería aprender de la carrera pero con un enfoque hacia la cultura Wayuu. Además de las dificultades académicas que tuve al comienzo, también se me han presentado problemas económicos, pues yo no trabajo y la ayuda de la Universidad a veces no me alcanza, entonces le pido prestado a amigos y cuando es extremo le pido ayuda a mi familia en la Guajira, aunque muchas veces ni ellos tienen como ayudarme. Con la comida no he tenido problemas, me gusta lo que se come acá en Bogotá, la changua es uno de mis platos preferidos. Lo que sí me da cuenta es que aquí en Bogotá yo casi no duermo bien, por acostarme tarde estudiando y levantarme temprano a las clases, además de las gripas, entonces ahí iba notando yo el acelere de la universidad y de la ciudad. Otro de los inconvenientes que he tenido en Bogotá es que no he podido encontrar trabajo remunerado, pues trabajos voluntarios si los hay, pero yo lo que necesito en este momento es dinero para cubrir mis necesidades.

Mi relación con mis compañeros se reforzó en la primera salida de campo que tuvimos en primer semestre. Con el tiempo empecé a conformar mi grupito de amigos y ellos me ayudaban mucho, incluso me ponían ejercicios y me corregían cuando cometía un error. Ellos nunca se han burlado de mí, al contrario siempre me han colaborado. También conocí gente con la que no compartía nada, como el grupito que se creía muy intelectual, los que se creían que se las sabían todas o los que perseguían a los profesores para ver si les iba mejor. Mi grupo de amigos no solo me ayudaba académicamente, también me ayudaron a orientarme en Bogotá, con el transporte que debía coger, con la ubicación de las bibliotecas y de las Instituciones del Gobierno. Por fuera de la Universidad me ayudaron familias que conocía de la Guajira y los compañeros de las Residencias 10 de Mayo de la Universidad, con los cuales a veces hacemos reuniones dentro de las Residencias y muy pocas veces salgo a fiestas o a lugares por

fuera de las Residencias por miedo a la inseguridad de la ciudad. Además, un señor costeño puso un local llamado Caribeño, por aquí cerca de la universidad y nos gusta mucho ir con mis amigos. Entonces al estar aquí compartiendo con los costeños fue que empecé a oír mas vallenatos. Y desde el año pasado me reúno más que todo con la gente de la Guajira. Mis gustos los comparto de acuerdo con el grupo con el que estoy, con mis compañeros de la universidad, voy a jazz al parque, voy a cine, bailo la música que a ellos les gusta, que casi siempre es la norteamericana. Cuando estoy con mis amigos costeños y wayuu, oigo la música vallenata y cuando voy a reuniones donde hay personas de diferentes regiones, hay variedad en la música que se oye. Además de la comida wayuu, me gusta la changua de Bogotá y también he comido cuy del Putumayo. En realidad me gusta disfrutar la comida y el ambiente de todas las partes donde me inviten.

Cuando yo llegué a Bogotá, la gente vio en mí a una persona que podía interpretar los sueños, incluso los compañeros y hasta las secretarias de la Universidad siempre me piden el favor de que se los interprete y hasta ahora según lo que ellos me dicen si les ha coincidido lo que yo les he dicho. Mientras que cuando yo estaba en mi casa todos hablaban de sus sueños y yo también comentaba lo que había soñado, pero nunca me puse en la tarea de interpretarlos. Una amiga acá en Bogotá soñó con una culebra que no le hacía nada a ella pero a la amiga si la picaba, entonces yo les dije que tuvieran cuidado que las podían robar; una de ellas si se percató de la situación y tuvo cuidado, mientras que la otra no puso atención y la robaron. Yo he notado que aquí en Bogotá yo he cultivado mucho eso, pues a veces allá en la Guajira no le prestaba mucha atención, porque allá recurríamos a personas de edad que sabían más sobre el tema. Entonces en vacaciones le pedí el favor a una señora que me enseñara cosas para yo ir aprendiendo y hablábamos por la noche antes de acostarnos desde nuestros chinchorros hasta que nos dormíamos. Cuando yo sueño cosas buenas, me levanto contenta porque se que me va a ir bien, pero cuando son sueños malos y me despierto no importa la hora que sea yo me baño con agua fría para evitar los malos momentos que le pueden llegar a uno. Por ejemplo, cuando uno sueña que se esta casando es que uno se va a morir, aunque uno también puede soñar cosas relacionadas con lo que uno hizo en día. Hay personas que pueden dialogar en el sueño y por ejemplo, mi hermana sueña con lo que va a pasar al día siguiente. Un tío abuelo me dijo que si me tomaba la leche que se me había regado en la estufa se me olvidaban los sueños. La interpretación de los sueños es un conocimiento que se pasa de generación en generación y puede ser practicado por hombres y mujeres, siendo estas últimas las que mas lo hacen. Yo he ido perfeccionando la forma en que interpreto los sueños, con la ayuda de mi prima que esta en la comunidad, y con la ayuda de otros Wayuu que viven acá en Bogotá.

Desde hace dos años estoy encargada de coordinar el grupo Giací, que es el grupo interdisciplinario de apoyo a la comunidad indígena, y ahí conocí mas compañeros Wayuu. Luego me hice novia de un Wayuu, y empezamos una relación de pareja, la cual continúa hasta ahora. Con él vamos a cine, cocinamos juntos, vamos de compras, y tenemos más libertad en lo que hacemos, en cambio si estuviéramos en la comunidad me cohibirían de hacer muchas cosas. Por ejemplo, mi hermana la mayor que tiene un novio y vive con mis Papás, se la pasan vigilándola todo el tiempo. La ayuda que he recibido por parte de la gente amiga que me rodea me ha servido para aprender a querer esta ciudad, me gusta el clima, las personas son queridas, hay muchas cosas para hacer, es una ciudad muy activa, lo que no me gusta es el tráfico, la contaminación y la inseguridad. Además, no comparto el estereotipo que se tiene de los cachacos, en la Costa: “ Cachaco, paloma y gato, son tres animales ingratos”. Se considera a los cachacos como personas muy individualistas, que no comparten con otros. Pero a mí por lo general me ha ido bien con la gente de Bogotá, no me he sentido discriminada desde que llegué a Bogotá, al contrario, siento que me han acogido muy bien.

Mis Papás están muy contentos, porque yo estoy estudiando y quieren que yo termine bien mi carrera, por ejemplo, mi Papá siempre que voy a la comunidad me presenta como la hija que esta en Bogotá estudiando en una universidad y a mí no me gusta que haga eso, pero yo se que el lo hace porque se siente muy orgulloso de mí. Para la comunidad de donde yo vengo también es importante, pues solamente una prima y yo somos las que hemos salido a estudiar en una universidad y nos ha ido bien.

Para mi capacitarme y haber podido estudiar en la universidad es muy valioso, porque así puedo salir adelante como persona, por eso me parecería importante que otras mujeres de mi comunidad también se capacitaran. La universidad es diferente al colegio pues además de que la universidad es más exigente, en ella me he sentido con más libertad de expresarme, porque no hay una persona diciéndote lo que tengo que hacer. Además he adquirido más herramientas para defenderme dentro de la sociedad y para poder hacer un mejor trabajo dentro de la comunidad. A mi me parece muy importante que las mujeres estudien por decisión propia y no solo para su propio bienestar, sino para el bien de la comunidad en general. Yo siempre estoy animando a los jóvenes Wayuu a que estudien, pues muchos de ellos prefieren ponerse a trabajar. Aunque también se da el caso de estudiantes indígenas que le dicen a los Papás que sí están estudiando pero en realidad no lo están haciendo. Pero también me da mucha alegría cuando veo a compañeros wayuu que de pronto uno creería que eran irresponsable y por el contrario son muy juiciosos y les va bien en la universidad.

En la universidad me parece importante que se mantenga el Programa PAES que nos ha ayudado mucho a nosotros los indígenas, pero con un préstamo completo para los estudiantes. A la Universidad le han recortado los recursos y por eso el préstamo para nosotros los indígenas se ha recortado demasiado. Cuando yo entré solo le tocaba pagar a uno como indígena un salario mínimo pero ahora solo prestan el 50% o el 40% de acuerdo al estudio socioeconómico que le hacen a cada estudiante indígena. Hemos pensado que se abra una cátedra que tenga que ver con los pueblos indígenas y donde los monitores seamos los estudiantes indígenas que hablamos la lengua y ese es un proyecto que se presentó a la facultad de Odontología que es la que mas nos ha ayudado al respecto. A los estudiantes indígenas les recomendaría que se dedicaran más al estudio, que fueran mas disciplinados porque muchos le ponen mas atención a otras cosas que al estudio y por eso no les va bien en las notas.

Acá en Bogotá me he enriquecido intelectualmente, porque he adquirido muchos conocimientos gracias a la universidad. También he aprendido mucho de las experiencias que he tenido como coordinadora de algunos eventos indígenas o en las diferentes reuniones que me ha tocado representar a los Wayuu acá en Bogotá, donde se requiere mucho compromiso y responsabilidad de mi parte. He cambiado cosas para el bien personal, pues acá es mucho mejor la educación que se recibe y por ello uno logra adquirir más conocimientos. Acá en Bogotá he visto no solo en mí sino en muchas personas que hemos podido apreciar y valorar más nuestra cultura. Culturalmente yo sigo considerándome indígena como lo he hecho siempre, pues de la educación de mis padres me queda todo, primero la lengua, segundo el pensar como Wayuu, o sea, seguir siendo yo misma a pesar de estar conviviendo con otras culturas. Conservo el tejido, la lengua, uso mi traje típico y me siento orgullosa de ser Wayuu. Aunque uso jeans y buzos por el frío, cuando llego al apartamento sigo usando mis mantas, al igual que cuando voy a la Guajira. Pero si he visto algunas compañeras que llegan con sus mantas y después las dejan de usar y se colocan pantalones. A mi no me gusta el maquillaje aunque en la comunidad las mujeres lo usan mucho, pero si he visto Wayuu que llegan a Bogotá y se empiezan a maquillar y a peinar diferente. Yo casi no veo televisión, me gusta mirar los noticieros y siempre saco una conclusión de lo que veo y no me dejo influenciar fácilmente por las cosas, aunque si he visto compañeras que se dejan llevar por los anuncios que salen en la televisión y hacen una colecta para que les salga más barato y compran, por ejemplo, productos adelgazantes, como la faja reductora, que no les duro ni quince días porque se les dañó y cuando quisieron hacer efectiva la garantía, no les devolvieron la plata, entonces yo les dije que eso les pasaba por dejarse influenciar por los medios de comunicación. Me gusta mirar los anuncios sobre cursos que me puedan servir, pero si es propagandas para comercializar algún producto, no les pongo atención. Me gusta oír música y utilizo el Internet sobretodo para mis trabajos en la universidad y para conversar con mis compañeros.

Lo que si analizo ahora que estoy en la universidad es que trabajar con los Wayuu es muy difícil, porque allá tenemos diferentes clanes y de cada uno de ellos quiere surgir un líder, entonces enfrentarse a ese líder es muy difícil. Además, el Wayuu se deja manipular fácilmente por otras personas y además de ser vulnerable no cree en su propia gente, sino que todavía le creen más a los blancos, por eso es que



todavía no hemos logrado que en la Guajira se posea un gobernador que sea Wayuu. Otro problema al que nos enfrentamos en la Guajira es el manejo de los recursos de las transferencias que gira la Nación a las comunidades indígenas, pues los Wayuu comenzaron a querer beneficiarse individualmente, sin contar con la comunidad. Yo hice parte del comité de veeduría y me pude dar cuenta que no se estaban manejando bien los recursos y que no se estaban llevando a cabo proyectos para el beneficio de la comunidad. También he pensado que algún día me gustaría trabajar en la comunidad y cambiar todo lo que sucede en los internados, toda esa influencia católica. Yo estuve en un encuentro de la ONIC hace 8 años y allí los taitas gobernadores del sur del país, comentaron que ellos no querían que los jóvenes de sus comunidades siguieran estudiando, porque según ellos, los jóvenes perdían su cultura cuando salían de su comunidad para estudiar en una universidad y ya no querían devolverse a la comunidad, ni hablar la lengua, ni identificarse como indígenas. A mi me parece fundamental que los estudiantes indígenas que estudian en las universidades y no se devuelven a su comunidad, aunque sea se conviertan en intermediarios de su comunidad, donde quiera que estén, que busquen el beneficio para ayudar a sus comunidades. Conozco también el caso de estudiantes que llegan acá a Bogotá con papeles falsos y cuando terminan no reconocen el ser indígenas.

Mi idea en estos momentos es acabar mi carrera y devolverse a la Guajira para ayudar a mi comunidad, pues yo lo que quiero es presentar proyectos que beneficien a los Wayuu, sin importar si me pagan o no. Yo tengo ese espíritu de madre, de querer proteger y ayudar a mis allegados y como mis hermanos están en Riohacha me gustaría ir a trabajar allá. Solo después de acabar mis estudios y conseguirme un trabajo preferiblemente en Nazareth o en Riohacha, si pensaría en casarme y tener a mis hijos. Cuando me regrese a mi comunidad voy ir con algo de miedo, pues no se como me va a recibir la gente de la comunidad por ser ya una profesional, pues así como hay gente que te aceptaría muy bien, hay también gente muy variable que quizá ponga problemas, pues hay muchos estudiantes indígenas que han terminado su carrera y no han regresado a la comunidad para prestarles su ayuda a los Wayuu. Pero yo he visto, que la comunidad está muy contenta conmigo, porque ellos saben que yo voy a volver para trabajar por ellos, además ellos conocen el trabajo que hice en la comunidad antes de venirme y saben que les sigo ayudando desde Bogotá con todas las vueltas que haya que hacer en las diferentes instituciones del gobierno.

### **5. “Yo me identifico mucho con el trabajo de la chagra tradicional”**

Mi nombre es Concepción Ortega; tengo 24 años y tengo dos hijos. Crecí en la vereda del Sagrado Corazón y actualmente mi familia vive en la vereda Tamibioy. Soy hija de Padres Kamëntsas. Somos 6 hermanos, tres mujeres y tres hombres y yo soy la mayor. Soy una mujer paciente, solidaria y me gusta mucho ayudar a las demás personas; siempre me ha gustado estudiar y trabajar en lo que sea, nunca la paso un día sin hacer nada. La mujer Kamëntsa se caracteriza por ser buena madre y trabajadora, por hablar la lengua, por usar la vestimenta y por conocer las tradiciones. La mujer debe tener mucho empuje para poder sacar a su familia y a la comunidad hacia delante. Admiro a las mujeres que se preocupan por la sociedad y hacen cosas por su bienestar. El indígena en general se caracteriza por hablar su lengua, por su vestimenta, por sus rasgos físicos y por sus tradiciones y además porque ayuda a su comunidad a salir adelante. Pero si no conoce ni la lengua, ni las costumbres, por lo menos estar en contacto con ellas y tratar de aprenderlas. Pienso que en una familia debe haber solidaridad y no debe haber maltrato para los niños, por eso es importante que los Padres sean pacientes y comprensivos con sus hijos. En una sociedad también es fundamental la solidaridad y la igualdad, para que todos sus miembros trabajen unidos y con las mismas condiciones. Soy católica, al igual que mis Padres y en general toda la comunidad es católica, no hay otra religión que pueda existir, para los adultos mayores es una costumbre ir todos los domingos a misa para agradecerle a Dios por la comida, por la chagra, por la familia y por el trabajo. Mis Papás hablan la lengua, pero mi problema es que yo no domino la lengua a la perfección, no porque yo no quiera aprender, ni porque mis Papás no me hayan enseñado a hablarla, sino que en mi familia mi Padre

ha vivido distanciado de nosotros, por motivos de trabajo y nosotros hemos crecido y permanecido junto a mi Madre. Además la lengua que manejan mis Papás es un Kamëntsa antiguo que es difícil de aprender, yo he intentado aprenderlo y puedo entenderlo pero no hablarlo. En la comunidad ahora se habla un Kamëntsa reformado, que es como un intermedio entre el español y el Kamëntsa, por ejemplo, pollo antes se decía tuanb y ahora se dice polletotem, tomate se decía chimbambe y ahora se dice tomatbé.

Mi Mamá nos enseñó más cosas que mi Papá, porque el siempre estaba distante de nosotros por motivos de trabajo. Mi Mamá fue la que más nos motivó a trabajar, nos enseñó a criar animales y a trabajar en la chagra, por ejemplo a sembrar las semillas de cuna, que reemplaza al pan, a cultivar el fríjol tranca, la papa, la arracacha, barbacuano, la caña para hacer la panela, el maíz para hacer la sopa y el choclo o la mazorca para hacer mote, los envueltos y la chicha que es más un refresco que una bebida para embriagarse. Chagra quiere decir que se cultiva de todo un poco, se siembra barbacuano, coles, fríjol, caña y así uno puede encontrar todo lo que se necesita en un solo lugar. Mi Papá estaba pendiente de que fuéramos bien en el estudio y también estaba pendiente de la chagra, con él aprendimos a abonar la tierra con residuos de vaca o de cuy. Yo me identifico mucho con el trabajo de la chagra tradicional y eso es lo que más me hace falta acá en Bogotá. En cuanto a los mitos y las tradiciones de nuestra cultura, mis Papás no me enseñaron mucho al respecto, porque no hubo la oportunidad; lo que sí se es que antiguamente en la época de mi abuela cuando les llegaba por primera vez el periodo, a ellas las separaban de los hombres y las ponían en un lugar oscuro con trapos rojos en las ventanas donde tenían que estar solas hasta que les pasara la menstruación. Eso se ha perdido porque actualmente no se da. He llegado a darme cuenta de que existen celebraciones importantes en la comunidad, como el rito de las ofrendas y el perdón que se celebra en el carnaval; el mes de las animas o de los difuntos que es en noviembre y el ritual del yajé. Además de las enseñanzas de mi Mamá, también he aprendido muchas cosas sobre mi cultura por medio de mis vivencias dentro de la comunidad; al compartir con el resto de Kamëntsas, en el cabildo, en el carnaval, en las mingas que son trabajos comunitarios, donde se reúne la comunidad para trabajar en la chagra tradicional. Yo siempre le agradezco a mis padres la educación que me dieron, porque ellos siempre me han enseñado a cultivar y a trabajar y esas son unas herramientas muy importantes para poderme defender sola.

Según lo que me contaba mi Mamá, antes los matrimonios eran arreglados por lo Papás quienes casaban a sus hijas con hombres indígenas que tenían buenas tierras y ganado. Estas parejas se casaban sin conocerse y tenían hijos sin amor y de esa manera fue humillada la mujer. Ahora la mujer puede decidir con quien vivir y muchas parejas se casan por lo católico. En los matrimonios no se acepta la infidelidad, aunque existen casos de parejas jóvenes o adultos jóvenes que a veces se traicionan. Recuerdo un problema que hubo con una señora casada que se enamoró de otro indígena y el esposo se enteró y llevó el caso ante el cabildo, donde les castigaron por su infidelidad.

Los Papás siguen siendo muy celosos con sus hijas y las protegen mucho, por eso, muchas veces no las dejan tener novios, ni andar con amigos hombres. Pero ahora la juventud se ha ido modernizando, por los conocimientos que tienen en los colegios y por fuera de la comunidad han hecho caer en cuenta a los Padres que no deben ser tan estrictos con las relaciones que tienen sus hijas con los hombres. Yo no tuve muchos amigos y los que tuve fueron los del colegio; solo tenía una amiga muy cercana que siempre me ayudaba, pero después nos distanciamos, porque cada una vivía en pueblos diferentes. Mis Papás fueron muy estrictos conmigo, para ellos cualquier amigo que se me acercaba era porque andaba conmigo, siendo que no eran así las cosas, yo no andaba ni salía con ningún muchacho. Al salir de la casa a veces tocaba caminar para coger el bus y en algunas ocasiones me iba conversando con estudiantes de otros colegios y mi Mamá estaba siempre pendiente en la ventana para ver yo con quién me iba; si me mandaba a hacer algún mandado, siempre me preguntaba que si alguien me había acompañado. Siempre hubo una prohibición con respecto a los amigos. Mis Papás nos enseñaron, tanto a hombres, como a mujeres, las labores de la casa, para que en un futuro nos pudiéramos defender solos. Sin embargo, dentro de la comunidad las tareas de la mujer y el hombre son diferentes. El oficio de la

mujer está más enfocada a las labores domésticas, a lavar, a cocinar y a limpiar, a cuidar a los hijos, a trabajar la chagra y las artesanías, como los tejidos de paja, de bolsos, sayos o ruanas y coronas. Mientras los hombres tallan en madera bancos, máscaras, cubiertos, utensilios de cocina, mesas, sillas y elaboran instrumentos musicales como quenás y flautas. Ellos se encargan de los trabajos pesados en la chagra y van al jornal. Antes los artesanos se reunían para hacer el trabajo juntos, pero ahora cada cual trabaja individualmente para irlos a vender y poderse ganar algo para el sustento personal. Para mí el hombre ideal no debe ser machista y tiene que desempeñar las funciones de la mujer. Antes la mujer solo se dedicaba al cuidado del hogar, pero ahora por la situación económica, la mujer también trabaja en el jornal y se sigue ocupando de los hijos, de la chagra y de las labores domésticas. Si el hombre falta la mujer lo reemplaza, nosotras ya no tenemos que quedarnos esperando a que los hombres hagan el trabajo, sino que nosotras también podemos trabajar como ellos.

La mujer es la que siempre se preocupa por el bienestar de su familia, pues muchas veces el hombre se gasta el dinero que gana bebiendo alcohol o chicha y descuida a sus hijos y a su esposa. En cambio, la mujer, siempre está pendiente del hogar, de los oficios domésticos, de los hijos, de la chagra y cuando le toca, del jornal. En mi familia, por ejemplo, si mi Mamá está ausente mis hermanos hombres saben hacer el oficio que antes solo le tocaba a la mujer y nosotras sabemos usar un azadón y un machete y podemos salir al jornal igual que los hombres. Yo siempre he trabajado, por la ausencia de mi Padre he tenido que salir a buscar el jornal, en los cultivos sembrando frijol y nos pagaban como \$6.000 pesos. Uno se iba a rebuscar para la comida, más que para la ropa, porque la comida era lo más necesario que tenía que haber en la casa. Somos tres hermanos mayores a los cuales nos ha tocado sufrir así. En estos momentos no sabría decir si el liderazgo lo tiene el hombre o la mujer, pues antes si era claro que el hombre el que llevaba la voz, pero ahora la mujer también está liderando en muchas áreas. En el cabildo antiguamente los representantes siempre fueron hombres, los que llegaban a ser gobernadores, pero hace como 3 o 4 años las mujeres han incursionado en el cabildo y se han lanzado como candidatas a gobernador y aunque no han quedado elegidas, si han ocupado el cargo de Alguaciles. Yo creo que en algunos casos las mujeres no llegan a ser gobernadoras por machismo, porque en el cabildo los representantes siempre han sido hombres y no quieren que les quiten su lugar.

Una de las labores que también realizan algunos hombres es la de taitas; algunas mujeres aprenden del taita a preparar remedios pero ellas no pueden dar el yajé, porque eso no le pertenece a las mujeres; ellas se dedican a ser sobanaderas o partera. El taita o chamán es una persona de la comunidad que prepara el yajé y se lo da a las demás personas que lo necesitan para su salud. No solo los Kamëntsas recurrimos al taita, sino gente de otras comunidades indígenas, al igual que los blancos, porque los médicos occidentales no los han podido curar. No hay taitas que se queden sin hacer nada, siempre están ocupados, preparando jarabes para las curaciones y realizando tomas de yajé. El yajé es una costumbre en la comunidad y el taita recomienda a las personas cuándo y cómo tomarlo. El yajé y la purga son diferentes, porque el yajé es una medicina natural que uno usa para limpiar el alma y la purga es para limpiar el organismo. A medida que fuimos creciendo, mis hermanos y yo, nos dimos cuenta de que en la comunidad existían las tomas de yajé y después de un tiempo, para nosotros fue necesario tomarlo. Yo tomé en una ocasión yajé y me dio resultado.

En nuestra comunidad existen colegios bilingües y los niños tienen que ir con uniforme, a mí me parece que se debía promover el uso de nuestra vestimenta en vez de usar el uniforme de saco verde, blusa blanca y falda gris a cuadros. A pesar que la idea de los colegios bilingües es rescatar la cultura, no se está promoviendo el uso de la vestimenta y los profesores indígenas tampoco la usan, lo cual es una lástima, porque no hay ningún medio por el cual se pueda rescatar el uso de la vestimenta. En estos colegios, el nivel académico no es tan alto como el de los colegios católicos, entonces mucha gente no inscribe a sus hijos a los colegios bilingües. La comunidad educativa bilingüe es importante, porque allí es donde enseñan la lengua Kamëntsa, sin embargo se está dando que muchas de las cosas que enseñan son escritas más que orales y a mí me parece importante que se sigan transmitiendo los conocimientos de forma oral en la familia y en el colegio, por ejemplo, ahora se está perdiendo mucho la costumbre de

contarles a los hijos historias sobre la cultura. Además en el colegio hay materias como la artesanía en el colegio que las dictan solo una hora por semana y nadie puede aprender ese conocimiento en tan poco tiempo, además de que los niños lo toman como algo obligatorio para recibir una nota, mientras debería hacerse reuniones entre padres e hijos, como se hacía antiguamente, para enseñarles por un periodo más largo.

Aproximadamente a los 4 años me llevaron a la guardería, donde utilicé el traje Kamëntsa y los adornos de chaquira, no utilizaba zapatos pues es la costumbre de los indígenas. Pero a medida que fui creciendo e ingresé a los 6 años a la Escuela Fray Bartolomé, ya no volví a usar la vestimenta, porque nos obligaban a utilizar el uniforme. El bachillerato lo estudié en el Instituto Agropecuario Sucre de Colon, ahí también me tocó usar uniforme y aunque pedí un permiso para poder terminar con la indumentaria, nunca me lo dieron. A mi nunca me ha dado vergüenza ser indígena, por eso siempre quise usar la vestimenta así no me dejaran hacerlo. En ninguno de los dos colegios sentí discriminación, por el contrario, mis compañeros y profesores siempre fueron muy amables conmigo, muchas veces me preguntaron sobre mi cultura y mi lengua. Lo más difícil para mi, desde que entré a estudiar, fue el transporte, porque en esa época no había bus, entonces me tocaba trasladarme en bicicleta hasta otro pueblo. A veces me tocaba salir a las 5am para llegar a las 6:30am y entrar a clase a las 7am. En este colegio le enseñaban a uno a cultivar la tierra en una granja experimental que tenían y fue fácil para mí porque mis papás y a me habían enseñado ese trabajo en la chagra tradicional

Yo me gradué en 1998 y me quedé trabajando por dos años en la comunidad, trabajé en una casa de familia; después me fui a trabajar a la Dorada, donde le cocinaba a 40 obreros. Pasado un tiempo me devolví a Sibundoy, donde encontré a la persona con la cual me casé y vivo hace 5 años. Mi esposo es campesino agricultor de la comunidad Quillasinga de Pasto, Nariño. A él lo conocí en una minga comunal para arreglar caminos vecinales, en febrero del 2000 tuvimos a la niña que ahora tiene 4 años y después tuvimos al niño que tiene un año y medio. Cuando me vine, a mi esposo le dio muy duro quedarse solo, porque estaba acostumbrado a mi presencia; primero me vine con los dos niños y durante el periodo de las vacaciones regresé y él se quedó con la niña y yo me devolví con el niño, porque era muy pequeño. Ahora en junio de este año(2004) dejé al niño, para poder acabar mis estudios en Enfermería y para poder hacer un curso como Auxiliar de Odontología en la Universidad Javeriana. A la niña le ha dado muy duro mi ausencia y se ha enfermado, porque le hago mucha falta y para el niño que estaba tan acostumbrado a mi también fue muy duro. Pero mi esposo es un buen Papá y me reemplaza en todos los aspectos, hace todos los oficios de la casa y esta pendiente de los niños. Mi esposo no se vino conmigo, porque él está muy acostumbrado a la agricultura y no le gusta Bogotá, porque dice que se aburre sin tener nada que hacer, además aquí el nivel de vida es muy caro y no podríamos sostenemos todos juntos.

Las primeras veces que vine a Bogotá fueron en 1999, para asistir a un concurso de danzas tradicionales. Cuando me vine de forma definitiva para estudiar en el 2003, contaba con la ayuda de mi Papá que ya estaba viviendo aquí desde 1998 cuando fue Senador de la Republica y gracias a ese trabajo tuve la oportunidad de venirme a estudiar con tres de mis hermanos, Mario, Silvia y Nubia. Antes de venirme tomé, en la comunidad, unos cursos de Enfermería por niveles en una empresa pequeña que se llama Comfamiliar, pero hubo un enfrentamiento con la guerrilla y se acabó el curso. Desde ese momento yo quise venirme a estudiar a Bogotá, pero no lo hice para no dejar sola a mi Mamá con mis hermanos. En un principio yo tenía decidido irme a estudiar a Mocoa, capital del Putumayo, pero mi Mamá encontró un prospecto de una Fundación en Bogotá que se llama Fundación de Socorristas Desarrollo y Acción (FUSDESA) que está en el barrio Restrepo; así que decidí venirme por la facilidad que había de vivir con mi Papá y mis hermanos. Mi Mamá se quedó en Sibundoy con dos de mis hermanos para cuidar el cultivo de las tierras. Cuando llegué a Bogota decidí entrar a FUSDESA a estudiar en el 2003 la carrera tecnológica de Enfermería, que dura un año y medio, actualmente me encuentro cursando el tercer semestre y me ha ido muy bien. Elegí esta Fundación, porque la carrera es corta, económica y nos comentaron que es una de las mejores instituciones tecnológicas para estudiar

Enfermería en Bogotá. Además los primeros dos semestres las clases eran los sábados de 8:00am a 6:00pm y eso me ayudaba mucho, porque en esa época yo vivía con mi hijo de 1 año y medio y podía dedicarme a su cuidado y a las labores de la casa. Muchas compañeras de la comunidad se animaron cuando vieron el prospecto de FUSDESA, sobretodo en el área de Enfermería, y me comentaron que si yo les podía ayudar en algo. Sería bueno que la Fundación diera algún tipo de beca para que a los estudiantes indígenas se les facilitara entrar, además me gustaría que hubiera un materia de Geriátrica como parte de la carrera.

Al principio cuando entré a estudiar no sabían que yo era indígena, solo por los apellidos y el nombre sabían que yo no era de Bogotá, entonces yo me presenté diciéndoles que era indígena Kamëntsa del Putumayo. Yo soy la única indígena de 500 alumnos que tiene la Fundación. Me dieron una muy buena bienvenida, tanto estudiantes como profesores, en ningún momento me sentí humillada o discriminada. Todos son muy buenos compañeros. La matrícula la pago con un dinero que he ahorrado del trabajo que hice en la comunidad y de una vaquita que vendí y si me hace falta, mis Papás también me ayudan económicamente. Para mis Papás siempre ha sido una prioridad que estudiemos y nos especialicemos en algo y para mi es muy importante estudiar, porque con ese conocimiento puedo ayudar a las personas de mi comunidad y sacar adelante a mi familia. Un problema que veo es que no me acostumbro a la ciudad, me hace falta el campo, para cultivar y para criar animales, como siempre lo ha hecho mi Mamá. También me afecta la distancia que tengo con mi esposo, mi niña y ahora mi hijo, pues ellos están en Sibundoy y los extraño mucho. Ahora que viajé en junio a Sibundoy y dejé al niño con su Papá, estoy dedicada a mi estudio en las mañanas voy al curso de Auxiliar en Odontología que estoy tomando en la Javeriana, por las tardes estudio Enfermería en FUSDESA y los sábados voy a las prácticas y el tiempo que me queda lo dedico para estudiar y hacer los trabajos que me dejan de mis carreras. También extraño mucho a mi familia, el campo y la comida tradicional, que se llama en lengua materna vichana, que es una sopa de mazorca que la muelen, coles, pedacitos de calabaza tierna, frijol tranca, barbacuanu o arracacha. También extraño el ambiente de mi comunidad que es muy diferente al de Bogotá, en la comunidad está el campo y se es más libre, los alimentos son más frescos, la vida es tranquila y la gente es muy amable. Mientras en la ciudad la vida es más agitada, la gente es más cerrada y hay mucha inseguridad.

Vivir en Bogotá ha sido un cambio muy difícil, es bueno, porque tengo la oportunidad de estudiar, pero malo, porque extraño mi comunidad, tanto el campo, como la familia, entonces ha sido duro irse adaptando a la ciudad. Lo más difícil fue separarme de mi hija, mi esposo y de mi Mamá, porque a ella le tocó quedarse sola cuidando a mis hermanos. Además de estudiar Enfermería, hago los oficios de la casa y durante un año me dediqué a cuidar y educar a mi hijo con el que viví un tiempo acá, hasta que me tocó dejarlo con su Papá y su hermana en la comunidad, para poder acabar mis estudios más rápido. Como hija mayor estoy pendiente de mi Papá y de mis hermanos. En mi tiempo libre además de jugar con mi hijo, hago tejidos en lana y en chaquirá. Solo salgo para hacer compras con mi Papá, para ir con el niño al parque, a misa los domingos y para hacer trabajos con mis compañeros en las bibliotecas. El resto del tiempo lo paso dentro de la casa, no salgo mucho, porque no me acostumbro, la ciudad a mi me aburre, no me gusta ir a ningún evento, tampoco a cine, teatro, o conciertos. Aquí en Bogotá es importante tener amigos para no sentirse tan solo. Los primeros indígenas que conocí aquí en la ciudad fueron unos amigos de mi Papá y también he conocido personas que vienen de mi comunidad a estudiar a Bogotá en la Universidad Nacional. Pero con las únicas personas que realmente tengo contacto son con los compañeros de la Fundación.

Aquí en Bogotá me he vuelto muy sentimental, no me gusta que me llame mi familia porque me pongo a llorar. Yo antes era un poco tímida y me daba miedo hablar, ahora no, he ido desarrollando más esa parte y me gusta mucho compartir con mis compañeras y de esa manera se me ha quitado el miedo. Me sigo sintiendo muy orgullosa de ser indígena y al estar aquí he aprendido a valorar más mi cultura. Me sigue gustando mucho el vallenato e intento comer lo mismo que en mi comunidad, carne, pollo, frijol, arroz y agua de panela. Me gusta mantenerme informada y por eso leo el periódico cuando tengo

tiempo. Yo he visto aquí mujeres de mi comunidad que las revistas y la televisión las influyen en su manera de vestir y ellas van cambiando según la moda del momento. Por mi parte yo no me complico con eso y si me regalan ropa yo me conformo con lo que me den y no me fijo en lo que esta de moda. Me gusta ponerme pulseras y collares en chaquiras, pero no las puedo usar en la Fundación, porque es prohibido y el cabello debe estar recogido y la cara con poco maquillaje, porque es una regla de higiene para mi carrera. Pero en los hombres cuando vamos al pueblo he visto que han adoptado ciertas modas que traen de Bogotá que se reflejan en el gusto por la música rock, en dejarse crecer el cabello largo, en usar pulseras con taches y en usar camisetas negras con figuras desagradables.

En Bogotá he tenido más tiempo para reflexionar sobre diferentes aspectos de mi comunidad, en primer lugar, me parece que el cabildo podría hacer más cosas para fortalecer la cultura en la comunidad, como abrir cursos donde se enseñe la lengua Kamëntsa, crear proyectos de conservación del cultivo en las chagras. También me parece importante que enseñen a manejar los computadores que llegan a la comunidad. Sería bueno que se hiciera un trabajo con los jóvenes, porque la mayoría de ellos no están hablando el idioma y yo creo que es responsabilidad de los Padres que no les han enseñado a hablarlo. Yo digo que uno como indígena debe hablar la lengua y portar la vestimenta, pero lo que veo es que se están perdiendo esas costumbres, porque se está debilitando la unión familia. Los hijos se están acabando de educar en el bachillerato y salen a trabajar en las ciudades y a estudiar en las universidades y de esa forma se van distanciando los hijos de los Padres. Por otro lado, no solo los niños están perdiendo la tradición de la vestimenta, sino que los adultos tampoco la están usando, porque antes el hombre usaba la cusma y andaba a pie limpio y su corte de cabello era redondo, en cambio ahora el hombre se pone pantalón y zapatos y el corte estilo militar. Se esta perdiendo mucho la forma tradicional de la vestimenta, por eso es importante ayudar a recuperar su uso, empezando con los niños y los adolescentes y para eso sería útil que en los colegios bilingües en vez del uniforme se usara la vestimenta y que los profesores indígenas también la usaran para dar ejemplo a los niños. El problema es que a uno le toca entrar a trabajar en la comunidad por política y se han dañado muchas cosas dentro de la comunidad por ese motivo, porque llegan los políticos diciendo que si votan por ellos les dan algo a cambio y la gente se acostumbra a eso.

En estos momentos estoy esperando terminar rápido mis estudios y devolverme a Sibundoy para vivir con mi familia y ayudarle a la comunidad, por eso cambié de horario en FUSDESA este último semestre para agilizar mi estudio, ahora voy de lunes a viernes de 6:00pm a 9:00pm y los sábados asisto a las prácticas. Además de mi carrera en Enfermería decidí hacer un curso que dura un semestre en la Universidad Javeriana como Auxiliar de Consultorio Odontológico, empecé el 26 de julio y voy los lunes, miércoles y viernes de 7:00am a 1:00pm y los demás días voy a prácticas de Odontología en el Seguro Social. Cuando termine mis estudios y me devuelva a la comunidad me toca preparar a mis hermanos para que puedan hacer las cosas por sí mismos, porque yo he sido como el reemplazo de mi Mamá y ellos se han acostumbrado mucho a mí. En la comunidad me gustaría poder trabajar para ayudar a mi gente. Hay muchos niños enfermos que son difíciles de tratar y hay ancianos con enfermedades complicadas que no se les presta mucha atención; por eso cuando termine de estudiar yo quiero devolverme a la comunidad para ayudarles y si es posible vincularme a un centro de salud indígena. También me gustaría hacer algún tipo de trabajo social para ayudar a rescatar muchas cosas de la cultura que se están perdiendo como la lengua y la vestimenta. Más adelante si se da la oportunidad, me gustaría especializarme en trabajo social, o en etno-educación.

Además de terminar mis carreras y querer trabajar por mi comunidad, lo que más me interesa es reunirme con mi esposo y mis hijos y que podamos volver a vivir en familia, quiero que mis niños aprendan mi idioma, se coloquen la vestimenta y conozcan las costumbres de mi cultura, para que se sientan orgullosos de ser indígenas. El problema es que cuando ellos ingresen a la escuela, van a tener el mismo problema que yo tuve en cuanto a la vestimenta, porque no la van a poder usar; pero el idioma y las costumbres si se las quiero enseñar en la casa. Cuando me devuelva a la comunidad se que va a ser un poco difícil al principio volverse a ganar la confianza de la gente, pues al estar estudiando en la ciudad

hay personas que no me conocen mucho. Por eso me parecería fundamental convertirme en líder de la comunidad para que la gente me conozca mejor y para saber en que situación se encuentran viviendo y así poder ayudarlos. No solo la desconfianza sería un problema, sino la relación que uno tendría que empezar a tener con el cabildo, pues para que ellos lo ayuden a uno a conseguir trabajo, uno le tiene que dar algo a cambio. Pero a pesar de las dificultades que se me puedan presentar, yo pienso seguir adelante para poder ayudar a mi familia y mi comunidad.

## 6. “Visto mis mantas”

Mi nombre es Adelaida Uriana del clan Uriana y pertenezco al resguardo de la Media Alta Guajira. Tengo 27 años y actualmente estoy culminando mis estudios universitarios en Idiomas y Negocios Internacionales. Yo hablo las dos lenguas, el wayuunaiki que lo hablo desde pequeña gracias a mis Papás que son Wayuu y el español que solo lo aprendí cuando me fui a estudiar al colegio. Tengo 5 hermanos, dos hombres y tres mujeres, soy la menor de mi casa. Me considero una mujer muy inteligente y capacitada, muy buena gente, muy solidaria, me gusta ayudar mucho a los demás, sobre todo a mi comunidad, además me gusta enfrentar los problemas y llegar a alguna solución. Soy muy alegre, muy recochera y muy madura. Una mujer wayuu es emprendedora, muy capaz, muy luchadora, muy trabajadora, muy especial, muy buena gente y muy echada para adelante. En general, la mujer debe ser comprensiva, auténtica en su pensamiento y que se tome las cosas con calma. Por eso, yo admiro a las madres, porque una madre lo es todo, ella pasa por las buenas y las malas, una madre aguanta, ayuda, se esmera, una madre sufre, se entristece y se alegra según la situación en que se encuentren sus hijos. Un indígena es una persona que tiene su propia cultura, su propia tradición, su propia autonomía, su propia religión y costumbres. Tiene un territorio que lo marca, tiene su propio pensamiento, sus propios ideales y su propia lengua. Así no lleven su traje y no hablen su lengua, si llevan la sangre son indígenas. La familia para mí, es mi Mamá, mi Papá, mis hermanos y mis sobrinos, porque cuando uno sufre o está feliz, ellos también lo están. Todos los conocimientos que uno aprende dentro de la familia son los que te van a formar como persona. Con respecto a la sociedad, me parece que te dicen a ti como tienes que caminar, te dicen como tienes que hablar, como tienes que pensar. Dentro de la sociedad uno tiene que aprender a respetar las diferentes creencias y culturas, porque si uno se respeta puede existir la amistad y la comprensión. Yo no creo en la religión católica; uno tiene un Dios, uno sabe que existe un supremo, quien hizo todo, en el caso de los Wayuu el Dios se llama Mareiwa, y yo solo creo en él, no creo en ninguna otra cosa. Sin embargo, algunos Wayuu, a raíz de la influencia que hubo del catolicismo, continúan creyendo en esta religión.

Desde muy pequeño en el hogar, le van enseñando a uno lo que es la cultura Wayuu, le inculcan a uno el matriarcado y como es una familia. Mi Mamá me enseñó a tejer y a pesar de que el tío materno es de suma importancia en nuestra cultura, no hay que desconocer que mi Papá me inculcó como solucionar las eventualidades y los problemas. Para mí es importante lo que tiene que ver con la interpretación de los sueños, a veces uno no sabe su significado, entonces aquí en Bogotá recurro donde una amiga Wayuu. Lo que yo sé sobre los sueños es que uno se debe echar agua en la cara o bañarse con agua fría si se tuvo un mal sueño, para evitar que suceda algo malo. Una de las experiencias vividas en mi comunidad que me llama mucho la atención es lo referente a la muerte, a los velorios. El significado que tiene para un Wayuu un muerto, un cementerio, un velorio. Empezando que los cementerios son los que dicen a qué territorio tú perteneces, es donde esta toda la vida de un Wayuu, la cultura, la familia, marca y a forma como los Wayuu elogian a los muertos, como respetan eso. Yo si tuve el ritual del encierro cuando me desarrollé a los 10 años, y duré 15 días encerrada y no tuve problemas con el colegio porque fue en época de vacaciones y estaba en la ranchería. No me cortaron el pelo porque ya lo tenía corto; hice una dieta especial, no podía comer ciertas cosas, no podía estar saliendo de la casa a nada. Dentro de mi cultura este ritual es importante porque en ese instante de la primera menstruación de una Wayuu, es

donde la tía y la Mamá le inculcan todos los quehaceres de una mujer, están preparando a una niña a ser mujer para posteriormente cumplir sus funciones, aprender a hacer las artesanías, el tejido.

Las mujeres tenemos ciertos oficios y los hombres otros, en el caso de los hombres, ellos pescan, cazan, crían el ganado, son los guerreros y llevan la vocería en algunas ocasiones, desempeñando la función de palabreros. También trabajan con el cuero, construyen las casas y los cementerios. En el caso de nosotras las mujeres aparte de lo que es el hogar, siempre trabajamos en las artesanías. También cumplimos una función muy importante dentro de la cultura Wayuu, ya que somos un matriarcado. El matriarcado(matrilineal) significa que nosotros seguimos la línea de la madre, que la familia de uno dentro de la cultura es la familia de la Mamá, el tío materno, es el jefe y la autoridad de la familia, él es quien opina y manda, el que se encarga de enfrentar todos los problemas. En el cabildo son las mujeres las que llevan el liderazgo muchas veces y los hombres están siempre dispuestos para enfrentar cualquier conflicto. Dentro de la comunidad cohiben mucho a las mujeres, a las mujayu, de vincularse con los hombres y de estar en ciertos lugares con ellos, pues la mujer siempre debe estar donde están las mujeres, por ejemplo en un velorio, en la cocina o ayudando a atender. Sin embargo, yo desde que estaba pequeña andaba mucho con mi Papá, mis hermanos y mis primos, siempre me relacionaba más con hombres y lo mismo me sucede aquí en Bogotá. Si se me da la oportunidad de tener una relación de pareja con alguien me gustaría que fuera Wayuu o por lo menos que fuera indígena, pues para mí un hombre ideal tendría que ser como primera medida indio y si es Wayuu mucho mejor, además que me quiera, me respete y me valore mucho. Si me llegara a casar, yo aceptaría que mi esposo tuviera mas mujeres pero que fueran Wayuu no blancas, pues a uno lo han criado en ese medio, entonces uno comprende que los hombres Wayuu son así. En cambio uno de mujer debe tener un solo marido, porque una mujer lo que tiene que hacer es tener y criar a sus hijos, pues esa es la única familia que uno puede tener.

Tradicionalmente el matrimonio entre los Wayuu se basa en la dote. La dote que un hombre da por una mujer Wayuu, que se puede dar representado en vacas, chivos, en collares, el cual se da a la familia de la mujer; aunque eventualmente no falta el que se casa por lo católico, o por lo civil pero estas son personas que están acogiéndose a las particularidades y situaciones de la sociedad occidental. El tío materno es el que decide cuanto se debe dar por la mujer. La dote es un compromiso donde se tienen que respetar ciertos parámetros dentro de la cultura, eso le da validez al hecho de que a una mujer Wayuu hay que respetarla. En mi familia se han pagado dotes y a mí me gustaría seguir con esa tradición. En la comunidad se sigue recurriendo al conocimiento de la Piache, en mi caso cuando me enfermo recurro a los remedios naturales, a las plantas, no comparto mucho la medicina occidental. La Piache es la que cura, la que aleja los males, la que predice sueños, y son por lo general mujeres.

Desde muy pequeña salimos de la ranchería para ir a terminar el bachillerato a Maicao y en las vacaciones siempre íbamos a la comunidad. Los dos primeros años de la primaria los hice en Maracaibo, Venezuela, luego me trasladé a Maicao en el Liceo Latinoamericano donde terminé mi primaria y bachillerato. Este colegio no era ni católico, ni bilingüe. Yo entré a la primaria a los 5 años y terminé el bachillerato a los 17 en el año 1994. Yo en el colegio nunca tuve un rechazo y tampoco me sentí discriminada ni por mis compañeros, ni por mis profesores. Además de los colegios católicos, desde 1991, con la nueva Constitución, fueron establecidos los primeros Colegios Bilingües en la comunidad. Actualmente existen estos colegios pero nada más llegan hasta segundo y tercero de primaria, entonces les toca a estos niños salir de sus comunidades para poder terminar su primaria y por eso les toca desplazarse a los municipios, o a las ciudades donde generalmente les toca estudiar en internados, que son de curas. Los Papás Wayuu lo que quieren es que sus hijos aprendan, se eduquen, sepan leer y escribir, sin desconocer que uno pertenece a una cultura y que uno tiene sus ancestros y que viene siguiendo una tradición.

Después de terminar el bachillerato es que comencé mi formación en el proceso indígena, mis deseos de conocer acerca de la situación del indígena en el país y al mismo tiempo trabajé en la Guajira de forma independiente, comercializando con productos del mar. Como en el año 1996, entré de lleno en el



proceso y movimiento indígena, entonces me dije quiero estudiar en una universidad, quiero prepararme, quiero ayudar a mi gente y se me presentó la oportunidad en Bogotá. Decidí venirme a Bogotá porque es la capital y uno aprende muchas cosas viviendo en ella, además su cultura en cierta forma es muy buena, le enseñan y lo concientizan a uno que tiene que leer, participar, conocer e investigar. Aquí se forma uno muy bien y le dan ganas a uno de seguir estudiando, aprendiendo, luchando. Además aquí en Bogotá no discriminan, aquí con los indígenas hay una relación muy buena, entre cachaco e indígena.

Yo escogí mi carrera porque Maicao era la vitrina comercial de la Costa norte, entonces muchas familias trabajan con el comercio, el cual mucha gente le llama contrabando, pero yo le llamo intercambio comercial. Entonces, yo decía, algún día yo quisiera ayudar a la gente de Maicao, pues es donde está el comercio, una de las fuentes de sobrevivencia de la región. Entonces, cuando vine a Bogotá tenía dos carreras en la mente, Economía o Comercio Exterior, pero viendo la situación en Maicao y por ayudar a la gente, me incliné más por los Negocios Internacionales que va muy relacionado con lo que sucede en Maicao. Entonces, yo me vine para Bogotá en 1998, solo para estudiar. Primero averigüé en 3 universidades por Comercio Exterior, revisé los pensum, hice una comparación, y me incliné más por la CUN, pues el pensum era más técnico y esa fue la que elegí. Cuando yo entré pude hacerlo con convenio de media beca, pero exigían un promedio muy alto, entonces cuando pase al segundo semestre, automáticamente perdí el convenio; de ahí en adelante hasta terminar mi carrera, lo continuaron pagando mis Padres. Nunca he solicitado las becas del fondo Álvaro Ulcue, para evitarme los trámites y los problemas que tiene el programa.

Cuando yo entré tenía muchas expectativas referente a mi carrera, para ser comerciante, negociante, hacer importaciones y exportaciones, ayudar a mi comunidad en Maicao, pero después cuando ya iba culminando mi universidad y me encontraba más involucrada en el proceso indígena, me di cuenta que lo que había estudiado no era lo mío, porque me he dado cuenta que lo mío es el indigenismo, lo que tiene que ver con el movimiento indígena, por eso es que siempre he estado relacionada con este tema e incluso mi tesis de grado es relacionada con los indígenas, mi tesis trata sobre el impacto del ALCA en los pueblos indígenas de Colombia. Mi carrera es una base para ayudar en cierta forma a los indígenas, pero no creo que ejerciéndola pueda ayudarles de la forma que yo quiero. Mi carrera dura 3 años; académicamente ya terminé todas las materias y ahora estoy haciendo la tesis pues en julio me toca presentar y sustentar, pues en septiembre es mi grado. Entré en el 98 a estudiar mi carrera y en el 2002 terminé materias, pero un semestre no estudié y otro semestre fue de práctica académica que exige la universidad y el resto del tiempo lo he utilizado para la investigación de mi tesis. La práctica la hice en la ONIC en donde realicé una cartilla que le explicaba a los indígenas qué era el ALCA, y cómo los afectaba y a la vez participé en muchos eventos que realizó la ONIC.

La relación con mis compañeros y profesores dentro de la universidad fue muy buena, siento que aquí quieren mucho a los indígenas, creo que somos más discriminados en nuestro territorio. Siempre llamé la atención entre todos porque usaba mis mantas y a la gente le gustaba que yo les hablara sobre mi cultura. Desde el primer semestre y hasta que terminé fui la única indígena y la única costeña. Cuando estaba fuera de la universidad me la pasaba en la ONIC y llegué a tener muchos conocidos ahí. Además, también me iba a las casas de mis compañeros, hacíamos fiestas y charlábamos. Conocí muchos lugares, y mi amistad con mis compañeros de universidad funcionó porque yo los complacía a ellos y ellos me complacían a mí, por ejemplo, con la música en las fiestas siempre había un momento en que me ponían mi vallenato. A mí me gusta mucho el vallenato, aunque aquí aprendí a escuchar otra clase de música como el rock en español que también me gusta. En cuanto a la comida me sigue gustando mucho mi chivo por lo general intento cocinar la comida de la Guajira, claro que aquí en Bogotá aprendí a comer muchas verduras.

La universidad tiene un valor muy grande para mí porque yo he aprendido muchas cosas, es un orgullo para mis Papás y mi familia y para la comunidad. Yo recomiendo a las mujeres de mi comunidad que estudien en la universidad, pues la mujer en la comunidad solo se dedica a hacer sus oficios, y sus artesanías, pero cuando salen a una ciudad, no conocen nada, y fácilmente son engañadas. Porque

cuando uno estudia, investiga, lee y se prepara, uno tiene mas herramientas para defenderse en la vida. Yo recomendaría que las universidades que no tienen ningún convenio para los estudiantes indígenas crearan algunos planes de ayuda para que ellos puedan ingresar a las universidades, no solo de Bogotá, sino en otras regiones del país. Por ejemplo, en Maicao que es una zona donde se maneja el comercio, no hay una carrera universitaria relacionada con este tema, entonces toca venirse a Bogotá y hay muchos indígenas que se devuelven porque no logran adaptarse al cambio. Entonces, sería bueno que además de los convenios en beneficio de los indígenas, las universidades regionales abrieran mas carreras que brinden mas posibilidades para que el indígena no tenga que salir de su región.

Cuando llegué a Bogotá en el 98 para quedarme a estudiar, viví un semestre con unas amigas de la Guajira, en un apartamento en Villas de Granada, ellas me enseñaron a orientarme en la ciudad. Me tocaba madrugar, me enfermaba mucho me daba mucha gripa, entonces decidí mudarme mas cerca a ciudad Berrá y ahí viví como tres meses. Después viví con una prima mía en un apartamento y nos vinimos luego acá al centro donde hemos vivido hasta ahora. Yo escogí vivir en la Candelaria porque la universidad esta cerca, no me toca pagar transporte y podía ahorrarme esa plata, también porque la ONIC me queda cerca y las bibliotecas, en realidad todo esta cerca aquí. En este apartamento estoy desde el mes de febrero y después vinieron a hacerme compañía dos compañeras Wayuu que son las niñas con las que vivo ahora, a las cuales conozco desde hace muchos años. Nuestra convivencia ha sido muy buena, somos unidas, y nos ayudamos mutuamente. Mi familia sigue apoyándome económicamente. Sin embargo, yo trabajé una vez en el Senado, yo era asistente 1, trabajé como cuatro meses, llevaba la agenda del Senador el cual era indígena y lo conocía. Fue un contrato por cierto tiempo.

Cuando llegué a Bogotá fue un impacto tanto en el clima, la comida y en la relación con las personas, a mi me tocó cambiar no culturalmente, sino en mi personalidad, sobre todo en el trato con las personas, porque uno tiene una forma de ser muy distinta a la de por aquí. Así que al principio tuve mucho roce con la gente, por ejemplo, con mi timbre de voz que era muy alto, entonces cuando yo estaba en la universidad explicando o exponiendo, o simplemente hablando, todo el mundo me decía: “habla mas pasito”, entonces yo comencé a chocar con esos comentarios, pero después me di cuenta que uno tiene muchas veces que cambiar muchas cosas, pues ya uno va creciendo y madurando. Ese cambio fue positivo y me sirvió mucho, pues era muy grosera, no me podían mirar porque yo ya quería pelear y después si me miraban feo ya hasta me reía. Sin embargo, me hacía mucha falta mi familia, mi gente y me sentía muy sola, me deprimía mucho, lloraba mucho, y a toda hora quería estar llamando a mi Mamá. Pero lo pude superar en parte porque mis amigas me ayudaron a estar entretenida, para que no me deprimiera. Aunque de todas maneras sigo extrañando mucho a mi familia, mi comida, el sol, el calor de la Guajira y a mis amigas.

Aquí en Bogotá he madurado bastante, he cambiado para bien algunas cosas de mi personalidad, por ejemplo, ahora me gusta estar leyendo investigando, participando, conociendo, entonces ya he dejado a un lado la rumba, la recocha, el desorden, las cosas que no traen ningún beneficio. No he cambiado con respecto a mi parte cultural, pues yo sigo siendo india, no me da pena ponerme mis atuendos, no me avergüenzo de ser Wayuu, me sigue gustando el vallenato. Acá en Bogotá me he vuelto mas autónoma e independiente en mis cosas. Yo antes era mas rebelde y aquí aprendí a no ser grosera. Esta ciudad me ha enseñado que tengo que aprender, leer, estudiar, investigar, que hay que salir adelante. Yo he conocido muchas indígenas aquí, que están estudiando, ayudando a la comunidad y que no desconocen la cultura de donde vienen. Mientras que hay otras que yo digo que las perdimos, porque se olvidan que son indígenas, no usan las mantas, no quieren volver a la comunidad, pierden su identidad, no quieren hablar su lengua, se someten totalmente a la sociedad Bogotana. Yo aquí en Bogotá sigo sintiéndome orgullosa de ser Wayuu, me sigo vistiendo como en la Guajira con mis mantas, y a veces si me dicen cosas como que salí en pijama, entonces yo les digo que no sean ignorantes, que lo que yo llevo puesto es una manta, que yo soy una indígena y que ese es mi atuendo. No uso pantalones descaderados, no me maquillo y si me ha tocado adelgazar a sido porque me estaba haciendo daño para mi salud y no por los medios o por la moda, porque a mi eso no me interesa. A mi me gusta escuchar las noticias y cuando quiero

actualizarme más sobre el proceso indígena voy a la ONIC y allá me documento, mientras que cuando uno está en la comunidad se desactualiza un poco.

Al vivir acá en Bogotá me he dado cuenta que esta ciudad y la comunidad son mundos totalmente diferentes. En la comunidad, se respira aire puro, hay mucha tranquilidad; los Wayuu viven para sus hijos y los hijos para sus padres, trabajando en sus cultivos, con sus artesanías, cuidando a sus animales. En Bogotá, la gente está pendiente del último carro y el último grito de la moda, aquí miran más con un pensamiento occidental, con un pensamiento gringo o europeo, les gusta investigar más sobre ellos que de sus propias comunidades indígenas. Con respecto a mi comunidad, yo he visto que a pesar de que uno les quiera ayudar, ellos mismos no se dejan. Muchos Wayuu se someten a la voluntad de los blancos, aunque ahora ya la gente está abriendo los ojos y sabe como es la situación. En estos momentos lo más preocupante es el conflicto que hay con los paramilitares que se están metiendo a nuestros territorios.

Por el momento no quiero casarme, ni formar una familia, porque siento que todavía me falta estudiar otro poquito. A penas termine mis estudios en Bogotá, yo me devuelvo a la Guajira. Con otras compañeras Wayuu ya organizamos una fundación para niños indígenas, que se llama Torash Tepiche, que quiere decir: por una niñez indígena feliz, entonces como ellas al igual que yo, ya estamos terminando nuestros estudios universitarios, vamos a empezar a trabajar de lleno en la comunidad. Lo que queremos es trabajar con los niños indígenas en el área de la salud, de la educación, de la nutrición. Yo no creo que vaya a tener problemas cuando me devuelva a trabajar en la comunidad, pues allá me conocen y saben que yo estoy estudiando para después ayudarles. Cuando voy les explico muchas cosas sobre la situación de las comunidades indígenas en nuestro país y les digo que piensa el gobierno. En cierta parte yo me he mantenido en contacto con la comunidad. Además de trabajar para mi comunidad también estoy buscando la posibilidad de conseguir una beca con las Naciones Unidas para hacer una especialización en Derechos Humanos.

### **7. “Soy una mujer que quiere trabajar para el bien de su comunidad”**

Mi nombre es Angélica Chindoy, tengo 25 años y vengo del Valle de Sibundoy. Somos 10 hermanos, 6 mujeres y 4 hombres, de los cuales yo soy la menor. Soy una persona paciente, cariñosa, un poco tímida y responsable en lo que me propongo y si tengo problemas trato de solucionarlos como sea. Me gusta ayudar mucho a la gente. Yo no me considero una persona malgeniada, a mí me gusta escuchar a la gente y conocerla. A mí me gusta tomar las cosas con calma, analizándolas de forma responsable, siempre estoy pendiente de mi familia. Soy una mujer que le gusta hacer bien su trabajo. He recibido muchas recompensas en mi vida, como mi familia, el estudio y mi trabajo. Me considero una mujer Kaméntsá porque no he perdido mis valores como indígena, así yo sea profesional, sigo teniendo mis conocimientos sobre mi cultura. Soy una mujer que quiere trabajar para el bien de su comunidad y quiere seguir aprendiendo más cosas sobre su cultura. Para mí una mujer debe ser luchadora, buena madre, buena trabajadora, ser fiel, responsable, cariñosa, amorosa y siempre debe estar tratando de superarse, buscando la forma de salir adelante, sin importar los obstáculos que se le presenten. Por eso, admiro a las mujeres que luchan por sus ideales, que se dan a la gente, que logran alcanzar sus metas y llegan muy alto, pero conservando su forma de ser y sin olvidar a su gente, y a su comunidad. Para mí una familia debe estar constituida, por el Papá y la Mamá, porque el afecto, la compañía y las enseñanzas de las dos personas son importantes. Por la situación económica actual, me gustaría tener dos o tres hijos máximo, pues me parece muy triste tener solo uno, quizás porque yo he estado acostumbrada a mi familia que es bastante grande y unida. También me parece importante compartir con los abuelos, los tíos, los primos, los sobrinos o sea lo que llamamos la familia extensa, para mantener las alianzas y la colaboración entre los miembros de la familia. Así mismo, me parece que una sociedad funcionaría mejor si hubiera más unión, más solidaridad y ayuda colectiva. Sería bueno volver al trueque en vez de seguir con el intercambio de dinero, pues así se valoraría más el trabajo que hacen los demás.

Con respecto a mi formación como persona, desde niña mi Mamá me ha contado en lengua muchas historias de nuestra cultura. Ella nos enseñó a tejer a mis hermanas y a mí, a realizar las labores del hogar y de la chagra, así como nos transmitió el conocimiento sobre las plantas medicinales. Mi Papá por su lado, le enseñó a mis hermanos sobre la agricultura, la cría de animales y la fabricación de instrumentos musicales, sin embargo ellos no se interesaron en perfeccionar la técnica. Mi Mamá es artesana y por eso siempre me ha llamado la atención el tejido, además, ella cuando tejía nos contaba historias y uno aprendía mucho sobre nuestra cultura. Mi Mamá teje sayos o ruanas, bolsos, fajas para coronas y cinturones, manillas, ceñidores para el traje de los hombres. Yo por mi parte, tejo sayos y fajas, lo grave era que a uno en la comunidad le tocaba estudiar mucho y no le quedaba tiempo para aprender a tejer otras cosas. Yo por ser la última de mis hermanos, no realicé las mismas labores que ellos, si sabía como se hacían, pero no tenía que realizarlas. A mi me gustaba tejer y acompañar a mi Mamá a coger frijol y choclo, me gustaba mucho ir a cosechar, también le ayudaba en la cocina. En realidad yo me dedicaba a jugar y estudiar, porque mis hermanos me cuidaban mucho para que me fuera bien en mis estudios.

Cuando uno estaba pequeño jugaba con los niños sin ninguna restricción, pero ya de grande le aconsejaban a uno no ser loco, no dar mucha confianza y no tener hijos tan rápido. Mis Papás siempre nos han inculcado primero estudiar y luego pensar en casarnos. Mis hermanas cuentan que con ellas mi Mamá era muy restrictiva en las relaciones con los hombres, conmigo fue más flexible. Anteriormente, si me hubieran visto a mi conversando con un hombre, me hubiera tenido que casar con él, incluso en épocas pasadas obligaban a las personas a casarse, pues los padres eran los que arreglaban el matrimonio; ese fue el caso de mis Papás que le tocó casarse por acuerdo entre los padres de ellos. En las mingas y en el carnaval se encuentran mujeres con hombres y terminan creándose parejas que incluso llegan a casarse. Ahora hay más libertad de elección, los matrimonios no son obligatorios, sino que las personas se casan por lo católico o simplemente viven juntos. Cuando uno se va a casar se mezcla lo católico con nuestra tradición Kamëntsa, por ejemplo, antes de casarse en la Iglesia, el hombre debe ir a pedir la mano de la novia a los Papás de ella, como a las dos de la mañana y si aceptan, se celebra con chicha, se acuerda la fecha de matrimonio y se buscan a los padrinos. Ya en el día de la boda, se celebra con mucha comida, porque para nosotros la comida es muy importante y se le da mucho valor en nuestra cultura. El matrimonio simboliza el compartir, por eso se comparte con todo el mundo la comida y la bebida, por ejemplo, se pasa el recipiente con el caldo con huevos y todos se sirven de ahí, lo mismo sucede con las carnes y con la chicha. Después de comer se baila la música tradicional, pero como estamos cerca del Ecuador también se pone música de allá. No solo en el matrimonio, sino en otras celebraciones, como la primera comunión, los cumpleaños o en fechas importantes, se lleva a cabo el mismo estilo de celebración. Si yo llegara a casarme me gustaría hacerlo con un Kamëntsa que pensara como yo y además me gustaría que me casara el gobernador de mi comunidad y que todo fuera muy tradicional.

En la comunidad, las expectativas de matrimonio y de conformar una familia cambian, porque antes las familias eran muy extensas y ahora uno quiere tener solo un hijo y no diez. Yo por ejemplo, quisiera tener tres hijos nada más, pues uno ya mira la situación económica y laboral y dependiendo de eso decide si es conveniente tener un hijo. Pero si yo me hubiera quedado en la comunidad y no me hubiera venido a estudiar, yo creo que ya me hubiera casado y hubiera tenido mis hijos, por ejemplo, el novio que yo tuve allá pensaba en que nos casáramos y tuviéramos un hijo antes de yo venirme a estudiar, porque haya eso es normal, pero siempre tuve presente que primero tenía que estudiar. Antes no se pensaba así si a uno le tocaba casarse, pues lo hacía, en cambio ahora en este mundo intercultural son otras cosas las que se piensan. Las relaciones de pareja si varían aquí en Bogotá, por ejemplo, en la comunidad se da mucho que el hombre visite a la mujer en la casa de ella y si uno va a salir con su pareja, el hombre debe ir y pedirle permiso a los Papás de la novia. En cambio, en Bogotá, uno tiene más libertad nadie le está diciendo a uno que debe hacer. Sin embargo, en las residencias femeninas donde yo viví los amigos hombres y los novios no podían entrar a los cuartos a visitarlo a uno. Además una señora que coordinaba la disciplina, si se daba cuenta que uno no había pedido permiso para salir y llegar tarde, le mandaba un memorando y en ese sentido era muy controlado; uno tenía que pedir permiso y decir a donde iba y dejar

un teléfono. Por otro lado, la relación de amistad que uno puede tener con los hombres aquí en Bogotá no tiene el mismo grado de confianza que en la comunidad, donde uno comparte más cosas y conoce mejor a la persona. En Bogotá, uno está prevenido, porque uno no sabe con quien está tratado.

Las mujeres, por lo general, dentro de la comunidad, se han dedicado al cuidado del hogar, de los niños y de la chagra, pero cuando es necesario y el marido no aporta para el sustento del hogar, la mujer tiene que salir al jornal a trabajar y muchas veces le toca hacer ambos papeles, el de Madre y el de Padre. Las mujeres también se desenvuelven como parteras y solo después de los 40 o 50 años, cuando ya no tienen más el periodo pueden dedicarse a curar enfermedades, antes no, porque por el periodo están imposibilitadas. Mientras los hombres se dedican a los trabajos pesados que implican fuerzan, como cortar leña, construir la casa, cortar la hierba para los animales y abrir los huecos de la chagra. Los Taitas, por ejemplo, son hombres por lo general, sin embargo, ser médico tradicional es un don que tienen solo algunas personas que se dan cuenta que lo tienen por medio del yajé. Taita no solamente se le dice al médico tradicional, sino también a personas que han hecho cosas importantes, como a los gobernadores o líderes tradicionales.

Las cosas han cambiado, por ejemplo esta el caso de mis hermanos que se han casado y han construido su familia y por el hecho de que sean hombres no quiere decir que no vayan a barrer, a lavar o a cuidar a los niños. La mujer, por su parte, además de seguir a cargo del cuidado del hogar y de los niños, también trabaja asalariadamente, no solo porque el hombre no le ayude, sino porque ella quiere hacerlo por el bienestar de su familia. Además, la mujer también trabaja dentro de la comunidad por el bienestar de sus habitantes, por ejemplo, mi Mamá, trabaja en la comunidad como maestra cultural, realizando actividades para rescatar la cultura, a veces le paga algo el Cabildo, pero ella lo hace voluntariamente, como una forma de ayudar a la comunidad. La mujer también esta incursionando en el Cabildo, pues antes, ese era un espacio exclusivamente de los hombres y aunque hasta el momento ninguna ha quedado de Gobernadora, si ha habido candidatas e incluso algunas mujeres han llegado a ser Alguaciles. Muchas de las labores las realizan hombres y mujeres al tiempo, por ejemplo, en la chagra el hombre se encarga de las tareas que requieren de fuerza, como levantar la tierra, mientras la mujer va sembrando o recogiendo los frutos. Hubo un tiempo en que existieron organizaciones de mujeres, incluso mi Mamá fue presidenta, eso era con el INCORA y ellas tenían una empresa de ganado, de cría de cerdos y de cultivos, pero después de un tiempo se acabó la organización. En la comunidad, hay mujeres universitarias que se han podido ubicar en la comunidad para trabajar por la gente indígena, yo conozco el caso de una antropóloga indígena de la Universidad Nacional y ella trabaja con una EPS. Mis hermanas que también estudiaron en la universidad también han trabajado con indígenas del Bajo Putumayo. Actualmente, en mi comunidad, han salido más mujeres que hombres a estudiar en las universidades, porque antes solo los hombres eran los que se iban a capacitarse. Ahora la mujer ha empezado a salir y se ha abierto otros espacios, ya han empezado a reconocer a la mujer y a integrarla más en los trabajos, por ejemplo, antes en el Cabildo los cargos y las reuniones eran solo para los hombres, porque la mujer era muy callada y muy hogareña, pero ahora la mujer se ha vuelto líder en la comunidad. Ahora hay grupos de hombres y mujeres que se reúnen para recuperar la cuadrilla que es un sistema de trabajo como las mingas. Las mingas son encuentros donde algunos miembros de la comunidad, tanto hombres como mujeres, se reúnen para prestar su ayuda en la realización de algún trabajo, por ejemplo, cuando se daña un puente, en la construcción de una casa o en una siembra de maíz o fríjol. Al final la forma de pago es brindar mote, chicha de maíz, carnes de pollo, puerco y de vaca, a las personas que colaboraron. Generalmente las mingas son para compartir y prestarse ayuda entre los miembros de la comunidad. Ahora se habla de “minga de ideas”, que se refiere a encuentros para compartir vivencias y costumbres en la comunidad.

La fiesta más grande para nosotros es el Carnaval o Clestrinÿe, en lengua materna, que es como el 31 de diciembre para ustedes y se realiza en febrero, el lunes antes del miércoles de ceniza y tiene su influencia religiosa, antes se festejaba en otra fecha, pero los Sacerdotes en esa época dijeron: “estos indígenas se desordenan mucho, toman mucho, entonces cambiémosle la fecha y como son tan

católicos, ellos tienen que obedecer", entonces la idea de ellos fue que la gente tuviera el día lunes y martes para celebrar el carnaval y el miércoles de ceniza para ir a la misa. El Carnaval es una fiesta importantísima para nosotros, es el encuentro de un nuevo año para agradecer todos los favores recibidos de la familia y de la tierra, es un reencuentro de la comunidad para perdonarse, para reconciliarse si están mal. Todo el mundo baila, canta esta alegre, lloran y se perdonan, todo esto es una ceremonia grandísima y la idea es compartir con la familia, con los vecinos, con los amigos, con la comunidad, con el cabildo y con la iglesia. Mi Mamá cuenta que antiguamente se usaba el cacho que es un instrumento que se soplaban para invitar a las personas a participar de la fiesta, y todos bailaban, comían y gozaban juntos, ahora ha cambiado en el sentido en que se realiza un desfile desde la vereda Sagrado Corazón de Jesús, que queda como a media hora caminando desde el municipio de Sibundoy, donde se inicia la fiesta. La vereda del Sagrado Corazón es un sitio muy central donde se reúnen, a las 9:00am, las personas de todas las veredas. Se crea un orden de salida para dar inicio al desfile, primero el cabildo, después las instituciones educativas, después los hogares comunitarios, y por último la comunidad. Todos van bailando, cantando, y tocando los instrumentos musicales. Dentro del desfile hay tres personajes importantísimos que son los Saraguayes, los San Juanes y los Matachines. Los San Juanes son los que van a hacer el rito del degollamiento del gallo, son personas que se visten de una manera muy brusca, con ropa vieja, con un palo de madera y máscaras chistosas que están sacando la lengua, lo cual simboliza la burla. Los Saraguayes se visten más bonito, de traje blanco, con una pañoleta roja y un sombrero lleno de espejos; siempre tratando de recordar la parte de la conquista, ya que los españoles le daban a los indígenas espejos a cambio de oro y artesanías. El sombrero es hecho de icopor, se le colocan espejitos y alrededor cosas amarillas que simbolizan el oro que los indígenas intercambiaron por distintos objetos.

El matachín es el que inicia el desfile tocando una campanita, ellos se visten muy bonito, con un traje y una máscara muy especiales. El desfile llega hasta Sibundoy, suben por una calle del cabildo y llegan a la Iglesia donde se celebra una misa. A las 9:00am se reúne la gente en el Sagrado Corazón, a las 11:00am empiezan a caminar con el desfile y cuando llegan a la Iglesia como a la 1:00pm se da inicio a la misa. Allí el Sacerdote da su sermón iniciando la misa con unas palabras en Kamëntsa, las lecturas las hacen de la Biblia que está traducida a nuestra lengua. El Padre resalta lo malo que es tomar en exceso y habla del significado que para nosotros tiene el Carnaval, de lo importante que es el perdón y la reconciliación. Después, hay un momento en que la comunidad Kamëntsa toca la música tradicional con los instrumentos que lleva cada miembro. Al final de la misa habla el Gobernador aconsejando e invitando a la comunidad a una comida en el cabildo. Allí siempre hay misa, en el carnaval o cuando se posesiona el gobernador, el día de los difuntos o en cualquier fecha conmemorativa. Después se sale de la Iglesia, se saluda a todas las autoridades, al Padre, al Gobernador, a los Alguaciles. Hay un momento en el cual uno se saluda con unas flores que se echan en la cabeza para desear que la persona viva muchos años; antiguamente se usaba una flor llamada en lengua materna Clestrinÿe y por eso el carnaval tenía el mismo nombre. Ahora se acostumbra hacer lo mismo pero con otras flores, porque el Clestrinÿe ya no se consigue. El recorrido continúa hasta una cruz que se encuentra ubicada en el centro del parque y con ella se recuerda la historia del Señor de Sibundoy que es transmitida de generación en generación. Mi Mamá me contó esa historia, ella me decía que en tiempos pasados apareció una persona desconocida vestida con la ruana, las chaquiras y la corona y tocaba una música lindísima y cuando todos estaban trabajando en el cabildo, se dejaron llevar por la música tan linda que los atraía y siguieron el sonido en medio de las totoras, que son unas yerbas grandísimas, y encontraron a una persona que les habló en lengua y que según mi Mamá era El Señor o sea Dios, o en lengua materna Bëngbe Bëtsa. Entonces, la comunidad lo encerró en el cabildo para que les siguiera contando sus enseñanzas, pero él a cada rato se escapaba y finalmente no regresó y en su lugar encontraron una cruz que representa al Señor de Sibundoy y en honor a él, se construyó la cruz que se encuentra en el centro del parque de Sibundoy. Mi Mamá cuenta que El Señor de Sibundoy trajo la música y los instrumentos a la celebración del carnaval. Esta es una historia muy conocida y respetada en la comunidad. Mi Mamá me cuenta que la cruz que se encontraron se halla en la Iglesia de Cristo Rey en Pasto. Para mí esta historia tiene

contradicciones y mucha influencia de la Iglesia Católica, pues lo que aconteció con la persona que desapareció que le contaron a mi Mamá, si debe haber sucedido, pero que esta persona fuera Dios, para mi fue una invención del catolicismo.

Alrededor de la cruz del Señor de Sibundoy, la gente del desfile se arrodilla para agradecer en lenguaje ceremonial a los ancestros, a Dios, a la tierra y a la luna. Después los adultos mayores se piden perdón entre ellos por las ofensas, mientras nosotros los jóvenes bailamos porque no conocemos bien el lenguaje ceremonial en que ellos hablan. Además los jóvenes solo conocen superficialmente el significado del Carnaval, solo saben que es el día del perdón y de resto se la pasan bailando, cantando y comiendo, pero los adultos mayores si conocen bien la historia del carnaval y valoran mucho su celebración. El recorrido se sigue hasta la alcaldía y se saluda al alcalde, se continúa hasta el cabildo y el Gobernador y los Alguaciles tienen que pedirse perdón entre ellos, mientras la gente come, baila, canta y toca los instrumentos. Después la gente se reúne en una especie de castillo, como lo llama la gente, que queda al lado del cabildo, ese castillo lo preparan 15 días antes los alguaciles y consiste en seis varas fuertes sobre las cuales se eleva un tejido en palma y en la parte alta, cuelgan a un gallo y los San Juanes son los que se encargan de arrancarle la cabeza al gallo. Esta práctica tiene dos sentidos, para la religión católica, cuando le arrancan la cabeza al gallo simboliza el momento en que le cortaron la cabeza a San Juan Bautista y para los Kamëntsas, representa como ellos le hubieran querido arrancar la cabeza a los españoles cuando vinieron a quitarles todo, la cultura, las tierras, las posesiones; por eso es muy apreciado el San Juan que logre arrancarle la cabeza al gallo y cuando lo logra le dan la mejor comida y se forma mucha algarabía y la gente se pone muy contenta. Hacen una danza con unos bastones que tiene el sentido de defender la tierra y ellos van diciendo: “aquí estamos y aquí nos quedamos, cualquier cosa que nos hagan no va a lograr que nos vayamos de aquí”, entonces los saraguayes sacan la cabeza con sus mascarás de burla como en forma de desafío. Después las personas siguen visitando al alcalde mayor, a los alguaciles mayores y menores y a las casa de algunas familias de Sibundoy y a todas las partes a donde vas te ofrecen comida y bebida. El Carnaval sigue hasta el otro día, incluso dura a veces una semana.

En Sibundoy se da el caso de que existen escuelas bilingües, pero los Papás que son indígenas prefieren mandar a sus hijos a escuelas formales, porque ellos plantean que los profesores indígenas no están bien preparados. La Etnoeducación en la comunidad, se empezó a implementar desde 1978, con las escuelas bilingües que en un principio se limitaban a traducir pero no a enseñar las cosas de nuestra cultura; pero ahora enseñan la lengua materna y cosas de artesanías, pero todavía falta reforzar mucho esa parte, pues la educación no se aprende únicamente en una escuela sino que también es importante la educación en el hogar. Ahora la gente quiere rescatar la cultura y en los últimos años yo he visto que a estas escuelas bilingües van más estudiantes. Sin embargo, cuando los niños terminan su primaria en las escuelas, los Papás prefieren enviarlos a los colegios tradicionales, como los católicos y las Normales, porque en los colegios bilingües los profesores no están lo suficientemente preparados, entonces los niños salen muy flojos en conocimientos occidentales y fuertes en nuestra cultura. Los profesores al ver esa problemática empezaron a profesionalizarse, pero desde mi punto de vista el problema esta en que se especializaron en licenciatura en Educación Religiosa, solo para subir el escalafón, sin tener en cuenta que debían reforzar ciertas áreas como la biología, las matemáticas, la física o la química. Ese también es un aspecto muy criticado allá, pues la gente se pregunta cómo va a subir el nivel académico de los colegios si todos los profesores se especializan en educación religiosa únicamente. Aun así, se puede decir que ahora hay más variedad de profesores, porque se han puesto en la tarea de reubicar a la gente, pues había profesores que trabajaban en las escuelas bilingües y que tenían su título de Licenciatura en Biología y que fueron trasladados a los colegios por tener mejor nivel académico. También se da el caso de personas, no indígenas, que intentan enseñar en los colegios bilingües, pero la comunidad no los ha dejado pues ellos prefieren que sus profesores sean nativos.

Antes que llegara la etnoeducación a la comunidad e incluso antes de que llegaran las misiones religiosas, mis Papás cuentan que no había ninguna presión para ir a la escuela, sino que todo lo que se

aprendía era en la casa, por ejemplo, a tallar, a tejer, a trabajar la chagra, lo que a la persona le gustara hacer lo hacía. Mientras que en el momento en que empezaron a llegar los capuchinos se instauraron los internados y los empezaron a obligar a estudiar, les prohibieron usar el traje y a hablar la lengua porque creían que se burlaban o tenían comunicación con el diablo y cuenta mi Mamá que los que podían se escapaban y se escondían en unas ollas de barro grandes. Mi Papá estudió en un internado hasta quinto de primaria y a mi Mamá también la metieron en un internado y le ponían un camisón grande para que no se colocara el traje, ella cuenta que tuvo una infancia muy dura a raíz de la muerte de su Mamá y por eso solo estudio hasta cuarto de primaria. Mis Papás a pesar de tantas restricciones que imponía la Iglesia Católica, siempre han conservado la tradición Kamëntsa y han intentado transmitirnos sus conocimientos culturales a nosotros. Sin embargo, la Iglesia católica siempre ha penetrado mucho en la comunidad, sobre todo en la religión. Los Kamëntsas somos muy católicos y eso a perjudicado mucho la cultura, mi Mamá, por ejemplo, es muy católica y yo también lo soy, aunque no soy fanática, ni voy a la Iglesia todo el tiempo. La religión Kamëntsa se ha perdido mucho por tanta influencia católica, al igual que muchas costumbres que se tenían. Sin embargo, cuando yo hablo con mis Papás, ellos me cuentan algunas cosas de nuestra cultura que ya no se realizan, por ejemplo, ellos le cuentan a uno que en luna llena hay que irse a bañar al río a ciertas horas para no ser tan perezoso o cuando a uno le llega la menstruación toca cuidarse mucho con ciertas plantas y no ir a la chagra porque se pueden dañar los cultivos, porque uno en ese momento esta soltando todo lo malo que tiene adentro, entonces si uno toca una mata le esta pasando cosas malas y por eso se daña. Yo no tuve que estudiar como interna, porque los colegios quedaban cerca de mi casa. Primero estudié en la escuela María Auxiliadora hasta cuarto de primaria y después pase a hacer quinto de primaria hasta graduarme de bachillerato en la Normal Superior de Sibundoy que era un colegio de monjas. Desde quinto de primaria dejé de vivir en Sibundoy y empecé a vivir en San Francisco dentro del Valle de Sibundoy. En 1997, cuando tenía 18 años me gradué del colegio como Maestra Bachiller. En la Normal había muchas restricciones, las monjas eran muy estrictas, por ejemplo, con la puntualidad y con el uniforme que debía estar siempre limpio. Yo estudié con otras tres compañeras indígenas y a ellas les daba mucha pena decir que eran indígenas y yo creo que eso tiene que ver mucho con la educación que uno recibe de la familia. En mi casa, por ejemplo, siempre nos han inculcado diferentes aspectos de nuestra cultura y yo nunca me he sentido avergonzada de ser indígena, al contrario me siento muy orgullosa de serlo. Con el resto de mis compañeros no tuve problemas, yo no me sentí discriminada, aunque siempre habían comentarios molestos como “mucha india”. La gente que no es indígena en realidad es muy racista allá en el Putumayo. Con mis profesores y con las monjas no tuve problemas, yo creo que en la época que me tocó estudiar, ellas ya tenían otra visión y valoraban más la cultura indígena. Siempre que habían actos culturales nos llamaban para que presentáramos nuestras danzas; lo cual fue muy diferente para mis Papás, ya que en los internados de esa época no valoraban nuestra cultura y entre otras cosas les prohibían hablar la lengua. El colegio me sirvió mucho en la parte pedagógica, por lo que uno salía como maestro, esa formación de docente me sirvió bastante, incluso trabajé como maestra durante algún tiempo.

Mientras yo cursaba once le llegó al Cabildo de Sibundoy un fax diciendo que había una convocatoria para la Universidad de los Andes y como ese año el Cabildo estaba castigado por la Universidad Nacional y no le habían llegado formularios, yo decidí participar en la convocatoria de los Andes. Solo se podía escoger un representante de cada colegio de Sibundoy y allá hay como 8 colegios y yo conté con suerte de ser la que mejor puntaje tenía en la Normal Superior, entonces yo fui seleccionada para ir a Bogotá. En 1997, yo todavía estaba en once y me llamaron para que fuera a Bogotá, yo pedí permiso en el colegio y me vine con todos mis papeles, pero sin ninguna expectativa, yo me sentía como de paseo. De la comunidad Kamëntsa vinimos nueve personas y al llegar a la Universidad de los Andes, me di cuenta que habían seleccionado a 230 personas a nivel nacional, para de ahí seleccionar a los que iban a entrar. Nos hicieron varias pruebas, entre ellas un ensayo y diferentes preguntas sobre cultura general. Después de eso yo me devolví a Sibundoy y llegué a mi casa lo más de contenta porque me había gustado la universidad. Pasó un mes y llegaron los resultados y yo había sido la seleccionada del



Valle de Sibundoy, yo no lo podía creer, todo el mundo me felicitaba. En ese informe que llegó avisaban que yo ya tenía que viajar la otra semana y para esa fecha yo no había acabado el bachillerato, porque me faltaba hacer un mes de práctica de docente, entonces yo hablé con mis profesores y las directivas del colegio y me tocó hacer un trabajo para graduarme, sin necesidad de hacer la práctica. Todo se arregló y me tocó venirme a Bogotá en mayo de 1997, para empezar el semestre en agosto. En esos tres meses teníamos que hacer un curso de nivelación las personas que habíamos sido seleccionadas, porque la universidad era muy dura y ese curso nos iba a ayudar para adaptarnos al ritmo académico. Uno si venía un poquito bajito de nivel académico, pero el curso fue muy corto, era un curso que lo nivelaban a uno en matemática, español, inglés y en sistemas. La idea era que si uno perdía ese curso de nivelación lo echaban y uno no podía ingresar, entonces a uno lo evaluaban con notas, era como empezar a tomar el ritmo de cómo calificaban acá.

Cuando me encontraba haciendo el curso de nivelación, tenía que decidir qué quería estudiar. A mí me interesaba el campo de la salud, porque siempre he pensando en algo que le sirva a la comunidad y lo único que había en la Universidad de los Andes en salud era Microbiología y aunque no era lo que yo precisamente quería, era lo único que había. Pasé el curso de nivelación y entré a la universidad en agosto de 1997 a estudiar Microbiología. Yo ingresé a través del Programa de Oportunidades de la Universidad, que consistía en un préstamo beca, nos pagaban la matrícula y nos daban de sostenimiento unos \$300.000 pesos y con eso uno pagaba el arriendo, las fotocopias y la comida. Además, este Programa contaba con un grupo de apoyo, donde le daban a uno monitorias y uno contaba con la ayuda de la psicóloga Ana Milena Gómez que era como la Mamá de nosotros, ella siempre estaba pendiente de lo que nos ocurría. Además de la ayuda del Programa de Oportunidades, yo también recibía ayuda de una beca del Fondo Álvaro Ulcué, eso hacía posible que me entrara un dinero para pagar el préstamo de la matrícula. Al terminar el primer semestre, me dieron el primer desembolso del Fondo que era de \$ 600.000.00 y a su vez yo lo usaba para ir cancelando el préstamo. Al principio nos dieron el dinero cada semestre pero en los últimos años de mi carrera lo daban anualmente. Para conservar la beca tocaba no perder ningún semestre, llevar un certificado de estudio y hacer trabajo social en la comunidad durante las vacaciones con una constancia del gobernador de la comunidad de que se realizó este trabajo y un informe detallado de lo hecho durante este tiempo. Y si el Ministerio del Interior aprobaba los papeles, los mandaba al Ictex y de esa manera nos daban de nuevo la beca. Yo recibí esta beca hasta el último semestre de mi carrera.

Cuando yo llegué a Bogotá me dio durísimo, pero la ventaja que yo tuve era que yo tenía acá a mis hermanos, mi hermano estudiaba en la Universidad Nacional y mi hermana estaba haciendo una maestría en el Instituto Caro y Cuervo. Ellos dos eran un apoyo para mí, por ejemplo, mi hermano que estudiaba en la Nacional, me ayudaba con precálculo, que fue lo más duro, porque nos colocaban unos ejercicios muy difíciles que nos tocaba incluso trasnochar. Apenas llegué a Bogotá viví en las residencias de la Universidad Nacional con mi hermano y de allá salía todos los días para la Universidad de los Andes. En las residencias me encontré con varias personas que habíamos quedado seleccionados para entrar a los Andes. Ahí fue que conocí a mi amiga de la comunidad Pasto, ella también había quedado seleccionada del departamento de Nariño para estudiar en los Andes y también tenía un hermano que estudiaba en la Nacional. Me acuerdo que en el primer semestre me tocaba ver cálculo, biología general, química y laboratorio, materias en general muy pesadas. Cuando entré a estudiar a los Andes empecé a vivir en las Residencias Femeninas del Ministerio de Educación porque mi hermana vivía también ahí. El primer semestre las materias eran durísimas, pero no perdí ninguna, casi todas eran en inglés y yo no manejaba mucho ese idioma, pero mi hermana me ayudó bastante, porque ella estudiaba lenguas. Las compañeras que tuve en ese primer semestre también me ayudaron bastante con las cosas que yo no entendía, como los ejercicios de química. Yo veía que a pesar de mi esfuerzo yo no sentía que estaba en lo mío, yo no veía como podía ayudar a mi comunidad con la microbiología, entonces ya para la mitad del semestre quería cambiarme de carrera hacia el área de la humanidades. Fui con la decana de Ciencias Sociales, para presentarme a Antropología y de una me aceptaron. Desde ahí empezaron los cambios

para mí. Con la Antropología yo sentía que podía ayudar a mi comunidad que se encontraba en crisis en la parte cultural; además yo pensaba que me podía ir bien al yo saber muchas cosas sobre mi comunidad.

Finalmente, entré a estudiar Antropología en el segundo semestre de 1998 y también fue duro, sobre todo las materias de Arqueología, también tuve dificultades con el inglés, con las lecturas complejas y con la redacción de ensayos. Al principio, como no conocía a nadie fue muy duro, porque en esta universidad se trabaja muy independiente, le enseñan a uno a trabajar solo y son pocas las veces que uno trabaja en grupo. Afortunadamente algunos estudiantes me colaboraban con lo que yo no entendía, sobre todo con las traducciones de los textos en inglés, pero la gente es muy apática en la universidad, sobre todo las personas de acá de Bogotá me parece que son más frías y prevenidas para hablar, mientras la gente que viene de otros lados es más abierta, en mi caso yo tengo más amigos de otras regiones, que de Bogotá. Con los profesores en Antropología me la llevaba bien, ellos eran muy atentos y amables conmigo, incluso me recomendaban textos en español para que no tuviera problemas con el inglés y cuando no los encontraba los mandaba a traducir o me sentaba juiciosa con un diccionario. El primer semestre no fue tan duro como el segundo, porque yo contaba con la ayuda de mis hermanos, pero cuando ellos se fueron ahí sí que me tocó pesado. Después que mis hermanos acabaron sus estudios y se fueron de Bogotá, yo me quedé sola viviendo en las Residencias Femeninas del Ministerio del Interior, ahí vivía con niñas de diferentes partes de Colombia, con las que compartía la misma situación que yo estaba viviendo, de estudiar, vivir alejadas de la familia y tener que mantenemos solas. En las residencias me fue muy bien, tenía una médica, que nos hacía exámenes cada año, una psicóloga, para lo que se nos ofreciera y entre las compañeras nos ayudábamos mutuamente, incluso si teníamos problemas económicos, que en algunas ocasiones los tuve, nos tratábamos de ayudar entre nosotras con lo que podíamos reunir.

Mientras estudiaba, mi familia siempre estuvo pendiente de mi bienestar y me mandaban frutas y comida, pero en cuanto al dinero era difícil, porque la situación económica de mi familia no era muy buena en ese tiempo, por eso yo trataba de vivir con lo que me daba la universidad, el Fondo Álvaro Ulcue y si no me alcanzaba con préstamos de amigos; para no tener que molestar a mi familia. Yo siempre me mantenía en contacto con mi familia, ellos siempre se preocupaban por mí, pues sabían que era la primera vez que yo estaba lejos de ellos, además de estar viviendo sola en una ciudad como Bogotá. El apoyo de mi familia fue fundamental, porque cuando yo me sentía mal o me daba mucha tristeza por estar sola y separada de ellos, hablaba por teléfono con mis Papás y mis hermanos y ellos me daban fuerzas para seguir, me animaban para que yo continuara estudiando. Es duro mientras uno se acostumbra al ritmo que exige el estudio, porque a veces me tocaba trasnochar y aun así no alcanzaba a leer los textos muy abstractos y difíciles de entender. Además, yo extrañaba mucho a mi familia, porque hay momentos en los que uno esta solo y hay otros en los que no se puede ir a la comunidad. También extrañaba a mis amigos y los encuentros de la comunidad, como el carnaval. Pero con el tiempo uno se va acostumbrando a vivir en Bogotá, tratando de superarse y buscando ayuda donde se pueda. El ritmo de la universidad es muy pesado, cuando uno está en el colegio es más flexible todo, mientras que ya en la universidad todo es más exigente. Además en los Andes podía tener problemas porque si me iba una semana para el carnaval de Sibundoy, corría el riesgo de perder algunas materias y para mí es muy importante ir haya en esas fechas, es como la celebración del 31 de diciembre para ustedes. Los profesores de antropología siempre me daban permiso y nunca tuve problemas con ellos, pero en otras materias como estadística a los profesores no les gustaba la idea de que yo faltara por una semana y me tocaba quedarme.

Además de las dificultades académicas y económicas, cuando llegué a Bogotá si tuve inconvenientes con la comida, porque por lo general yo me la pasaba comiendo por fuera hamburguesas o pizzas y a veces me caía pesado. En las residencias le hacían a uno exámenes médicos anuales y apenas llegué a Bogotá estaba sana, pero al año siguiente que me revisaron la enfermera me dio los resultados y me dijo: “Angélica lo que usted tiene es todo un zoológico”. Me la pasaba con parásitos a causa de lo que comía y siempre me mandaban remedios, pero yo no me los tomaba, sino que esperaba y cada vez que podía

viajar a la comunidad, aprovechaba para purgarme o tomaba yajé para limpiar mi organismo. También me daban aquí en Bogotá muchas gripas que me duraban varios días y uno no podía estudiar, ni rendir bien académicamente. Incluso de la preocupación de no alcanzar a terminar los trabajos o a leer las lecturas me daba hasta fiebre de la angustia. La inseguridad también fue un problema para mí, porque en la comunidad uno vive muy tranquilo, en cambio en Bogotá siempre hay que estar pendiente de que no lo roben a uno. Vivir en Bogotá fue muy difícil, siempre había algún inconveniente económico y en la universidad la carga era muy pesada y uno tenía que cumplir como fuera, a pesar de las dificultades que se le presentaban, no había ningún tipo de consideración si uno se enfermaba o tenía algún problema, siempre tocaba rendir bien, sin importar lo que pasara. En la universidad fue de mucha ayuda para mí haber conocido a mi amiga de toda la carrera que es indígena Pasto, pues tratábamos de ayudarnos siempre en lo que fuera. También me sirvió la ayuda que me prestaron algunos compañeros cuando no entendía alguna cosa. Mi amistad con las muchachas de las residencias también fue un apoyo, sobre todo con las que se quedaban como yo, durante las vacaciones en Bogotá, pues siempre tratábamos de hacer algo juntas, íbamos a Monserrate, caminábamos por la séptima, cocinábamos juntas, íbamos a cine, a jugar básquet, siempre nos inventábamos algo. También me relacioné mucho los primeros semestres con los Kamëntsas de la Universidad Nacional, con ellos jugábamos micro-fútbol y en general cuando tenía tiempo libre además de hacer deporte con mis amigos, también iba a fiestas de cumpleaños con ellos y ahí bailábamos, comíamos y charlábamos. Ellos siempre se mantenían en contacto conmigo y me invitaban a hacer diferentes cosas, por ejemplo, nos reuníamos a hacer almuerzos, a celebrar el día del amor y la amistad y el día de la madre a las compañeras que ya tenían hijos. Mis amigos eran sobre todo Kamëntsas y de otras regiones del país, también tenía amigos de aquí de Bogotá que conocí en la Universidad de los Andes, ellos me invitaban a hacer cosas, pero yo no salía con ellos porque no tenía confianza, sin embargo, muy pocas veces en los últimos semestres iba a paseos con ellos, a fiestas, o simplemente hablábamos y ellos me preguntaban muchas cosas sobre mi comunidad y yo les contaba sobre mi vida solo si sentía la suficiente confianza para hacerlo. Tuve la oportunidad de conocer las fiestas de Bogotá y me di cuenta que se hacen en pequeños grupos y no se comparte entre todos, mientras en las fiestas allá en Sibundoy se comparte la chicha, el trago y la comida entre todos los invitados.

Sería bueno que en la universidad los estudiantes indígenas pudiéramos compartir nuestro conocimiento en diferentes áreas, para que así se pudiera dar un intercambio de saberes. También sería importante que la universidad ayudara a vincular a los estudiantes no solo con las comunidades indígenas, sino con las diferentes regiones del país, pues a partir del contacto directo con las personas se pueden comprender muchas situaciones y aprender muchas cosas. También me parecería importante que reabrieran el Programa de Oportunidades pero con otras políticas con respecto al pago de la deuda, pues es preferible que fuera una beca completa y si no se puede que por lo menos se condone con trabajo social el préstamo. Ese tipo de convenios son una gran ayuda para la población indígena, porque la gente de la comunidad no tiene plata para pagar una universidad y un sostenimiento en Bogotá. Para mis Papás y para mí tiene mucho valor el estudiar en la universidad, porque me estoy formando, puedo tener otras oportunidades de trabajo, además de ayudar con mi conocimiento a la comunidad y también para no depender de nadie. A la gente que estudia en la universidad la identifican muy fácil en la comunidad e incluso puede darse el caso que lo vean a uno mal en la comunidad, porque ellos dicen que uno va empezar a imponerles otra visión, porque viene con otra mentalidad. Aunque también hay personas que se fijan en los estudiantes que se han mantenido en contacto con la comunidad para tenerlos en cuenta para algún proyecto o trabajo. Nosotros como estudiantes indígenas queremos ayudar a la comunidad e intentamos hacerlo incluso antes de graduarnos, por ejemplo, mientras estudiamos, cada semestre en junio o en diciembre tenemos una práctica de trabajo social donde nos reunimos Kamëntsas de diferentes universidades y hacemos un trabajo social en la comunidad y de esa manera seguimos en contacto con nuestra gente. A mí me parece importante que la gente estudie, pero sin olvidar de donde vienen y quienes son, porque cuando uno estudia con un propósito uno puede retribuir ese conocimiento de alguna manera. Además me parece que si los hombres y mujeres de la comunidad se siguen quedando allá sin

capacitarse puede ocurrir que se vuelva a la etapa de colonización, en la cual no se sabía nada. La educación es un arma de defensa que hay que saber usar para el bien de la comunidad. Yo pienso que las comunidades indígenas deben empezar a prepararse, porque somos minoría y tenemos que estar actualizados en todo sentido.

Además de lo que viví en la universidad, el estar en Bogotá me ha enseñado muchas cosas, yo valoré más a mi familia y me dieron ganas de compartir más con ellos y de aprender más de sus conocimientos, porque yo siento que todavía me faltan mas cosas por conocer sobre mi cultura. Aprendí a relacionarme más con la gente, a hablar, a compartir y aprender de los demás. Me volví más segura de mi misma, menos tímida, mas independiente, porque yo todo el tiempo he vivido con mis Papás y mis hermanos y por eso el cambio fue duro al principio, pero después me sirvió para volverme más independiente, más responsable en la vida, con el dinero, a distribuir mejor el tiempo; empecé a pensar más en mi futuro. Cuando uno viene de la comunidad es más reservado y uno acá aprende a ser más amplio con la gente, al conocer otros puntos de vista. Yo he dejado mi timidez, por tantas experiencias que he tenido con las personas. Uno en la comunidad es más calmado, tiene más paciencia, en cambio uno acá aprende a hacer las cosas mas rápido para que le alcance el día, uno aprende a distribuir mejor el tiempo. Con respecto a mi cultura pienso que aquí en Bogotá se reafirman cosas, porque cuando uno tiene las cosas cerca no les encuentra mucho valor, pero cuando uno está lejos siente más ganas de investigar, porque a veces con el hecho de estar viviendo en la comunidad, parece ser que uno lo sabe todo, pero no es verdad, cuando uno sale se da cuenta que todavía le faltan muchas cosas por aprender y uno empieza a valorar más lo que tiene. El haber venido a Bogotá ha sido una de las grandes experiencias que he tenido, pues me ha servido para mi formación, no solo profesional, sino como persona para volverme mas segura, autónoma e independiente, para defenderme por mi misma. A uno le empiezan a hacer falta cosas de Bogotá cuando regresa a la comunidad, como el acceso rápido y por más tiempo de Internet o como ir a exposiciones, a cine, a conciertos, a teatro; mejor dicho, en Bogotá se tiene más variedad de cosas para hacer.

En Bogotá uno tiene más acceso a los medios de comunicación, por ejemplo, con respecto al cine, en Sibundoy si una persona tiene TV Cable puede ver sus películas, en cambio aquí en Bogota si hay plata, uno puede verse las películas en las salas de cine, a mi me gusta mucho ir a cine cuando tengo tiempo para hacerlo. En Bogotá se encuentran más productos para elegir, hay más variedad de música para escuchar y para comprar. Lo mismo ocurre con la ropa, hay mucha variedad, además uno se vuelve marquista, porque si uno no compra la ropa en cierto lugar, le sale mala, entonces me tocaba ir a las tiendas de Azúcar o de Bosi. Lo que si he visto, es que muchas de mis compañeras indígenas se visten según la moda. Allá en residencias, por ejemplo, se preocupaban mucho por adelgazar, pues se acomplejaban mucho por sus figuras y de tantas cosas que ellas comentaban y hacían al respecto, yo como que ya me empecé a preocupar. Ellas por ejemplo, no comían tanto, se hacían masajes o hacían ejercicio. Yo aquí en Bogotá nunca he tendido a adelgazar sino a engordar, porque aquí la mayoría del tiempo uno se la pasa sentado, en cambio allá en Sibundoy uno si camina. Tanto en Bogotá como en la comunidad yo siempre he sido muy fresca para vestirme y a mi nunca me ha gustado maquillarme, acá en Bogotá si me he vestido más formal en algunas ocasiones, por ejemplo, si había una exposición en la universidad de los Andes y uno se tenia que vestir elegante, entonces mis compañeras me prestaban ropa. Muchas veces me ponía a pensar en las combinaciones de la ropa, por ejemplo, que la blusa me combinara con los jeans y los zapatos y yo antes no le ponía atención a esas cosas. Con respecto a otras mujeres Kamëntsas que yo he visto, que cuando llegan a Bogotá, si cambian, hay unas que se pintan el cabello y se ponen otro tipo de collares y aretes, otras que empiezan a hablar diferente y hay otras muy influenciadas en su forma de vestir, ya que antes se vestían muy informales con jeans y camiseta y ahora se visten mas elegantes.

En Bogotá, también aprendí a escuchar todo tipo de música, pero me sigue gustando la música que oía en Sibundoy que era sobretodo música andina, aunque también escuchaba algunas canciones de salsa o vallenato. También me gustaba ir con mis amigas de las residencias a visitar pueblitos cercanos a

Bogotá. También me he dado cuenta que cuando uno está fuera de la comunidad, uno analiza más cosas sobre ella, yo siempre he pensado que se está perdiendo la cultura y que hay que rescatarla, entonces uno empieza a pensar en mecanismos que puedan ayudar a solucionar ese problema. En Enero de este año hubo una reunión en el cabildo de Sibundoy, en la que se habló de la pérdida de la cultura y yo conté mi experiencia como estudiante contándoles que a muchos les pasa que salen de la comunidad y no saben nada sobre su cultura y que vienen a valorarla es cuando ya no se encuentran en ella; entonces yo planteé que era importante que se empezara a trabajar la parte cultural con los jóvenes. Actualmente, la comunidad si se preocupa por la parte cultural, pero no hacen nada al respecto, ni siquiera meten a sus hijos a los colegios bilingües, ni tampoco están reforzando los conocimientos culturales de los niños desde el hogar. Yo tengo compañeras kamëntsa a las que sus padres no les enseñaron ni la lengua, ni los aspectos culturales, por vergüenza o por el temor de que a sus hijas las fueran a discriminar y por eso ellas no se identifican mucho con la cultura. Mientras, que mi caso es diferente, pues a pesar de que yo fui a una Escuela Normal de monjas y después fui a la universidad en Bogotá, yo se mi lengua y mis costumbres, porque dentro de mi familia, mis Papás me enseñaron todo lo que tenía que ver con mi cultura y gracias a ese conocimiento, yo me sigo identificando como una indígena kamëntsa. También he pensado mucho en el Cabildo, pues se está perdiendo mucho la autonomía de la comunidad, pues los candidatos a gobernadores ya empiezan es a hacer política, así como los blancos. Yo pienso que además de mejorar la preparación de los profesores indígenas, también se debe reforzar la educación que se imparte en la familia, así como también se deben abrir espacios culturales desde la comunidad y el cabildo también debe empezar a preocuparse por crear espacios que ayuden a la conservación de la cultura, porque si no se va a seguir perdiendo la cultura y de aquí a diez años, puede llegar a perderse la cultura totalmente. Por otro lado, el Cabildo, debería tener más control sobre las personas que quieren aspirar a los convenios de las universidades, porque muchas veces hay personas que no son indígenas y que se están beneficiando, porque han habido gobernadores que firman constancias que afirman la condición de indígenas a personas que no lo son y eso es un problema que no se ha resuelto. Dar una descripción de lo que es ser indígena es un problema muy complejo en esta época, uno para ser indígena tiene que tener como primera medida la conciencia de serlo, así hayas perdido la lengua por ciertas circunstancias, lo importante es identificarse con la cultura a la que se pertenece, tener conciencia de que se es indígena. Ahora con los beneficios que nos dan a las comunidades indígenas, pienso que también es muy importante identificarse con la lengua, yo se que algunas comunidades la han perdido, pero es importante recuperarla. El sentirse indígena también implica que te empieces a cuestionar y a valorar la cultura y a tratar de hacer cosas por recuperar lo que se ha perdido. Esa conciencia de ser indígena se empieza a formar desde que uno es pequeño, con lo que uno vive con la familia, con los mayores y con la comunidad. Es importante rescatar y valorar la lengua, porque en ella se puede ver la estructura de lo que estas pensando, ahí esta todo lo que quieres dar a conocer, el español entra a ser una forma de interpretación, porque nunca se va a poder hacer una traducción perfecta de una lengua, cualquiera que sea. Para mí lo importante es que los indígenas que han perdido la lengua y sus costumbres las recuperen. La lengua me parece a mí que si debería ser un requisito importante para identificarse uno como indígena. A pesar que la persona no se identifique a si misma como indígena, pero sus apellidos y su sangre es indígena, la persona sigue siendo indígena y en algún momento de su vida llegará a identificarse con su cultura.

Me gradué de la Universidad en marzo 15 del 2003. La tesis me la dirigió el profesor Roberto Pineda Camacho y la escribí en español y en Kamëntsa, el título era “Fortaleciendo la educación indígena kamëntsa a través del Tsombiach”. El Tsombiach es parecido a una cinta o a un cinturón tejido con hilos de diferentes de colores y cada dibujo tejido tiene un significado. Cuando yo me gradué yo fui a trabajar en la comunidad, me presente ante el Gobernador, le hice entrega de mi tesis tanto escrita como en video para los espacios culturales, y las escuelas, pero nunca obtuve apoyo del Cabildo, pues yo note que existían rivalidades políticas, pero a pesar de ello yo quiero trabajar allí por mi comunidad. En este momento hay una ventaja con el actual Gobernador, es una persona muy amplia con todos y esta dando

oportunidades a los estudiantes indígenas, el le dice a uno: “vengan vincúlense, trabajemos juntos” y antes de venirme para Bogotá yo quedé inscrita en un comité del cabildo para trabajar en el plan de vida de la comunidad, entonces la idea es que cuando yo me devuelva siga trabajando en este proyecto y así apoyarme en la condonación de mi deuda y yo a su vez dar todo lo que yo he aprendido. Cuando no recibí noticias del Cabildo para trabajar, mi hermana me dijo que necesitaba ayuda, porque estaba trabajando en Puerto Asís con una ONG como coordinadora del proyecto de reactivación de las lenguas indígenas y ella necesitaba un asistente. Después de dos semanas de estar con mi familia en Sibundoy, me fui a Puerto Asís para trabajar con mi hermana en la comunidad Inga. Yo le ayudé a escribir proyectos e informes. Yo tengo otra hermana que trabaja en Puerto Asís como profesora y ella mientras yo le ayudaba a mi otra hermana, mandó mi hoja de vida a la Secretaría de Educación y al otro día me llamaron para trabajar. Entonces me quedé en Puerto Asís para trabajar como docente y de esta manera poder ayudar económicamente a mis Papás. Yo trabajaba de lunes a viernes en una escuela que no era de indígenas, sino que había campesinos y blancos y también daba clases los sábados y a veces los domingos en un colegio privado semi-presencial a distancia, donde asistían en su mayoría adultos. En la escuela, uno puede hacer muchas cosas, porque son lugares muy abandonados, entonces yo daba clase en todas las áreas. Como sabían que yo era antropóloga abrieron una nueva clase que yo dictaba a los alumnos de sexto a once de bachillerato, que se llamaba Proyectos Comunitarios. El dinero que me ganaba lo usaba para ayudarle a mis Papás y como yo soy soltera y no tengo hijos y todavía no vivo sola, sino con mis Papás, entonces he podido ahorrar y con esa plata fue que pude venirme ahora para Bogotá.

Yo regresé a Bogotá en enero del 2004, después de que se me venció el contrato en diciembre con la escuela y el colegio y los alumnos entraron a vacaciones y ahora en marzo que van a volver a clases la gente quiere que vuelva a trabajar allá, pero por el momento no me puedo devolver, aunque quiera hacerlo, porque tengo que resolver primero lo de la deuda con la universidad. Pero cuando me devuelva tengo la posibilidad de volver a trabajar en el colegio y en la escuela de Puerto Asís o en lo del Plan de Vida de la comunidad en Sibundoy, porque mi ideal es trabajar en la comunidad, es vivir y morir allá. Me vine a Bogotá para participar en un curso que me invitaron sobre la elaboración de material pedagógico para la comunidad Kamëntsa y de paso vine a informarme acerca de mi situación financiera con la Universidad, pues en marzo se me vencía el plazo para el año de gracia que me daban referente al préstamo y ya me tocaba empezar a cancelar lo que debía. Lo que nos ofrecían a los indígenas en el Programa de Oportunidades era un préstamo beca y por eso ahora que ya me gradué me toca empezar a trabajar fuertemente para pagar la deuda de la matrícula. Entonces con mi compañera de la universidad, le presentamos una propuesta a la universidad donde se planteaba que nos condonaran la deuda según el tiempo de trabajo en la comunidad. La universidad lo pensó por un tiempo y finalmente aceptaron nuestra propuesta con los siguientes términos, por cada año de trabajo en la comunidad nos condonan un 25% de la deuda, por lo que en cuatro años de trabajo en la comunidad se puede llegar a saldar la deuda en su totalidad. Durante el tiempo que la Universidad revisó nuestra propuesta, me contacté con el Profesor Roberto Pineda Camacho quien me ofreció un trabajo para que le colaborara en un proyecto con el Cider, haciendo una auditoría para unos proyectos en las comunidades indígenas. El Director del proyecto solicitó mi hoja de vida y me contrataron por dos meses; empecé el 4 de marzo y terminé en mayo. Parte de mi trabajo era visitar comunidades indígenas que habían hecho proyectos para erradicar cultivos ilícitos; me tocó ir a visitar a la Comunidad Páez en el Cauca, a la Comunidad Nasa o Guambianos en el Huila, y a la Comunidad Inga en Ponte, Nariño. A medida que paso este tiempo me prolongaron por un mes más mi contrato de trabajo, hasta el 20 de junio. Después de que termine mi contrato de trabajo con el CIDER, aspiro regresar a mi comunidad para mirar como me vinculo con el trabajo que quiero realizar dentro de ella. Quiero también seguir estudiando y es probable que haya una posibilidad para hacer una especialización en la Universidad de los Andes mediante un convenio que existe entre el departamento de Economía de la misma y el BID, el cual se encarga de pagar la totalidad de la especialización; pero todavía no hay nada definido al respecto; por lo pronto en octubre voy a pasar los papeles para la convocatoria para ver si salgo elegida.

### 8. “Yo reparto mi vida entre mi negocio, mi hogar y mi trabajo”

Mi nombre es Lucero Ipuana, soy de la casta Ipuana, nací en Maicao y tengo 34 años. Yo me considero una mujer de compromiso, soy muy sincera y reservada con mis cosas, soy responsable, honesta y buena Mamá. Mis hijos son lo primero en mi vida, pues todo lo que hago es por ellos. Me considero una buena hermana y buena hija. Como profesional he desempeñado mis funciones con responsabilidad y respeto. Respecto a mi hogar me considero una buena mujer, yo respeto el compromiso que tengo con mi esposo y lo respeto mucho a él. La mujer indígena Wayuu yo la clasificaría en dos grupos: el primer grupo donde yo me incluiría son las mujeres de empuje, echadas para adelante, que trabajan sin descuidar su hogar. Que tienen dignidad, respeto y valor por sí mismas y por los demás, mujeres que no solamente hacen su papel de mujer, sino también realizan las labores del hombre. Hay otro grupo de mujeres con las que yo no estoy de acuerdo, las que se dejan manipular por sus esposos y solo viven en función de ellos, les permiten que las maltraten y que tengan otras mujeres y se matan trabajando para mantenerlos, mientras ellos no hacen nada. Yo, por ejemplo, me considero una mujer moderna, pues yo no me mato planchando, ni lavando, ni atendiendo a mi marido, lo atiendo de acuerdo a lo que yo considere que es necesario, porque para mí ser buena esposa no necesariamente quiere decir ser la sirvienta de la casa, así como tampoco comparto que mi marido tenga otras mujeres. Para mí la mujer debe ser responsable, debe tener ganas de salir adelante y que se respete y valore a sí misma y a los demás.

Somos nueve hermanos, 5 mujeres y 4 varones. Mis Papás son de la Alta Guajira, la tierra de donde son ellos se llama Juluwoy y Palashi. Ellos crecieron en esas tierras y cuando mataron a mi abuelito paterno, mi Papá se quedó solo a cargo de una familia grande, ellos eran nueve hermanos, donde habían cinco varones y cuatro mujeres. Mi Papá aunque no era el mayor de ellos, tomó la dirección de la familia, le tocó agarrar a sus hermanos y terminar de criarlos. Cuando mi Papá vio que era difícil la vida en la Alta Guajira, se vino para Maicao con mi Mamá y mis tíos, donde unos familiares. Cuando mis Papás llegaron a esas tierras mi Mamá venía embarazada conmigo, ahí fue que ella me tuvo. En esas tierras nacieron el resto de mis hermanos y todos crecimos ahí. Mi Papá creció en un ambiente diferente, relacionándose con las dos culturas, pues mi abuelo a pesar que tenía su casa en la Alta Guajira, tenía su negocio y tenía contacto con mucha gente de Barranquilla, Santa Marta y Venezuela que eran los que le abastecían de productos el depósito de víveres que él tenía. Mi Papá creció estudió solo hasta séptimo de bachillerato, debido a la muerte de mi abuelito. Yo crecí entre las dos culturas, la alijuna y la Wayuu y desde que yo tengo uso de razón siempre he sabido del español, tanto como del wayuunaiki. La crianza que nos dio mi Papá fue muy estricta, él es un hombre muy correcto y no le gusta que digamos mentiras, nos inculcó que debíamos ser responsables y respetuosos con los mayores. Yo digo que gracias a esa rigidez y a sus enseñanzas, mis hermanos y yo hemos logrado salir adelante. Mi mamá era todo lo contrario que mi Papá, ella era tranquila y no imponía su voluntad, ella siempre se dejaba llevar por lo que decía mi Papá, pues él siempre ha mandado en la casa.

En nuestra cultura la línea es matrilineal, o sea que la familia se conserva a través de la mujer o la madre, pero en mi caso particular nosotros siempre nos hemos criado, desde que tengo uso de razón, con la familia de mi Papá, pero eso no significa que ellos sean nuestra familia, porque nuestra familia es la familia por parte de mi Mamá y de todas maneras si llegara a pasar algún problema, seguro que ellos nos ayudarían. En el Wayuu predomina el linaje que se lleva por línea matrilineal. El linaje muestra tu origen, de qué familia vienes, es muy importante dentro de nuestra cultura, saber de dónde venimos. Si tu perteneces a una familia de bien, si tus abuelos fueron ricos, no importa que en el día de hoy tu seas pobre, porque tu llevas ese apellido, llevas la imagen de la familia de tus abuelos y de tus ancestros y por eso te van a respetar. Del linaje viene el respeto que te van a tener las demás personas. Pero si tu eres un Wayuu pobre y la gente no sabe de dónde vienes, seguro que te van a tratar mal.

En mi familia la educación fue diferente para mis hermanos varones, ellos ayudaban a mi Papá en la finca, ordeñaban, estaban pendientes de los chivos, hacían el queso y enlazaban los animales. Claro está que mi hermana la mayor, ella creció como un hombre, ella ordeñaba y estaba pendiente de los animales y nunca se metió a la cocina. En cambio a las mujeres mi Mamá nos enseñó a cocinar, a lavar y en general a hacer los oficios del hogar. Cada uno dentro de la casa tenía su función determinada, ya sea que la asignara mi Papá o mi Mamá. En la comunidad hombres y mujeres tienen oficios diferentes, claro está que se ve en la clase baja, que la mujer si trabaja, porque hay muchos hombres Wayuu que son flojos, holgazanes y vividores que no le ayudan a la mujer a sostener el hogar, entonces le toca a ella sola. En cambio mi Papá nunca puso a mi Mamá a trabajar, él siempre ha estado pendiente de la casa y nos ha sacado a todos adelante.

A los siete años, yo viví en Venezuela como un año, ahí intenté ingresar a un colegio, pero no me gustó, porque la educación es muy mala, nada más íbamos a comer. Mi papá al ver que yo no sabía absolutamente nada, me mandó para Santa Marta y ahí duré como seis meses. En Santa Marta tampoco tuve una estabilidad y de ahí me fui para Barranquilla, duré dos años, ahí hice primero y segundo, pero por problemas de familia regresé nuevamente a la Guajira y estando las cosas un poco calmadas ingresé al Internado Indígena San Antonio de Aremasai. Yo tenía 9 años cuando ingresé e hice hasta cuarto de primaria, ya iba a terminar quinto de primaria, pero por problemas familiares, nuevamente, mi Papá me sacó junto con mis otros hermanos y nos llevó para la finca. Mi Papá nos puso a mí y a mis hermanas en el internado para que aprendiéramos a ser mujeres, a leer y a escribir, para que pudiéramos ser alguien en la vida y tuviéramos la posibilidad de decidir qué camino tomar. Yo duré un año sin estudiar en la finca. En el internado la educación es estricta, nos levantábamos temprano y le asignaban a cada una un oficio como barrer el patio, así como en mi casa yo también tenía que ayudar con los oficios. Lo que no me gustaba era que lo obligaran a uno a rezar y a aceptar una religión que en realidad ellos no sabían si a uno le gustaba o no.

Durante ese año que duré en la finca yo me desarrollé a los 14 años. Somos cinco hermanas, pero la única que cumplió con todos los ritos, con toda la tradición y las costumbres, fui yo. Yo me acuerdo tanto, que mi Mamá se fue para la Alta Guajira con mi papá a un velorio y nos dejaron con una señora conocida. En la noche antes de acostarme, sentí como un cólico raro y al día siguiente me levanté y fui al baño y tenía la ropa interior manchada y cuando le comenté a la señora lo que me estaba pasando, me encerró en un cuarto, en contra de mi voluntad. Ese mismo día mi Mamá llegó con la abuela y me acostaron en un chinchorro a tres metro de altura, durante tres días. Yo me acuerdo tanto que no me dieron absolutamente nada de comer, solamente dos tomas, una era amarga de color rojo y no sabía absolutamente a nada y la segunda era como una cosa blanca que tampoco sabía a nada. El segundo día yo tenía un mareo impresionante, creía que me iba a desmayar y que me iba a morir. Al tercer día, mi Papá dijo que me bajarán del chinchorro, él mató dos ovejos y llegó mucha gente a comer. A las doce de la noche fue que me bajaron del chinchorro, yo estaba muy débil, me bañaron con agua fría y mi abuela me cortó el pelo, me quitaron unos areticos que yo cargaba y una cadenita de oro y se la dieron a mi abuelita y me pusieron ropa nueva. Me dieron chicha o mazamorra caliente y no podía comer nada de grasa. Al día siguiente, entró mi abuela y me dijo que yo estaba entrando en una etapa decisiva de mi vida y que tenía que aprender a ser mujer, a ser buena esposa, buena madre y que tenía que aprender a valorar lo que era un hogar. Que desde ese momento tenía que empezar a pensar bien las cosas y a actuar como una mujer de la cual nadie pudiera hablar mal. Al terminar mi abuela el conversatorio de consejos, mi Mamá me llevó bollo limpio con queso y unas tasita de leche cuajada y me dijo casi lo mismo que me dijo mi abuela, que no la defraudara, que yo ya era una persona diferente y que el día que me enamorara fuera de alguien que valiera la pena, que por el hecho de que yo me hubiera desarrollado, no significaba que yo iba a actuar como loca, que tenía que pensar bien las cosas. Mi Mamá también me platicó sobre los tejidos, duré quince días tratando de tejer pero nada que podía, poco a poco fui aprendiendo cómo era que se hacían las puntadas, pero en vez de hacer una mochila, lo que hice fue como una sombrilla. Duré seis meses encerrada y durante ese tiempo me sentí aburrída, yo lloraba todas las noches y no hallaba la



hora de poder salir. Me acuerdo que cuando salí, mi Mamá me puso a hacer un chinchorro y duré haciéndolo casi ocho meses y ese es el primer y único chinchorro que he hecho en mi vida, nunca jamás he vuelto a hacer un chinchorro. Cuando salí de mi encierro, mi Papá mató una novilla y mi Mamá otra vez me bañó como a las doce de la noche con agua fría y me puso ropa nueva. Al día siguiente, seguí con mi vida normal y decidí iniciar nuevamente mis estudios.

Me fui a Maicao para retomar mis estudios y conseguí un colegio llamado La Inmaculada Concepción para niñas, ahí hice mi quinto de primaria y me fue muy bien. Después, me pasé a un colegio que se llamaba (porque ya desapareció) Instituto José Antonio Galán y terminé en ese colegio todo mi bachillerato. Los colegios donde estudié no eran bilingües, pero se de colegios indígenas donde a los niños se les enseña la lengua, las costumbres y al mismo tiempo cómo enfrentarse a la vida occidental y a mi me parece bien que los niños aprendan a manejar las dos culturas. Todas las veces que nosotros salíamos de vacaciones, mi Papá nos llevaba para la finca y un día estando en la finca, mi Papá nos dejó solos a mi Mamá y mis hermanos, porque tenía que salir a comprar unas vacunas para los animales y ese día llegó un señor, que se presentó y dijo: “yo soy Pedro y vengo a buscar al señor de la casa, porque a mi me han hablado mucho de él y vengo a conocerlo, a decirle que soy vecino y vengo a presentarme y a ofrecerle mi ayuda”, yo le dije: “mi Papá en estos momentos no se encuentra, él está en Riohacha comprando unas vacunas, si gusta lo espera o sino viene mañana”, le dije que se sentara y le ofrecí tinto, mis papás siempre nos enseñaron que cuando llegaba una visita, fuera alijuna, Wayuu, rico o pobre, uno siempre los hace seguir y les ofrece una tasa de café o de lo que uno está comiendo en ese momento. El doctor Pedro me preguntó: “tu eres hija del señor de la casa” y yo le dije que si y él me dijo: “¿qué haces?” y yo le contesté que estaba estudiando noveno de bachillerato, entonces él me preguntó que yo qué pensaba hacer después de terminar el bachillerato y yo dije que quería ingresar a la universidad a estudiar Derecho, pero todavía no había decidido a dónde, le comenté que a mi me gustaba esa carrera, porque a mi Papá le gustaban las cuestiones políticas. Entonces Don Pedro me dijo: “sabes qué hija, cuando termines aquí está mi dirección, mi teléfono, me llamas y veremos qué podemos hacer”. Don Pedro siguió frecuentando la casa, se hizo muy amigo de mi Papá. Prácticamente, al doctor Pedro nosotros lo acogimos como de la familia.

Terminé mi bachillerato en diciembre de 1991 y a los tres días que yo me gradué fui a visitar al doctor Pedro con todos los papeles listos y acordamos con él encontramos en Bogotá para hacer las vueltas de la Universidad. Yo viajé en flota un siete de enero y llegué a Bogotá al día siguiente a las 8:00am. El doctor Pedro me estaba esperando, yo me bañé y me arreglé y a las 10:00am ya estábamos en la Universidad Libre hablando con el rector de la Universidad que en ese tiempo era el doctor Ramón Navarro Mojica que era amigo del doctor Pedro. Yo me presenté y le dije: “soy Lucero de la casta Ipuana y vengo para ver si hay la posibilidad de que yo estudie la carrera de Derecho en esta universidad” y el doctor Mojica me preguntó: “¿por qué quieres estudiar esa carrera?” y yo le respondí: “he decidido estudiar Derecho, porque me gustaría que lo que yo pueda aprender aquí en esta universidad, lo pueda aplicar a mi comunidad, ayudar a mi familia y más que todo defender los derechos de nosotros los Wayuu, pues siempre nos han maltratado, han hablado mal del indio y es por eso que yo quiero ser esa defensora de esos derechos que siempre nos han vulnerado”. Entonces él me dijo: “vaya a Decanatura, que le hagan una entrevista y si la pasa tendrá derecho a recibir un boleto de matrícula”. Pasé la entrevista y me matriculé y me dijeron que el 22 de enero tenía que entrar a la universidad para empezar la semana de inducción. Esa misma noche llamé a mi Papá para contarle que ya estaba matriculada en la Universidad. El 10 de enero viajé a la Guajira para organizar las cosas que iba a traer a Bogotá y para despedirme de mi familia y amigos. Yo ingresé a la Universidad el 22 de enero de 1992 cuando tenía 20 años. Cuando entré a la Universidad yo quería ser una persona independiente, quería trabajar, quería demostrar que yo era capaz de salir adelante por mis propios medios.

En la Universidad tuve un choque impresionante, porque de pronto aquí en la capital la educación es muy diferente a la de la Guajira; aquí a un niño en la primaria ya le están enseñando qué es la Constitución, mientras en la Guajira nunca se la enseñan. Cuando yo ingresé a primer año de Derecho

fue muy difícil acoplarme al ritmo de estudio que tienen los cachacos, tanto fue así que si yo no me hubiera puesto las pilas, hubiera perdido el primer año. Yo era la única indígena que estudiaba en la Universidad y algunos de mis compañeros me trataban mal, otros de pronto me tenían lástima, pero yo nunca le puse cuidado a eso, porque seguro que si le hubiera puesto cuidado, me hubiera vuelto loca o no hubiera seguido con mi carrera, gracias a Dios nada me acompleja. Yo siempre me digo a mí misma que puedo alcanzar lo que me propongo, siempre he tenido esa mentalidad. Nunca tuve problemas con los profesores, a ellos les gustaba que yo expusiera dentro de las clases sobre mi cultura, ellos siempre fueron buenos conmigo. Habían unos compañeros buena gente y otros que eran tremendos que me decían: “esa india es toda orgullosa, nunca nos cuenta sus problemas”, porque muchos compañeros contaban sus problemas y yo no lo hacía, porque siempre he pensado que los problemas de la casa se quedan en la casa, pues mi Papá siempre nos enseñó a ser discretos y prudentes. El peor problema que enfrenté fue la convivencia y también me era difícil presentarme en público, por ejemplo, si yo iba a hacer una exposición, lo primero que decían era: “vamos a ver que dice esta india”. Mi temor no era porque me dijeran india, sino de no poder hacer una buena exposición. Otra experiencia dura fue la época en que viví en unas residencias durante seis meses, ahí aprendí a valorar muchas cosas de mi casa. Cuando viví en las residencias universitarias pasé hambre y necesidad, además viví lo que es estar solo en una ciudad donde no conoces a nadie y donde si no tienes para comer tienes que aguantar hambre. Eso fue lo que me dio más fuerza para seguir adelante. Solo cuando estuve en las residencias la pasé mal, pero el resto de mi vida en Bogotá la he pasado bien hasta el momento.

En noviembre de 1997 recibí mi diploma de profesional al terminar el año académico en la Universidad. Después me fui para Maicao y mi Papá ya me había conseguido trabajo en una Inspección de Policía y al mismo tiempo me estaban ofreciendo trabajar en una Comisaría de Familia. Sin embargo, nunca entré a trabajar, porque decidí devolverme para Bogotá con mi esposo. Mi historia con él comenzó desde 1994, en esa época era un amigo y yo nunca pensé que llegara a ser el Papá de mis dos hijos. Él no es Wayuu es alijuna, nacido y criado en la Guajira pero él se ha criado dentro de la cultura Wayuu, es como un Wayuu adoptivo. Él habla y entiende el wayuunaiki y junto con él le enseñamos la lengua a los niños. Al regresar duré un año aquí en Bogotá preparando mi judicatura para obtener mi tarjeta profesional y en junio de 1999 obtuve la tarjeta. En agosto de ese mismo año tuve a mi primer hijo que tiene actualmente 5 años. Trabajé por cinco meses en la Honorable Cámara de Representantes, con un Honorable Representante a la Cámara, como Asistente 2 en la Unidad Legislativa UTL. Después, mientras llevaba trabajando siete meses en la UTL de un Honorable Senador y tenía unos meses de embarazo de mi segundo hijo, fui a cobrar mi cheque y me informaron que estaba suspendida, porque me habían declarado insubistente. Yo como estaba embarazada pasé un Derecho de Petición diciendo que cómo era posible que me sacaran estando embarazada y ellos al ver que no podían hacer eso, buscaron reintegrarme nuevamente.

Yo quedé sorprendida, porque ellos me consiguieron un puesto de planta y por ende ya no dependía del Senador de turno, sino que mi trabajo pertenecía directamente a la planta del Senado de la República. Me nombraron en Relatoría del Senado en noviembre de 1999 y este fue en realidad mi primer trabajo. Me tocaba asistir a las plenarias del Senado, levantar un acta, transcribir y corregir todo lo que ellos decían y esas son las Gacetas del Congreso. Además, tenía que cumplir con un horario de oficina al cual yo no estaba acostumbrada, sin embargo no me tomó por sorpresa y me pude acoplar y desempeñar muy bien mis funciones. En Relatoría duré 3 años y me gustó mucho el trabajo a pesar de que no me pagaban horas extras, a veces, me tocaba salir a la una, dos o tres de la mañana cuando había plenarias de Senado y hasta que se levantara la plenaria uno tenía derecho a irse a su casa. Además mis compañeros de trabajo me recibieron con tres piedras en la mano, pero a mí lo único que me importaba era seguir adelante y aprender, nunca tuve problemas con mi jefe que me decía: “Lucero tu eres rara, será porque eres india, porque tu llueva o truene, a ti no te importa y cumples con tu trabajo” y yo le decía: “yo vengo aquí a cumplir con mi trabajo, mis deberes y mis funciones, yo no vengo aquí a pelear o hacer mal ambiente”. Yo siempre he tratado de integrarme al grupo de la oficina, pero eso no quiere decir que por el hecho de

que yo me integre tenga que contarle mis problemas a los demás o criticar a otras personas, porque lo que yo siempre he tenido en cuenta es que mis problemas los dejo en la casa y los problemas de la oficina los dejo en la oficina, porque a la larga lo que a mi me pase nadie me lo va a resolver, sino yo misma y eso era lo que no le gustaba a mis compañeras de trabajo que me decían que era rara, porque yo no compartía mis problemas con ellas.

Pasados los tres años que trabajé en Relatoría, hablé con mi jefe para que me diera el visto bueno para pedir un traslado, sin embargo nunca lo hicieron mientras estuve en esa dependencia, solo cuando el cambió de cargo, yo le solicité a la jefe encargada el permiso para mi traslado, porque yo en esos momentos sentía que no estaba haciendo lo que quería, pues yo pensaba que si había estudiado Derecho, no era para matarme transcribiendo plenarias, porque eso no era lo que yo en realidad quería realizar. Solicité el traslado para Leyes del Senado, porque ahí se maneja todo lo jurídico y los trámites de leyes. Le mandé una carta al jefe de esa sección y me aceptó. En enero del 2003 me trasladaron de planta, a Leyes del Senado, como Asistente Legislativo, cargo que estoy desempeñando actualmente. Las funciones que realizo en este cargo son diversas, tengo que contestar derechos de petición, solicitudes de todas partes del país, solicitudes de la Corte Constitucional o el Tribunal Superior Administrativo; también contesto derechos de peticiones de particulares y solicitudes del Consejo de Estado. También trabajo con los trámites de las leyes, radico proyectos que presentan al Senado para que sean convertidos en leyes de la República. Con este trabajo si me siento satisfecha, porque siento que estoy aplicando lo que he estudiado, prácticamente estoy sintiendo que me estoy desarrollando como persona en esa dependencia. Me considero en estos momentos una mujer de suerte, porque para mi todo lo que me ha pasado en esta vida ha sido bueno; haber conocido al doctor Pedro en la Guajira que me ayudó a contactarme en Bogotá para estudiar; haber acabado mi carrera universitaria; haber conseguido el trabajo que quería en Bogotá y haber construido mi hogar aquí y a pesar de haber conseguido todo eso, no me olvido que yo soy una indígena wayuu. Yo cada diciembre voy a Maicao y visito a mi familia, además de llamar constantemente a mis Papás que son muy importantes para mi.

Además de mi trabajo y del de mi marido, nosotros hemos decidido tener otras puertas de entrada de ingresos, porque ya no somos la pareja, sino que tenemos dos hijos que necesitan vivir en buenas condiciones y recibir una buena educación. Entonces decidimos abrir un restaurante que ya tiene un año y siete meses de vida y se encuentra ubicado en la calle 8 con sexta, al frente de la Universidad Libre. El proyecto empezó con pequeñas dimensiones, pero después nos dimos cuenta que podía hacerse más grande, por lo que adquirí un crédito bancario y con ese dinero construimos nuestro restaurante llamado Kaipa que significa tierra donde nace el sol, kai en wayuunaiki es sol y pa es lugar, espacio. La clientela de Kaipa, por las relaciones en mi trabajo, son políticos, Senadores, Representantes de la Cámara. Tenemos variedad en el menú y manejamos como siete platos diarios, más la especialidad de la casa que es el chivo. A la gente le gusta mucho nuestro restaurante por la comida y el aseo. Kaipa es el lugar en el cual yo divido mi tiempo entre el trabajo y mi hogar, porque yo entro al Congreso las 8:30am y a las 12:30 del día vengo al restaurante, luego me devuelvo a mi trabajo y por la tarde llego a la casa para estar con mis hijos y mi marido. En el restaurante recibo la caja e inspecciono que todo salga bien. Reviso la cocina, la calidad de la comida, la presentación de las mesas y el aseo en general, porque lo que yo más exijo es la limpieza. Yo tengo cinco empleados acá, porque para mi Kaipa es la oportunidad para brindar trabajo, yo se que no es un gran negocio, pero alcanzo a darle trabajo a personas que lo necesitan.

Yo reparto mi vida entre mi negocio, mi hogar y mi trabajo, siendo cada uno de ellos, espacios independientes donde realizo diferentes funciones. Esto es muy pesado, porque está la carga y los problemas de la oficina, más los asuntos del restaurante y el cuidado de mi hogar, sin embargo yo soy una mujer de lucha que puede seguir enfrentando lo que se le presente. Al fin y al cabo mis Papás me dieron la oportunidad de estudiar y salir adelante y ahora se los estoy retribuyendo a ellos con todo lo que he construido en mi vida y también con la ayuda que le estoy prestando a dos de mis hermanos que se encuentran conmigo. Yo quisiera incluso ayudar más a nuestra etnia, pues yo me considero una persona de buenos sentimientos y así como a mi me dieron una oportunidad, yo también se las quiero dar a ellos.

Por ejemplo, en estos momentos tengo a dos Wayuu que trabajan en la cocina de Kaipa. Para mi es importante, primero generar empleo, segundo, ayudar a la gente y tercero lograr lo que me he propuesto en la vida. Mi hermana la mayor, es representante de un resguardo. Mi familia ha ayudado a crear este resguardo, duramos casi diez años para que el INCORA reconociera esas tierras como resguardo indígena y gracias a Dios lo logramos. Las comunidades que conforman ese resguardo nombraron a mi hermana como representante legal y yo desde aquí de Bogotá le presto asesoría en lo que ella necesite y yo lo hago porque mi objetivo es ayudar, más no por un interés económico.

Mi Mamá ha venido a Bogotá en dos oportunidades desde que tuve a los niños y se ha quedado unos meses conmigo y ella les habla a los niños en wayuunaiki y de esa manera van asimilando la lengua. Yo les he explicado a mis hijos que nosotros somos indígenas, que venimos de una cultura, que tenemos unas costumbres que debemos conservar y que están muy arraigadas a nosotros y a pesar de que ellos hayan nacido en Bogotá son Wayuu y deben aprender la lengua, porque hace parte de nuestra identidad, no es la tierra de donde son nuestros ancestros, sino que la lengua es la que nos identifica. Hay muchos indígenas aquí en Bogotá que no conocen su lengua, pero nosotros tenemos el privilegio de conocerla y hablarla. Porque yo me puedo vestir de manta, pero si no hablo la lengua, ni conozco mis costumbres, no soy Wayuu. Un indígena debe tener primero la lengua, segundo conocer sus costumbres, debe saber de donde viene, la vestimenta no es importante porque cualquiera se puede disfrazar, la tierra tampoco es un factor importante porque muchos Wayuus no viven en la Guajira. Ser indígena es conocer sus raíces y hablar su lengua, la cual es la vía para conocer nuestra cultura, pues es a través de la oralidad y de los conocimientos que se transmiten de generación en generación, que uno se forma como indígena.

De la comunidad extraño mi familia en el sentido que nosotros somos muy unidos, y por acá a pesar de que tengo a mi esposo, mis hijos y mis hermanos, pues me hacen falta mi Papá y mi Mamá. No extraño la comida, porque donde quiera que uno este si sabe prepararla la hace. Extraño el sol de la Guajira, la brisa y el calor, pues no me gusta la lluvia, ni el frío de Bogotá. Extraño la vida que tuve en mi infancia, el ir a la finca y compartir con mi Papá y mis hermanos, el levantarnos temprano, el ordeñar los animales. Extraño la tranquilidad, porque en Bogotá la vida es de mucho movimiento y tu desarrollas tu vida dentro de cuatro paredes y fuera de ahí eres solo un transeúnte; vas a lo que vas y punto, pero en La Costa es diferente, están los vecinos, las amigas y las familias que se visitan, se ve ese cariño, ese aprecio, la gente se saluda. Con respecto a la vestimenta no extraño mucho porque uso mi vestimenta en algunas ocasiones, no frecuentemente, porque el frío me da muy duro, pero si conservo muchas cosas de mis costumbres, dentro de mi restaurante tengo artesanías y vendo la comida típica Guajira. En el tiempo que llevo viviendo en Bogotá no he podido asimilar la figura de la familia cachaca. La familia Wayuu esta constituida por el marido, la mujer, los hijos, los tíos, los sobrinos y la familia de la Mamá. Mientras que para un alijuna la familia está compuesta por el marido, la mujer y los hijos. En Bogotá los hijos crecen, se casan y hacen una vida independiente a las de sus Papás y no hay un sentido de unión familiar tan arraigado como el nuestro.

Bogotá me ha dado la oportunidad de formarme como profesional, de tener un trabajo, de construir un hogar y de tener mi propio negocio. Aquí me he desarrollado como persona, porque estoy haciendo todo lo que he planeado en mi vida, pues Bogotá me ha abierto muchas puertas. Aquí tengo autonomía, pues de pronto si yo hubiera aceptado el trabajo en Maicao hubiera seguido bajo esa línea de hogar, bajo la mirada de mis Padres, mientras que con lo que he logrado construir en esta ciudad le he demostrado a ellos que he podido salir adelante y que pueden contar conmigo para lo que sea. Como persona sigo siendo la misma, seguiré siendo wayuu hasta el último momento de mi vida, conservaré mis costumbres.

Siempre he reflexionado sobre diferentes aspectos de mi comunidad, no me gustan, por ejemplo, los enfrentamientos que se generan por las disputas entre Wayuu, tampoco comparto que por el hecho de ser indio no se tenga educación, pues nosotros tenemos los mismos derechos que los demás de acceder a una buena educación. Tampoco estoy de acuerdo con algunas mujeres Wayuu que se dejan maltratar por los hombres, mientras ellos no trabajan y prefieren que la mujer tenga que matarse trabajando mientras ellos toman ron; para mí eso es degradarse como mujer, pues la lucha debe ser igual, la pareja debe ayudarse

mutuamente. No comparto que el hombre tenga más mujeres, me parece que lo que tendría con esa persona no sería un hogar. Los wayuu somos vengativos, a veces hay mucha intolerancia, se aplica el dicho “el que me la hace me la paga” y a mí me parece fundamental que en una sociedad haya convivencia. Además, me parece que hay muchas personas que interpretan mal el significado de la dote; yo digo que la dote es una forma de agradecer a la familia de esa persona por la crianza, por la educación que se le dio y para mí eso es muy bonito. A mí me parecería bueno que la persona con la que yo vivo le naciera de corazón darle algún regalo a mi Papá, como una forma de agradecerle por haberme criado, por haberme formado como una buena mujer. Por el hecho de que un hombre de algo por una mujer, no significa que él la compre.

Si me dieran la oportunidad de trabajar en la comunidad lo pensaría, por mis hijos pues ellos han crecido en Bogotá y tendría que pensar en trasladarme y vivir allá, y yo ya tengo una vida establecida acá. Desde que estoy en Bogotá he asesorando a mi hermana con respecto al Resguardo, entonces la comunidad ya me conoce, ellos saben que yo voy cada seis meses desde que estoy estudiando aquí en Bogotá y también saben que estudié una carrera que me puede servir para ayudarles a ellos cuando lo necesiten. Si llegara a trabajar allá en la comunidad, uno no es moneda de oro para caerle bien a todo el mundo, abran algunos a los que yo no les guste pero otros estarían satisfechos, porque sabrían que conmigo estarían bien orientados. Ellos me han visto crecer y yo no les soy indiferente, cuando voy de vacaciones yo me la paso con mi hermano en la Alcaldía y voy a supervisar la situación del Resguardo con mi hermana. Este Resguardo que ayudamos a crear con mi familia pertenece a Riohacha y se llama Resguardo Indígena de Autoridades Tradicionales Wayuu de Unapuchón, se creó hace 3 años, fue uno de los últimos que creó el INCORA antes de que esta Institución desapareciera. Ellos nos ven como unas personas que trabajamos por el bienestar de ellos, por consiguiente la comunidad sabe de dónde venimos y lo que estamos haciendo por ellos. Por el momento estoy bien en Bogotá y no pienso trasladarme a otro lugar, ya tengo mi vida formada aquí, estoy contenta con mi trabajo, mi negocio y mi hogar, quiero darles una buena educación a mis hijos para que sean hombres de bien y solo espero que nos sigan yendo bien en todos los aspectos de la vida. He pensado en seguir estudiando cuando me quede un tiempo, para hacer una especialización en Derecho Administrativo. Que Dios me dé muchas fuerzas para seguir adelante y para seguir ayudando a mi familia y a mi comunidad.

### **9. “Recuerdo mucho mi experiencia en la chagra”**

Mi nombre es Rocío Chicunque, tengo 26 años, vengo de la vereda San Felix perteneciente al resguardo de la parte plana del municipio de Sibundoy. Tengo 10 hermanos, 6 mujeres y 4 hombres. Soy una persona a la que le gusta trabajar, soy sencilla, me gusta luchar por lo que quiero, para alcanzar mis metas personales y también las de mi familia y mi comunidad, porque pienso mucho en ellos. Soy una indígena Kamëntsa, porque tengo mis apellidos indígenas, además conozco mi comunidad, me identifico con ella, sobre todo con la lengua. Sin embargo, que no se hable la lengua no quiere decir que no sea indígena, eso depende de los hechos que han ocurrido para que ese aspecto se perdiera, por ejemplo que en una familia se haya muerto la última persona que hablaba la lengua, entonces no pudieron transmitirla, pero aún así conservan sus tradiciones. Es más porque uno se identifica con la cultura, a pesar de que se han perdido muchas costumbres. Yo soy católica a mi manera, porque he criticado mucho esa religión. En mi comunidad, antes vivíamos en completa armonía y llegaron los Capuchinos a imponer la religión y pienso que eso no es así, no lo acepto, si llegan y explican y dejan que la población decida si quiere o no ser católico, eso es otra cosa y no solo a imponer sino a quitarnos nuestra cultura, nos cambiaron nuestra forma de pensar, nuestra lengua materna, nos obligaron a hablar el español y a educarnos religiosamente. Pienso que eso no lo debería hacer la religión católica, he visto que esa es la principal falla. Nos impusieron tantas cosas y hasta tomaron dominio de nuestras tierras. No solo la cuestión de la imposición, sino que los padres (sacerdotes) tienen tantos lujos donde viven. Ellos dicen que hay que

ayudar a los pobres, entonces si ellos viven bien, por qué no le ayudan a los pobres. Yo soy católica porque sé cosas sobre la religión o por la Biblia yo sé que Dios creó al mundo que existe, sin embargo, yo creo que por medio de la oración uno se comunica con Dios y no necesita estar en la iglesia o ir a confesarse para poder decir uno que es católico.

Pienso que una familia ideal es la que comparte, la que está en las buenas y en las malas. Que siempre está unida, si hay algún problema que exista el diálogo y se pueda solucionar de forma inmediata. Que sea una familia donde exista el respeto, la confianza, que se conserven los valores. En una sociedad lo ideal sería compartir algunos aspectos de la familia en cuanto a la unión, en completa armonía, entonces que eso saliera a relucir hacia las demás personas y las que viven en un barrio, en un pueblo, en localidades, deberían unirse y mirar que hay que hacer. Que las personas se colaboren, no en forma individual sino colectiva, que haya solidaridad entre las personas. La mujer me parece que debe ser trabajadora, luchadora, cariñosa, pasiva, tranquila, pero más que todo una mujer luchadora que salga adelante, que no espere a que el hombre le traiga todo, sino que ella ponga un granito de arena para que el hogar también funcione y salga adelante. Además admiro a las mujeres trabajadoras que con el sudor de la frente estudian y adquieren cosas, las mujeres que luchan, pero alguien en especial no. Hay algunas mujeres que les dan todo y no saben aprovechar lo que tienen. Yo tengo unas amigas que les dan todo, les dan mensualmente para que paguen su arriendo, su comida y a pesar de eso no responden con el estudio, como si no le dieran importancia al esfuerzo que hacen los papás, para conseguir esa plata y mandársela aquí a Bogotá.

Personalmente pienso que un indígena primero se identificaría por el uso o conservación de su lengua materna, que es lo principal de una comunidad, las costumbres, su forma de vivir, de compartir con las personas y lo principal que es su forma de pensar, su pensamiento que debe ser comunitario, que no solo se piensa en uno mismo, sino también para los demás. Habría que ver muchas cosas: las raíces de dónde viene, porque yo puedo decir que soy indígena, porque he trabajado en una comunidad y he aprendido cómo piensa esa comunidad y el hecho que yo sepa eso no quiere decir que yo soy indígena. Se les puede considerar como mestizos a aquellos que no conservan la lengua, a pesar de que tengan los apellidos y las raíces, si no piensan como indígenas, no tienen su lengua y no conservan sus costumbres, es como cualquier otro. Porque se supone que una comunidad indígena es especial, porque conserva sus usos y costumbres, su lengua, su traje, su pensamiento, su identidad, lo que nos identifica. Si tiene sus papás que son ambos indígenas, pues obviamente es indígena, porque tiene sus raíces, el hecho de que no hable, ni conserve sus costumbres, pero al menos tiene sus raíces y se interesa por aprender la lengua y sus costumbres, si es un indígena. Otra cosa es que yo me case con un colono, entonces mi hijo ya sería un mestizo. Y si mi hijo mestizo se casa con una colona también, entonces el hijo de ellos sería prácticamente colono y ese hijo si dice que es indígena como que ya está muy lejos de serlo, pues lleva más sangre colona que indígena, para mí prácticamente perderían todo lo indígena, a menos que aunque mi hijo fuera mestizo aprendiera la lengua, las costumbres y transmitiera su conocimiento a sus hijos, de pronto se podría considerar indígena, pero esos casos no se han visto. Si mi hijo ya es mestizo y se casa con una colona el hijo de los dos es colono y ya no conservan las raíces lejanas indígenas.

En mi casa mi papá y mi mamá nos enseñaron a mis hermanos y a mí muchas cosas sobre nuestra cultura contándonos cuentos y a través de sus historias de vida y de casos particulares que ellos conocían. Nosotros escuchábamos sus relatos sobre el comportamiento que debíamos tener dentro de la comunidad según nuestras etapas de crecimiento. En la casa hablábamos sobre todo en lengua Kamëntsa, el español también lo aprendí en la casa y lo mejoré en la escuela marista. A la edad de 5 o 6 años uno tenía que ayudar al papá y a la mamá, más que todo en los quehaceres de la casa. Por ejemplo, a la mamá uno le ayudaba en la cocina y con ella también aprendía sobre el trabajo en la chagra y las funciones de las plantas medicinales. Mi mamá me enseñó a tejer fajas, sayos, entre otras cosas. Los tejidos tienen un significado cultural, por ejemplo, la chagra se representa en los tejidos con dibujos que hacen referencia a la siembra y al maíz. De todas las experiencias dentro de mi comunidad recuerdo mucho mi experiencia en la chagra, no se le olvida a uno nunca. A mis hermanos les correspondía el trabajo más difícil, guachar

o abrir la tierra para hacer las zanjas, además ellos también empacaban y cargaban lo que nosotras recolectábamos, como el maíz y el frijol y algunos de mis hermanos se iban a trabajar al jornal. La mujer dentro de la comunidad se dedica a las labores domésticas, al cuidado de la chagra y de los hijos y en algunos casos al jornal. Mientras el hombre realiza el trabajo pesado: abrir zanjas, cargar bultos e ir al jornal, entre otras. Actualmente las funciones han cambiado bastante, la mujer sale a cumplir funciones al igual que el hombre como abrir la tierra e ir al jornal. Si la mujer solo se queda en la casa, el dinero que gana el hombre no alcanza para los gastos de salud, educación y vestido de la familia, por esa razón ella le colabora al hombre en el trabajo. Cuando yo tenía 10 años no había ninguna mujer dentro del Cabildo, siempre eran hombres. Pero hace aproximadamente unos siete años ya hubo participación de la mujer, no ha quedado elegida como Gobernadora, pero si en otros cargos como el de Alguacil.

En cuanto a los rituales poco nos enseñaron, recuerdo los relatos que hacían mis padres sobre el ritual del corte de cabello que existía antiguamente, a los niños se les tenía que cortar el cabello en una época determinada y una persona específica, era una ocasión especial, tanto para la mujer como para el hombre. Al niño se le hacía un corte especial en forma de totuma y la mujer llevaba el cabello largo. En la comunidad tenemos una celebración muy importante a comienzos del año a la cual le llamamos el carnaval. Antes a uno le decían que había carnaval y solo era ir a bailar y nada más, participar en las danzas tradicionales y colocarse su traje típico, ahora me ha interesado informarme más y he leído documentos que hay sobre el tema. Los preparativos para el carnaval comienzan un día después del día de los difuntos que es el 30 de noviembre, que es el día que se ofrece comida a los muertos, se les prepara lo que más les gustaba y se los deja por la noche. Por ejemplo, se murió mi abuelo y a él le gustaba bastante el mote, la chicha, entonces yo preparo ese plato ese día y se lo ofrezco esa noche; ese día es triste, porque uno recuerda a sus seres queridos. Después del día de los difuntos uno se prepara para el gran día que es el lunes antes del miércoles de ceniza cuando se celebra el carnaval o Clestrinye. Después del día de los difuntos a ese día en que se celebra el carnaval se prepara la siembra del frijol, del maíz, para poder preparar la chicha, el mote, así cuando llegue el gran día haya suficiente comida. Ya llegado ese día se comparte con todos, más que todo con los que están a cargo del Cabildo, con el Gobernador, el Alguacil y ellos ofrecen una comida a todos los miembros, se baila con y ofrecen comida como el plato tradicional que consiste en mote, chicha y guarapo. En el carnaval se celebra el día del perdón, por ejemplo, si yo estoy brava con usted por algún motivo, entonces le pido disculpas a usted y volvemos a ser amigos. También se reúnen familias, se piden perdón y bailan, toman y comen juntos. El día del perdón no tiene que ver con la parte religiosa católica, sino que tiene que ver con la comunidad, es el día en que todos nos pedimos perdón entre nosotros, bueno la misa si la celebran ese día, pero porque es impuesta. Sin embargo, para muchas personas el día del carnaval solo es ir a bailar y ya, no conocen bien la tradición, ni el sentido del baile, ni el significado del perdón. Esa falta de información es más que todo en los jóvenes, porque los mayores si le tienen mucho respeto a la celebración. A veces los papás si le cuentan a sus hijos sobre el carnaval, pero los jóvenes no les ponen cuidado y no le dan la importancia que deberían y otras veces al ver los papás que los jóvenes están desinteresados, sencillamente no les cuentan de que se trata la celebración, entonces peor por ese lado, porque los jóvenes no van a conocer nunca el significado del carnaval. Además ya no están saliendo ni siquiera con su traje, sino que lo están tomando como una fiesta normal.

En la comunidad también se practica la toma del yajé que más que todo la realizan los hombres. Mi papá conoce sobre plantas medicinales y hace algunos trabajos de curación y practica la medicina tradicional. Él tiene un jardín con sus plantas medicinales y a veces no nos dejaba ir allá, sobre todo a las mujeres, porque podíamos dañar las plantas cuando teníamos el periodo. En algunas ocasiones entrábamos y nos enseñaba el uso de algunas plantas. A mi papá lo considero taita aunque no sea reconocido por la comunidad. Desde mi punto de vista para que un taita sea reconocido, debe ser una persona muy entregada a las plantas, conocedor de ellas y una persona de respeto. Actualmente las mujeres si participan en la toma de yajé y pueden llegar a aprender a realizar la ceremonia, aunque sea difícil, porque las plantas son muy celosas con nosotras. El hombre según su vocación puede aprender a

practicar la medicina tradicional, por ejemplo, si mi papá tiene ese conocimiento él se lo tiene que transmitir a los hijos varones. Personalmente pienso que el yajé, por un lado, es algo que a uno le enseña el camino que debe seguir y por el otro cumple una función de limpieza corporal y espiritual. En la ciudad yo pienso que las tomas de yajé se han convertido en negocio, he conocido algunos que lo toman y dicen que les ha hecho bien, pero más que todo la han utilizado como un negocio. El tiempo ha cambiado y allá no hay trabajo y por coger plata tienen que salir de la comunidad a realizar ese tipo de trabajos, pero pienso que aun así eso debe ser algo respetado dentro de la comunidad, porque es algo propio de la comunidad y que solo nosotros tenemos que conservarlo allá. Yo lo tomo allá en la comunidad, uno mismo se da cuenta cuando le hace falta, a veces siento que necesito solo limpieza del cuerpo, porque en Bogotá no consumo los mismos alimentos que hay en la chagra que son más limpios. Los alimentos de acá nos hacen daño al cuerpo, uno siente el cuerpo pesado, entonces siento la necesidad de una limpieza con el yajé. El taita, es quien dirige la toma de yajé, cuando hay ceremonias él los prepara y si hay alguien enfermo lo cura con sus plantas medicinales. Además trabaja en la chagra y va al jornal. Ser taita se transmite, la persona nace con esa vocación, la practica de niño y la continúa perfeccionando de adulto. En casos particulares he visto, al taita anciano transmitiendo sus conocimientos a su hijo o a sus nietos. Ellos van primero de ayudantes, en las tomas y en los ritos, ayudan a pasar las copas y hacer las mezclas para preparar los remedios y así van aprendiendo. Casi siempre en cada toma que realizan, está presente el hijo o el nieto o al que le va a transmitir. Así el taita le va enseñando cómo tiene que ser el rito y antes de eso en la chagra les enseña cómo tiene que coger la planta, en qué época, cómo tiene que mezclar, para que sirven las plantas. El taita es por lo general un hombre, no conozco taitas mujeres. Mujeres hay parteras que también es un conocimiento que se va transmitiendo. Actualmente solo algunas personas recurren al taita, se ha perdido mucho, porque antes muchas personas llegaban a mi casa por calamidad y mi papá les preparaba unas plantas.

Con respecto a la tradición oral, casi todo se ha perdido actualmente, de pronto porque las parejas son muy jóvenes o porque no han aprendido los usos y costumbres, ni la lengua materna o el trabajo en la chagra y no transmiten ese conocimiento a los hijos y todo eso es importante conservarlo y transmitirlo. Para mí el conocimiento que me transmitió mi mamá de la chagra, es muy importante, así como conservar la lengua materna. En la relación con los hombres dentro de la comunidad, en mi caso particular, a mi mamá no le gustaba que compartiera mucho tiempo con ellos. Cuando yo estuve en el colegio tenía amigos con los que salía a jugar y a ella le gustaba más que uno permaneciera en la casa, ayudándole en la chagra y en las labores domésticas. Entré al centro cultural y ahí nos enseñaban a hablar en lengua materna, a hacer artesanías, etc. y ahí conseguí varios amigos. Antiguamente mi mamá nos contaba que ella fue obligada a casarse con mi papá. Los papás eran los que arreglaban el matrimonio, no les daban tiempo ni de conocerse. Ahora ya no ocurre eso, no nos obligan pero si nos hacen entender que tenemos que buscarnos un hombre que trabaje, que no nos haga sufrir con los hijos, pero no nos obligan a casarnos por conveniencia. En la comunidad antiguamente no podían vivir juntos antes de casarse en la Iglesia, actualmente ha cambiado y se ven muchas parejas que viven juntas sin casarse y permanecen mucho tiempo así. Desde la niñez uno observa como se conforma una familia, los papás le enseñan muchas cosas. Pienso que últimamente los jóvenes no le dan importancia a la construcción de la familia.

Paralelamente a la educación que mis padres me daban en la casa, ingresé al jardín comunitario por un año. En el jardín nos cuidaban madres comunitarias indígenas y ellas nos enseñaban cosas de nuestra cultura y los alimentos eran tradicionales. El jardín lo compartíamos con compañeros que en su mayoría eran indígenas. Ahí nos dieron las herramientas para iniciar la escuela. El jardín lo maneja el ICBF a través del Cabildo y se llama Hogar Comunitario Tamabioy, por el nombre de la vereda. Porque en cada vereda según el número de niños hay uno o dos jardines. Después de estar un año en el jardín, pasé a la escuela, a los 7 años, entré a primero, en la escuela de la misma vereda de San Félix, solo hice el primer año. Mis hermanos mayores estaban estudiando en el colegio del pueblo, entonces, me llevaron a estudiar con ellos. Hice segundo y terminé hasta quinto en la escuela Champagnat. La jornada era de todo el día,



entonces, ya no había tiempo para ayudar en la casa, sólo los fines de semana a uno le quedaba tiempo para ayudar a los papás. La escuela Champagnat pertenece a Hermanas Maristas, no es un internado. Allí aprendí las materias básicas como: biología, matemáticas y español y ya no queda tiempo de compartir con los padres, ni de aprender otras cosas que son de la comunidad, que son tradicionales. En la escuela uno ve que los colonos, no respetan a los indígenas, desde niños, les enseñan a discriminar y le dicen a uno: “indios cochinos”. Uno se sentía mal, pero uno conseguía sus amigos y seguía estudiando. En la escuela nos obligaban a ir a la misa. En aquel tiempo la religión Kamëntsa, ya se había perdido, por eso no la enseñaron, lo único que nos contaban era que había existido la adoración al sol, antes de la llegada de los capuchinos. El bachillerato también lo hice en el colegio Champagnan, entré a los 11 años y terminé a los 18 años. En el colegio fue lo mismo que en la escuela, la mayoría lo ven a uno como raro, hay mucha discriminación. A pesar que ellos veían que nosotros éramos varios indígenas, pero yo pienso que esa discriminación viene desde la casa, desde los papás. Allá era como cualquier colegio acá en Bogotá, no nos enseñaban ninguna materia que tuviera que ver con nuestra cultura.

Yo estaba en el colegio cuando abrieron el Centro Cultural Uscu y entré en él. El centro duró abierto como 5 años aproximadamente y lo dirigía un líder de la comunidad. El centro se conformaba por un grupo de personas que enseñaban a tejer, a hablar Kamëntsa, a fortalecer nuestra cultura. El centro fue como un proyecto en donde se consiguieron recursos con unos gringos, no tenía ningún costo, daban refrigerio y materiales para aprender y se asistía los fines de semana y en las vacaciones de junio y diciembre, casi en forma permanente. Era gratuito ir y le daban a uno refrigerio e incluso materiales para aprender. Al ser un proyecto creo que se acabaron los recursos y lo cerraron. Ahora existe el Centro Cultural Tamabioy, que es financiado por el ICBF de Sibundoy y el cabildo. Este centro tiene la misma idea de fortalecer la cultura, pero está más organizado que el anterior, tiene varias divisiones de aprendizaje, por ejemplo, un grupo teje, el otro es de música e instrumentos y hay otro de artesanías y tallado. El centro Tamabioy a veces se cierra por escasez de recursos, pero vuelve a funcionar y actualmente está abierto. Con respecto a los colegios de etnoeducación o bilingües yo dividiría la concepción que se tiene de esa educación en dos partes. Primero, hay padres que son concientes que la comunidad hay que fortalecerla, en su lengua materna, en supensamiento, en sumodo de vestirse y si no practican las costumbres, aunque sea que conozcan sobre la comunidad. Esos son los padres que están interesados en enviar a sus hijos a colegios, escuelas o jardines bilingües. Por otra parte, están los padres que se han acostumbrado a que sus hijos estudien en colegios católicos; además piensan que los maestros colonos son mejores que los maestros indígenas, entonces prefieren no mandar a sus hijos al colegio bilingüe. En cambio, piensan que si inscriben a sus hijos al colegio católico, ahí si hay maestros que les van a enseñar otras cosas para prepararse mejor. Esa es la diferencia que yo he visto en la comunidad. Lo más importante sería aprender sobre la propia cultura, porque si uno quiere aprender otras cosas, uno mismo como persona debe abrirse el camino, pero primero hay que aprender lo de uno, que si uno está mal en eso, hay que trabajar para recuperarlo.

Desde mi punto de vista la educación impartida en los colegios bilingües o de etnoeducación, no es buena, el colegio comenzó a funcionar con maestros bachilleres, pienso que en un colegio deben haber personas más preparadas, porque personas bachilleres no están bien capacitadas para enseñar. Porque antes uno decía: “usted es bachiller, entonces ya es mi profesor”, pero yo creo que hay que aprender muchas cosas para poder educar a un joven que va a salir a la comunidad y va a emprender un camino más largo. Pienso que los maestros deberían ser más capacitados y con otros perfiles profesionales. Yo creo que ese ha sido el principal problema que hay en la comunidad, que dicen que al solo ser normalistas o bachilleres no están bien preparados para el trabajo de maestros. Hay materias como química o física que los maestros bachilleres no las manejan bien y que hay que aprenderlas para poder seguir el estudio universitario. Mientras lo que es la lengua materna, las artesanías, la chagra y la cultura en general si la manejan muy bien, pero las materias complementarias no las manejan bien. En mi caso yo si me arriesgaría a meter a mi hija en un colegio bilingüe, porque al menos ella estaría aprendiendo lo principal sobre su cultura, lo que es lengua materna, artesanías, supensamiento, su visión.

Por motivos personales decidí venir a estudiar a Bogotá. Decidí estudiar Gestión Ambiental y Administración Ambiental, porque a mi me gusta mucho la parte de la chagra y la situación del medio ambiente. Mi trabajo de grado lo realicé en mi comunidad y fue sobre el manejo sostenible de las chagras tradicionales de la comunidad indígena Kamëntsa del municipio de Sibundoy, departamento del Putumayo. Mis expectativas con la carrera son mejorar las prácticas empíricas relacionadas con la chagra y aplicar nuevas técnicas para los cultivos y la parte ambiental de mi comunidad. Si se puede y me sale trabajo en mi comunidad, me gustaría trabajar en ella. Terminé el colegio y como a los 15 días, como tengo un hermano acá en Bogotá, él está estudiando en la universidad también, me vine donde él. Yo me vine sin tener todavía ningún cupo, solo tenía mis esperanzas de estudiar. Llegué a Bogotá a finales del 96 y comencé inicialmente trabajando, primero en un almacén de tienda de ropa, después en el TIA. Después inicié con unos cursos de sistemas, porque para conseguir acá trabajo uno tenía que tener al menos algo básico sobre sistemas. Durante ese tiempo empecé a conseguir amigos, ya más o menos conocía y comencé a averiguar en las universidades qué posibilidades habían para los indígenas, qué papeles tenía uno que hacer y me presenté a la Universidad de los Andes inclusive, pasé allá pero era muy costoso y al mismo tiempo me presenté a la Universidad Distrital y pasé también ahí. Entonces entré a estudiar en la Distrital Gestión Ambiental en el 98. Terminé Tecnología de Gestión Ambiental en el 2001 y entré ese mismo año a estudiar Administración Ambiental, la cual terminé el 2 de abril de este año (2004). Yo entré a la Distrital por medio de un convenio que solo funciona para la matrícula, le ayudan a uno teniendo que pagar solo la mínima, pero no hay otra ayuda, ni para residencias, ni otros gastos, solo nos ayudaban con la matrícula, nos tocaba pagar el mínimo.

La acogida en la universidad fue muy buena, conseguí amigos, casi no vi discriminación por el hecho de ser indígena. Ni con los estudiantes, ni con los profesores tuve problemas, ellos le colaboraban mucho a uno, incluso el trato era más especial. Los amigos que conseguí son indígenas y de diferentes partes del país algunos son del Tolima, otros de Boyacá, casi no tengo de Bogotá. En la universidad si habían compañeros indígenas pero ellos estudiaban en otras facultades. Al comienzo yo estudié de noche, porque tenía que trabajar en el día. A mi me tocaba costearme todo a mi sola, yo trabajé y estudié al mismo tiempo hasta el 2001 que terminé la tecnología en Gestión Ambiental y con ese trabajo era que yo lograba pagar el arriendo, la comida, la universidad y otros gastos. Además a partir de tercer semestre entre a ser beneficiaria de las becas del Fondo Álvaro Ulcué, pero como eso no funciona del todo bien, entonces uno no podía poner sus esperanzas en eso. El fondo nos daba a los indígenas \$900.000, por ser de otra universidad diferente a la Nacional, pues a ellos si les dan otra ayuda diferente a la nuestra. La plata que se recibe del Fondo puede uno utilizarla para otras cosas que no sea el pago de la universidad, a veces uno se colgaba en el arriendo o pedía plata prestada para los trabajos de la universidad y a penas le llegaba a uno la plata del Fondo, le tocaba a uno pagar las deudas, pero más que todo yo usaba el dinero para gastos de la universidad. A veces no me alcanzaba la plata para los buses y otras cosas y eso si era grave. Llegar a adquirir la beca del Fondo fue por suerte, porque ahí nos pidieron una serie de documentos, que la carta del cabildo, de la universidad, hacer un proyecto donde uno se comprometa a hacer los trabajos sociales en el periodo de vacaciones en la comunidad, tener un aval de la comunidad. Solo pagué dos semestres de la cuota mínima que eran \$33.000, después de los dos semestres me condonaron por el promedio y ya solo pagaba el seguro.

Estuve a punto de retirarme de la universidad, por la carga tan pesada que tenía, me tocaba trabajar de 7:00am a 5:00pm y era lejos y muy duro el trabajo, entonces uno llegaba cansado o no dormía muy bien. A las 5:00pm salía del trabajo y cogía un bus para estar a las 6:00pm en clase que se terminaba a las 10:00pm y yo iba llegando a la casa a las 11:00pm a seguir estudiando para los parciales o haciendo trabajos que me dejaban para el otro día. Terminaba la semana muy cansada y el fin de semana me tocaba a veces hacer trabajos con mis compañeros. Yo estuve a punto de salirme de la universidad, pero me tocó irme a vivir con mi hermano, para no pagar arriendo aparte, entonces me quedaba una plata y con eso seguía estudiando y manteniéndome. Más que todo tuve inconvenientes económicos y de tiempo, porque pues me pagaban el mínimo y no me alcanzaba, yo gastaba mucho en pasajes, en los

trabajos para la universidad y en el arriendo, casi no me alcanzaba la plata. Muchas veces me dio tristeza, empezando por la familia, porque a veces no sabía como ir a visitar la comunidad, pues no contaba con los recursos, ni el tiempo, entonces era o irme allá o quedarme acá trabajando y estudiando. También extrañaba la comida que no es lo mismo, es un cambio muy radical, cambia totalmente la alimentación.

En mi familia siempre me han aconsejado que primero teníamos que educarnos, para después tener una familia y en la comunidad también es muy importante que nosotros los jóvenes nos eduquemos y lleguemos a apoyar a la comunidad con lo que hemos aprendido. Para mi es valioso haber estudiado en la universidad ya que me ayudó a formarme como persona y con ese conocimiento tratar de ayudar a la comunidad, no solo estudiar para mi bien individual, sino que yo también pienso en el bienestar de la comunidad. Todos mis hermanos son bachilleres, pero solo estamos estudiando 3 en la universidad, una de mis hermanas en Manizales y uno de mis hermanos allá en el Instituto Tecnológico. Yo decidí venirme a Bogotá para conocer y ver que tal me iba, para ver que oportunidades había. Yo recomendaría a las mujeres de mi comunidad que estudiaran en las universidades, porque nosotras no solo estamos para hacer las labores de la casa, también tenemos que aprender otras cosas, para poder ayudar a la misma familia y a la comunidad de otra forma. Aprender más cosas y no solo quedarnos en la comunidad, sin perder nuestras costumbres y tradiciones, porque conozco personas que han salido ya de la comunidad y han perdido casi todo, no saben hablar, se adaptan más que todo a las cosas de acá de occidente. Para la universidad habrían muchas recomendaciones que irían más que todo dirigidas al acuerdo para las comunidades indígenas, ya que solo hay la ayuda de la matrícula, pero logramos reunirnos estudiantes de las diferentes comunidades (como 20 indígenas) y se hizo una convocatoria por medio de la ONIC para que los estudiantes de la universidad lográramos presionar o hacer algo con el convenio, lo que logramos hasta este año (2004), después de haber estado hablando durante varios años, logramos lo que es el almuerzo y hasta este semestre comenzó a funcionar como lo hace la Universidad Pedagógica, por bonos. Además de la petición del almuerzo también pedíamos una ayuda parecida a la del PAES de la Universidad Nacional, así un préstamo. En la universidad no se da el conocimiento conjunto entre el conocimiento indígena y el que impartían los profesores, solo en algunas ocasiones se podían hacer trabajos en los cuales uno podía compartir nuestra parte tradicional con ellos y me parecería importante que se pudieran compartir los conocimientos.

A penas llegué a Bogotá viví con mi hermano, luego un tiempo sola y después con mi esposo por lo que íbamos a tener a la niña. Mi hija tiene cuatro años y el 29 de junio cumple 5 y yo llevo viviendo con mi esposo 4 años. Aquí en la candelaria solo vivimos hace un año, hemos vivido en varias partes. Por el momento no estoy trabajando, antes estaba trabajando en la universidad pero como terminé hace poco, ya no pude seguir. Actualmente está trabajando mi esposo, mientras yo consigo un trabajo. En realidad no soy casada, el papá de mi hija es un indígena Curripaco del Guainía, es asesor indígena, él trabaja con la representante del Guainía. Hasta el momento hemos logrado sostenemos con su trabajo. Nos conocimos con él aquí en Bogotá apenas entrando a la universidad, él estudiaba Administración de Empresas. A mi hija yo le enseñado parte de mi cultura, pero ella sabe más de la cultura del papá, pues ha estado más tiempo con la familia de él por necesidad. Por motivos de estudio y trabajo la mandamos después donde los abuelos paternos al Guainía por seis meses. Allá hablan dos lenguas el Curripaco y el Puinave y la niña entiende ambos, aunque no habla muy bien. Ella más o menos entiende el Kamëntsa, pues estuvo en la comunidad como un año, pero yo he intentado por mi parte enseñarle la lengua y costumbres de mi comunidad, incluso la he llevado allá, cuando me fui a hacer una pasantía allá la tuve allá un tiempo, en un jardín donde la mayoría de indígenas tienen a sus hijos. La tenía mi hermana, porque ella es madre comunitaria en el jardín y con ella aprendió mucho. Cuando hay carnaval en la comunidad también la llevo y le puse su traje y le gustó, mejor dicho a ella le gusta todo lo de la comunidad. Yo considero a mi hija como indígena, tanto Curripaco como Kamëntsa, pues a compartido con ambas culturas.

Por fuera de la universidad tenía amigos que conocía de la ONIC y la OPIAC y me gustaba ir a los talleres que a veces organizaban y de alguna forma sacaba el tiempo. Pero para salir a cine o a fiestas para eso si no tenía tiempo y ahora que tengo más tiempo muy poco, en realidad casi no me llama la

atención; los fines de semana por la niña vamos al parque. Yo asistí a diferentes talleres, por ejemplo, al de hidrocarburos sobre el manejo del petróleo en los territorios indígenas; al de participación comunitaria; al de área de mujer, para ver cómo es la participación de la mujer; a algunos talleres sobre planes de vida, metodologías, para saber cómo elaborar los planes de vida para las comunidades; sobre el manejo de transferencias de los recursos que les llega a los resguardos (ley 715); sobre el medio ambiente. Si los talleres duran más de tres días te dan certificados, sino es como por participar. Entonces por ahí me encuentro a la gente de la ONIC y de la OPIAC que me comentan sobre los talleres, este lunes hay un taller sobre la mujer y el fin de semana hay en Villavicencio uno sobre juventud indígena.

Los medios de comunicación a los cuales uno se enfrenta en Bogotá han influido más bien poco en mí, el tener teléfono ya porque es necesario para la universidad y para poder comunicarse, como que lo obliga, pero no porque a mí me guste. Yo si he visto que en otras personas los medios de comunicación si han influido mucho, de hecho cambian hasta la forma de hablar, eso depende de cada cual, de cómo mire las cosas. Hay indígenas que han cambiado la forma de vestirse, de hablar. En mi caso ya porque a uno le toca he cambiado un poco mi forma de vestir, por tanto que le ofrecen a uno, a veces como que uno se deja llevar por eso. Por ejemplo, yo en la comunidad no me vestía con el traje tradicional, pero si usaba muchos vestidos que acá en Bogotá no uso, aquí me visto más con pantalones. Mi presentación personal no varió mucho al estar aquí en Bogotá, la comida acá casi no me gusta, aunque aquí casi encuentra uno lo mismo que allá. A mi esposo le mandan comida de su comunidad y nosotros nos mantenemos con eso. En gusto se leer por aprender, para poder actualizarme, de música más bien poco, personalmente no me gusta mucho y el baile rara vez, solo cuando hay motivos, no soy de las que sale a bailar cada ocho días.

Uno ya asume que desde que salió de la casa uno es responsable por lo que haga uno y por lo que le pueda pasar, entonces uno ya ve las cosas de forma diferente. Acá en Bogotá ya no me prohibían nada, pero uno tenía presente que lo que hiciera debía ser algo bueno para uno. Acá en Bogotá si tengo más autonomía con respecto a la relación con el novio, uno acá no tiene ningún problema y uno ya sabe como tiene que comportarse. La relación con los hombres aquí en Bogotá es igual que en la comunidad, uno sale con ellos, pero acá uno si tiene más autonomía y sabe lo que hace. Mi hija la tuve sin planearlo, yo tenía pensado acabar mis estudios y después pensar en construir una familia. Antes de conocer al papá de mi hija, no me importaba tener una relación con un hombre de cualquier cultura. En las relaciones de pareja acá en Bogotá no hay casi respeto, yo he tenido compañeros que fueron novios y después esposos; al comienzo bien se quieren y después de que ya convivieron un tiempo y tienen un hijo, se pierde el respeto, ya no les interesa la relación. No es lo mismo vivir uno entre indígenas donde a uno le han inculcado el respeto del uno por el otro y que si uno ya tiene una familia tiene que ser responsable, responder por los hijos, por el marido, pues uno como mamá o papá tiene ciertas responsabilidades. En cambio algunos casos de parejas aquí en Bogotá como que no tienen ese respeto y responsabilidad con el otro.

Ahora que acabo de terminar mi carrera me quiero poner a trabajar allá en la comunidad, aquí en Bogotá o en cualquier parte, quiero encontrar un trabajo que tenga que ver con lo que yo estudié. Lo que no quiero es quedarme de forma definitiva acá en Bogotá, porque no me gusta, el ambiente es muy pesado aquí, la gente vive muy acelerada, el trajín, desde el transporte, hasta lo que se respira. Lo que quiero es irme para la comunidad de mi esposo o para Sibundoy, porque quiero que la niña aprenda más sobre la cultura de nosotros, bien sea lo de ellos o lo de nosotros, pero que la niña aprenda. Si no se puede encontrar trabajo allá en las comunidades, pues toca quedarse aquí en Bogotá y si no se encuentra trabajo relacionado con lo que estudié, pues trabajar en lo que salga y seguir estudiando. También tengo esa otra posibilidad hacer una especialización en el campo ambiental. Acá me he dado cuenta de las cosas que tenemos en la comunidad y las he empezado a valorar mucho, cosa que no nos enseñan allá. Con relación a mi formación cultural no ha cambiado, ni he perdido nada de mi tradición, más bien he aprendido a valorar más mi cultura. Como persona he ganado mi formación, digamos, aquí he aprendido

muchas cosas, más que todo por mi carrera. Además también he ganado más autonomía, al tener que hacer mis cosas yo sola y tener que salir adelante por mis propios medios.

Son mundos muy diferentes el de la comunidad y Bogotá. La comunidad se encuentra en una parte alejada, acá se mueve todo más rápido, el modo de vida es muy agitado, mientras que allá todo es más tranquilo, el ambiente es totalmente diferente. Bogotá es muy inseguro, uno anda con eso en la cabeza, a qué horas lo van a uno a atracar, que de pronto le va a pasar a uno algo, uno sale del apartamento asustado cuidándose de todo, incluso si lo van a atropellar a uno. En cambio allá uno sale y está tranquilo, allá nadie lo va atracar o atropellar. Culturalmente también son ambientes diferentes. Yo extraño mucho la familia sobre todo, el ambiente que allá es muy tranquilo y la comida que haya es tan fresca. He pensado mucho sobre la pérdida de la lengua materna por parte de los jóvenes, hay muchos jóvenes que ya no hablan o les da pena hablar y se visten para estar a la moda, dejando a un lado el traje tradicional. El alcoholismo también es un problema grave para la comunidad. También he criticado mucho al Cabildo que a pesar de todos los recursos que recibe no ha hecho cosas que se vean en la comunidad y no hay como esa autoridad para que los jóvenes dejen de inclinarse hacia al alcoholismo y para que ellos dejen de perder sus valores tradicionales, su lengua, sus costumbres. El Cabildo casi no se preocupa por eso y debería hacer algo al respecto, sin embargo, se preocupa por otras cosas, digamos, en qué gastar la plata que les llega, sin pensar en la parte cultural. Por eso prácticamente la comunidad ya no es lo mismo que antes. El Cabildo últimamente se ha metido mucho en el cuento de la política y se crean unas roscas en las cuales no se puede entrar. Lo que sí sería bueno es que el Cabildo hiciera más gestiones para ayudar desde la comunidad a los Kamëntsas que se encuentran en las ciudades.

El primer trabajo que hice con comunidades indígenas fue una pasantía mientras estudiaba la tecnología. Trabajé con la corporación Corpoamazonia, en la cual hice un estudio de la parte ambiental, que tenía que tener en cuenta al pueblo inga para elaborar su plan de vida. Dentro de la corporación había un proyecto llamado “Aplicación de un sistema de fortalecimiento de las etnias y culturas del sur de la amazonía colombiana”. Dentro de ese proyecto había un coordinador y un grupo de promotores, entonces yo entré a apoyar ese grupo de promotores que en su mayoría eran bachilleres, entonces cuando supieron que había una pasante indígena, pues me metieron ahí a colaborarles. Lo puntual que yo hice fue elaborar el componente ambiental para que sea tenido en cuenta en la formulación del plan de vida del pueblo inga. Quería hacerlo con el pueblo Kamëntsa, pero no había ningún promotor Kamëntsa, se estaba trabajando con otras etnias, por ejemplo, había un promotor ambiental Inga, había un Kofán, un Paes y un Siona, entonces me tocó trabajar con ellos. Yo he tenido buenas relaciones con la parte del Bajo Putumayo, donde ya me conocen, ya saben que trabajos he hecho. Inclusive después de la pasantía también hice un trabajo en la organización Zonal del Putumayo, OZIP, una organización que tiene a cargo 128 cabildos, todos los cabildos del medio y bajo Putumayo. Como inicié con el pueblo Inga que son 45, entonces ahí ya me conocían, entonces cuando entré a trabajar en la OZIIP, me involucré con los demás cabildos. Ahí hice un diagnóstico sobre los territorios indígenas, sobre todos los resguardos, se hizo un diagnóstico, comunidad por comunidad. Quienes tienen, quienes no tienen tierras, en qué condiciones está el resguardo, mejor dicho un diagnóstico completo. Entonces tuve la oportunidad de conocer más gente y ya conocían mejor el trabajo que yo había hecho. Este trabajo no fue una pasantía, sino que lo conseguí por las buenas relaciones que tenía con Corpoamazonia por haber trabajado con la comunidad inga.

Después entré otra vez a Corpoamazonia a trabajar específicamente con mi comunidad, ya había terminado la Tecnología y estaba estudiando Administración Ambiental. En ese tiempo el proyecto estaba para todas las comunidades del Putumayo, pero de mi comunidad no se había presentado nadie para cumplir los objetivos de ese proyecto, entonces yo me presenté esa vez. Tomé lo que yo había hecho con los Ingas para aplicarlo a mi comunidad. Este trabajo lo hice mientras estudiaba pero no era una pasantía, este ya era un trabajo aparte. Como yo solo estaba viendo unas materias de investigación, no tenía tanto problema con la universidad y además el trabajo me permitía venir a Bogotá cada quince días. Yo me relacioné muy bien con la corporación que me dejaba asistir a talleres que se realizaban en Bogotá

con el ministerio del medio ambiente, con la ONIC y la OPIAC y de paso yo iba a la universidad a entregarles el informe que les correspondía, de esa forma pude terminar, porque sino me hubiera atrasado bastante, si solo me hubiera puesto a trabajar no me hubiera graduado. Con ese trabajo pude colaborar más con mi familia en Sibundoy, porque en mi casa estábamos graves, después de que murió mi mamá quedamos graves económicamente y entonces yo podía colaborarles allá. Ese trabajo fue la única forma de no tenerle que pedir ayuda a mi esposo para mi familia, sino que yo por mis propios medios pude colaborarles a ellos. En ese tiempo se estaba desarrollando el proyecto de raíz por raíz que es del Plan Colombia, entonces tuvo bastantes recursos y la organización aprovechó a presentar los proyectos que más pudo para poderlos ejecutar en los municipios de las comunidades indígenas, el principal problema que había allá era la no tenencia de tierras y pues para conocer la situación se tenía que hacer un diagnóstico que arrojará datos numéricos, como lo manejaban las ONG que fueron a trabajar allá. Entonces salió el proyecto y me llamaron a trabajar en eso. Esta organización es como la ONIC, donde los miembros que trabajan en los proyectos son por un determinado tiempo y ellos hacen proyectos y convenios con determinadas instituciones y para eso requieren de personas que trabajen con ellos y a la gente que ya conocen es a la que por lo general llaman para eso trabajos.

Ahora que me gradué de Administración Ambiental no estoy trabajando con ninguna organización, porque esos fueron contratos que salieron en ese tiempo. En estos días, he estado en la universidad, porque me dijeron que había una forma para que yo trabajara allá y he estado haciendo unas vueltas para unos gobernadores, como yo trabajé allá en Mocoa, entonces a veces vienen de allá a pedirme favores, como que les haga vueltas en el ministerio, entonces yo mantengo por allá informándome de todo. Entonces, después del trabajo que yo hice con esa organización, cambiaron de comité, pero yo ya conocía a la mayoría de los cabildos y de sus líderes, por lo que me la he pasado yendo y viniendo de Mocoa. Entonces cuando ellos necesitan hacer algún tipo de trabajo o una asesoría acá en Bogotá, yo hablo con los cabildos directamente para ayudarles y ellos me colaboran con algo, pues ellos consideran que yo les estoy ayudando con mi trabajo. Ahora, por ejemplo, les estoy coordinando lo de educación, porque yo más o menos conozco lo de los convenios de algunas universidades, cómo es el ingreso, cuáles son las dificultades. Lo de educación no es que sea algo que me guste, pero yo lo hago por colaborarles a ellos yo lo hago. Cuando voy a la comunidad también me gusta compartir la información que yo se con respecto a los programas de educación con los jóvenes, yo a veces les digo que no es tan fácil venirse a Bogotá, porque no es solo tener el cupo, sino mirar cómo y dónde se van a venir a vivir a Bogotá. Además también les comento mis experiencias en Bogotá, en la universidad y los convenios que hay con las diferentes universidades, para ver si hay la posibilidad de que ellos vengan a estudiar acá y hay muchos que se han animado y se han venido aquí a estudiar.

Justamente en estos días me llamaron para trabajar en un convenio de Corpoamazonia con la OSIP, para armar el documento COMPES con los pueblos indígenas del Bajo Putumayo, que son como 13 pueblos, están los kamëntsa, los inga, los paeces, los sionas, los uitotos, los emberas. Entonces me están contactando para que trabaje en ese documento que tiene que ver con los intereses de las comunidades y con todo lo que tiene que ver con el medio ambiente, digamos lo que tiene que ver con protección, con el manejo de los proyectos, los recursos de transferencias, mejor dicho todo lo que tiene que ver con los pueblos indígenas y el medio ambiente. Al volver a trabajar con la organización me pagan mejor, porque antes me pagaban como tecnóloga, pero ahora como administradora ambiental, le pagan a uno según los estudios que uno tenga. Entonces en estos momentos estoy esperando que me vuelvan a llamar para cuadrar las cosas, porque si me sale el trabajo me toca trasladarme a Mocoa, aunque en estos días estaba pensándolo y estoy tratando de buscar otras opciones, entre ellas está la posibilidad de buscar trabajo con la jefe de mi esposo, que trabaja como representante del Guainía en la cámara de representante en la comisión quinta, con todo lo que tiene que ver con el medio ambiente, entonces le estaba diciendo a mi esposo que me ayudara a buscar un trabajo con ella. Además también quiero seguir estudiando, porque la universidad ofrece una especialización en gestión ambiental. Entonces quiero como apuntarme a eso y hacer un trabajo que no me paguen sus millones pero al menos que pueda sostenerme, mientras

aprovecho que él también está trabajando y así puedo quedarme en Bogotá, además para que tampoco nos toque separarnos. Donde me salga el trabajo yo me voy, ya sea en Mocoa, en mi comunidad o aquí en Bogotá.

Cuando me devuelva a trabajar de tiempo completo con mi comunidad va a ser un poco difícil, a veces la gente piensa que uno perdió su cultura por estar en la ciudad y ellos no piensan que yo como miembro de la comunidad no siento que he perdido mi cultura o que sepa más que ellos, igual todos somos una comunidad y hay que compartir si uno sabe más cosas, pero ellos no tienen claro eso. Lo que tocaría es ganarse el espacio para mostrarles que uno sigue siendo el mismo hermano, que todos somos indígenas y que tenemos que compartir nuestra experiencias. Con el cabildo sería muy difícil, porque allá se manejan recursos, entre otras cosas que se dan. Con los trabajos que he hecho hasta el momento, me ha ido mejor con las otras comunidades del Bajo Putumayo que con mi propia comunidad. Cuando me encontraba estudiando gestión ambiental conseguí un trabajo con Corpoamazonia en mi comunidad para hacer un diagnóstico sobre el territorio y el resguardo, pero no tuve una buena acogida, yo pienso que hay personas que son como envidiosas, dicen: “esta llegó y de una cogió ese puesto y nosotros acá que estamos sin trabajo”, lo ven por ese lado y por eso la gente no le quiere colaborar a uno o no asisten a las reuniones o los talleres porque piensan: “ese es el trabajo de ella y a nosotros no nos van a pagar por asistir a esa reunión” o también he escuchado cosas como “es nuestro día de jornal y ahí nos pagan, en cambio por ir y escuchar lo que dicen en una reunión, por eso si nos pagan, entonces la que está ganando es ella”. Por ese lado como que a veces uno se siente mal, porque la comunidad colabora, siendo que uno lo que busca es su bienestar. Sin embargo yo quiero volver a mi comunidad como sea, porque yo soy de allá y nadie tiene que rechazarme, ni yo tampoco rechazar a los demás. El hecho de que uno haya estudiado y aprendido cosas nuevas, no quiere decir que uno sea más importante allá, uno es igual que todos dentro de la comunidad.

#### **10. "La relación con mi mamá ha sido como el eje central sobre mi identidad"**

Mi nombre es Esperanza Epiayú, soy Wayuu del clan Epiayú y tengo 34 años. En la formación que recibí como Wayuu, jugó un papel muy importante mi mamá. Mamá es una Wayuu común y corriente que no habla español. Papá es guajiro y fue él quien aprendió a hablar el wayuunaiki, él ya murió, pero mientras estuvo con nosotros no se imponía en el hogar, porque donde papá se hubiese impuesto en la formación de nosotros, nosotros no seríamos hoy en día lo que somos. Eso para mi es muy importante porque gracias a eso mamá no habló español y gracias a ello yo hablo wayuunaiki. La relación con mi mamá ha sido como el eje central sobre mi identidad; desafortunadamente mi abuela murió muy joven, cuando yo estaba muy pequeña y por eso no pude enriquecerme de lo que ella me podía brindar como abuela. Pero mi mamá, una Wayuu muy clara en cuanto a su condición como Wayuu y como madre, fue fundamental en mi formación. Nosotros somos diez hermanos, cinco mujeres y cinco hombres y afortunadamente todos hablamos wayuunaiki, digo yo, afortunados porque hay algunos muchachos que se les ha negado esa posibilidad por las diferentes situaciones que se les han presentado. Por ejemplo, muchas veces culpan a un Wayuu porque no habla lengua y hay que mirar y analizar también el por qué esas personas no hablan la lengua, porque muchas veces según las circunstancias no tienen la culpa.

Hay una diferenciación entre las funciones de las mujeres y las de los hombres, no solo en la cultura Wayuu, sino que todos los pueblos tienen unas tareas o trabajos específicos que uno tiene que respetar y realizar. Por lo menos dentro de la cultura Wayuu un hombre no teje, un hombre tiene que dedicarse a la caza de animales, al pastoreo, a la pesca, a hacer unos tapices en wayreña. Es mal visto que un hombre haga artesanías, porque eso es trabajo de mujeres. Las mujeres se dedican entonces a las artesanías, al cuidado de los niños y hay unas que también se dedican al pastoreo. En la actualidad algunos roles han cambiado por las situaciones que se han presentado, ya hay mujeres que van a Maracaibo, salen a vender sus artesanías y tienen sus propios negocios. En estos momentos, la mujer no es dependiente del hombre,

por lo que el hombre se la pasa viajando, entonces ella es la responsable de la formación de los hijos y de la parte económica también y si entre los dos buscan trabajo es mejor para la economía del hogar. Es fundamental el papel de uno como mujer, el papel de uno como madre con sus hijos; independientemente de uno ser indígena o no serlo. Una mujer Wayuu es como muchas mujeres, una mujer berraca, porque hay momentos en que tiene que sacar a los hijos adelante; yo se que en muchas culturas también lo hay, pero es que allá uno se encuentra con muchas dificultades, la sequía y cosas que tu no encuentras a la mano.

La mujer es la que le inculca a los hijos esa identidad, esa formación y gracias a ella se mantiene la cultura Wayuu. Ella es la primera educadora, la mamá es la que le da la formación a los niños, cuando los niños o las niñas van a las escuelas ya van por ahí de unos 10, 12 años, ya van mayores, porque antes han recibido la educación de sus madres. Mi esposo no es Wayuu, es opita, pero mis hijos tienen bien claro que ellos son Wayuu, es más mi hija dice que ella es Epiyuu, que es el grupo al cual yo pertenezco y mi hija lo tiene bien claro, porque dentro de mis posibilidades le he venido brindando una formación como Wayuu dentro de esta gran ciudad. Es más, te lo digo y se lo digo a cualquiera, dentro de las grandes ciudades, citemos Bogotá, no hay tanta discriminación como puede haber en Riohacha o en una ciudad capital donde haya gran cantidad de población indígena, porque de la Guajira es de donde salen los términos, indios no se que, indios no se cual, ese termino despectivo.

Yo te aseguro, que si mi hija estuviera estudiando en un colegio de Uribia, no la aceptarían en manta, aquí si me la aceptan en manta, siendo un colegio de monjas. El uniforme de mi hija, yo se lo hice con la tela del colegio y el diseño de una manta. Si ella estuviera en Uribia no le hubieran aceptado ese uniforme, yo se, yo conozco el territorio y por eso te lo digo. Yo estudié en un internado en Uribia pero estaba externa y te lo puedo decir por experiencia. Por ejemplo, yo tengo un hermano que le gustan las wayreñas y él cogió se salió del colegio, porque le dijeron que tenía que ir con zapatos Gruya. Y así hay muchos niños a los que les dicen lo mismo que a mi hermano. Yo conocí a un niño que iba al colegio con el mismo pantalón todos los días y después me enteré que el niño tenía un solo pantalón; lo supe porque el niño un día no fue a clase y yo le pregunté al hermanito: “y tu hermanito por qué no vino” y él dijo: “no, es que se le ensució la ropa”, como así y es que no tiene más y él dijo: “es que él tiene un solo pantalón” y en la casa que se pone le pregunté, y me dijo: “se pone su wayuko” y yo le dije que por qué no venía a estudiar en wayuko y él dijo: “no, porque le han dicho que en el colegio se viene en pantalón”. Ese ejemplo ilustra cómo se están perdiendo elementos culturales, ahí se está perdiendo un vestido, una tradición. Entonces, en la época mía, nos decían que hiciéramos silencio, que no habláramos wayuunaiki, porque la profesora no hablaba wayuunaiki y se molestaba. Ahora es que se está replanteando esa forma de educar, por ejemplo ahora en ese mismo colegio enseñan wayuunaiki y enseñan a hacer chinchorros de doble faz. Menos mal todavía tenemos a los viejos, que nos van a ayudar en esa parte y nosotros mismos, porque una cosa es lo que digan los viejos y otra cosa es la posición de ellos.

Yo estuqué parte de mi primaria en un colegio de monjas, en Cayos de donde yo soy y de ahí me salí porque no me gustaba el bordado y también porque en Uribia estaban los colegios, si yo me hubiese quedado en la ranchería no hubiera ido a un colegio. Es más en estos momentos todavía no hay colegio en Cayos, hay uno muy regular y la profesora va de vez en cuando. En los internados hay muchas historias, el internado de Nazareth lo construyeron fue para evangelizar a los Wayuu, era como una cárcel, la gente salía y los recogían y los metían en el internado. Después llevaban Wayuus para la Sierra Nevada de Santa Marta, de ahí que tu consigas en la Sierra Nevada compañeras que son de apellido Iguarán, porque los papás venían de la Alta Guajira y porque los curas decían: “vamos a combinar a ver que sale de aquí”.

En Uribia había un alto grado de discriminación contra los Wayuu, imagínate que en la época de la vieja Chayo que tiene 86 años y estudió en Aremasai, le decían que si hablaba en wayuunaiki no le daban comida. Yo entré al internado de Uribia como a los 11 años y no antes, porque allá se recibe en un principio una primera educación con la familia, para aprender a tejer, estar en la casa, mirar todo lo que se desarrolla en una ranchería e ir a acompañar a la mamá a buscar agua. En eso consiste la primera



educación, o sea aprender a tejer, aprender sobre el conocimiento de las plantas medicinales, porque uno aprende es jugando, copiando e imitando lo que hacen los papás. Yo me acuerdo que los hijos de los alijuna, o sea los que no son Wayuu, se reían, porque uno era mayor de 11 años. Pero eso también lo critican los que no son Wayuu, dicen que los Wayuu meten a los hijos a estudiar muy tarde, y es que lo que hay que tener en cuenta es que primero se recibe la primera educación, por parte de la mamá y de la comunidad.

Yo estudié Diseño Textil en UNITEC, bueno, yo estaba escogiendo entre Derecho y Diseño Textil. Mi hermana me impulsó a que estudiara Diseño Textil, por lo que es muy afín a la cultura Wayuu. Para nosotros prácticamente el tejido forma parte de la primera educación y mujer Wayuu que se respete debe tejer. Ya con respecto a la universidad al principio pues uno viene, aparte que uno viene de un pueblo, uno es indígena, en un momento dado siente alguna discriminación, yo la sentí. Algo fundamental para sobrellevar esa discriminación es la formación que a uno le dan en casa, o sea el cimiento cultural que te han ayudado a construir tus familiares. Eso es fundamental, porque es lo que en un momento te va a dar como esa fortaleza para que no te vayas a sentir chiquitica como hormiga. Porque eso de que un indio me diga que no se ha sentido discriminado, es mentira, ya que muchos sienten una vergüenza étnica y prefieren no mostrar su condición de diferentes, de indígenas. Entonces, prefieren más bien pasar desapercibidamente y decir: “no, yo no soy Wayuu, yo no se la lengua, yo no se nada de eso”. Eso se ha presentado y ellos tampoco tienen la culpa, porque hay una sociedad predominante que los discrimina.

Es más, la cosas que el sistema educativo de aquí de Colombia implementa no son propias de acá, vienen de afuera, todo es una globalización y por eso los indígenas no tienen la culpa de negar su identidad étnica. Entonces a nosotros ya nos quieren exigir que tenemos que ser unos indios puros, que no hay que perder elementos, cuando es totalmente diferente; dicen por ahí que el que anda con la miel algo se le pega. Yo estudié en UNITEC, Diseño Textil, 3 años de los 4 que dura la carrera, pero no alcancé a terminarla, porque quedé embarazada de mi primer y derecho para la ONIC. La universidad me la pagaba en ese entonces mi familia. Yo tenía unos 19 años cuando empecé a estudiar la carrera y algunos de los inconvenientes que se presentaron para esa época fueron el clima y la gente, además siente uno a ratos como miedo, mucha timidez de las cosas. Aquí, en Bogotá, se siente uno como desubicado, tocaba ir a muchas fábricas textiles que yo no sabía donde quedaban y de pronto habían unas compañeras chéveres que te daban la manito y habían otras que no, porque por lo menos, alguien que sea de aquí sabe moverse en este medio, para uno es muy diferente. A mi me parece que una recomendación para el sistema educativo sería mirar la posibilidad de ayudar al estudiante a que se adapte.

En Bogotá me he dedicado a la parte organizativa dentro de la ONIC. Yo he estado vinculada a la ONIC, como hace unos 9 años y estuve por un tiempo encargada del área de la mujer. En la ONIC uno comparte con compañeros indígenas de otros pueblos y así uno aprende muchísimo. Yo no me dedico de lleno a lo mío, a lo que yo estudié, cuando lo hago es como un hobby para mí y entonces le enseño a algunas mujeres lo que he aprendido y entre todas compartimos nuestros saberes. Además también doy charlas sobre Constitución Nacional, sobre temas que necesitan las mujeres conocer. Se combina esa parte de los tejidos con la charla, darle charla a las mujeres es completamente diferente que darle charlas a los hombres, más cuando se trata de mujeres indígenas. Yo estuve un tiempo en Bogotá y cuando ingresé a la ONIC me devolví a la Guajira y luego de adelantar un trabajo a nivel de todo lo que era la Costa Norte en cuanto al tema organizativo, entonces, el Diseño Textil quedó parado.

En estos momentos le estoy ayudando a un grupo de artesanas en la coordinación del tejido. Con este mismo grupo he estado presente en la elaboración de algunos accesorios, de algunas artesanías para lo de Colombia Moda. Ahora van a ir para Milán, entonces, por ejemplo, estas borlas que estoy haciendo acá, van para Artesanías de Colombia, yo soy el contacto de las mujeres Wayuu con las Instituciones. Concretamente por fuera de lo que es la ONIC y fuera ya de lo que es la universidad, algunas personas reconocen que soy Wayuu por el vestuario. Yo vivo en un sitio muy chévere acá en Bogotá, que es la Candelaria, uno aquí en la Candelaria no siente discriminación como en otras partes de Bogotá. Yo por

eso aquí, me puedo dar el lujo de ponerme mis mantas y además uno se va acostumbrando a esas miradas necias, porque a mi me han dicho que si yo soy de una obra de teatro, que para donde voy o muchas veces la gente dentro de su supuesta ignorancia, le dice a uno que si uno es gitano por las ganas de molestar. El que yo no le ponga cuidado a esas palabras es sobre todo por la formación que uno ha recibido, por la educación que a ti te dan en casa, lo que tu recibes de tu mamá como primera educadora es fundamental, porque luego eso tulo vas a transmitir a tu hija, a tus hijos. Aquí hay peladas, y tienen toda la razón, que se sienten apenadas de ponerse las mantas, porque yo sé lo que es que a uno lo miren todo raro, que le griten a uno que si uno es gitano o no. La formación tiene que ir en doble sentido, la de uno como indígena y también de las otras personas, que respeten y sean realistas del país donde vivimos. Aquí no solamente hay cachacos, paisas, chocoanos, costeños, sino que también hay gitanos, hay afrodescendientes y están los indígenas que son aproximadamente 86 pueblos indígenas con 67 lenguas diferentes, hay una gran diversidad que se debe respetar.

Yo me acuerdo que desde la época en que mi hija, estaba más chiquita en jardín, me ha salido barata en cuanto al vestir, porque yo a ella le compro la tela y le hago sus mantas. Ahora es que ella me está pidiendo pantalón, pero entonces, he analizado eso y resulta que si yo le niego el pantalón le va a coger fastidio a las mantas y como ella me ve con las mantas, ella tiene muy claro quien es. Cuando mis dos hijos, estaban pequeñitos hablaban un poquito de wayuunaiki y entendían, ya después cuando entraron al colegio ya las cosas cambiaron. Este año hubiera querido que estudiaran en Nazareth, pero pensé que todavía estaban pequeños, de pronto para el año entrante, pues mi hijo tiene 10 y mi hija tiene 8 y el más pequeño tiene un año y ocho meses. En cuanto al factor económico, cuando se puede uno recibe retribución económica de las charlas y clases de tejido que doy y cuando no hay no importa porque gran parte lo hago es por amor a la causa. Mi esposo, me ayuda económicamente, él es abogado y trabaja con indígenas, a él yo lo conocí en la ONIC y afortunadamente con él no tengo problemas, más bien ha sido un apoyo para mí. Él es respetuoso en cuanto a la formación que reciben los niños, es más, él les habla en algunas palabras que sabe en wayuunaiki, él tiene muy claro que sus hijos son Wayuu.

Pienso mucho en la situación de la comunidad y he visto que han cambiado aspectos en la parte cultural. Anteriormente era muy marcado ese racismo y esa discriminación, ahora, muchas personas quieren ser indígenas, antes menospreciaban a los Wayuu y ahora quieren ser Wayuu. Ahora reivindican algún nexo que hayan tenido con alguien Wayuu, que si la abuela, que si el papá o la mamá. Entonces, la situación ahora es muy diferente, pero también es muy peligroso, porque esas personas que anteriormente discriminaban, que si bien es cierto, si son Wayuu, por la abuela o la mamá que eran Wayuu, pero ellos no asumían su indianidad como tal en ese entonces y en estos momentos la están asumiendo, y no solo eso, sino que tienden a desplazar un poco el liderazgo y la vocería que realmente deben tener los propios Wayuu. Mientras que los verdaderos Wayuu, algunos, están como ahí, como pendientes de que sean otras personas las que hagan las cosas por ellos. Esto se debe un poco a desinformación en algunos temas, sobre todo desinformación en cómo se manejan las relaciones de los Wayuu con occidente o lo que se maneja allá a nivel de las entidades, a nivel de los derechos que tienen los pueblos indígenas. Algunos Wayuu desconocen esa parte muy importante y fundamental para fortalecerse como pueblo, pero ahí va, es un proceso y la gente como que lo está asumiendo.

A mí lo que me preocupa es que cuando los verdaderos Wayuu empiecen a asumirse como tales, no sea demasiado tarde, porque las cosas van cambiando y sobre todo algo que no da espera, son los cambios y digamos algunos aspectos culturales que pueden estarse perdiendo detrás de toda esta penetración de unos nuevos líderes que están ahí por puro beneficio, por recursos de transferencias. Se han politizado mucho ciertos beneficios que tienen los Wayuu, pues algunas personas que si tienen la información se aprovechan y son los que dicen: “a no es que yo soy Wayuu, yo quiero tal cosa y necesito que me financien una cirugía en Bucaramanga”. Muchas veces esas cirugías son pura cuestión de vanidad, que no hay prioridad, mientras hay otros Wayuu que se están muriendo por no tener esa atención en salud oportuna. También sucede con la parte de las becas, para acceder al estudio superior, entonces son otros los que están asumiendo eso al estarse pasando por Wayuu. Hay verdaderos Wayuu

que también se están beneficiando, entonces esto no solo pasa con los Wayuu, sino es una cuestión a nivel nacional. Ahora muchos dicen: “ si paga ser indio”, mientras que antes se discriminaba y muchos decían despectivamente: “ esos indios tales, cuales”. Aquí lo importante es que la gente asuma su condición de Wayuu, teniendo en cuenta que ser Wayuu tiene una serie de compromisos, obligaciones y deberes, que no solamente yo soy Wayuu para acceder a ciertas cosas, sino que yo soy Wayuu, porque tengo que defender una cultura, una identidad y un territorio. Desde mi punto de vista, todo tiene que ir en torno a la parte cultural. Además para que la comunidad pueda vivir dignamente le faltan muchas cosas, pues todavía los falsos dirigentes no priorizan las necesidades e invierten mal los recursos de transferencias.

Cuando tú tienes claro quien eres, la parte de esa identidad que tú tienes como individuo te queda más fácil enfrentar lo demás, porque uno ya sabe qué es lo que uno quiere. Cuando llegué a Bogotá yo era muy tímida. La ONIC para mí fue una gran escuela, porque tocaba hablar con funcionarios, con el Viceministro, con el Ministro, uno a veces piensa que son personas inalcanzables, que son personas que se las saben todas, pero en últimas, todo se complementa. Entonces ese ejercicio de ir a hablar en público delante de mucha gente, de dictar talleres, de salir a otros países en nombre de las mujeres, todo eso te va fortaleciendo a ti como persona. Ya es muy difícil que te tumben lo que tu eres, lo que tu has ido construyendo y que mucha gente a colaborado en la construcción de esa identidad como persona. Hay algo fundamental y es esa formación que tú recibes en la comunidad, con tu familia, que eso no te lo da la academia, no lo vas a recibir en la universidad.

Hay muchos estudiantes, muchos compañeros indígenas, que han estudiado Derecho o cualquier otra carrera, pero resulta que les falta ese complemento, que solo adquiere uno es con la experiencia, no solamente el trabajo social con tu comunidad, sino la experiencia que tu adquieres con otras comunidades indígenas, que tienen las mismas necesidades que tu comunidad, las mismas preocupaciones, que tienen algunas ventajas, algunas desventajas, pero eso a ti te va enriqueciendo como persona. Gracias a mamá somos Wayuu y hoy en día tenemos esa identidad; gracias a ella mis hermanas y los hombres de la familia son lo que son ahora. Porque resulta que en el caso Wayuu hay mujeres que no les interesa hablar wayuunaiki, ni ponerse la ropa tampoco. Yo una vez tenía un novio que decía que en Bogotá hay que pasar desapercibidamente y yo le decía: “ bueno a qué te refieres tu con eso” y él decía:” no te puedes poner manta” y yo le respondía: “ me da mucha pena, pero esa es mi ropa y forma parte de mi forma de ser”. Muchos dicen que en Bogotá reivindican lo que son, yo siempre he sido indígena y el estar aquí te permite a ti enorgullecerte de lo que tu eres y eso a ti te fortalece.

Cuando yo tenía 14 años teníamos un grupo de danzas con mi hermana y habían otras Wayuu, entonces yo hacía el papel de la jimot, o sea de la niña que luego le viene el periodo y llega a la etapa de la pubertad. La danza consistía en hacer un recorrido y presentar una yodha. Hay muchas personas que critican y le llaman a eso folclor, pero resulta que si eso es folclor, entonces la vida de todo indio es folclor, porque resulta que eso forma parte de esa identidad, de lo que tu eres y a lo que tu perteneces. Entonces, eso es muy frecuente que le pase a muchos Wayuu, que de pronto no valoran eso estando allá, en cambio yo siempre he valorado mi cultura sin importar el lugar donde me encuentre. Aquí en Bogotá extraño mucho a mi familia y a mis amistades. También extraño levantarme y acostarme temprano en la Guajira y cuando mi mamá se levantaba temprano, por ahí 4 de la mañana y entonces yo me levantaba y tiraba una sábana ahí al piso al pie del fogón, porque mamá estaba haciendo el café o alguna cosa. Además extraño el amanecer y el atardecer y también cuando cada quien desde su chinchorro se ponía a hablar y contar cosas y a cuando uno se iba a costar. Además, el ambiente de la comunidad y el de Bogotá son diferentes, aquí en Bogotá, la gente tiende a ser individualista, mientras en la comunidad la gente es más solidaria. Pero igual también hay una serie de dificultades que se pasan en la comunidad, por ejemplo, no hay agua por la sequía. Hay personas que le llaman a eso, lo exótico, y detrás de lo exótico está el trabajo que uno pasa con el agua. Uno allá valora mucho sobre todo el agua que es fundamental, muchas cosas, la vida en comunidad. Y también lo que tu consigues allá, aquí también hay plantas medicinales, pero allá está todo lo que forma parte de esa cultura. Hay cosas muy interesantes aquí en

Bogotá, cosas muy importantes, cada cosa tiene su espacio, su sitio. Tu puedes acceder a cierta información, el contacto que tu puedes hacer con agencias de cooperación, las entidades están aquí, aquí digamos que atienden un poco más las quejas que hagan las comunidades indígenas. En Uribia se la pasan es tírele la pelota al otro, en el Departamento de la Guajira es lo mismo, las cosas se politizan; mientras en Bogotá es diferente, se trata de darle solución, aquí sí funciona lo que es el famoso derecho de petición, y todo este tipo de reclamos que uno tiene que hacer.

Ahora quiero estudiar Derecho, ya me presenté en la Universidad Autónoma y tengo que hacer las vueltas para empezar, porque dentro de la experiencia con la ONIC, me he dado cuenta que uno necesita mucho de la parte jurídica por tanta violación de derechos. Claro que la parte textil, es fundamental, es muy importante, hay una historia ahí, hay una memoria en cuanto a los tejidos. El tiempo de estar aquí en Bogotá es una cuestión temporal, pues mi propósito es regresar a la Guajira y que mis hijos vivan una buena experiencia.

### 11. “Me gusta el Trabajo Social, la Antropología y el Derecho”

Mi nombre es Mariela Miticanoy, soy indígena kamëntsa del Valle de Sibundoy y tengo 27 años. Mis Padres son indígenas Kamëntsas y viven en la comunidad. Tengo 11 hermanos, 7 hombres y 4 mujeres y yo soy la mayor. Soy una persona alegre, trabajadora, responsable, paciente y a veces insegura para tomar ciertas decisiones, ya que a veces pienso que no voy a poder entrar a la universidad por falta de dinero. Admiro a mujeres como mi prima, porque ha luchado mucho para salir adelante, a ella le ha tocado trabajar muy duro, como a todas las mujeres de mi familia; ella trabajó siete años donde yo estoy trabajando actualmente. Estudiamos juntas en el Heissenberg y ahora está en la Universidad de la Sabana estudiando Psicología. Una mujer Kamëntsa es trabajadora, luchadora y entregada al hogar y a todo lo que hace. Sería bueno que la mujer fuera más fuerte para imponer su pensamiento y conservar la independencia que ha logrado trabajando. En general, un indígena se caracteriza principalmente por la lengua, por sus rasgos físicos, por la vestimenta y por los apellidos. Lo más importante es que la persona se identifique de alguna manera con su cultura, porque hay casos de personas que se avergüenzan de ser indígenas. Para mí, es importante que en una familia haya amor, diálogo, comprensión, respeto e igualdad en el mando del hogar. Al igual que en la familia en la sociedad es importante que haya comunicación y solidaridad. Yo soy católica al igual que mis Papás y en general, la comunidad Kamëntsa es muy católica.

Desde pequeña al escuchar a mis Papás, fui adoptando tanto el Kamëntsa como el español. En la escuela también nos enseñaban la lengua, pero yo no la se dominar a la perfección. Con mis Papás hablo más que todo en español, mientras que con mi abuela siempre hablo en Kamëntsa. Yo les colaboraba a mis Papás desyerbando las chagras, ordenando el ganado y con las labores domésticas; yo aprendí a hacer esas cosas mirando a mi Mamá. Mis hermanos se dedicaban más a la parte de la agricultura y también colocaban el cercado del ganado. Mis abuelos fueron los que me contaron muchas historias antiguas y en el colegio uno aprendía muchas cosas sobre la cultura. El tejido lo aprendí de mis tías que me enseñaron y también en unos cursos que me daban en el colegio. Es mal visto para la comunidad y para mi familia, que una mujer ande con muchos hombres, por eso mis Papás son un poco celosos con las relaciones que uno pueda tener con los hombres, yo, por ejemplo, tuve mis novios, pero a escondidas.

La mujer dentro de nuestra cultura se dedica al cuidado del hogar y de los niños, también hace artesanías y algunas son parteras. Antes los funcionarios del Cabildo eran hombres, pero hoy en día, ya se han lanzado candidatas para el cargo de gobernantes, aunque no han quedado elegidas, pero ellas si están ocupando ahora los puestos de Alguaciles dentro del Cabildo. Los hombres se dedican más que todo a la agricultura y a los trabajos que requieren fuerza, como abrir los huecos en la chagra. Los taitas, por lo general, son hombres y nosotros somos muy creyentes en las habilidades del taita para curar. Ellos son los encargados de llevar a cabo las tomas de yajé, yo nunca he tomado, pero mucha gente de la

comunidad si lo hace y ellos dicen que es para la suerte, para mirar el futuro o para limpiarse. Tanto hombres y mujeres trabajan juntos en las cuadrillas, allá dicen que se prestan la mano, es decir hoy trabajo para ti y mañana trabajas para mi. Ahora por la situación económica, tanto hombres, como mujeres, van al jornal, solo que a las mujeres les pagan menos. En la comunidad tenemos una fiesta muy importante que es el carnaval y se celebra la tercera semana de febrero, el lunes antes del miércoles de ceniza. En esa fecha se celebra el día del perdón, el encuentro y la unión de la comunidad. Ese día bailamos y compartimos juntos. Los adultos son los que más conservan la tradición de pedirse perdón, más que los jóvenes.

Cuando tenía 5 años entré a estudiar mi primaria en Las Cochas que es un colegio bilingüe, ahí hablábamos en lengua y me enseñaban muchas cosas de la cultura Kamëntsa. Después entré a la Normal Superior que es un colegio femenino e hice hasta séptimo, ahí me tocó estudiar con colonos, pero afortunadamente nunca tuve problemas de discriminación. Octavo y noveno de bachillerato los cursé en el colegio Champagnan en el horario nocturno. Cuando tenía 18 años me vine para Bogotá y acabé el bachillerato en un colegio semestralizado llamado Heisenberg. Actualmente, en la comunidad la gente esta repartida, tanto en los colegios bilingües, como en los colegios católicos y las Normales, porque hay gente colona que también esta eligiendo para sus hijos la educación bilingüe. Se dice que la educación de los maestros bilingües es de bajo nivel, por eso no todos los niños de la comunidad van a los colegios bilingües. En mi caso, mis hermanos no estudiaron en colegios bilingües, pero yo si hice mi primaria en una escuela bilingüe. A mi me parece que si son buenos los colegios bilingües sobre todo en esta época que se están perdiendo las costumbres.

Yo me vine con una amiga a Bogotá en 1995, por problemas familiares, entonces decidí salir de la casa e independizarme. Aquí en Bogotá tenía a mi tío que estaba estudiando en la universidad y eso me dio confianza para venirme. Cuando llegué me quedé con una amiga de él, por un año, hasta 1996. El primer año, fue muy difícil por el cambio de ambiente, allá en el campo hay más libertad para hacer las cosas, mientras que aquí hay mucha inseguridad. Me dio muy duro el frío y me sentía muy sola y triste. Al principio me perdía mucho, pero preguntando me defendía y ahora que ya llevo un buen tiempo aquí, me puedo defender sola. Por unos contactos de mi tío, empecé a trabajar como empleada doméstica en el barrio Los Sauces al sur de la ciudad. Con las personas que trabajé me fue bien y no tuve problemas, pero me aburrí y decidí irme, porque me tocaba atender a muchas personas, seis en total. Después trabajé con una señora por dos años hasta 1999, vendiendo ropa dentro del apartamento de ella que quedaba cerca a Unicentro. Luego me puse a trabajar con un viejito, un abuelo y con él estuve como 3 años hasta el 2002, pero me aburrí por la soledad. Mientras trabajé con el abuelo entré en 1999 al Instituto Heisenberg para continuar el bachillerato y en el año 2000 me gradué. Después entré a un preuniversitario donde estudié de 1:00pm a 6:00pm durante tres meses, para presentarme a la Universidad Nacional para estudiar Antropología, pero no pasé, intenté de nuevo pero para estudiar Derecho y tampoco pasé el examen. Entonces, decidí averiguar en la Universidad La Gran Colombia, para estudiar Derecho, pasé la entrevista, pero me falló el fiador. Entonces, me presenté a la Universidad Minuto de Dios a estudiar Trabajo Social, pero no había horario nocturno. Como no salió nada, desistí de la idea de estudiar en ese momento. Siempre he tenido ganas de continuar estudiando y seguiré intentándolo. En este momento, me gusta el Trabajo Social, la Antropología y el Derecho, porque me siento bien compartiendo con las personas y me parece que con ese conocimiento puedo llegar a ayudar a mi comunidad.

Después de trabajar con el abuelito me vine para Chía, porque mi prima que trabajaba aquí, me recomendó y me gusta, porque yo he estado acostumbrada al campo. Acá trabajo para cuatro personas dos niños y la pareja de esposos. Con ellos me ha ido bien. Por el momento me pienso quedar aquí en Chía por un rato y si puedo quiero hacer un curso de sistemas en un Instituto que queda cerca, además estoy tomando unos cursos de guitarra que me los vienen a dar aquí en la casa. En todas las casas he trabajado como interna y no he tenido ningún problema, además con lo que gano puedo vivir bien. Los fines de semana cuando tenía un tiempo libre pedía permiso para poderme ver con mis paisanos que estudian en la Universidad Nacional y viven en las Residencias 10 de Mayo y cuando vivía con el abuelo

ellos podían ir a visitarme. Cuando salgo con mis amigos vamos a fiestas, a bailar y cuando se puede también salimos a conocer pueblos. Pero ahora aquí en Chía no puedo salir, porque tengo que cuidar a los niños todo el tiempo, solo tengo libre el domingo.

El vivir en Bogotá me ha fortalecido como persona, soy más comprensiva, más detallista y expresiva con mis sentimientos, además he ganado mucha autonomía e independencia. Antes era más callada y aquí en Bogotá uno se vuelve más abierto, también siento que he madurado mucho y que ahora tengo más confianza y seguridad en mi misma. Mi forma de pensar también es diferente, porque aquí uno piensa en prepararse en estudiar y seguir adelante. Mi cultura siempre la he valorado y sigo estando orgullosa de ser indígena. También valoro mucho a mi familia y siento que me hace mucha falta, por eso siempre intento llamarlos por teléfono para saber cómo se encuentran y cada año en diciembre voy a visitarlos, además con lo que gano procuro ayudarlos económicamente. También extraño la libertad, porque aquí en Bogotá me siento encerrada, por lo menos allá en mi casa yo salía cuando quería, pero aquí, no se puede, pues me toca pedir permiso para todo y solo puedo salir los fines de semana. También me hace falta la comida, la chicha. Extraño el ambiente de la comunidad, allá es más calmado y tranquilo, hay mucha seguridad, mientras que en Bogotá hay muchos peligros, hay mucha congestión de tráfico y la ciudad es muy acelerada. Sin embargo, por el momento, prefiero vivir en Bogotá, pues las cosas están a la mano, no he sentido ningún tipo de discriminación y además hay muchas opciones para escoger, porque en la comunidad todo es igual.

Ahora como ya me he independizado tengo más libertad para hacer mis cosas y en esa medida, la relación con los hombres ha cambiado, porque he madurado y ya no siento miedo, por lo que puedan decir mis Papás, por eso he podido tener amigos hombres con los que me llevo bien. Si yo me hubiera quedado allá en Sibundoy, yo creo que ya hubiera formado un hogar. Pero por el momento, no pienso casarme, ni tener hijos. Si llegara a tener alguna relación de pareja me gustaría que la persona fuera Kamëntsa, porque ya conozco sus costumbres, podría saber quién es la familia y le tendría más confianza, mientras que de una persona de aquí de Bogotá no se nada y sería un completo desconocido para mí. Lo importante es que sea un hombre responsable y respetuoso, porque en la comunidad se ven casos en que el hombre maltrata a la mujer. Los medios de comunicación si han sido una influencia para mí, por lo menos en ese tiempo en el que yo viví en la comunidad en mi casa no había televisor y a mí me gusta estar actualizada con las noticias, además de ver algunas películas, me gusta también leer el periódico. En un principio, estaba tomando un té para adelgazar y no me funcionó, entonces me di cuenta que no valía la pena preocuparse por estar delgada. Mi forma de vestir no ha cambiado, de pronto ahora compro la ropa a mi gusto, porque cuando vivía en la comunidad me tocaba aceptar lo que me comprarán. Tampoco me gusta maquillarme, ni pintarme el cabello. En el Putumayo me gustaba escuchar las emisoras que ponían nuestra música, que llega del Perú y el Ecuador y de Bogotá me gusta mucho la salsa.

En el tiempo que llevo aquí en Bogotá me he puesto a pensar mucho sobre la situación que se vive en mi comunidad, que nuestra cultura se está perdiendo. Por ejemplo, en el momento se ve, solo a los abuelitos que tienen el atuendo, mientras que antes la gente usaba más la vestimenta. La lengua, también se está perdiendo, al igual que las costumbres. Antes los gobernadores eran gente de edad y ahora ya vemos jóvenes que gobiernan el cabildo, al igual que los chamanes también se ven jóvenes. Además hay falta de comunicación, pues se ve mucha rosca, dentro del Cabildo y para conseguir trabajo. Yo no pienso quedarme de forma definitiva aquí en Bogotá, me gustaría devolverme a Sibundoy para estar con mi familia y poder compartir más tiempo con ellos, pero todavía no se cuando devolverme, porque si logro entrar a estudiar en la Universidad Nacional, no me voy, sino que espero hasta terminar la carrera. De todas maneras la situación en el Putumayo está dura, entonces me tocaría pensar bien antes de tomar la decisión de volver a vivir en Sibundoy.

## 12. “Yo todavía tengo en pie estudiar Psicología”

Mi nombre es Rosario Epiayú, vengo del Municipio de Barrancas, que se encuentra situado al sur de la Guajira. Tengo 22 años y pertenezco al clan Epiayú. Tengo 4 hermanos, tres mujeres y un varón. Desde niña siempre me criaron en una ranhería. Me considero una persona de carácter fuerte, pero a la vez noble. Soy muy humanitaria y solidaria; lo que si no me gusta es que me engañen, porque eso implicaría una venganza, mejor dicho, la persona que me la hace, me la paga. Soy trabajadora e independiente, me gusta mucho el estudio, la lectura, me gusta actualizarme y aprender cosas nuevas, sin dejar de ser lo que soy, una Wayuu. Las mujeres Wayuu son trabajadoras y luchadoras, siempre están pendientes de todas las cosas, si hay un problema, ellas están presente para tratar de resolverlo. Para mi una mujer tiene que demostrar sus capacidades, distinguirse por ser una mujer luchadora, trabajadora y entregada. Por eso, admiro a aquellas mujeres luchadoras, que se sacrifican por su familia y por lo que quieren, por encima de cualquier dificultad; a las mujeres trabajadoras, que no dependen de nadie para lograr sus metas.

Desde mi punto de vista un indígena de cualquier etnia se conoce por su manera de pensar, que tiene que ver con la forma en que concibe a la naturaleza, así como también tiene un pensamiento muy limpio hacia las otras culturas. Además un indígena tiene unas costumbres particulares según la cultura a la que pertenece, como el traje, pero si por ciertas razones no se puede usar todo el tiempo no quiere decir que no seas indígena. Pero lo que más caracteriza a un indígena es el dominio que tenga de su lengua, porque a partir de ella se conoce la cultura, por eso te dieron una lengua para que tu la hables; el que no hable la lengua no es indígena para mí, indígena que se respete tiene que hablar su lengua y mantener sus costumbres y forma de pensar. Si por alguna razón no sabe la lengua, pero se identifica con sus costumbres, si es indígena, pero en la medida en que procure aprender a hablar la lengua, porque si tu tienes el interés y vives un tiempo en la ranhería y le preguntas a los mayores, aprendes a hablar wayuunaiki. Hay algunos indígenas que no hablan la lengua por etno-vergüenza, porque ellos quieren ser alijuna( blancos), porque los propios alijuna de la Guajira nos discriminan mucho. Allá en la Guajira no es como acá en Bogotá que te admiran y te dicen que es muy lindo ser Wayuu. En mi caso ninguna situación de discriminación me venció allá, por ejemplo me molestaban por mi cabello diciéndome: “ tu no eres Wayuu, porque tu no tienes el cabellos liso y los Wayuu si lo tienen”, sin embargo yo siempre decía que era Wayuu, sin importar lo que me dijeran, yo nunca he sentido etno-vergüenza, yo soy Wayuu en cualquier lugar donde esté.

Para mi es fundamental que en una familia haya unión, al igual que equidad. Así como mantener buenas relaciones no solo con el padre y la madre, sino con los ancestros, porque ellos fueron los que nos dieron la vida. Con respecto a la sociedad pienso que le hacen falta muchas cosas, además todo lo que las personas hacen es por intereses económicos, si no fuera así, viviríamos en un mundo perfecto. También es importante explotar los recursos propios y no que gente de afuera venga a quitarnos lo que es nuestro. Como el caso de Colombia, donde el occidentalismo nos está consumiendo y yo no veo la necesidad, porque este país es pluriétnico y multicultural, además de ser ricos en recursos y biodiversidad y no veo las razones para recurrir al exterior. Se tiene es que luchar por lo que tenemos y no dejarnos influenciar o imponer cosas.

Yo no pertenezco a ninguna religión, yo creo en un ser superior Dios, pero yo no creo ni en lo católico, ni en lo cristiano, yo solo creo en Dios y ya. Yo conozco de la religión Wayuu, del Ma que es la tierra, el agua, la naturaleza, todo eso es muy importante para nosotros los Wayuu y yo creo en eso, se podría decir que creo en la religión Wayuu, en lo que me han transmitido mis padres, donde sea y donde quiera que yo esté seguiré siendo Wayuu. Con el clan me identifiqué, yo soy Epiayú; en mi caso está primero el apellido de mi papá y segundo el de mi clan Epiayú. Yo me relaciono más con la familia de mi madre, o sea matriarcal, que va basado en mi mamá, en la familia por parte de mi madre. Las enseñanzas de mi mamá han sido de mucha importancia dentro de mis experiencias en la comunidad, eso es muy sagrado para mí.

Con respecto a mi familia, mi mamá siempre nos inculcó que la educación era primordial en nuestra formación, siempre y cuando no dejando atrás lo que tú eres como indígena. Mi mamá siempre estuvo pendiente de transmitirnos la cultura y la tradición, siempre me inculcaron eso desde niña. En mi niñez siempre estuve alerta a las artesanías, el tejido, los telares y mi mamá siempre estuvo pendiente en que aprendiera a tejer. El papel de la mujer en la cultura Wayuu es un papel muy importante, ella es la cabecera, la que está pendiente de todo, de la educación, del tejido, del hogar, de los hijos, del pastoreo y del trabajo, porque allá las mujeres son comerciantes y venden sus propias artesanías. La mujer es independiente trabaja en el cultivo, en los tejidos, comercia con las artesanías y los animales, mata chivos y comercializa la carne; trabaja más la mujer que el hombre, ella es muy emprendedora. Los hombres también juegan un papel importante, pero no como la mujer, ellos también comercializan los animales y se dedican más al pastoreo, además hacen las veces de palabrero, que es el que se encarga de arreglar los problemas.

Yo cumplí con el requisito del encierro, como dicen, yo me desarrollé a los 14 años, estaba estudiando en noveno grado y me tuvieron que sacar, me encerraron solo por 20 días, por lo que estaba estudiando, ese fue un permiso que me dieron las monjitas. Me encerraron en una casita apartada, para que no me vieran, solamente mi abuela o mi tía mayor me podían ver. Durante esos días uno tiene que tejer, uno duerme en un chinchorro demasiado pequeño y uno tiene que estar recto para que no se le deforme nada en el cuerpo. No puedes comer, en mi caso solo me dieron un frijol típico de allá que se llama katsari, también me dieron unas bebidas, el jaguapi y el kasuis, para limpiarme el organismo. En la alimentación lo cuidan mucho a uno para que no salga con deformaciones en el cuerpo, uno tiene que estar perfecto, porque tu ya pasaste a otro estado, ya eres majayip, antes eras jimuy, uno pasa de ser niña a señorita. Ese encerramiento es parte de la cultura, uno se está convirtiendo en mujer, el cuerpo cambia, uno está madurando y se está formando como persona.

Mis papás son separados y yo nunca tuve un acercamiento, ni una oportunidad de convivencia con mi papá. Mi papá es mestizo, mi mamá le enseñó a hablar el wayuunaiki y él lo hablaba perfectamente a pesar de ser alijuna, o sea un blanco. Mi formación fue más impartida por mi mamá o sea matriarcal. Mi tío materno jugó un papel importante para mí, él siempre estuvo pendiente de nosotros, es como si fuera mi papá prácticamente y mi abuela, que ya falleció, nos inculcó muchísimas cosas de la cultura. En nuestra cultura el hombre wayuu se distingue por tener bastantes mujeres, mientras las mujeres son muy fieles. Yo acepto que el hombre tenga varias mujeres, pero yo no compartiría el caso de que el Wayuu lleva sus mujeres, las reúne a todas para que vivan cerca y eso si yo no lo acepto, que tenga a sus mujeres pero lejos de mí y que yo sea la primera. Cada quien es diferente, hay mujeres que si lo aceptan y otras no, de pronto por los cambios de las épocas, algunas mujeres no aceptan esa condición.

Mi relación con los hombres en la comunidad era restrictiva, uno sí puede tener amigos, pero sin desordenarse, uno tiene que actuar bajo su responsabilidad y según lo que le inculcaron desde niña. En relación al dote que es el precio que se paga por una mujer, el hombre que va a dar el dote por la mujer, tiene que dar chivos, collares y trago, además ahora también se está dando dinero en efectivo, que era algo que no se usaba antes. El tío materno es el que decide las cantidades que se exigen por una mujer. El dote es parte de la cultura, es la manera como le llaman a ustedes al matrimonio, pues nosotros no nos casamos por la iglesia, ni por lo civil. Anteriormente existió un tipo de matrimonio el cual consistía en que en tu tiempo de encierro te buscaban un marido, sin tu darte cuenta, llegó una persona y te tenías que casar con ella. Eso ya se perdió, porque en aquellos tiempos muchas mujeres se mataron, porque no se sentían cómodas con esa persona, al no conocerla, debido a que había sido un acuerdo que se hizo a sus espaldas. Ahora la mujer puede decidir con quien casarse. La dote se da por familias, por ejemplo en el caso de mi familia todos han pagado dote por cada mujer, sin embargo hay familias que no pagan por la mujer.

La piache es el médico tradicional, es una persona que se distingue por su sabiduría, por lo general es una mujer. En mi comunidad hay dos piache y la gente recurre a ellas cuando tienen sueños y cuando se enferman. Ser piache es un don que nace con la persona, si en tu familia existió algún piache se transmite.



El sueño es importantísimo en nuestra cultura, porque es como un aviso, como un pronóstico de un problema que se puede presentar. Hay sueños buenos y sueños malos. Yo a veces le pregunto a personas que saben y otras veces yo me doy cuenta del significado. Aún estando aquí en Bogotá siempre estoy pendiente de lo que sueño y lo cuento para saber el significado que tiene.

Mi primaria la estudié en Barrancas en un colegio indígena llamado Monte Albernia, ahí cursé hasta quinto de primaria y en el colegio Remedios Solano cursé hasta octavo de bachillerato. En el colegio El Carmen de Barranquilla terminé mi bachillero. En Monte Albernia, que era un colegio indígena, aprendí muchas cosas de mi cultura, la lengua, tejidos, el baile típico, las comidas, todo lo que es basado en la cultura Wayuu, fue una formación muy buena. El Remedios Solano no era un colegio indígena, era un colegio católico de monjas, ahí ya cambió la cosa, porque ya era la entrada a la secundaria, la relación con los estudiantes fue buena, de pronto decían: “hay esos indios”, pero a mi eso no me molestaba, porque yo me siento orgullosa de ser indígena. En el colegio yo siempre perdía religión, porque lo ponían a uno a rezar hasta tuve un conflicto en décimo grado con una monjita, que me preguntaba: “por qué eres así” y yo le decía: “porque yo soy indígena y yo no pertenezco a ninguna religión, creo en un ser supremo sí, pero no creo en ninguna religión, ni en las imágenes, ni en el cura, porque eso no va conmigo, a mi nunca me verán en una iglesia, ni he pisado una”. En el colegio El Carmen que también era de monjas, también me fue bien con los compañeros y profesores. En todos los colegios donde yo estudié se respetó mi cultura. Existen colegios en mi comunidad donde le enseñan a uno sobre su cultura y los profesores son Wayuu. Ahora, esos colegios están teniendo mucha acogida, para mantener las tradiciones. A mi si me parecen buenos esos colegios y las autoridades tradicionales están luchando para que sigan funcionando. Mucha gente acude a esos colegios y la mayoría de los niños estudian en ellos, porque ellos se están dando cuenta de que si pierden la lengua no pueden hacer muchas cosas.

Después de graduarme hice un curso de sistemas en el SENA del Atlántico que duró cuatro meses. Al ver que la situación no me daba para más me vine para Bogotá a los 17 años con una amiga. Hice contactos de trabajo y empecé con mi compañera trabajando en una tienda naturista, de 10:30am a 5:00pm, la tienda quedaba ubicada en la 78 con 14. Yo trabajaba haciendo los productos y empacándolos, pero eso no funcionó, porque no daba lo suficiente para sus dueños y solo duró abierta como un año y medio. Mientras yo estaba trabajando en la tienda me pagué un curso de culinaria, yo tenía mi dinerito ahí ahorrado; entonces abríamos a las 10:00am y yo tenía clase de 7:00am a 9:00am. Era un curso de culinaria, de comidas macrobióticas y vegetariana y lo tomé en el Instituto Renacer.

Como la familia de mi jefa tiene una empresa de plásticos y ella decidió manejar la sucursal que está aquí en Bogotá, yo me fui a trabajar con ella y ya llevo 5 años. Yo le había comentado que había hecho un curso en el SENA y ella me preguntó que si yo quería estudiar algo y yo le dije que sí y ella me pagó unos cursos de secretariado bilingüe que los hice en el Instituto Meyer, empecé a los 18 años y el curso duró dos años. Ella me daba permiso, y me modificó el horario para que yo pudiera estudiar por la tarde, así que yo trabajaba de 7:00am hasta las 4:00pm, para darme tiempo de ir a estudiar de 6:30pm a 9:00pm. En la empresa mi jefe me fue ascendiendo, yo comencé en producción o sea lo que es empaque hasta el año pasado, este año estoy en la parte de archivo, donde trabajo con todo lo que tiene que ver con la empresa, el manejo de cada producción a diario, trabajo multiusos, digo yo, muchas veces, porque a veces ella me dice que le haga consignaciones u otro tipo de labores. Mi jefe me tiene mucha confianza, ella es muy buena. Yo entro a las 10:30am hasta las 9:00pm. Con lo que me pagan alcanzo a subsistir.

El contacto de la empresa fue por medio de unas amistades que yo tuve acá en Bogotá. En un principio me vine a estudiar, esa era mi meta, pero por la situación económica me tocó empezar a trabajar primero. Yo todavía tengo en pie estudiar Psicología, que fue a la carrera que me presenté en la Universidad Nacional, pero no pasé y si lo hubiera hecho, de todas maneras no contaba con los recursos necesarios para mantenerme en la ciudad, para pagar un arriendo, para alimentarme, para las fotocopias y pensando en esos gastos y en que en ese momento mi familia no me podía ayudar económicamente, me puse a trabajar. En estos momentos, no he pensado en estudiar en la universidad, porque estoy buscando la manera de ahorrar y de mirar los presupuestos para saber que puedo hacer. Me gusta la Psicología,

porque mi mayor objetivo sería poderle brindar un gran apoyo a la comunidad y eso para mí es lo más importante. Ahora estoy estudiando inglés por las mañanas de 7:00am a 10:00am en el Meyer.

A Bogotá llegué en 1999 y pude venirme porque ahorré un dinero por medio de la venta de artesanía, en el colegio yo vendía las pulseritas y también vendí unos chivitos y además mi mamá también me ayudó. Decidí entonces venirme a Bogotá, porque me gusta, desde que llegué siempre he vivido por acá por la Candelaria. Apenas llegué a Bogotá viví en la segunda con 12 y compartíamos con una amiga el sitio, porque igual no ganábamos mucho sueldo, entonces decidimos vivir en una habitación. Después de vivir con ella, viví un tiempo sola y aquí donde vivo ahora llegué hace poquito por ahí desde febrero y vivo con tres muchachas que son Wayuu. Vivo con ellas porque compartir es más barato, por economía. Yo ya conocía antes Bogotá con mi hermana mayor por un congreso de la ONIC que hubo en 1998, fue la primera vez que vine de turista y me gustó mucho este sector de la Candelaria, entonces le comenté a mi hermana que quería venirme para Bogotá y vivir en este sector y se me cumplió el deseo. Yo tenía esperanza en estudiar acá al ver las universidades y me dije: “esto es para mí”.

Aunque si me han pasado muchas cosas, no te puedo decir que todo es maravilloso, aquí en Bogotá aprendí muchas cosas que yo no sabía, el cambio me dio durísimo, a veces me tocaba duro, para que te voy a echar mentiras, el cambio fue muy duro. Con mucha gente tuve conflictos, gente de la que de pronto tuve un concepto bueno pero igual me fallaron muchas veces, aprendí a no confiar en todo el mundo, a no ser abierta con todo el mundo, porque uno tiene que tener un espacio y mantenerse al límite. Con el clima y la comida no he tenido problemas y los inconvenientes económicos de alguna forma se solucionan. Aquí en Bogotá, te digo la verdad, no hay discriminación, como se ve allá en la Guajira y en la Costa, al contrario aquí a los Wayuu, a los indígenas los quieren muchísimo, en cambio allá en la Guajira los alijuna se encargan de discriminar a los propios indígenas.

Cuando llegué a Bogotá estaba aquí un primo y con él empecé a relacionarme, pero igual no nos veíamos mucho, porque apenas yo llegué empecé a trabajar. Llegué a la ONIC y empecé a conocer a mucha gente. Tengo muchas amistades aquí en Bogotá, que son indígenas y también bogotanos, ellos a veces me invitan a salir, a veces salimos fuera de Bogotá, cuando tengo tiempo, porque por lo general no tengo tiempo libre por el trabajo. Pero cuando a veces tengo algún tiempo, me gusta ir a cine, voy y camino toda la séptima, me gusta mucho leer, por ejemplo, de la situación económica del país, me gusta hablar e informarme sobre la problemática que vivimos actualmente, me gusta estar alerta en las noticias, estoy pendiente de lo que pasa en la actualidad. No es por hablar carreta ni nada pero a mí nunca me ha gustado el vallenato, yo respeto esa música y es parte de mi cultura, de pronto algunos me gustan, pero en general no me gusta el vallenato.

Yo estude en Barranquilla y yo escuchaba la música rock y aquí en Bogotá sigo escuchándolo normalmente, por eso te digo, yo sigo siendo Wayuu, yo respeto mi música, más no la escucho. Uno tiene que entender las diferencias de cada persona, porque todos tenemos distintas maneras de pensar. Desde mi punto de vista, mi modo de vestir no a variado, porque yo sigo usando mis mantas, de pronto no me las pongo en el trabajo, porque yo no puedo ir así vestida. En cuestiones de maquillaje o peinado no he cambiado para nada, sigo siendo como antes. Yo respeto todo lo que me han inculcado, uno aquí no deja de ser lo que es, siempre estoy pendiente de lo que me inculcaron desde niña. La relación con los hombres en Bogotá, si cambia un poco, porque aquí si me relaciono bastante con personas con más libertad, pero teniendo en cuenta todo lo que soy. Cada quien tiene una cultura diferente, nosotros somos Wayuu y en nuestra cultura somos más restringidos, además de tener respeto por la pareja. Aquí de pronto las diferentes culturas se mezclan demasiado, uno vive muchas cosas aquí y uno se tiene que acostumbrar a las diferentes culturas, sin involucrarse.

Mi estadía en Bogotá si me ha influenciado bastante, ha sido una experiencia importante para mí. La idea mía de estar aquí en Bogotá es aprender, no es el simple hecho de trabajar, sino de convivir con la gente. En Bogotá ves cosas nuevas, experimentas, aprendes muchísimas cosas que aún tu no habías visto. En mi formación he cambiado bastante, lo que pasa es que allá en la Guajira, uno se enfocaba en una sola cosa, uno no exploraba tantas situaciones que tu puedes vivir aquí en la capital. El hecho de vivir aquí

hace que siempre le vaya a estar agradecida a Bogotá por toda la cantidad de cosas que he aprendido y que pienso llevar a la ranchería, porque allá muchas veces se ignoran. Por ejemplo, lo que tiene que ver con los derechos de los pueblos indígenas, allá están errados totalmente con eso, incluso se les violan sus derechos y de eso me he dado cuenta ahora que he aprendido muchas cosas sobre la legislación indígena aquí en Bogotá. Esa información la he recibido de los talleres que he hecho en la ONIC, además de asistir a las reuniones, a la asamblea general de los pueblos indígenas, en todo eso yo participo y no se como le hago por el trabajo, pero siempre termino sacando un tiempo para asistir a los eventos de la ONIC, porque así puedo aprender sobre las diferentes culturas de los pueblos indígenas. El temperamento también me ha variado, yo soy de un temperamento muy fuerte y aquí en esta ciudad uno tiene que controlarse o sino se estresa uno mucho. En general, mi manera de pensar ha cambiado, ahora soy totalmente espontánea y me he formado como persona por toda la información que he recopilado, por mi trabajo, mi estudio y mi relación con las personas.

Me siento bien estando aquí en Bogotá, yo no me quejo de la ciudad. No me falta nada, tengo poquito pero me alcanza para todo, yo misma aquí puedo sobrevivir. Gracias a Dios la ciudad me ha brindado muchas ventajas, aquí fue donde se me abrieron las puertas, por ejemplo, en el trabajo y en la formación del estudio, aunque la situación no me ha permitido estudiar en una universidad, si he podido hacer mis cursos mientras trabajo, para poderme defender por mi misma el día de mañana. Aquí en Bogotá he pensado mucho sobre mi comunidad y me he dado cuenta que le faltan cantidades de cosas, por ejemplo, en la educación me gustaría que hubiera un sistema avanzado como el de Bogotá. En cuanto a las artesanías que hubieran más medios de difusión, que se dictaran talleres, por ejemplo, para las niñas que van naciendo, para que ellas siempre lleven donde quiera que estén el conocimiento del tejido y de nuestra tradición, porque hay muchas niñas allá que están erradas y a nivel de la cultura hay unas que no saben nada, para ello serían necesarios algunos mecanismos que ayudaran a reforzar la cultura.

Al estar aquí en Bogotá he extrañado el ambiente de mi ranchería, esa paz y tranquilidad que uno siente allá, eso no lo vive uno en ningún lugar del mundo. También he extrañado la comida que allá preparan y lo más importante, me hace falta mi familia. El ambiente de Bogotá y el de la comunidad son muy diferentes. En Bogotá hay mucha gente de todas partes de Colombia, hay diferentes culturas, hay diferentes costumbres. La comida también es diferente, además allá estamos acostumbrados a que si vienen varias personas a tu casa para todos hay comida, donde come uno comen varios, en cambio eso en Bogotá no se ve, aquí la comida, el espacio y las cosas son únicamente para esa persona y nada más, aquí son más individualistas, mientras que allá en la Guajira somos más solidarios. En estos momentos, ayudo a mi familia, por ejemplo, a mi hermana que está estudiando Etnoeducación en la Universidad de la Guajira. A mi mamá yo la llamo cuando tengo dinero y también hablo con mi hermana. De mi familia no recibo dinero, porque soy muy independiente, tengo mi trabajo y de él vivo, de pronto cuando tengo emergencias si pido ayuda a mi familia, pero de resto soy yo la que les colabora económicamente.

Pienso quedarme en Bogotá por el estudio, porque desde los 16 años mi meta es estudiar, ahora quiero hacer un curso de francés, quiero aprender otros idiomas y si es posible me gustaría viajar al exterior para estudiar y formarme mejor. Al ver allá en la Guajira que desde muy peladitas, como de 15 años y ya con hijos, me di cuenta que eso no era para mí y yo siempre he tenido presente eso. Inclusive aquí en Bogotá, siempre he pensado que tengo primero que superarme, luchando y sacando mi familia adelante y cuando ya sea alguien en la vida ahí si pensar en construir una familia; ese ha sido mi pensamiento desde la Guajira hasta este momento.

### 13. “En la escuela aprendí la parte cultural de mi comunidad”

Mi nombre es Carmela Narváez, soy Kamëntsa, tengo 21 años y vengo de la vereda las Cochas en Sibundoy. Mis Papás son Kamëntsa y tengo 9 hermanos 5 mujeres y 4 hombres. Soy una persona noble, responsable, sincera, paciente y trabajadora. Una mujer Kamëntsa se caracteriza por ser trabajadora, por estar pendiente del hogar y de la comunidad. Una mujer debería ser trabajadora tanto como el hombre, poder salir adelante por sus propios medios y dedicarse al hogar y a los hijos. Por eso, admiro a una amiga mía, porque ella trabajó mucho para poder cumplir su objetivo de estudiar en la universidad. Para mi un indígena de cualquier comunidad es indígena, porque tiene unos rasgos físicos particulares y porque conoce su cultura y habla su lengua. En la familia, yo creo que debería haber diálogo y más unión. Yo creo que lo principal que debe haber en una sociedad es el diálogo y la comprensión. Yo soy católica, porque mis Papás también lo son, a veces voy a misa e hice la Primera Comunión y la Confirmación. No se nada acerca de la religión Kamëntsa que se tenía antes, pues para mi la comunidad es católica.

Mi Papá me enseñó a trabajar en la chagra y mi Mamá me enseñó las labores del hogar, como cocinar, lavar y barrer. Mis hermanos varones también iban con mi Papá a la chagra y hacían trabajos pesados que requerían fuerza como abrir los huecos en la chagra. Rescato las enseñanzas de mis Papás sobre la importancia del trabajo, porque trabajando he podido salir adelante yo sola. Mi abuelita por parte de Madre me contaba más que todo cuentos que tenían que ver con la comunidad, pero con mis otros abuelos no me relacioné. A mi me parecen importantes esas enseñanzas de mi abuela, porque es un conocimiento que no se puede aprender de otra manera, solamente a partir de lo que le cuentan a uno los abuelos. En la escuela aprendí la parte cultural de mi comunidad, así como a tejer, pues eso no me lo enseñaron en la casa. Mi Mamá, por ejemplo, no trabaja las artesanías y en mi familia en general poco se ve ese saber. Yo nunca usé el traje y no se hablar el Kamëntsa, solo entiendo algunas cosas, pues mis Papás nunca me lo enseñaron y en realidad yo casi no los escuchaba hablar en lengua. Yo siempre he hablado en español. Que yo sepa no hay ninguna celebración especial para hombres o para mujeres y no se si antes se daba. A mi me han dicho que el yajé sirve para saber sobre el futuro y sirve para purgarse, pero en realidad no se mucho al respecto, porque yo no lo he tomado y mi familia tampoco, de pronto mi Papá, pero no se bien. Sobre los médicos tradicionales no se nada. Sé que en la comunidad se celebra el Carnaval como en marzo, creo que hay una ceremonia, pero en realidad no se mucho sobre el Carnaval, mis Papás no me han contado al respecto y yo no he asistido a esa celebración.

En la comunidad, las mujeres se dedican más al hogar, a cuidar los niños, a cocinar y a hacer los oficios de la casa. En la chagra las mujeres trabajan con el machete desyerbando y recogiendo los cultivos y los hombres se dedican a alzar la tierra con el azadón. Los hombres van al jornal para ganar dinero en lo que los pongan a hacer. Ahora a las mujeres y sobretodo a las Mamás también les toca salir a trabajar al jornal para ayudar en el hogar, la mujer ahora realiza las mismas actividades de los hombres. Antes eran los hombres los que tenían puestos en el Cabildo, pero ahora hay candidatas que se han lanzado para gobernadoras y eso antes no se veía. Al gobernador del Cabildo se le dice Taita y es él quien dirige a la comunidad. La relación con los hombres dentro de la comunidad era difícil, sobre todo por mi Papá, porque él era muy sobreprotector y nos prohibía andar con hombres, además en la comunidad era mal visto que una muchacha tuviera amigos hombres. En la comunidad tuve un novio pero a escondidas. El tiempo en que yo viví en la comunidad a las parejas les tocaba casarse por lo católico, pero ahora que he ido a la comunidad he visto que no se casan, sino que se juntan. Mis Papás se casaron por lo católico, pero no se cómo se daban los matrimonios en la época de mis abuelos.

Estudí mi primaria en La Escuela Bilingüe Artesanal Kamëntsa. La primaria la terminé como a los 13 años. Ahí estudiaba con indígenas Kamëntsas y nos enseñaban nuestra lengua y las artesanías, lo que yo se de la lengua fue gracias a la Escuela. Con mis compañeros me la llevaba, porque todos éramos Kamëntsas. Después de terminar la primaria, no quise seguir estudiando y me quedé ayudándole a mi Mamá en la casa por tres años. En la comunidad los Papás están empezando a llevar a sus hijos a los

colegios bilingües y a mi me parece bueno, porque le enseñan a los niños diferentes aspectos de nuestra cultura que se están perdiendo.

A los 17 años me vine para Bogotá, porque tenía problemas con mi Papá y me tocó venirme. Llegué directamente donde las personas con las que iba a trabajar, pues yo ya tenía el puesto seguro, porque una amiga mía que trabajaba aquí en Bogotá me lo había ayudado a conseguir. Empecé a trabajar con estas personas que vivían en el 20 de julio, trabajé como empleada doméstica interna, eran 6 personas, tres niños y tres mujeres. Me trataron bien y el dinero que me daban me alcanzaba para mis gastos. Tenía libre los domingos o cuando pedía permiso. Después de 6 meses de trabajar con ellos me sentí muy sola y quería estar con mi Mamá, entonces me devolví a Sibundoy y estuve 2 meses con mi Mamá. De ahí me fui para Ipiales Nariño, porque una prima me había conseguido trabajo, ahí trabajé por un mes y medio como empleada doméstica interna en una casa con dos mujeres, con ellas también me fue bien. Después me fui para donde mi hermana que vivía en la vía hacia Mocoa a colaborar en el restaurante que ella tenía, pues estaba enferma y necesitaba ayuda, con ella me quedé como tres meses. Entonces una hermana que vivía en Bogotá me dijo que si quería trabajar allá y yo acepté, porque ya estaba aburrida, además en Bogotá le pagan mejor a uno, pero le toca a uno trabajar más.

Me vine de nuevo a Bogotá, eso fue en el año 2000 y empecé a vivir con la familia con la que iba a trabajar, ahí duré tres años y medio trabajando como empleada doméstica interna. Era una familia de cinco personas con tres hijos, me trataron bien y me dieron la oportunidad de estudiar y pude pagar el colegio Heisenberg con el sueldo que me ganaba y así hacer mi bachillerato. Yo entré en el 2001 y me gradué en el 2003, me tocaba ir todos los sábados, era un colegio de validación. Además del permiso que me daban para estudiar los sábados, también me daban el domingo libre. En el colegio me fue bien y mis compañeros eran buenas personas, ellos se interesaban por conocer mis costumbres. En diciembre del 2003 renuncié y me devolví para mi casa, porque ya me sentía cansada con ese trabajo. En la comunidad, me quedé hasta abril del 2004 y el tiempo que estuve allá conseguí un trabajo de medio tiempo cuidando a un niño Kamëntsa y empecé a estudiar un curso de sistemas en Omega, pero no lo acabé, por falta de plata. Luego me vine otra vez para Bogotá, como que ya no me acostumbraba a la vida en mi comunidad. Yo le dije a una amiga Kamëntsa, que vivía en Bogotá que si me podía conseguir un trabajo y ella me ayudó a encontrarlo y llegué a trabajar donde la Mamá de mi antigua patrona que me había ayudado con el estudio. Ahí trabajo con una pareja de casados, tengo libre los domingos y cuando pido permiso me lo dan, me pagan bien y son amables conmigo. En este trabajo es en el que mejor me han pagado y no me toca trabajar tanto, me siento más descansada. Con el dinero que gano me mantengo y a veces le mando plata a mi familia. Las veces que me he devuelto a la comunidad, al principio la gente se me quedaba viendo y creía que había cambiado, estaban prevenidos, pero después de un tiempo ya no.

Yo llegué con nervios a Bogotá, me sentía muy sola, porque no conocía nada y aquí tienen otras costumbres. El primer año fue muy duro, extrañaba mucho a mi Mamá y la vida en mi comunidad. Tuve problemas con el clima y con la soledad, pues hay momentos en que me siento muy sola y extraño mucho a mi familia y a mis amigos más que todo. Mi hermana que vivía en Bogotá y mi amiga Kamëntsa que también trabajaba aquí, me ayudaron a ubicarme en la ciudad, a coger los buses y a saber dónde estaban las cosas. En la ciudad se ve de todo, en cuanto a la moda, las noticias, mientras en la comunidad uno no se informa tanto. Bogotá es muy inseguro y en Sibundoy la vida es más tranquila. En mi tiempo libre me gusta conocer la ciudad, a veces salgo con mi amiga Kamëntsa y con mi hermana y por medio de ella conocí a otras personas de la comunidad que vivían aquí y con ellos salía a cine o a fiestas. Cuando estudié en el Heisenberg tenía amigos con los que salíamos e íbamos a veces a paseos juntos, pero ahora ya casi no me veo con ellos. El caso es que los domingos que es mi día libre siempre intento hacer algo y nunca me quedo en la casa donde trabajo. Si llegara a tener una relación con alguien no me importaría de donde fuera, me gustaría conocer de diferentes partes. Las relaciones de pareja en la comunidad no se demuestran tanto el afecto como las parejas de aquí, que son más cariñosas. En estos momentos no pienso en casarme, ni en tener hijos, primero quiero trabajar y estudiar para poderme

defender en la vida. Pero si me hubiera quedado en la comunidad y no hubiera salido de allá yo creo que ya me hubiera casado, pues eso es lo normal que pasa con las mujeres de mi edad.

A mi me gusta leer mucho y aquí estoy más pendiente de las noticias, me gusta estar informada. Me gusta ir a cine y en la comunidad no tenía la oportunidad de hacerlo. También me gusta mucho oír música, acá escucho salsa, merengue y rock. Aquí si compré una vez un producto para adelgazar que me aconsejó una amiga, un extracto de berenjena y no me sirvió, entonces dejé de pensar en eso. Aquí tengo la posibilidad de comprar ropa que me gusta, hay modas que me gustan y aquí hay más opciones para escoger, en la comunidad no me fijaba tanto en las modas, ni me fijaba tanto en lo que me ponía.

Yo creo que he cambiado estando en Bogotá he dejado atrás la timidez y me puedo defender yo sola, me he vuelto más independiente, ya hago las cosas por mí misma, sin depender de mi familia, puedo trabajar y conseguir dinero para mantenerme. También he conocido más personas y me he vuelto más comprensiva. Acá vine ha madurar un poco. Mi relación con los hombres ha cambiado aquí en Bogotá, soy más fresca, porque ya no tengo miedo de lo que me pueda decir mi Papá, aquí soy más independiente con mis cosas. Yo me sigo sintiendo orgullosa de ser indígena y he valorado más mi cultura. He pensado que falta mucho diálogo entre las personas de mi comunidad y también creo que se están perdiendo muchas cosas de nuestra cultura, porque las cosas van cambiando y van actualizándose, las personas mayores aún conservan sus costumbres, pero los jóvenes ya no usan el traje y no se oye que hablen la lengua. Me gustaría que colocaran más teléfonos allá, pues no es fácil comunicarse.

Ahora no se que voy a hacer, por el momento me voy a quedar hasta final de año trabajando con la pareja que estoy ahora, porque en diciembre pienso ir a visitar a mi Mamá y si me devuelvo a Bogotá el próximo año me gustaría estudiar algo aquí. Lo que me gustaría es conseguir un trabajo en la comunidad y poder estudiar algo, hacer un curso de sistemas como el que no acabé o de secretariado. Quiero estudiar algo que me ayude a conseguir otro tipo de trabajo, porque trabajar en las casas de familia es muy duro y ya me cansé de hacerlo. Pero si no consigo nada en la comunidad y me sale algún trabajo en Bogotá el año entrante lo aceptaría y preferiría hacer el curso aquí en Bogotá en enero. También he pensado presentarme a la universidad para estudiar Medicina, pero esa carrera tiene mucha competencia para entrar. He pensado en la Universidad Nacional y en la Fundación Área Andina, pero no alcancé a comprar el formulario de la Nacional el semestre pasado. Me gustaría presentarme a la Nacional el próximo año y si lograra pasar me pondría a estudiar, pero preferiría que fuera a distancia, para poder vivir en la comunidad.

#### **14. “Quiero estudiar Derecho para trabajar y defender a mi comunidad”**

Mi nombre es Yosusi Aguilar, tengo 17 años, vengo de Fonseca. Nosotros somos 8 hermanos, 3 hombres y cinco mujeres y yo soy la tercera hermana. Yo soy una persona muy juiciosa, a mi me gusta escuchar música y bailar; no soy malgeniada, soy estudiosa y trabajadora. Yo caracterizo a la mujer Wayuu por ser trabajadora, dedicada a su familia y a su tejido. Para mi una mujer debe ser de hogar, juiciosa y más que todo trabajadora. Por eso, yo admiro a las mujeres de mi familia, porque son mujeres trabajadoras, que te dan muchas enseñanzas y se preocupan por tu bienestar. Yo pienso que un indígena se caracteriza por la etnia a la que pertenece, por su cultura más que todo; tiene que hablar la lengua y usar el traje, porque así uno se distingue de los demás. Si no tiene estas características no es Wayuu para mi, porque no tiene nada que lo identifique con la cultura. Desde chiquita hablo el wayuunaiki y el español, porque mis Papás hablan las dos lenguas, el wayuunaiki siempre lo hablo muy bien y el español lo perfeccioné en el colegio. Yo soy católica, por influencia de mis Papás y sobre todo por el colegio que era de monjas, pero de todas maneras yo se que los wayuu adoran al Mareiwa que es el Papá de todos, es Dios. Para mi el núcleo familiar debe ser un abuelo o la abuela, pero en mi caso el núcleo familiar es mi abuelito y en segundo lugar deben estar la Mamá y el Papá que son los que ponen las condiciones y también una tía. Debe haber entre los miembros de la familia respeto entre ellos y por las demás

personas. Lo importante dentro de una sociedad es que trabajen unidos y que velen por todos, que haya solidaridad y responsabilidad.

La educación que me dieron mis Papás se basó en cómo sostener una familia, me enseñaron a cocinar y a realizar los diferentes oficios del hogar, me dijeron cómo debía comportarme y vestirme. Siempre me recalcaron que yo debía representar mi cultura en cualquier parte y que no debía darme pena eso. Mi Papá me inculcó cosas sobre cómo debía ser mi comportamiento, me decía que yo tenía que ser una muchacha juiciosa en cualquier parte donde estuviera y que tenía que ser colaboradora. La educación que le dieron a mis hermanos hombres se basó en enseñarles a trabajar para defenderse solos, más que todo en el cultivo y el cuidado de los animales. En nuestra cultura, el tío materno puede llegar a ser más importante que el Papá, porque viene de la familia de la Mamá. El tío materno es el que vela por todos, sobre todo por los hijos de la hermana; además es el que soluciona los problemas, es el palabrero o Putchipiü. Mi abuelita me enseñó cómo tejer y a mi me gustaba mucho ayudar a mi Mamá en sus tejidos y en lo que ella necesitara. Las enseñanzas de nuestros abuelitos son muy importantes, porque nosotros aprendemos mucho de ellos por las historias que nos cuentan todas las noches y en las madrugadas acerca del origen del mundo, de nuestro nacimiento y de nuestra cultura.

Dentro de la comunidad la mujer se ha dedicado a las artesanías y al cuidado del hogar y los hijos, mientras los hombres se han dedicado a cuidar los animales. Actualmente hombres y mujeres se ayudan entre sí en el trabajo para sostener a la familia, no solo el hombre sale a trabajar, sino que la mujer también sale a vender sus artesanías. La mujer es muy importante dentro de la comunidad, porque es ella quien puede enfrentar todo tipo de problema, en cambio el hombre está para defender a sus mujeres, pero siempre es ella la que da la cara y la que realmente se encarga de todo. Dentro del Cabildo las mujeres ocupan puestos importantes, pero es el hombre el que toma las decisiones. Yo hacía parte del comité del Cabildo y trabajaba como secretaria, era como la segunda representante de la comunidad. A mi siempre me ha gustado ayudar a mi comunidad para que pueda salir adelante y por eso estoy buscando formarme profesionalmente para estar mejor informada y poderles ayudar mejor. Yo me identifico mucho con la labor que he hecho dentro del Cabildo por el bienestar de mi comunidad, así como también me identifico con las artesanías que siempre han hecho parte de mi vida. En el cabildo yo me relacionaba con muchas personas y mis Papás sabían que esas relaciones eran de trabajo, pero ellos sí eran muy estrictos cuando se trataba de novios o amigos del colegio, en general la comunidad critica mucho a las mujeres que andan rodeadas de hombres.

El Piache también llamado out sü sigue siendo mujer o hombre y su función es sanar a los enfermos, si un niño, por ejemplo, tiene mal de ojo tiene que ir donde el Piache, porque él es el único que lo cura a través de su medicina tradicional a base de plantas. Las personas también van donde el Piache para que interprete sus sueños y les diga cosas sobre su vida o eventos que pueden ocurrir en el futuro. En mi cultura son muy importantes los sueños al ser una señal que le dan a uno sobre algo que le puede pasar, son una forma de prevención para que uno pueda estar listo para cualquier situación que se pueda presentar. Los sueños para mí siempre han sido importantes, porque se relacionan con mi vida, por ejemplo, si sueño que se me cae un diente quiere decir que mi hermano o mi familia está en peligro y si sueño algo malo, es necesario bañarse inmediatamente para que no vaya a suceder lo que uno se soñó. Todo lo que sé acerca de la interpretación de los sueños me lo enseñó mi abuelito y cuando hay algo que no comprendo llamo a mi casa para saber que hacer. Por otra parte, los muertos en la comunidad tienen un trato especial, tienen un sitio donde los vela la familia antes que los metan al cementerio, por lo general los velan en las casas. A los muertos les hacen tiros, se hace una comida, se reparte chirrinchi y chicha. Si la persona murió por causa natural dura dos días el velorio y si fue un asesinato no se puede velar, porque eso sería como llamar otro asesinato, a la persona la entierran a penas lo mataron y no lo ve nadie. Para los niños no se llora, se le hace una misa, pero no se velan, porque ellos son unos angelitos. El lugar donde se entierra a los muertos es muy importante para nosotros y también el día que se sacan los restos y los recoge la Mamá o una hermana y los vuelven a enterrar en un rosario.

Durante las vacaciones de junio y julio, yo me desarrollé cuando tenía 14 años y tuve el ritual del encierro solo por dos meses, porque después me tocó ir a estudiar; me encerró mi abuelita que era la única que me atendía. No me dieron comida por dos semanas y después me dieron únicamente chicha sin azúcar y con leche y nada de comida salada. Yo salí cambiada del encierro, me cortaron el cabello, mi piel estaba más blanca, era una mujer nueva. Mientras estuve encerrada me enseñaron a hacer mochilas y chinchorros; también me dijeron que yo ya tenía que comportarme diferente, porque yo ya era toda una mujer y tenía que hacerme respetar. Mi encierro fue lindo, porque es una enseñanza que nos dan nuestros antepasados, es una forma de respeto para nosotros los Wayuu y es una costumbre muy respetada. El encierro es un símbolo de respeto hacia las mujeres Wayuu, es una forma de enseñanza particular que te muestra cómo debes comportarte cuando pasas a ser mujer y de esa manera es una guía para poder enfrentar la vida. A mi Mamá, por ejemplo, la encerraron por dos años sin que nadie la viera y así ella aprendió muchas cosas. Durante ese tiempo mi Papá conoció a mi Mamá, la enamoró y de ahí la sacó del encierro para irse a vivir con ella, pues en esa época la costumbre era que las mujeres cuando se casaban debían venir del hogar, de donde estaban encerradas. Actualmente, los encierros no son tan largos, porque no se puede faltar a clases y la costumbre de esperar al futuro esposo, mientras se está encerrada, se ha perdido. Los matrimonios casi no se celebran por lo católico, se usa más que el muchacho pague por la novia si la familia de ella así lo desea. El Papá o el Tío materno dicen la cantidad de animales, de oro o chirrinche que se debe dar por la hija o sobrina. En mi caso mi Papá pagó muy bien a mi Mamá y a nuestra familia le tocó pagar la mujer de mi hermano y a mi me gustaría que por respeto a mí misma, también pagaran por mí. Para nosotros ese pago simboliza el gran valor que tiene la mujer y que el hombre la tiene que cuidar mucho, porque la mujer es su tesoro. La celebración de un matrimonio es muy tradicional se hace la yona que es el baile típico de los Wayuu y la despedida de ella, se hace de forma familiar y no en la Iglesia. Los Wayuu tienden a tener varias mujeres, pero yo no acepto eso, así sea la costumbre del Wayuu tener de 2 a 4 mujeres en la misma cuadra, pues para mí es importante que el hombre solo se dedique a mí.

A los 3 años entré a hacer mi prekindergarten en la escuela rural de mi rancharía en Provincial. Después nos trasladamos a otro pueblo donde hice mi primaria y parte de la secundaria en la Escuela Indígena Monte Albernia, que era de monjas, pero la mayoría de los profesores eran indígenas. Ahí hice hasta décimo de bachillerato y mi experiencia fue muy buena, porque nos enseñaban muchas cosas sobre mi cultura como: las clases de wayunaiki y de artesanías, sin embargo, también nos inculcaron la parte católica. Mi relación con mis compañeros fue muy buena, porque todos éramos Wayuu. Once lo terminé acá en Bogotá en el Colegio Distrital Palermo, ahí me fue muy bien, me gradué a los 16 años y fui una excelente alumna, la directora estaba muy feliz conmigo por tener dentro de la promoción a una Wayuu. Los compañeros siempre se portaron muy bien conmigo, les interesaba mucho mi cultura. En lo que llevo vivido no he sentido ningún tipo de discriminación afortunadamente. El colegio donde estuve en la Guajira no era bilingüe, pero a mi me parece que los colegios bilingües son una buena opción para los Wayuu, porque enseñan muchas cosas sobre nuestra cultura. Pero lo que yo he visto es que los Papás meten más a sus hijos en las escuelas católicas, porque al ser de monjas la educación es más estricta y porque consideran que tienen un mejor nivel académico.

Yo decidí venirme a Bogotá para facilitar mi ingreso a la Universidad, pero todavía no he podido entrar a la Universidad Nacional. Yo llegué a Bogotá a principios del 2002 cuando tenía 15 años, me vine con una amiga de mi Mamá de Riohacha y viví con ella en el barrio Palermo; ella me pagaba el colegio de validación donde terminé mi bachillerato y yo a cambio le ayudaba en lo que ella necesitara. En septiembre del 2003 me gradué y me puse a trabajar por días como empleada doméstica en una casa de familia hasta diciembre, mientras seguía viviendo en la casa de la amiga de mi Mamá. Empecé a trabajar, porque necesitaba dinero, debido a que a mi Mamá no le alcanzaba el sueldo para enviarme plata y aquí en Bogotá todo es muy caro, además quería ponerme a ahorrar para ayudar a pagar mis estudios universitarios. En esa casa trabajé con 4 personas, me iba bien y aprendí muchas cosas con ellos. El dinero que me pagaban no era que me alcanzara para todos mis gastos, pero si me ayudaba para cubrir



algunas de mis necesidades. Yo trabajaba martes, viernes y sábados y los otros días me quedaba en la casa a ayudar a la señora donde vivía. Dejé de trabajar con esa familia, porque tenía que viajar a la Guajira y cuando volví en enero y hablé para ver si me aceptaban otra vez, pero ellos ya habían conseguido a otra persona.

Entonces desde que llegué en enero del 2004 volví a vivir con la señora amiga de mi Mamá y yo trabajaba para ella a cambio de comida y hospedaje, mientras conseguía otro trabajo. Yo le ayudaba a ella a atender a las 10 personas que vivían en esa casa, yo cocinaba, lavaba y en general hacía los oficios de la casa; pero después me di cuenta que el trabajo que yo hacía era demasiado solo a cambio de comida, yo me sentía explotada por esa señora y ella se estaba aprovechando de mí, porque yo no tenía a donde ir. Tomé la decisión de irme de esa casa y me vine a vivir temporalmente a la Candelaria con mi prima y sus dos compañeras Wayuu. Aquí llevo viviendo 2 semanas y estoy haciendo vueltas para tratar de vender unas artesanías que yo traje de la Guajira, sobre todo chinchorros hechos por mi Mamá y mochilas que yo teje, para ver si esas ventas me dan viabilidad para seguir con el negocio y poder mantenerme aquí en Bogotá. He ido a la ONIC donde un paisano que conozco y que tiene contactos y le ofrecido mis chinchorros. Mochilas si he vendido bastante, me demoro haciendo una, como tres semanas, pero los chinchorros si son más difíciles de vender y en esos me puedo demorar hasta tres meses haciéndolos. Las mochilas se las he vendido a artesanías CANO. Una mochila grande la vendo en \$80.000 y una mediana en \$60.000 y un chinchorro de doble faz, que es de los más grandes que hay vale \$800.000. Con la venta de estas artesanías es que he podido sostenerme hasta el momento y también con una ayuda que me está mandando mi Mamá.

Para mí el cambio de vida, de clima, de comida y de ambiente fue duro, los primeros meses sufrí mucho, porque todas las cosas eran muy diferentes para mí y yo estaba muy acostumbrada a vivir con mi familia. Al principio me fue regular, pero después me acostumbré. Yo empecé a adaptarme a la ciudad, por medio de una amiga de Boyacá que conocí en el colegio y ella era la que me mostraba todas las cosas, pero antes de conocerla a ella, yo no tenía ningún contacto con la ciudad, porque me la pasaba metida en la casa ayudándole en los oficios a la señora con la que vivía. Extraño a mi familia, la comida, mi forma de vestir y el ambiente de mi ranchería, donde no hay bulla, todo es más tranquilo y callado. Mientras Bogotá es una ciudad con mucho ruido y uno no tiene tranquilidad, por eso es muy difícil adaptarse a esta ciudad, después de que uno ha vivido tantos años en su ranchería y ya está acostumbrado a hacer las cosas de cierta forma. De todas maneras ahora que ya ha pasado un tiempo de vivir en esta ciudad ya me siento bien, y se que estoy aquí por mi bienestar y por algo que quiero alcanzar, sea estudiar o trabajar.

En el colegio solo tuve a mi amiga de Boyacá y a nadie más, cuando teníamos tiempo libre hacíamos cosas relacionadas con los trabajos del colegio y los domingos íbamos a pasear al parque y a comer helado. Cuando estuve trabajando en la casa de familia no hacía nada en mi tiempo libre me la pasaba trabajando, ya fuera con la señora donde vivía o con la familia que me contrató. La señora con la que vivía me llevó algunas veces a cine y con ella fui algunas veces a bailar en el barrio. Ahora con el trabajo de las artesanías he podido conocer más personas, sobre todo en la ONIC. También he conocido Wayuu de la Universidad Nacional por medio de unas primas que tengo que viven en las residencias 10 de mayo, con ellos a veces salimos a pasear. En Bogotá me siento con más libertad para relacionarme con diferentes personas, ya no me siento vigilada, mi relación con los hombres es más relajada, puedo salir y recochar con ellos tranquilamente, porque no tengo a mis Papás encima diciéndome cosas. Me da igual si el hombre es o no Wayuu o de la Guajira, no me importa de dónde sea, siempre y cuando, me la lleve bien con él. En casarme no pienso todavía, porque estoy muy joven, solo pienso en estudiar y trabajar por el momento. Las relaciones de pareja aquí en Bogotá me parecen bonitas, porque los roles son muy queridos y fieles, la pareja comparte muchas cosas y son muy querendones entre sí, en cambio en la Guajira a los hombres les gusta mucho andar con dos o tres mujeres.

Acá en Bogotá me empezó a gustar mucho leer el periódico, porque en la comunidad uno estaba más pendiente de tejer, pero aquí en la ciudad me gusta mantenerme informada de lo que está pasando.

También me gusta leer poemas, yo lo hacía en la comunidad, porque me tocaba para el colegio, pero aquí le he cogido mucho gusto a la lectura y la he vuelto una costumbre en mi vida. Me sigue gustando mi vallenato y aquí me empezó a gustar mucho el reguetón. Internet no he llegado a manejarlo, pero me gustaría mucho aprender a usarlo. Aquí he cambiado un poco mi forma de vestir, porque en Bogotá no me pongo mis mantas por el frío, solo cuando estoy en la casa y no tengo que salir, mientras que en la Guajira yo me la pasaba todo el tiempo con mis mantas, aunque también usaba mis pantalones, pero aquí en Bogotá los uso todo el tiempo con las chaquetas y los sacos. No soy una persona que le guste andar comprando ropa todo el tiempo y tampoco me dejo llevar por las modas del momento, me toca usar otra ropa por el frío, pero mi apariencia física no ha cambiado, me peino igual y me maquillo un poquito cuando voy a salir, como también lo hacía en la comunidad. Yo si he visto en algunos compañeros Wayuu que estudian aquí en Bogotá que han cambiado mucho, por ejemplo, en su forma de hablar, ya no tienen el acento; en su forma de vestir están a la moda, se pintan el pelo y se lo peinan diferente; les deja de gustar el vallenato y empiezan a escuchar rock.

Mi vida ha cambiado estando en Bogotá, he aprendido a defenderme sola, ya soy una mujer independiente que toma sus propias decisiones y me preocupo más por mi misma y he aprendido a ser más abierta con las personas. Me sigo considerando Wayuu todo el tiempo y en todas partes. En Bogotá he aprendido muchas cosas, a diligenciar trámites de la ranchería yo sola y para eso me toca ir al Ministerio del Interior y mandarle a mi comunidad los papeles por fax; también he aprendido a socializar, a compartir con los roles. Con el tiempo he aprendido a vivir y a defenderme sola en una ciudad tan grande como esta, porque esto no es un pueblo. Siempre he pensado mucho en mi comunidad y aquí también lo hago y sigo pensando que a mi comunidad le hacen falta muchas cosas como el agua potable y que no hay computadores para el colegio. Si llegara a estudiar aquí en Bogotá algún curso de sistemas o una carrera universitaria y me devolviera a la comunidad, ellos me aceptarían, porque allá no hay personas preparadas, yo creo que ellos se sentirían contentos de ver que ya hay una persona enterada del trabajo del resguardo y que les puede ayudar. De pronto al principio podrían pensar que por yo haber vivido en la ciudad, puedo haber cambiado para mal, en el sentido de que yo no fuera a ayudarles, pero de igual manera mis raíces son de allá y yo les mostraría que lo que yo quiero es trabajar con ellos para el bienestar de la comunidad.

En estos momentos encontré un trabajo por medio de una amiga mía. Trabajo en un jardín infantil bilingüe y firmé un contrato hasta diciembre para trabajar con ellos. Trabajo martes, jueves y sábado de 8:00am a 4:00pm. Ahora pienso quedarme en Bogotá hasta terminar mi contrato de trabajo y después quisiera viajar a mi comunidad a ver a mi Mamá y después me gustaría buscar un trabajo para poder sostenerme, ojalá fuera en una oficina de secretaria o asistente, pues yo se manejar computadores por un curso que hice en el colegio. Todavía no tengo contactos pero estoy buscando la forma de encontrar un trabajo de ese estilo, porque si me ofrecieran que trabajara como empleada doméstica otra vez, yo lo pensaría, porque he vivido una experiencia dura con ese trabajo, pues es mucha cantidad de trabajo y no se justifica lo poco que le pagan a uno. De todas maneras yo pienso dedicarme de lleno a las artesanías, ya sea vendiéndolas por medio de contactos en la ONIC o por las tiendas de artesanías que hay aquí en Bogotá. Además de conseguir trabajo quiero volverme a presentar a la Universidad Nacional el próximo semestre para ver si paso a Derecho, porque quiero trabajar y defender a mi comunidad y si no paso intentaría hacer algún curso de sistemas para reforzar mis conocimientos y tener la posibilidad de conseguir mejores trabajos. Si definitivamente no paso a la Nacional y logro hacer el curso de sistemas después me iría a la Guajira a tratar de conseguir trabajo en la oficina de Isiwassug donde se tratan asuntos indígenas, pero si se diera la posibilidad de conseguir un trabajo aquí en Bogotá después de terminar el curso yo me quedaría aquí y si me va bien permanecería acá en Bogotá un poco de tiempo hasta poder ahorrar para entrar a cualquier Universidad, sin importar si es pública o privada, porque el problema que tengo ahora es que me toca optar por la Nacional, porque tienen el convenio PAES de ayuda para las comunidades indígenas y en estos momentos que no tengo dinero, esa es mi única opción.